

AMÉRICA MÁGICA

UN VIAJE ALUCINANTE POR EL SUR DE ESTADOS UNIDOS

JOSUÉ FERRER



AMÉRICA MÁGICA

**Un viaje alucinante por el sur de Estados
Unidos**

Josué Ferrer

-Premio Adlert de Novela 2017-

Primera edición: Diciembre de 2018 (Amazon).

Título: América Mágica: Un viaje alucinante por el sur de Estados Unidos.

Autor: Josué Ferrer.

Edición: Josué Ferrer.

Corrección: Josué Ferrer.

Portada: Mat Yan (matyan90@gmail.com).

© 2018 Josué Ferrer.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida por ningún medio -electrónico, mecánico, fotostático, fotográfico o de otra forma- sin la autorización previa y por escrito del titular del copyright, más allá de breves referencias nombrando la fuente.

Depósito legal: V-913-2017.

Correu-e: josueferrer7@hotmail.com

Hecho en Valencia / Made in Valencia.

ÍNDICE:

Advertencia.

Agradecimientos.

Dedicatoria.

Mapa.

PRIMERA PARTE: CAMINO DEL SUR

1. El hombre misterioso.
2. El sueño.
3. ¡Nieve!
4. Rojo escarlata.
5. Sombras.
6. Cuatro de Julio.
7. Pentecostés.
8. Pueblo fantasma.
9. El visitante.
10. Barras y estrellas.
11. El medallón.
12. ¡Ranas!
13. Los subterráneos.
14. El abominador.
15. Creer para ver.
16. UVB 76.
17. Principios y valores.
18. El hombre de paja.

19. Cataclismo.
20. El camión negro.

SEGUNDA PARTE: EL JUICIO FINAL

1. Bienvenidos al infierno.
2. Ciudad sin ley.
3. Los sacamantecas.
4. Al sur de Río Grande.
5. Cruces en el desierto.
6. El tío Agus.
7. ¡OVNIS!
8. El caminante.
9. El laboratorio.
10. ¡Recordad El Álamo!
11. El pueblacho.
12. ¡Milagro!
13. El fogonazo.
14. Mercaderes de la fe.
15. No taxes in Texas.
16. La maldición.
17. El incidente.
18. Sendero de Lágrimas.
19. El hombre del sombrero.
20. El túnel.
21. La partida.
22. El bólido.

23. El Club de los inmortales.
24. Truth or Consequences.
25. El sol de Nuevo México.
26. Lágrimas.
27. El gitano que pintaba paisajes.
28. El diluvio.
29. Bilocación.
30. La curva.
31. Poltergeist.
32. Una voz milagrosa.
33. Legión.
34. El inmigrante.
35. El ícubo.
36. Algo grande se acerca.
37. La nación en armas.
38. El manicomio maldito.
39. El barco.
40. Nothing.
41. Una mujer de bandera.
42. OSNI.
43. Un demonio en la botella.
44. El príncipe.
45. El desierto.
46. La vidente.
47. Infierno.
48. Superfe.
49. El cronovisor.
50. Un personaje de novela.

51. Jesucristo en California.
52. Burning Man.
53. La gente topo.
54. La Ciudad del Pecado.
55. Conspiración.
56. Locura.
57. Extraterrestres.
58. Un encuentro con el creador.
59. La fuga.
60. La ira de Dios.

ADVERTENCIA:

América Mágica permite dos posibilidades diferentes de lectura. La primera -y más aconsejable- es seguir el orden cronológico de la narración. La segunda leer cualquier capítulo al azar, ya que cada uno de ellos es independiente puesto que cuenta con una historia propia que empieza y que acaba en el mismo capítulo, al tiempo que mantiene una continuidad con el resto de la obra. Así, puede leerse el capítulo quince por ejemplo sin necesidad de haber leído antes el catorce ni de seguir con el dieciséis.

AGRADECIMIENTOS:

Aprovecho para agradecer sus ideas y sugerencias a mis lectores cero, que tuvieron la amabilidad de leer el libro antes de publicarlo: Natalia Blanco, Enric Cardona, Nicky Ford, Sonia Lorenzo, Carol Palmero, Deme Pastor, Alejandro Quintana y muy especialmente a Joan Ignaci Serrano.

DEDICATORIA:

A mi hija Esperança, el amor de mi vida.

PRIMERA PARTE

Camino del sur

1. El hombre misterioso.

La noche apesta a sudor y fornicación en Miami. Deben de ser como las dos de la madrugada y una pareja copula impúdicamente en el callejón, a unos diez metros de mí. Ella gime como una furcia barata. Lo que me molesta en sí no son sus ruidos. No es que me hayan despertado, claro que no, porque con el calor de la ciudad es imposible dormir hasta bien entrada la noche. Sólo es que con lo grande que es Miami ¿tenían que venir justo a este callejón? ¿A mi hogar? ¿Es que no había otro sitio?

-Perdón, me corrí dentro.

-Tranquilo, tomaré la pastilla.

-¡Qué bueno! No sabía que hubiera pastillas para el Sida...

La chica comienza a gritar obscenidades. Anda histérica. Al parecer se ha llevado una sorpresa que no esperaba y presa de la rabia comienza a agredir a su circunstancial amante. Le araña en la cara y el tipo se duele. Acto seguido, él se saca una Magnum y encañona a la furcia. La insulta, le dice que es una zorra, y le da tal bofetón que la tira al suelo y luego le ordena que le bese los pies si quiere vivir. Ella accede llorando. Presencio el deplorable espectáculo sin mover un solo dedo. No es cosa mía.

-¡Márchate, zorra! ¡Hoy es tu día de suerte!

-¡Te acordarás de mí, hijo de puta! -chilla mientras escapa de allí-.

El tipo de la pistola se percata de mi presencia. Viene hacia mí.

-¿Y tú qué miras, escoria? -me pregunta-.

Estoy tumbado en el suelo. Cubierto con unos cartones que uso para taparme por las noches en este rincón sombrío al que llamo mi hogar. Conmigo sólo tengo una mochila con mis pertenencias básicas. Bueno, eso y una botella de vino barato que me ayuda a sobrellevar la vida. Miro hacia arriba y veo al

tipo. Alto, metro noventa, rubio y con una cicatriz en el rostro. De repente, siento un líquido que se derrama por mi cara y por mi cuerpo. Orina. Su sabor es salado y se me mete en los ojos.

-¿Te gusta? Esto es lo que se merece la basura como tú. ¡No eres más que chusma, un parásito!

No hago nada por defenderme. Estoy tan borracho que ni siquiera puedo tenerme en pie. Además, qué más da. En el fondo tiene razón. Mi vida es una mierda y si ese tipo me pegara un tiro ahora mismo me haría un favor. La semana pasada cuatro niños me dieron una paliza. Me rociaron con gasolina y estuvieron a punto de prenderme fuego, pero justo en ese momento pasó por allí la policía. El tipo vuelve a sacar su Magnum y me apunta. Estoy listo para que me borre de este mundo.

-¡Eh! ¡Deja en paz a ese hombre! -grita un tipo que acaba de entrar en el callejón-.

-¡Esto no es asunto tuyo! ¡Da media vuelta y lárgate a casa!

Aquel hombre misterioso, como salido de la nada, no le hace caso y camina con paso firme hacia el fanfarrón.

-¡Te lo advertí! -grita el gánster-.

El tipo rubio con la cicatriz en la cara le dispara tres veces a bocajarro. Les separan unos dos metros y medio. Es imposible fallar a una distancia tan corta. Pero el hombre misterioso ni se inmuta. Al contrario. Sigue caminando como si nada y extiende el brazo en dirección a su oponente. De súbito, aquel matón es levantado bruscamente a unos treinta centímetros del suelo sin que nadie lo toque. Una fuerza invisible lo empuja contra la pared y lo presiona contra el muro. Casi no puede ni respirar.

-¿Quién eres tú? -le pregunta arrogante-.

-Soy la muerte y esta noche he venido a por ti -le responde-.

El hombre misterioso sigue con su mano abierta extendida hacia aquel

bastardo. De repente, surge como una neblina salida de la nada y en medio de unos escalofriantes alaridos de dolor aquel malnacido desaparece como por arte de magia. Tengo los ojos desencajados de las órbitas. Nunca había visto algo semejante. El hombre misterioso se acerca hacia mí. No puedo ver bien su rostro; hay demasiadas sombras... Me castañean los dientes. Estoy tan aterrorizado que me hago de vientre encima.

-Walter... -me llama-.

-¿Cómo sabes mi nombre? -le pregunto atemorizado-.

-Tranquilo. No hay nada que temer.

-¿Qué quieres de mí?

-Walter, has sido elegido por Dios para cumplir una misión.

-¿Una misión? -repito incrédulo-.

-Debes anunciar que el fin del mundo se acerca.

-¿Quién eres tú?

En un abrir y cerrar de ojos el hombre misterioso ha desaparecido. Ya no está allí. Como si la tierra misma se lo hubiese tragado. Permanezco atónito durante minutos, incapaz de asimilar lo que acabo de ver. Estoy estupefacto. Debe haber sido una ensoñación. Una pesadilla. Quizás bebí demasiado vino. Me pongo en pie, apoyándome en la pared. Doy unos cuantos pasos, tambaleándome. Voy a intentar salir de este mugriento callejón. Un poco de aire fresco me vendrá bien para aclarar las ideas.

Cuál es mi sorpresa cuando me doy cuenta de que estoy empapado de orina. No lo puedo creer. Pero lo peor de todo es que camino unos metros más y me quedo petrificado del terror. Miro la pared del callejón y allí está él. El tipo alto, rubio y con cicatriz incrustado en el muro. Como si fuera un grafiti. Veo sus ojos de pánico y su cara desencajada de dolor. Como pidiendo socorro. El dibujo se va difuminando poco a poco rumbo a la desaparición total. Tengo la impresión de que el dibujo está vivo.

2. El sueño.

Miami. Sol, playas, palmeras y chicas en bikini. Es un sitio ideal para venir de vacaciones pero no para vivir en él, a menos que ganes lo que Julio Iglesias. ¡Qué asco me da esta ciudad! Miami es posiblemente la urbe más pobre de toda la Unión. Donde más altos son los precios y más bajos los sueldos. En la Avenida Brickell los banqueros se llenan los bolsillos con negocios turbios mientras que los camareros apenas ganan para pagar el alquiler de su apartamento. Es una ciudad corrupta hasta los tuétanos. En los despachos de los peces gordos se blanquean capitales. El alcalde acepta sobornos y firma lo que le mandan. En las calles, los cárteles de las drogas hacen lo que quieren mientras la policía mira a otro lado. Las bandas de colombianos y la mafia cubana se disputan el control de la cocaína y la metanfetamina. Es un municipio con un 70% de latinos, así que estoy habituado a hablar inglés y español. Para muchos Miami representa un símbolo de mestizaje, un crisol de culturas que hermana tanto a hispanos como a anglosajones. A mí, en cambio, me parece que aún lo peor de ambos mundos.

-¡Arreptíos! ¡El fin del mundo se acerca!

-¡Cállate, loco! -me grita un joven universitario-

-¡Eres un fanático religioso! -me dice otro-

Ando predicando por Little Havana. En este barrio el 90% de la gente es hispana, casi toda de Cuba. Desde la revolución de 1959 en la que Fidel Castro derrocó a Fulgencio Batista, un auténtico éxodo de cubanos no ha parado de venir a Miami. Muchos son artistas y emprendedores, otros

mafiosos y narcos. ¡Es increíble el mal que puede llegar a causar el comunismo! Antes Cuba era la tercera nación más rica de las Américas, hoy la tercera más pobre. Tiene su mérito. Una vez fui a Cuba de vacaciones y me llamó la atención la cantidad tan enorme de jineteras jóvenes y no tanto dispuestas a prostituirse con los gringos, como allí nos llaman, por tal de dar de comer a sus hijos. Muchas se me ofrecían por diez dólares. A veces por menos. No me extraña que cada año miles de isleños que ni saben nadar se lancen en una balsa a un océano repleto de tiburones para llegar a Florida y escapar de la miseria. Lo malo es que vienen a Estados Unidos en busca del gran Sueño Americano pero aquí sólo van a encontrar un empleo en el Burger King.

-¡Arrepentíos de vuestros pecados! ¡El fin del mundo se acerca! -clamo-.

Llevo horas deambulando por la ciudad sin que nadie me haga el mínimo caso. La Calle Ocho es un trasiego de gente que va y viene, cada uno pensando en sus cosas, sus negocios, sus adulterios. Todos tienen demasiada prisa como para escuchar el mensaje de advertencia de un mendigo desaliñado y andrajoso que va disfrazado de hombre anuncio, con un cartel en el pecho y otro en la espalda que rezan: *Repent of your sins! The end is nigh!*^[1] Hago sonar una campanilla mientras anuncio a viva voz que el fin está muy próximo. De repente, se me acerca una pareja de mediana edad.

-Buenas tardes, señor -me dicen-.

-Buenas tardes -respondo-.

-¿Es usted el señor Walter Bossman? -pregunta el hombre-.

-Sí, ¿cómo lo sabe?

-Disculpe que no nos hayamos presentado. Mi nombre es Richard Brown y ésta es mi esposa Elisabeth. Somos pastores de la Iglesia Dios es amor, en Miami Beach. Querríamos hablar con usted.

Él es un hombre de unos cincuenta años. Afroamericano. Bueno, realmente

es negro pero aquí en Estados Unidos la palabra “negro” es tabú, por eso decimos “afroamericano” o “persona de color”. Persona de color. Curioso. Como si existiera alguien que fuera transparente. Es alto, calvo y con un pequeño bigote. Su mujer es mulata clara, delgada y tiene el pelo negro y ondulado. Tendrá unos cuarenta y pocos. Con toda certeza será cubana o dominicana. A ella se la ve muy tensa. Me mira agitada. Parecen gente decente, incluso aunque vivan en un vertedero de inmoralidad como Miami Bitch.

-Aún no me ha dicho cómo sabe mi nombre.

-Verá, mi esposa es profeta en la iglesia y... bueno, cuéntaselo tú, cariño.

-Desde muy niña recibo mensajes del más allá en forma de sueños. Es un don que Dios me ha dado. El otro día un ángel del Señor se me presentó en sueños y me dijo que buscara a un hombre llamado Walter Bossman, que lo encontraría hoy justo aquí. El ángel me dijo que tenía usted una misión muy importante que llevar a cabo y que lo ayudáramos en todo lo que necesite -me explica la profeta-.

-Nos gustaría mucho que pudiera venir a nuestra iglesia el próximo domingo, y compartiera con los hermanos su mensaje. Ya les hemos hablado de usted y todos están deseosos de conocerlo -añade él-. Sabemos que usted vive en la calle. Sería para nosotros un honor que se hospedase en nuestra casa.

-...

-¿Señor Bossman?

Permanezco callado un instante y miro al cielo. Está comenzando a nevar. Esto es Miami, veintiuno de junio.

3. ¡Nieve!

Un hombre de piel muy blanca, ojos azules y pelo rubio me observa desde el espejo. Tiene aire de inglés. Hacía años ya que no me contemplaba a mí mismo con tanto detenimiento. Casi no me reconozco. Ya me he rebajado la barba y la he perfilado. Ya no tengo el aspecto sucio y andrajoso de siempre. Me acabo de dar un baño de agua caliente mientras oigo música clásica de fondo. Para mí ser rico no es tener millones de dólares en el banco sino disponer de tiempo libre, el suficiente como para darte un relajante baño de sales, sin prisas, mientras suena Beethoven de fondo. Estoy en la gloria.

-¡Vaya! ¡Qué cambio! ¡Así se ve mucho mejor! -me dice Elisabeth al verme salir del aseo-.

-Gracias. La verdad es que cuando vives en la calle lo que más echas de menos es darte un buen baño.

-¿Le apetece un café?

-Sí, gracias.

Hace sólo unos días era un mendigo que dormía entre cartones, en las calles de Miami. Pero ahora estoy hospedado en la casa de la familia Brown. Richard y Elisabeth Brown. Ellos son pastores en la Iglesia Dios es amor, en Miami Beach. Son buena gente. Su casa es un apartamento sencillo, de tres habitaciones. Una es el dormitorio de matrimonio, otra hace de cuarto de invitados y la otra tiene peluches en la cama y las paredes decoradas con pósters de cantantes y actores de cine. El salón tiene una biblioteca enorme con la más grande colección de *Biblias* que jamás hayan visto mis ojos.

-¡Oh Dios! -exclamo- ¡Olor a beicon recién hecho por la mañana! ¡Cuánto tiempo!

-Buenos días, ¿qué tal amaneció usted? -me pregunta Richard-.

-¡De maravilla! Cuando estás acostumbrado a dormir tirado en el suelo te das cuenta de que acostarse en una cama confortable es todo un lujo. Por cierto, muchas gracias por la ropa, señor Brown.

-No hay de qué. ¿Le viene bien?

-Sí, somos los dos de la misma talla.

-De todas maneras en la iglesia tenemos un ropero muy grande con el que ayudamos a los indigentes. Luego veremos si hay más ropa de su talla -añade el señor Brown-. El desayuno ya casi está.

Me tomo un café americano bien calentito mientras miro por la ventana cómo nieva copiosamente. El cielo está encampotado. El horizonte está tan gris que parece una cúpula de acero. En la calle ya debe haber como dos palmos de nieve. Hace frío. Lo extraño de todo esto es que estamos en Miami en pleno mes de junio. Hace sólo unos días hacía un calor horroroso y de repente esto. Los más ancianos del lugar no recuerdan nada así. Es todo un misterio. ¿Por qué nieva en verano? Es más... ¿Por qué no en toda Florida? ¿Por qué sólo en Miami y alrededores? Nadie tiene explicación para ello.

-Continúa nevando en Miami -dice la presentadora del noticiero del ABC News-. Es un hecho insólito. Es la primera vez en la historia que esto ocurre en verano, según registros oficiales. Los climatólogos debaten sobre cuál puede ser la causa. El alcalde prefiere no hacer declaraciones por ahora.

-¡Asombroso! ¡En la televisión hay una legión de políticos, intelectuales y charlatanes que siempre opina de todo y ahora que hace falta que alguien diga algo nadie habla! -comento-.

-Dicen que es por el cambio climático. Nosotros sabemos que no. ¡Es una señal de Dios! -me dice el pastor-.

-Yo no sé si esto es imputable a la mano de Dios o a la del hombre. Lo único que sé es que el fin del mundo se acerca. Y esto no es más que el principio. Vamos a ver cosas aún más extrañas -aseguro firme-.

-Estoy convencido de ello, señor Bossman. Por favor, háblenos de usted.

-Hace sólo un par de noches yo dormía en la calle cuando un tipo alto, rubio y con una cicatriz en la cara me atacó en el callejón donde yo vivo. Me apuntó con una pistola. Pensaba que era mi fin. De súbito, de en medio de la nada apareció un hombre misterioso, le señaló con la mano y, sin que nadie lo tocara, aquel tipo alto, rubio y con cicatriz se quedó incrustado en la pared. Como un grafiti. El hombre misterioso me pidió que cumpliera una misión: anunciar que se acerca el fin del mundo.

-Aquel hombre misterioso, como usted lo llama, era un ángel -me replica la pastora Elisabeth-.

-No lo sé...

-Sí, yo sí lo sé. Era su ángel guardián. Puede que para usted resulte sorprendente, pero para nosotros no. Estamos acostumbrados a ver milagros -añade Elisabeth-. Yo soy cubana-americana. Tengo la nacionalidad americana aunque nací en Cuba. Recuerdo cuando vivía en La Habana, era yo muy pequeña cuando a mi familia le ocurrió una cosa. En cierta ocasión, mi abuela, ya muy anciana, fue al banco a principio de mes para retirar todos sus ahorros porque los necesitaba para comprar una camioneta para mi padre. Unos delincuentes del barrio se habían dado cuenta, pero en lugar de atracarla la dejaron pasar en medio de ellos y no le hicieron nada. Al día siguiente, mi abuela otra vez se cruzó por la calle con ellos y los pandilleros le preguntaron: “Oye, ¿quiénes son esos dos tipos que te acompañaban ayer?”. Y mi abuela preguntó: “¿Qué tipos?”. “Pues esos dos negros enormes, tan altos y fuertes, que te acompañaban cuando te cruzaste con nosotros. Uno iba a tu izquierda y otro a tu derecha” -dijeron-. Mi abuela respondió: “No sé de quién me hablas. Yo venía sola”.

-¡Ángeles! -exclamo sorprendido-.

-Sí, ángeles. Como el que le salvó la vida a usted. O como el que se me

apareció en sueños a mí y me dijo que usted tenía una misión muy importante que cumplir y que nosotros le ayudáramos en todo. Ahora ya sabemos cuál es esa misión.

-Anunciar el fin del mundo -digo-. ¡Y bien sabe Dios que empeñaré mi vida en ello!

-Los milagros existen. Nuestra propia hija es un milagro -me dice la señora Brown mientras me enseña un retrato de una espigada y hermosa mulata de unos veinte años-. Se llama Rebekah. Está estudiando en la Talbot School of Theology, en California. Tiene el llamado de ser pastora, como su padre.

-¿Por qué dice usted que es un milagro, señora Brown?

-Cuando yo estaba embarazada de cuatro meses de mi hija me fue detectado un cáncer de ovarios. Tenía dos opciones: someterme a quimioterapia y matar a mi hija o seguir adelante con el embarazo y morirme yo. Nadie en nuestra iglesia de entonces, en San Agustín, sabía que yo tenía cáncer. Un domingo una profeta de la iglesia comenzó a dar palabras de parte de Dios a la gente. Se acercó a mí y me dijo: “Cáncer, vete” y siguió su camino. En la siguiente visita el médico me dijo que estaba sana. Años después, en una revisión rutinaria, el ginecólogo me preguntó: “¿Quién te ha operado? El cirujano debe ser buenísimo, porque la marca casi ni se nota”. El cirujano había sido Jesús de Nazaret. Los milagros existen, como existen los ángeles y como existe Dios. Por algún inexplicable motivo, ha sido elegido por el Señor para cumplir una misión. Es usted afortunado. Créame que le envidio.

-Nuestra iglesia le apoyará en todo lo que necesite -interrumpe Richard-. Usted debe predicar el fin del mundo por toda América y para ello necesitará un vehículo. ¿Dispone usted de permiso de conducir?

-Sí, claro -contesto-.

-¡Perfecto! Un hermano de la iglesia se ofreció para regalarle su propia camioneta para que usted cumpla con la misión que el Señor le ha

encomendado. Nosotros lo adoptaremos como misionero de nuestra iglesia y le pagaremos un sueldo todos los meses para que usted se centre exclusivamente en su misión y no tenga necesidad de perder el tiempo trabajando en empleos seculares para ganarse el pan. Eso sí, no le podemos ofrecer un gran sueldo, somos una iglesia pequeña, pero será suficiente para sus gastos. También le facilitaremos el contacto de algunas iglesias cuyos pastores conocemos. Allí será bienvenido. Y para aquellos sitios donde no conocemos a nadie, le expediremos un certificado que acredite que usted es un misionero de la Iglesia Dios es amor y que por favor le abran las puertas y lo ayuden en medida de lo posible -me explica amable Richard Brown-.

-Y por supuesto contará con las oraciones de todos los hermanos de la iglesia -añade Elisabeth-.

No puedo aguantar la emoción. Estallo en lágrimas. Hace sólo unos días era un sin techo al que la sociedad veía como un despojo humano y ahora esta gente me ofrece todo su amor a cambio de nada.

-Aún no sé si creer que esto esté ocurriendo. A veces pienso que todo es un sueño. A veces dudo de que sea verdad. Dudo de que lo que me ocurrió en el callejón fuera real. Quizás me estoy volviendo loco...

-...Continúa en paradero desconocido Robert Marciulionis -informa en la televisión la presentadora del ABC News-. La policía lo busca por homicidio y atraco a mano armada. Se le cree responsable de la muerte de tres hombres en el robo a una gasolinera hace una semana. Está armado y es peligroso. Si ustedes lo ven, contacten de inmediato con la policía o llamen al teléfono de urgencias, 9-1-1.

La televisión muestra la fotografía de un hombre alto, rubio y con cicatriz en la cara.

4. Rojo escarlata.

-Mi nombre es Walter Bossman y vivo en una caja de cartón. No siempre fui un paria. De niño tuve una infancia feliz. Recuerdo que me crié en una familia temerosa de Dios y que acompañaba a mis padres a la iglesia todos los domingos. Pero luego crecí y comencé a apartarme del Señor. Me licencié en Historia, pero nunca llegué a ejercer. Me hice empresario; tenía una inmobiliaria. Gané mucho dinero, llegué a comprarme un Porsche... Era la época de las vacas gordas. Pero llegó la crisis. Las cosas comenzaron a ir mal, perdí la mayoría de mis clientes... Eso sumado a una serie de inversiones equivocadas hizo que las deudas se amontonaran. Por entonces mis padres ya habían fallecido, así que no pudieron ayudarme. Tampoco tenía hermanos. Mi novia, que tanto decía amarme cuando las cosas me iban bien y la agasajaba con regalos, no dudó en abandonarme. El banco me quitó la casa y el coche. Busqué otro empleo pero no lo encontré... Y comencé a beber... Y bueno, de la noche a la mañana me vi solo y sin amigos, durmiendo en la calle. ¡No lo podía creer!

Se me hace un nudo en la garganta y por un instante me falla la voz. Se me empañan los ojos. Las lágrimas no me dejan ver bien a la gente. Es domingo en la Iglesia Dios es amor, en Miami Beach. Unas doscientas personas escuchan mi testimonio. Pego un bufido y siento que me libero de un peso.

-Queridos hermanos -prosigo-, les estoy muy agradecido por oír mis palabras. Igualmente quiero dar las gracias públicamente a la familia Brown, que con tanta hospitalidad me ha acogido en su casa. Pero sobre todo, doy gracias a Dios porque me ha concedido una segunda oportunidad. Hace unos

días yo estaba en un callejón y un criminal estuvo a punto de matarme, pero de repente un ser maravilloso que apareció de la nada me salvó la vida y me encomendó la misión de anunciar que se acerca el fin del mundo. Era un ángel. De eso estoy seguro. Dice la Palabra de Dios que el día y hora nadie lo sabe, ni siquiera los ángeles del cielo, ni el Hijo, sino sólo el Padre (Mateo 24:36). Ciertamente tampoco yo sé cuándo ocurrirá pero si vemos a nuestro alrededor basta con tener dos ojos en la cara para darse cuenta de las muchas señales que anuncian la proximidad del fin. ¡Debemos velar y orar para que no nos sorprenda como ladrón en la noche! ¡Son los últimos tiempos! ¡Por favor, háganselo saber a todo el mundo! ¡Se lo ruego, hermanos! ¡Que Dios los bendiga!

-¡No se vaya todavía -me dice el pastor Richard Brown, quien se apresura a subir al púlpito antes de que yo baje-, queremos orar por usted! Queridos hermanos -añade Brown-, por algún extraño motivo el Altísimo ha elegido a un humilde mendigo para anunciar a la humanidad que el fin del mundo se acerca. Esto concuerda con las lúcidas revelaciones de parte de Dios que mi esposa ha tenido y que ya se las hemos ido contando a lo largo de las últimas semanas. Y con las señales del cielo... ¡Ya es el tercer día que nieva en Miami y estamos en verano! El señor Bossman será un misionero de Dios. Nuestra iglesia lo apoyará materialmente y espiritualmente. Mañana mismo él parte hacia Tampa. Desde allí viajará por toda América para cumplir con la misión que el ángel del Señor le ha encomendado. Ahora quiero que todos nos pongamos en pie porque vamos a orar por nuestro amado hermano, para que nuestro Santo Padre lo guarde de los peligros en todo momento y lugar. ¡Padre Nuestro y Señor Nuestro, te rogamos por nuestro hermano Walter Bossman, para que...

-¡Socorro! ¡Auxilio! ¡Ayúdenme, por favor! -grita desgarradoramente un hombre desde la calle-

Inmediatamente salimos todos a ver qué ocurre... Es una situación muy confusa. Ver Miami nevada en pleno verano desconcierta a cualquiera. Miramos hacia todas las direcciones, en busca del tipo que pide auxilio cuando una hermana de la iglesia señala con el dedo. “¡Allí!” -dice-. Vemos a un hombre blanco de unos sesenta años corriendo como alma que huye del diablo. Le persigue un varón negro, robusto, la mitad de joven que él. El acosador corre desnudo en medio de la nieve, está fuera de sí, parece poseído por una rabia sin límites. De inmediato lo alcanza y lo derriba en el suelo, como en un placaje de fútbol americano. Aquella mala bestia comienza a devorarle la cara con inusitado frenesí. ¡Parece una piraña! La víctima trata de revolverse en medio de unos berridos tan espeluznantes que me ponen la piel de gallina. Siento un escalofrío por la columna vertebral. Todo ocurre en una fracción de segundo. Tan rápido que no nos da tiempo a hacer nada salvo contemplar petrificados de pavor tan sanguinolenta masacre. Mi cuerpo se queda agarrotado por el pánico.

-¡Aaaarghh! ¡Ayudaaaaaa...! ¡Ayudaaaaaa...! -clama el pobre desgraciado en un grito que te hiela el alma-

Una pareja de policías aparece corriendo y fríe a tiros a aquel monstruo caníbal. Su cuerpo cae sin aliento en la nieve, como una marioneta a la que cortas los hilos. Su víctima, en cambio, continúa chillando en medio de aspavientos, como un cerdo cuando lo degüellas en el matadero. En un minuto una multitud de curiosos se agolpa en torno a aquel desgraciado. Los hombres lo observan patidifusos. Las mujeres se tapan la boca y miran a otro lado. Una incluso se desmaya. Aquel pobre infeliz ha perdido la mitad de la cara. De la nariz hacia abajo se puede ver una boca, un bigote y una barba. De la nariz hacia arriba sólo hay una masa amorfa de carne. No tiene piel, ni pómulos, le falta una oreja y un poco de pelo. Las cuencas oculares están vacías y en lugar de ojos sólo hay pulpa ensangrentada. La especie humana enloquece. El mundo

entero es una olla de presión a punto de estallar. El desdichado se desangra mientras una ambulancia viene de camino. Su cuerpo tiñe de rojo escarlata la nieve. ¡Tanta sangre brotando en medio de una blancura tan intensa...! Parece una amapola...

5. Sombras.

La noche es cálida y húmeda como la vagina de una mujer en celo. Una luna llena perfecta, tan brillante como nunca antes la había visto. El cielo está tachonado de estrellas. Sin nubes. Nada de viento. Nadie en la carretera. Tanta tranquilidad resulta inquietante. Hace más de tres horas que salí de Miami y ya queda poco para llegar a Tampa. Me dirijo a un camping barato en la zona, donde pasaré la noche. Habría llegado ya, pero he salido con retraso y he parado en una gasolinera para repostar. El calor asfixiante de Florida en verano no cesa ni por un instante. Estoy empapado de sudor.

Por la radio no hablan de otra cosa. Miami se ha puesto en el mapa de los noticieros de Estados Unidos. Primero, el extraño fenómeno de la nieve en pleno verano, que ya empieza a remitir y para el cual los científicos carecen de explicación más allá del manido recurso del cambio climático. Segundo, el caníbal de Miami. Se trata de un joven de veintinueve años de origen haitiano llamado Tim Durbon. Atacó con frenesí a un indigente y le devoró el 75% de su rostro. Fue abatido a tiros por la policía. Los agentes especulan con que hubiese tomado una droga alucinógena llamada sales de baño.

Es increíble cómo el rock y las drogas han pervertido por completo a la

juventud. Cada vez hay más crímenes. El temor ha invadido nuestros pueblos. Algunas personas no se atreven a salir a las calles después de cierta hora de la noche. Las casas de algunas ciudades parecen pequeñas fortalezas, protegidas por rejas de acero. ¿A qué se le teme? A ser raptado o tal vez cosido a balas por algún maleante. Los violadores y los homicidas campan a sus anchas. Nuestro mundo está al borde de un ataque de nervios. Mucha gente duerme con el rifle al lado de la cama por si la asaltan en mitad de la noche.

Los titulares de los periódicos no pueden ser más sobrecogedores: “Encuentran hombre ahorcado”, “Padre de familia es acribillado a balazos delante de sus hijos”, “Cuatro desconocidos ametrallan a un empleado de una tienda”, “Empresario es raptado”... Parece que hay un virus de violencia que está pudriendo toda nuestra sociedad. El estado de barbarie reinante en nuestros días es algo aterrador. Muy pocas personas se atreven a salir solas de noche. No hay seguridad ni en las propias casas. Parece que legiones de demonios han descendido hasta los hombres. Parece que el diablo anda suelto.

Es algo alarmante. Salimos a las calles sin saber si de un oscuro callejón saldrá alguien a atacarnos, o si tal vez una bala perdida acabará con nuestra vida. Puede ser que un enfermo mental de aquellos que hacen chillar las llantas de su coche, y corren a alta velocidad dejando una gruesa cortina de humo, nos atropelle. Si eres una mujer y vas sola por la noche, quizás una banda de malnacidos te lleve a la fuerza hasta un lugar apartado para violarte por turnos y asesinarte allí mismo. Y no necesariamente por ese orden. Lo más triste de todo es que estos malditos bastardos rara vez son apresados.

De repente se me eriza el vello del brazo. Siento como una brisa fría, una fuerte presión sobre mi pecho, un presentimiento extraño. Veo algo en medio de la espesura, al lado derecho de la carretera. Disminuyo la velocidad de mi camioneta, enciendo las luces de larga distancia. Veo un grupo de diez o doce personas. Hombres, mujeres y niños. Todos completamente inmóviles. Todos

paralizados. Escucho voces de muchos niños riendo y jugando. Sin embargo, no veo moverse a nadie. Esto es muy raro. Miro cautelosamente a izquierda y derecha por si pudiera tratarse de una trampa.

Me acerco muy lentamente con mi automóvil. Parece que son personas que están vestidas como en los años 70. Algunos de ellos son niños que van con bañador, sandalias y un cubo para jugar en la playa. Lo más aterrador es que todos estos individuos no tienen ojos, nariz ni boca. En su lugar sólo ves una sombra en la cara. Sus rostros están completamente negros, llenos de tinieblas. Una oscuridad inmensa se apodera de ellos. Me aproximo lentamente a aquellos desconocidos pero a medida que me acerco, desaparecen. Se esfuman ante mis ojos. Como si nunca hubiesen estado allí. ¿Quiénes o qué son?

Decido arrancar y marcharme de allí lo antes posible. Eso sí, con las luces largas para prevenir nuevas sorpresas. Tengo una sensación de agobio, me cuesta respirar. Como si faltara el oxígeno. Es un ambiente cargado, irrespirable. Estoy aterrorizado, lo reconozco, por aquellas inquietantes figuras. Al cabo de unos pocos minutos veo luces, coches y autocaravanas. He llegado al camping. Aparco mi Ford Ranger y pregunto al gerente si queda alguna cabaña disponible y me responde que sí. He tenido suerte. Los turistas todavía no las han ocupado todas. Pago, me da la llave y entro en mi cabaña.

Es la una de la madrugada. Dejo la maleta tirada en el suelo y me tumbo en la cama. Me encuentro algo cansado. Pero sobre todo no puedo dejar de pensar en aquellas misteriosas sombras. ¿Quiénes eran? O más bien ¿qué eran? Voy al cuarto de baño un instante y me lavo la cara con agua fresca. Al girarme me encuentro junto a la cama una niña de no más de seis años de edad que lleva consigo un oso de peluche. Su rostro está absolutamente negro, como los tipos que vi antes en la carretera. “Busco a mi mamá”, me dice justo un segundo antes de desaparecer. No puedo pegar ojo en toda la noche.

6. Cuatro de Julio.

Cuatro de Julio. Hoy los americanos de bien conmemoramos el nacimiento de los Estados Unidos de América en 1776. Amo profundamente mi país. Desde los comienzos de las Trece Colonias en 1607, esta tierra siempre fue un refugio para millones de cristianos que eran perseguidos por la Inquisición en Europa y con el tiempo se ha convertido en la gran superpotencia, en una nación mesiánica que pareciera haber recibido del mismísimo Dios la misión de ejercer el liderazgo mundial. Somos una patria que ha enviado todo un sinfín de misioneros a predicar el Evangelio por los cuatro rincones de la Tierra. Somos una gran nación fundada por hombres blancos, anglosajones y protestantes, un pueblo temeroso del Señor que está plenamente convencido de la riqueza y prosperidad que genera el capitalismo y dispuesto a defender su libertad con un revólver si hace falta.

En estos tiempos hay un antiamericanismo creciente en el mundo (e incluso en los propios Estados Unidos). Muchos nos tachan de imperialistas pero lo cierto es que no hay ni un solo continente en el mundo donde los americanos no hayamos luchado por la libertad. Fuimos los americanos quienes ayer salvamos a Europa de caer en las garras del fascismo, del comunismo y del nazismo. Sin nosotros, Adolf Hitler y Josip Stalin se habrían zampado las democracias occidentales. Somos nosotros quienes plantamos cara al islamofascismo y el terrorismo. Históricamente hemos incentivado la liberación de las naciones oprimidas. Que le pregunten a Venezuela, Filipinas, Kuwait, Liberia o Kosovo. Somos nosotros quienes apoyamos a Israel, el pueblo elegido por Dios, frente a sus enemigos, quienes si pudieran lo

borrarían del mapa y echarían a todos los judíos al mar.

América se ha destacado como una nación receptora de inmigrantes, es más, como un auténtico país de las oportunidades donde, si vales, puedes lograr tus metas sin que a nadie importe tu raza, nacionalidad o condición social. Aquí todo el mundo puede alcanzar el sueño americano de triunfar si se lo propone; aquí el talento es bienvenido, lo ha sido siempre, no importa de donde proceda. Muchos europeos dicen despectivamente que Estados Unidos no tiene historia. Y es falso. Porque una cosa es ser una nación joven y otra carecer de historia. Aunque Estados Unidos desapareciese de la faz de la Tierra mañana mismo, no podría entenderse el siglo XX sin él. Somos los que más invertimos en ciencia, los que ideamos más inventos, los que hemos ganado más Premios Nobel y más medallas de oro olímpicas, somos nosotros los que creamos Hollywood y los que llegamos a la Luna.

¡Bendito 4 de Julio de 1776! ¡El día que nos independizamos de los británicos, surgió una patria que iba a hacer historia! Estados Unidos ha sido la nación hegemónica en el siglo XX. Nuestra fortaleza siempre ha radicado en ser una sociedad sin fisuras. Nuestro fuerte sentimiento de unidad nacional y el patriotismo ejemplar de este pueblo encarnan el orgullo de ser americano. Una *Biblia*, un revólver y una bandera de barras y estrellas en cada hogar americano... ¡Eso es lo que necesita este país! Pero mi amor por mi patria no es ciego: somos una nación en declive, la sombra de lo que una vez fuimos. La sociedad americana está perdiendo su identidad y su espíritu. En los últimos años se han tomado decisiones, aprobado leyes y propagado falsas doctrinas que son un desafío al Creador. El pueblo americano abandona sus raíces para vivir la vida a su manera, para darle la espalda al Señor.

Pese a todo, hoy es nuestro gran día. Aquí en Tampa, Florida, hace un calor de mil demonios. Estoy empapado de sudor y me duelen los pies de tanto caminar. La gente disfruta de los fuegos artificiales mientras se come una

hamburguesa. Los matrimonios salen a la calle a pasear con sus hijos, totalmente ajenos al Apocalipsis que se aproxima. El fin del mundo está a la vuelta de la esquina. ¡Quién sabe incluso si éste puede ser el último Cuatro de Julio! Ando predicando por la calle con un megáfono, exhortando a la gente a arrepentirse de sus pecados porque el tiempo se acaba. Algunos me hacen caso y me dan la razón. Otros me miran como a un loco. La mayoría pasa de largo, con gélida indiferencia. Llevo el día entero hablando y me entra hambre. Me acerco a un puesto de perritos calientes. ¡Si el fin del mundo me tiene que sorprender, que sea con el estómago lleno!

-¿Kétchup o mostaza, señor? -me pregunta el vendedor-.

-Mostaza -le respondo-.

-¿Sabe, señor? Llevo un rato escuchándolo hablar... Y pienso como usted. Vivimos los últimos días. Hoy es como los tiempos de Noé. O como en los de Sodoma y Gomorra. Entonces la gente era feliz y vivía su vida despreocupadamente... Nadie sospechaba que iba a morir... Como hoy.

-Dices la verdad. Comparte esto mismo que hemos hablado con todos tus seres queridos. ¿Qué te debo?

-¡Nada, señor! Invita la casa.

-Gracias, hijo. ¡Que Dios te bendiga! ¿Cómo te llaman?

-Mi nombre es Bob, señor. ¿Y usted?

-Mi nombre es Bossman. Walter Bossman.

-¡Encantado, señor!

-¡Lo mismo digo, muchacho!

Le doy un inmenso mordisco a mi perrito caliente y lo saboreo... ¡Un perrito caliente con extra de mostaza en un Cuatro de Julio sabe a libertad! En ese mismo instante tengo una premonición. Una voz en mi mente me dice: “¡Al suelo! ¡¡¡Ahora!!!” y me agacho rápidamente sin saber muy bien por qué. Justo entonces oigo un silbido y un sinfín de pétalos carmesí brota de la frente de

Bob, que cae a plomo. Estoy tan cerca que su sangre me salta a la cara. Oigo más silbidos y veo más gente caer al suelo. Un francotirador. Me escondo detrás de un coche. Veo el cuerpo de ese muchacho, tendido en el suelo, inerte. Si no fuera por ese presentimiento, ahora mismo sería yo quien estuviese en su lugar. He vuelto a nacer. Todo el mundo se pregunta alguna vez en la vida cuando ocurrirá el fin del mundo, pero el fin del mundo llega todos los días para miles de personas. Hoy le ha llegado a Bob.

7. Pentecostés.

Existe en los Estados Unidos una especie de amnesia nacional respecto al legado español en nuestro país. Para muchos historiadores es como si la impronta de España se circunscribiera de México para abajo, pero en realidad España llegó a tener más posesiones en los Estados Unidos que la propia Inglaterra. Los españoles fueron los primeros colonos en poner un pie en América. Entre el siglo XVI y XIX, aquellos hombres venidos de los barcos fueron los primeros europeos en cruzar el río Misisipi, atravesar el desierto de Nevada, divisar el Gran Cañón del Colorado o fundar ciudades tan importantes como Los Ángeles, San Francisco, Albuquerque o San Antonio. Siglos antes de que Hollywood rodara sus primeras películas del *Far West*[\[2\]](#) los españoles ya tomaron contacto, combatieron y pactaron con las grandes naciones amerindias como cheyennes, sioux, arapahoes o navajos.

El Imperio Español controlaba desde Florida, pasando por el Golfo de México, toda la cuenca del Misisipi hasta California. Hasta hubo incursiones

en Canadá y Alaska. La mayor parte de los estados que hoy forman parte de Estados Unidos fueron en su día territorio español. Estados tan emblemáticos como California, Arizona, Nuevo México, Texas, Luisiana o la Florida fueron incorporados al Virreinato de Nueva España, así que cuando Estados Unidos se independizó pasó a tener frontera directa con España. Nombres gloriosos como los de Cabeza de Vaca, Pedro Menéndez de Avilés, Francisco Vázquez de Coronado, Hernando de Soto, Juan Ponce de León, Fray Junípero Serra, Juan de Oñate o Bernardo de Gálvez estarían grabados a fuego en la mente y los corazones de todos los americanos si en lugar de haber nacido españoles hubieran sido ingleses...

Me encuentro en San Agustín, Florida. Esta pequeña población es la ciudad más antigua de los Estados Unidos de América (con el permiso de San Juan, Puerto Rico). Fue fundada en 1565 por el almirante Pedro Menéndez de Avilés y aún hoy conserva una vieja fortaleza con la bandera española ondeando en lo alto. Los españoles llegaron a Florida buscando la fuente de la eterna juventud; no la encontraron pero desde aquí controlaron Cuba y el Caribe. Los primeros afroamericanos libres estuvieron aquí; muchos esclavos escapaban de las plantaciones de Carolina del Sur y Georgia y encontraron la libertad en la Florida española. Tras tres siglos de guerras entre Londres y Madrid, Andrew Jackson conquistó Florida en 1818 y España capituló en 1821. Triunfo de la Doctrina Monroe. En 1845 Florida se incorporó como estado 27 a Estados Unidos. ¡Que Dios bendiga América!

-¡Hermanos! Vengo de la Iglesia Dios es Amor de Miami Beach... Los pastores Charles y Elisabeth Brown, a quienes vosotros conocéis bien, os mandan saludos. Tengo un mensaje que daros en esta mañana: y es que el fin del mundo está muy cerca. ¡Es tiempo de prepararse para afrontar el Juicio Final!

Enorme revuelo en la sala. Es domingo por la mañana y me encuentro en la

Sanctity Church de San Agustín, Florida; vinculada a la iglesia donde sirvo como misionero. He sido invitado por el pastor Martin Conrad, que ha tenido a bien animarme a compartir mi mensaje de advertencia. Prosigo mi sermón.

-La Palabra de Dios es muy clara. Cuando el mundo descienda moralmente a la condición de Sodoma y Gomorra, y a la condición de los hombres antediluvianos es cuando Cristo aparecerá. Los días inmediatos al regreso de Nuestro Señor Jesucristo se iban a caracterizar por una situación de inmoralidad y corrupción semejante a la de los días de Noé y Lot. En aquellos tiempos los hombres eran tan sumamente inmorales y depravados que Dios decidió exterminarlos. Dice Génesis 6:5: “Vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos de su corazón sólo era de continuo el mal”. Los hombres pensaban en el mal. Se acostaban y soñaban con el mal. Se levantaban de buena mañana dispuestos a practicarlo. Vivían por y para el mal. Transpiraban malicia por todos los poros de su piel. Todo era maldad en aquellos días.

La gente me escucha atentamente. Algunos me dan la razón asintiendo con la cabeza. Un conjunto de más de un millar de personas ha acudido al servicio dominical. La mayoría de la gente es blanca y anglosajona, aunque también hay bastantes negros y un nutrido grupo de gentes de mil razas y lugares.

-Dice Génesis 6:11-12: “La tierra se corrompió delante de Dios, y estaba la tierra llena de violencia. Y miró Dios la tierra, y vio que estaba corrompida, porque toda carne había corrompido su camino sobre la tierra”. Había mucha corrupción en los tiempos de Noé, hermanos. El hombre perdió la vergüenza. Ya no habían personas honestas. Toda la tierra estaba llena de violencia; robos, pleitos, atracos, eran rasgos característicos de aquellos días. Y no es algo que nos suene extraño ¿verdad? Cuando leemos estos pasajes bien parece que estuviéramos leyendo la prensa de hoy mismo. ¡Hermanos, actualmente estamos contemplando la mayor corrupción de todos los tiempos!

¡La corrupción y la inmoralidad han invadido todos los compartimentos de nuestras vidas! ¡La depravación y la mentira se expanden como una mancha de aceite! ¡Apenas encontramos en quien creer!

Por un instante observo que aunque la mayoría de los fieles me presta atención, existe un número creciente de rostros que reflejan extrañeza. Veo personas cuchicheando en voz baja con los hermanos que tienen sentados al lado o girándose para comentar algo con el de atrás. Prosigo mi sermón.

-¡Hay hombres que aparentan ser honestos y están listos para vender su pudor por treinta monedas de plata! ¡Los jueces son sobornados! ¡Las autoridades legalmente constituidas traicionan a quienes les votaron! ¡Nuestros gobernantes dicen “¡Que Dios bendiga América!” y luego hacen todo lo que Dios aborrece! ¡Hay hombres inocentes en las cárceles y sucios pederastas rondando a nuestros hijos en los parques! ¡El mundo se ha vuelto loco! ¡Está enfermo! ¡Vivimos como en los tiempos de Lot! Dice Génesis 18:20 que “el clamor contra Sodoma y Gomorra aumenta más y más y su pecado se ha agravado en extremo”. En extremo, hermanos. ¡En extremo! ¿Por qué Dios dejó caer fuego y azufre sobre aquellos hombres? ¡Es que estas ciudades se habían corrompido hasta tal punto que Dios no pudo soportarlas más! ¡¡¡Arrepentíos!!! ¡¡¡Las trompetas del Juicio Final están a punto de sonar!!!

-*O que meus ouvidos ouvem? Você fala português?*^[3] -me interrumpe en voz alta un mulato-.

-*Mon Dieu! Il est en train de prêcher en français aux États-Unis?! Ce n'est pas possible!*^[4] -exclama una mujer blanca-.

-¿Por qué se ha pasado del inglés al quechua? ¡No entiendo nada! -dice un señor de aspecto sudamericano-.

-¿Quechua dices? ¡Está hablando en coreano! Lo sé muy bien... Yo soy de Seúl -contesta un asiático-.

-¡Es quechua! ¡Yo soy de Guatemala y en mi casa siempre se ha hablado! -

le responde airado el de antes-.

-*Co sie tutaj dzieje???*^[5] -pregunta muy extrañada una señora-.

Una gran confusión se apodera de la sala. Veo gente de distintas razas y nacionalidades que empieza a discutir sobre el idioma en que estoy predicando. La inmensa mayoría afirma que hablo en inglés -y así es, de hecho-, pero una minoría de asistentes jura que ha oído mi sermón en portugués, francés, quechua, coreano, polaco, español, aymara, mandarín, cantonés, yidis y así hasta veintiuna lenguas diferentes. La iglesia se convierte en un mercadillo donde unos discuten con otros, comienzan a chillar y nadie sabe con certeza qué ocurre. Ante tal desconcierto, el pastor sube al púlpito y toma la palabra; afirma que hemos asistido a un milagro como en el día de Pentecostés y aunque la mayoría de fieles ha oído el sermón en inglés aquellos que son extranjeros lo han oído en su lengua natal. El pastor dice que este milagro prueba que mi aviso es cierto. Damos la gloria a Dios.

Hechos 2 nos cuenta que el día de Pentecostés los apóstoles fueron llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en lenguas. Los discípulos predicaban en su idioma y las personas de alrededor les escuchaban cada una en su lengua natal. A pesar de que eran israelíes, fueron entendidos por gentes de una veintena de nacionalidades. El don de lenguas ha sido altamente inusual a lo largo de la historia pero los apóstoles no son los únicos que lo han tenido. Sant Vicent Ferrer, por ejemplo, fue un santo valenciano del siglo XV al que acompañaron los milagros. Uno de ellos era hacerse entender en otros idiomas, a pesar de que sólo hablaba valenciano y latín. Él predicó en lengua valenciana por Europa y los naturales de cada país le entendían perfectamente como si les estuviera hablando en su propio idioma. ¡Un nuevo Pentecostés ha tenido lugar hoy aquí!

8. Pueblo fantasma.

Georgia. ¡Imposible no enamorarse de ella! Llamada así en honor al rey inglés George II, fue una de las Trece Colonias originales y el cuarto estado en asociarse a los Estados Unidos. Aquí se cultivan los melocotones más dulces del mundo... Suena en la radio *Georgia on my mind* de Ray Charles mientras contemplo un paisaje de frondosos bosques de pinos desde mi camioneta. Le acompaña un colorido tapiz floral. La fragancia a rosas, jazmines y gardenias inunda el ambiente. Me dirijo a Atlanta. Tengo una misión que cumplir. Allá a lo lejos diviso un sujeto totalmente inmóvil en medio de la autopista. Me aproximo peligrosamente pero no se inmuta... ¡Freno en seco a pocos metros de él!

-Hola Walter. Volvemos a vernos -me saluda-.

-¡Un momento! ¡Yo a ti te conozco! ¡Tú eres el tipo que me salvó la vida en el callejón cuando un criminal estaba a punto de liquidarme! -le respondo estupefacto al poder ver su rostro más de cerca-.

-Dices verdad.

-¡Recuerdo que apareciste de la nada! ¡Me dijiste que tenía una misión que cumplir! ¡Que Dios me había elegido para anunciar que se acerca el fin del mundo! ¡Pero luego desapareciste como si tal cosa!

-Así es, Walter. No quise decirte mucho en aquel momento porque estabas demasiado borracho como para prestar atención a los detalles. Pero ahora ya ha llegado el momento de hablar cara a cara.

El tipo es un hombre fuerte de metro ochenta. Su piel es blanca, sus cabellos negros como el azabache y acaracolados como las olas del mar.

Tiene un rostro bastante común, lo que debería permitirle caminar entre la gente sin llamar la atención. Sus ojos son marrones y su mirada poderosa. Se le ve seguro de sí mismo. Como si nada ni nadie en este mundo fuera capaz de dañarlo. Lo conocí hace un par de semanas, cuando me salvó la vida. Este hombre misterioso no se identificó en aquel momento, pero hizo gala de unos poderes sobrenaturales impropios de un ser humano.

-¿Quién eres tú? -le pregunto al hombre misterioso-.

-Mi nombre real es impronunciable en tu idioma, Walter. Así que llámame Johnny. Con eso bastará. Soy un ángel del Señor...

-¡Un ángel! ¡Pero no tienes alas...! ¡Y eres de carne y hueso! -le digo tocándolo-.

Johnny estalla en una carcajada.

-¿Y qué esperabas? ¿Que fuera un espectro? ¿Acaso Jacob no luchó cuerpo a cuerpo con un ángel en Peniel? -replicó-. Escucha atentamente lo que te voy a decir. Dios ha visto que eres fiel, te bendice y confía en ti para cumplir la misión. Debes saber que el fin del mundo es inminente. Este mundo rebosa de maldad y los gritos de auxilio de los justos han llegado hasta el cielo. ¡Ni siquiera en los tiempos de Noé Dios estaba tan furioso como lo está ahora! ¡La copa está llena de ira y tan sólo falta una gota para que se desborde! El Juicio Final está a la vuelta de la esquina. ¡El tiempo se acaba!

-He aquí el siervo del Señor para lo que haga falta... ¡Anunciaré el Juicio Final donde quiera que vaya! Pero ¿cómo me creerán? ¡Cada vez que advierto a la gente, la inmensa mayoría me toma por loco!

-Habrá señales y prodigios, Walter. Lo suficientemente grandes como para que quien quiera creer, crea. A medida que se acerque el cataclismo, se harán más frecuentes e intensos. Así que nadie tendrá excusa. Aun así, habrá muchos que no creerán y ¡ay de ellos! ¡Más les valdría no haber nacido!

-¡Amén! Tengo muchas preguntas que hacerte, Johnny. He visto muchas

cosas extrañas últimamente. Necesito algunas respuestas...

-Y las tendrás... A su debido tiempo. Sigue predicando el Juicio Final por todo Estados Unidos. De costa a costa. Desde Florida hasta California. Y escucha atentamente, Walter, porque cuando llegues a Montgomery, Alabama, te encontrarás con un hombre llamado David Owen. Él te pedirá un favor importante. Ayúdalo, pero recuerda siempre que la prioridad absoluta es anunciar el fin del mundo y que nada ni nadie te debe apartar de esta misión. Él te proporcionará algunas de las respuestas que buscas.

-¡Amén!

-Otra cosa más: Owen es ateo. Pero esto no es ningún impedimento para el Señor. Trátalo bien, porque si tu testimonio es bueno ante sus ojos se convertirá a Cristo. Tu abuelo era barbero, Walter. Recuerda cuando te tomaba en brazos en la barbería cuando eras pequeño y te decía: “Cuando seas mayor sé un hombre íntegro y no te apartes nunca de Dios”. Sigue su consejo. ¡Que Dios te bendiga!

-¿Cómo sabes que mi abuelo...? -pregunto estupefacto-

Johnny desaparece al instante. Delante de mis propios ojos. A plena luz del día. Me arrodillo y doy gracias al Omnipotente por haberme salvado y por permitirme el honor de servirlo. ¡En verdad los caminos del Señor son inescrutables! ¡El Altísimo se sirve de mí, un antiguo mendigo, y de un ateo, nada menos, para cumplir su propósito! Lo vil y menospreciado del mundo escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es: para que nadie se jacte en su presencia. ¡Señor mío y Dios mío, cuán grande eres! Después de orar como una media hora, me monto en la camioneta y reemprendo la ruta.

Llevo un buen rato conduciendo y no paro de pensar en mi encuentro con Johnny. Me salgo de la autopista por un momento y entro en la localidad de Cochran. Necesito una gasolinera donde repostar y parar unos minutos para comerme un buen donut. Cochran es el típico pueblo sureño. Un pequeño

municipio de unos pocos miles de habitantes perdido en mitad de la nada. Las casas son de madera. Muchas tienen el automóvil aparcado enfrente. El verde incesante del césped y los árboles no basta para vencer al termómetro. Cae un sol de plomo. Veo una estación de Sunoco Oil y paro allí.

Cuál es mi sorpresa cuando veo que la gasolinera está abierta... ¡pero no hay nadie allí! Lo curioso es que hay un televisor encendido. Están haciendo un western de John Wayne. Pregunto en voz alta pero no sale nadie a atenderme, así que decido servirme yo mismo y dejo unos billetes encima del mostrador. Salgo de allí confuso. Hay un silencio sepulcral quebrado solamente por el trino de los pájaros. En ese momento caigo en la cuenta de que no he visto a nadie desde que entré al pueblo. Las calles están desiertas. Cosa rara porque es de día. Así que decido inspeccionar la zona antes de irme.

Doy unas cuantas vueltas con el Ford para cerciorarme de mis sospechas. No hay nadie. Aparco frente a una casa al azar. Veo que tiene un porche, y en el porche una mecedora y a su lado, un cenicero con un Marlboro aún humeante. El jardín huele a césped recién cortado. A medida que subo las escaleras me invade una sensación de temor. Llamo al timbre pero no responde nadie. La puerta está entreabierta, así que entro con mucho cuidado a la casa. Hay dos chaquetas en el sofá del salón. Al llegar a la cocina veo restos de comida y una silla tirada en el suelo. El reloj de la cocina está parado. No hay nadie en ninguna parte.

En el porche de la casa de al lado hay una baraja sobre el suelo y una botella rota. Entro en una tienda de comestibles tan sólo para descubrir que se encuentra tan vacía como la gasolinera. Hay un silencio funerario en el pueblo. De repente, me asusta el maullido de un gato. En la oficina del sheriff tan sólo se oye el ruido de las aspas de un ventilador girando. No hay nadie allí. No hay nadie en todo el pueblo. Es como si todos sus vecinos se hubiesen

evaporado sin dejar rastro. ¿Adónde han podido ir? ¡Nunca había visto un misterio semejante! Estoy desconcertado. No sé qué pensar.

No sé cuantos habitantes tiene Cochran pero por su tamaño juraría que cuatro o cinco mil. Sin embargo es un pueblo fantasma. Dice Números 16 que Dios hizo que la tierra se tragara a Coré y los suyos para castigarlos por sus rebeliones. ¿Se habrá tragado la tierra a Cochran? Es como si todo el mundo se hubiera marchado corriendo de aquí, esperando volver... ¿Por qué harían algo así? Dicen que eso mismo les pasó a los anasazi justo antes de perderse su pista para siempre. O como si algo los hubiese hecho desaparecer... Pero ¿el qué? No pienso quedarme a averiguarlo. Me largo de aquí.

9. El visitante.

Atlanta, la capital de Georgia. Una ciudad de medio millón de almas con una pujanza inusitada. Aquí la economía funciona como un tiro. Atlanta es por excelencia el icono del Cinturón del Sol, con unos rascacielos modernos que nada tienen que ver con la vieja arquitectura colonial inglesa. Mientras que muchas ciudades de la Costa Este como Detroit o Baltimore han entrado en una larga y angustiosa decadencia, el Sur no para de crear puestos de trabajo y oportunidades. Atlanta es sin duda el rostro más visible de ese Nuevo Sur. Numerosas multinacionales tienen su sede central aquí, entre ellas todo un símbolo de América como la Coca-Cola. El Aeropuerto Internacional Hartsfield-Jackson de Atlanta es el más transitado del planeta y desde que se celebraron los Juegos Olímpicos en 1996 no ha parado de crecer la población

en la ciudad. Atlanta representa el orgulloso resurgir del Sur.

Llevo algunos días aquí, predicando que el fin del mundo se acerca, que es inminente, que el tiempo se acaba. Ando predicando por el Piedmont Park con un megáfono en una mano mientras hago sonar una campanilla con la otra. Llevo un cartel en el pecho y otro en la espalda que rezan: *Repent of your sins! The end is nigh!* pero nadie escucha. Ni tan siquiera los pastores de la ciudad. La gente toma el sol plácidamente en el parque, totalmente ajena a mis advertencias. Gran parte de las chicas caminan semidesnudas por las calles. Parece que se acabaron las mujeres con vergüenza. El pudor se ha esfumado como un perfume. Caminar por uno de nuestros parques en cualquiera de las ciudades de Estados Unidos es como salir a ver una exhibición de carne femenina. El Juicio Final está cerca pero nadie me escucha. El mundo está a punto de irse al carajo y a la gente le importa un bledo.

¡Algo anda mal en Atlanta! ¡El amor de los cristianos se ha enfriado! A pesar de haber tantas megaiglesias, a pesar de tener fama de ser un pueblo temeroso de Dios, no he podido encontrar sino una fría indiferencia. Recuerdo que en mi Miami natal la gente me insultaba, me llamaba loco o chiflado. ¡Ojalá aquí me vilipendiaran! Sin embargo, la gente del parque me trata con una absoluta apatía. Por momentos me siento como el hombre invisible: nadie me escucha, nadie me hace caso, nadie me ve... ¡Atlanta, ojalá fueras fría o caliente, pero porque eres tibia el Señor te vomitará de su boca! Un agente de policía se me acerca y me pide cortésmente que me marche porque según él estoy molestando a la gente. ¡¿Es que ya no hay libertad de expresión en este país?! ¡¿Dónde quedan mis derechos constitucionales?! ¡¿Qué ha sido de la primera enmienda?! ¡América, no te reconozco!

-Será mejor que se marche, amigo -me dice el policía-.

-Sí, agente... Me marchó. ¡No sin antes sacudir el polvo de las suelas de mis zapatos! Está claro que no vale la pena seguir en Atlanta. ¡En verdad el

castigo que padecieron Sodoma y Gomorra palidecerá en comparación con el que sufrirá esta ciudad en el Día del Juicio! -le advierto repleto de ira-.

-Sí, amigo. Lo que usted diga... -me responde en un tono claramente condescendiente-.

Regreso al motel, allí me doy una ducha y hago la maleta. Podría quedarme a dormir ya que tengo pagada la habitación hasta mañana a las doce del mediodía, pero ya no aguanto más en esta necia ciudad insensible con el Señor. Entro en un restaurante. Chuck's Steak House. Ceno un filete de ternera bien hecho mientras veo un partido de fútbol americano por la televisión. Este año New England Patriots está haciendo una temporada increíble. Termino y me subo a mi camioneta. Son las doce de la medianoche cuando emprendo mi camino a Montgomery, Alabama. Abro la ventanilla y deajo que entre una apacible brisa. Han bajado algo las temperaturas; ya no hace el bochorno de unas horas atrás. La autopista está tranquila; apenas hay tráfico a estas horas. Debo de haber salido de Atlanta hará cosa de unos cuarenta minutos cuando el motor del Ford Ranger se detiene de pronto. Trato de arrancarlo pero no puedo. Se trata sin duda de un problema de la batería.

Intento llamar al seguro pero la batería del móvil también está descargada. Así que simplemente salgo del vehículo a respirar aire fresco y esperar que algún conductor pase por allí y me ayude. Por otros cuarenta minutos no pasa ni un alma. La noche está estrellada y tan sólo el sonido de los grillos allá a lo lejos interrumpe el silencio. Me alejo del arcén por un instante para orinar en medio del agreste descampado de arbustos y matorrales que hay junto a la autopista. ¡Justo entonces, en mitad de las tinieblas de la noche, diviso una infernal figura que hace que la sangre se me hiele del pánico! ¡Se trata de un espantoso ser como de dos metros y medio o tres de alto que viste una extraña escafandra plateada! ¡Un horror infinito se apodera de mí cuando me fijo en los guantes de esta sobrecogedora criatura y me percató que tan sólo tiene tres

dedos, aunque increíblemente gruesos!

El visitante avanza por el descampado y sigue su camino, sin prestarme atención. ¡A pesar de sus largas y portentosas piernas, este abominable ser no las mueve para caminar, sino que sus pies inmóviles se deslizan a escasos centímetros del suelo! Debe de estar como a unos cincuenta metros de mí. Se detiene y me observa por un instante, como con una curiosidad morbosa. Juraría que a través de la visera de su casco puedo distinguir un rostro de color rojo, pero no estoy seguro. ¡Si ese insólito gigante se me acercara en estos momentos no podría escapar! ¡Siento que mis piernas están agarrotadas por el terror! ¡Mis músculos están paralizados! ¡Un escalofrío atraviesa mi espalda! ¡Me encuentro a la merced de aquel espantoso ser! Miro el reloj para atestiguar la hora precisa del macabro encuentro cuando me percaté aterrado de que las manecillas están avanzando en orden inverso.

El visitante hace un gesto y una puerta de luz intensa se abre en mitad de la nada. El ser entra a través de ella y acto seguido, se cierra y desaparece. La oscuridad de la noche se apodera de la zona. No debe de haber pasado ni un minuto cuando un fulgor brillante ilumina todo el descampado. Allí, a escasos cincuenta metros de mí, justo donde vi al monstruo por última vez, se hace visible un descomunal objeto cilíndrico con forma de puro, como de una hectárea de grande. Una ráfaga de viento helado me golpea en la cara cuando veo que ese objeto luminoso despegó verticalmente y emprende el vuelo con gran celeridad. Lo más sobrecogedor es que lo hace en medio de un silencio total. La aeronave permanece allá a lo lejos, en el cielo, cerca de un minuto y luego desaparece. ¡El corazón me late tan deprisa que creo que voy a sufrir un infarto! Vuelvo a mirar el reloj... ¡Está parado!

10. Barras y estrellas.

Montgomery, Alabama. Una ciudad con mucha historia. Una ciudad, de hecho, que pudo haber cambiado la historia. ¿Por dónde empezar? Digamos que todo gran héroe tiene su villano y toda gran nación su antagonista. Si los Estados Unidos encarnan la libertad, los Estados Confederados de América representaron la esclavitud, la explotación del hombre por el hombre y la negación de que todos los humanos somos iguales ante Dios. En el siglo XIX el norte americano era industrial y el sur cultivaba algodón y tabaco que luego exportaba a Europa. Este delicado equilibrio de intereses saltó en pedazos cuando el norte propuso abolir la esclavitud (lo cual mermó la mano de obra sureña) y fijó fuertes aranceles para protegerse de los productos europeos (como la controvertida Morrill Tariff), medida que blindó la incipiente industria nortea y perjudicó las exportaciones del sur.

Siete estados del sur, viendo agraviados sus intereses, proclamaron los Estados Confederados en 1861. Eran Carolina del Sur, Misisipi, Florida, Alabama, Georgia, Luisiana y Texas. Cuando el presidente Abraham Lincoln llamó al ejército otros cuatro se separaron: Virginia, Arkansas, Tennessee y Carolina del Norte. Al estallar la Guerra Civil Americana, la Confederación partía en inferioridad: 9.100.000 habitantes (3.500.000 esclavos) y un ejército de 1.064.000 soldados versus 22.100.000 almas (400.000 esclavos) y 2.100.000 militares de la Unión. El 70% del ferrocarril, 90% de manufacturas y 97% de producción de armas eran del norte. En 1861 Montgomery fue elegida la primera capital de los Estados Confederados, pero a causa de la guerra la capital se tuvo que trasladar a Richmond, Virginia, ese mismo año. El último bastión en caer fue Danville, Virginia, en 1865.

La Confederación tuvo cuatro años de vida: los de la Guerra Civil

Americana (1861-1865) y su único presidente fue Jefferson Davis. Fue una nación extensa (2.000.000 de km²) pero pecó de excesivo localismo pues cada estado quería autogobernarse. Acabado el conflicto, los estados rebeldes fueron anexionados por la Unión. Tanto tiempo después de aquello, todavía hoy es frecuente encontrar nostálgicos con banderas confederadas en el sur de Estados Unidos. Aquí en Alabama aún se ven muchas. Si la Confederación hubiese ganado, hoy sería una de las principales potencias del globo y su victoria un éxito de la autodeterminación al tiempo que una obscena afrenta para la libertad. No soy neutral, lo admito... Soy sureño y orgulloso de ser americano. Republicano hasta la médula, lincolniano convencido, amante de mi patria. Amo los Estados Unidos porque amo la libertad.

-¿Así que tu jefe te ha despedido de la fábrica y no vas a cobrar ni un centavo de indemnización? Lo siento mucho, Frank... En serio. Debe ser duro ser blanco y al final descubrir que *el mejor país del mundo* te ha estado dando por el culo toda la vida. Eso al menos los negros lo sabemos desde el primer momento -oigo decir a un hombre de color a su amigo blanco cuando me los cruzo por la acera-.

Las relaciones interraciales nunca han sido fáciles en el sur. Y la capital de Alabama no es una excepción. En esta ciudad cuatro de cada diez habitantes son afroamericanos. Aquí todo el mundo tiene en el recuerdo a Rosa Parks, una costurera de raza negra que el 1 de diciembre de 1955 se negó a ceder su asiento en el autobús público a un hombre blanco y moverse a la parte trasera del vehículo. Fue encarcelada por alterar el orden público. El pastor bautista Martin Luther King abanderó un boicot a los autobuses de Montgomery. La población negra se organizó para viajar por sus propios medios y al final la compañía de autobuses tuvo que claudicar porque la falta de clientes le comportó enormes pérdidas. Un año después, la Corte Suprema declaró inconstitucional la segregación en el transporte. Hoy esa costurera es todo un

icono del movimiento de los derechos civiles.

-¡Arrepiéntos! ¡El fin del mundo se acerca! ¡La maldad se ha multiplicado en el mundo hasta límites nunca vistos! Dice la Palabra de Dios en Mateo 24:37-39: “Pero como en los días de Noé, así será la venida del Hijo del hombre, pues como en los días antes del diluvio estaban comiendo y bebiendo, casándose y dándose en casamiento, hasta el día en que Noé entró en el arca, y no entendieron hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos, así será también la venida del Hijo del hombre”. Hoy la gente vive muy feliz, ajena a todo... ¡Pero Dios quiere que sepas que el fin del mundo se acerca! ¡No es que sea algo más o menos próximo! ¡Es que es inminente! ¡Ciertamente te digo que muchos de nosotros no moriremos sin que antes haya regresado al mundo Nuestro Señor Jesucristo! ¡La primera vez vino como cordero, ahora vendrá como león! ¡Arrepiéntete ahora que aún estás a tiempo!

-Voy a hacerle una foto a este chiflado y la subo a internet -dice de mí un adolescente-.

-¡Mejor grábalo con el móvil! ¡Así nos echaremos unas buenas risas! - responde su amigo-.

-¡Apartaos de mí, insensatos! ¡No soy ninguna atracción de circo!

Ando predicando por la calle cuando paso por delante de un quiosco y unos titulares me llaman poderosamente la atención. El *Montgomery Advertiser* se hace eco de un OVNI avistado hace dos noches en la ciudad de Atlanta, Georgia, del cual existen numerosas fotografías y vídeos. También destaca la misteriosa desaparición de toda la población de Cochran, Georgia, de la que no se sabe nada. Por otro lado *USA Today* destaca que se han escuchado en la ciudad de Chicago sonidos como de trompeta. Dice el artículo que estos extraños sonidos se vienen escuchando desde hace un tiempo en varias ciudades del mundo como Sao Paulo, Buenos Aires, Berlín, Shangai o Tokio. El titular se pregunta: “¿Suenan las trompetas del Apocalipsis en Chicago?” y

en el cuerpo de la noticia explica que, según los científicos, puede tratarse de un fenómeno causado por el aumento de la actividad solar.

¡Es increíble qué ciego está el mundo! Por todos lados se multiplican las señales que presagian que algo está a punto de ocurrir pero siguen buscando explicaciones absurdas. Pago por los diarios y me los llevo. Los estoy leyendo cuando me percató de que un hombre calvo me observa detenidamente a unos cien metros de mí. Al parecer, lo lleva haciendo desde hace un rato. Quizás quiere decirme algo pero no se atreve o quizás me está siguiendo. Sólo hay una forma de averiguarlo, así que me dirijo hacia él. De súbito, comienza a correr. ¡Lo sabía! ¡Alguien me anda siguiendo! Corro tras de él con todas mis fuerzas. “¡Eh, usted! ¡Usted! ¡Deténgase!” -le grito-. Pero el individuo corre aún más rápido. La gente me ve con prisa y se aparta para dejarme pasar. Gira tras una esquina. Yo giro tras él ¡pero ya no está! Tendría que estar. ¡Es un callejón sin salida! Tendría que estar... ¡pero ya no está!

-¡No lo puedo creer! ¡Ha desaparecido! -me digo a mí mismo mientras retrocedo sobre mis propios pasos-.

-¡Ayúdame, por favor! -me dice alguien-. Miro a mi alrededor y no veo a nadie.

-¡Aquí! ¡Aquí! ¡Dentro de la papelería! ¡Por favor, ayúdame! -me dice la voz-.

Me asomo a la papelería y tan sólo veo un medallón de color ámbar.

-Me llaman David Owen. Estoy atrapado dentro de este medallón. ¡Por favor, ayúdame!

11. El medallón.

-Me llaman David Owen. Estoy atrapado dentro de este medallón. ¡Por favor, ayúdame!

Me encuentro en la calle Oak de Montgomery, Alabama. Tengo en mi mano un medallón de color ámbar. Por increíble que parezca oigo en mi cabeza una voz que parece proceder de ese objeto. Dicen que las alucinaciones auditivas son una señal de esquizofrenia. Quizás me esté volviendo loco.

-¡Por favor, ayúdame! -me insiste el medallón-

-¿Qué brujería es esta?! ¿Un medallón que habla?! ¿Cómo es posible que te oiga en mi cabeza si no emites sonido alguno?! ¿Pero qué demonios es esto?! ¡¿Acaso un medallón puede estar vivo?!

-¡No soy un medallón! Estoy dentro de un medallón, que es distinto. ¡Necesito que me ayudes a salir!

-¿Que estás dentro de un medallón?! ¿Pero qué es esto?! ¿Una broma para la tele?! -pregunto atónito-

Miro a mi alrededor en busca de alguna cámara oculta que me esté filmando en secreto. Pero sólo hay gente que pasa a mi alrededor y que me ve hablando con un medallón que tengo en la mano. Los peatones que pasan por mi lado se alejan rápidamente de mí, amedrentados, y me toman por loco.

-No es ninguna broma... ¡Por desgracia, no! Soy un científico que está atrapado aquí. ¡Por favor, ayúdame a recuperar mi cuerpo! Todo lo que tienes que hacer es llevarme a un sitio que te indicaré. Nada más. En cuanto recupere mi cuerpo, te recompensaré. Puedo darte una buena suma de dinero, hijo.

-¿Cómo es posible que estés dentro de un medallón?

-Bueno, es... Es difícil de explicar... Digamos que estoy aquí dentro por culpa de un hechizo mágico... ¡Necesito que me lleves a un chamán para que haga un sortilegio y me libere de aquí dentro!

-¿Me pides que te lleve a un brujo para que te ayude? ¿Acaso no sabes que yo soy un hombre de Dios?! La *Biblia* condena la adivinación, la magia, la hechicería y otras cosas semejantes... ¡Estas obras provienen de Satanás! ¡Aquí se separan nuestros caminos!

-¡No! ¡¡No!! ¡¡¡No!!! ¡¡¡Por favor!!! ¡No! ¡No! ¡Por favor! ¡Por favor! ¡Te he mentido! ¡No hay ningún chamán! ¡Te diré la verdad! ¡La pura verdad! ¡Pero por favor, no me dejes! ¡Te lo suplico, amigo!

-¡Habla!

-No hay ningún chamán, no hay ninguna magia. Lo prometo. Te he contado eso porque la verdad resulta aún más increíble que todo eso. Soy científico, como te he dicho. Doctor en Ciencias Matemáticas para ser exactos. Trabajo en un laboratorio de alta tecnología, con otros colegas científicos. Investigamos en el campo de la clonación humana. Habíamos desarrollado un sistema experimental por el cual la consciencia de una persona puede ser transferida de un cuerpo a otro, de un cuerpo a un clon o de un cuerpo a un receptáculo apropiado diseñado a propósito... ¡como este medallón por ejemplo! Yo estaba experimentando, quería saber hasta donde podía llegar y bueno... Digamos que algo salió mal y me quedé atrapado aquí dentro. Por distintos avatares que ahora no vienen al caso es que he llegado a Alabama. Por eso es que necesito que me lleves al laboratorio para revertir el proceso y recuperar mi cuerpo. Y la razón por la que te hablo y me oyes en tu mente es a causa de la sustancia con la que está hecho este medallón... Tiene un sistema de corrientes eléctricas que me permite transmitir mensajes al cerebro de una persona.... Por eso me oyes en tu mente... No porque estés loco.

-¡En el nombre de Dios! ¡Es la historia más disparatada que he oído en toda mi vida!

-Sí, sí, lo sé, lo sé... Parece una locura... Por eso te conté lo del chamán... Porque suena más creíble... ¡Pero te juro por lo que más quieras que ahora te

estoy diciendo la pura verdad! ¡Te doy mi palabra de honor! ¡Llévame a ese laboratorio y te recompensaré! Puedes sacarte unos buenos pavos...

-No necesito ningún dinero. Soy un misionero cuyo deber es anunciar que se acerca el Juicio Final. ¡El fin del mundo está a la vuelta de la esquina! Cuando Cristo regrese en su segunda venida no valdrán de nada los dólares... Si es verdad lo que dices, dame el número de teléfono de ese laboratorio.

-¡Imposible! Es un laboratorio secreto. Oficialmente no existe. No te lo puedo decir. Lo que sí puedo hacer es darte el teléfono de mi esposa. Llámala y pregunta por David Owen. Hace tres meses que desaparecí. ¡La pobre debe estar volviéndose loca! ¡Pero no le cuentes que estoy atrapado dentro de este medallón, por favor! Ni tampoco que has hablado conmigo. Prefiero hablar cara a cara con ella cuando recupere mi cuerpo. Su nombre es Marcia. Tenemos dos hijos, Spencer, de trece años y Adrian, de nueve. Llámala y pregunta por David Owen, matemático. 555-9648. Llama.

Llamo y corroboro la historia. Al otro lado de la línea telefónica me contesta una mujer. Se oyen de fondo los chillidos de dos niños jugando. La señora me contesta que su marido está desaparecido desde hace tres meses y acto seguido me pregunta de qué le conozco. En ese momento cuelgo el teléfono.

-¿Por qué me cuentas todo esto? ¿Por qué quieres que te ayude? ¿No tienes miedo de que desvele al público los secretos que me has contado? Ya sabes, lo de la clonación y todo eso... Apuesto a que es ilegal.

-¡Mírate! ¡Cualquiera que te vea pensará de ti que estás chiflado! ¡Vas anunciando el fin del mundo por la calle con un megáfono en una mano mientras haces sonar la campanilla con la otra! ¿En serio piensas contar a alguien que hay un laboratorio secreto en el que se puede transferir la consciencia humana de un cuerpo a un medallón, el cual manda mensajes a tu mente? ¡¿Pero quién te va a creer, hombre?! Le he pedido ayuda antes a otras

personas, cuerdas al menos en apariencia... Y muy sensatamente han salido huyendo... Pero tú... ¡Mírate! ¡Estás lo suficientemente chiflado como para pararte a hablar con un medallón en medio de la calle! La gente que pasa a nuestro alrededor piensa que estás hablando solo o que eres un borracho... ¡Pero a ti eso te da igual! Te importa un carajo lo que diga la gente de ti... Por eso anuncias el Juicio Final con un megáfono... ¡Y por eso sé que me ayudarás!

-Bueno, puedo meterte dentro de una caja y te envío por Correos donde tú me digas.

-¡No! ¡No funciona así! ¡Nunca llegaría allí! Para empezar ya te dije que el laboratorio oficialmente ni siquiera existe. Así que ningún cartero tiene su dirección. ¡No hay dirección! Y segundo, las medidas de seguridad impedirían que el paquete -es decir, yo- llegara a manos de mis colegas científicos, los únicos que pueden ayudarme. Los militares interceptarían el envío antes y nunca llegaría a su destino. No puedo revelarte la ubicación del laboratorio, pero si me llevas hasta el domicilio de cierto hombre que trabaja allí será más que suficiente. Él me ayudará. Amigo, necesito alguien de confianza que me lleve físicamente hasta allí. Que se asegure personalmente de que llego a las manos adecuadas. ¡Ayúdame, estoy desesperado! Una vez allí, te recompensaré, hijo. Lo prometo.

-Ya te he dicho antes que no me interesa tu dinero...

-¿Y qué querías a cambio?

-Me temo que no tienes nada que pudiera interesarme...

-Mira, tengo algo que seguro te va a gustar... Tú hablas de que el Juicio Final está cerca ¿no? Bueno, ¡podemos comprobarlo! Existe cierto artefacto que te permitirá conocer el futuro. Con él, podrías alertar mejor a la población... ¡Con mucho más detalle! Así dejarán de verte como a un loco y te creerán.

-¡Eso me interesaría! Te ayudaré, David. Te llevaré donde quieras. Pero

con una condición... Debo anunciar a la gente que se arrepienta de sus pecados porque son los últimos tiempos... Esta misión tiene toda la prioridad. ¡Dios me la ha encargado! Te llevaré donde tú me digas, pero antes tendrás que acompañarme adonde quiera que el Señor me mande a predicar este mensaje. ¿De acuerdo, David?

-Acepto. ¡Qué remedio! Pero por favor, llévame a Texas.

Me cuelgo el extraño medallón alrededor del cuello y me subo a la camioneta. La gente que pasa por la calle me mira como si fuera un demente. No puedo culparla. Yo mismo me pregunto a veces si quizás no lo soy. Arranco el motor. Nos disponemos a salir de Montgomery. ¿Destino? ¡Sólo Dios sabe!

12. ¡Ranas!

Hace sólo unas semanas yo era un mendigo que dormía en la calle en medio de cartones. Un ángel se me apareció una noche y me ordenó anunciar a la humanidad que el Juicio Final es inminente. Desde entonces he visto de todo: nevar en Miami en pleno verano; una profeta que supo de mí por medio de sueños; canibalismo; extrañas sombras en la carretera; un francotirador que a punto estuvo de matarme; un nuevo Pentecostés; un pueblo fantasma cuya población parece haberse evaporado; un OVNI; un alienígena de tres metros y un espía que desapareció misteriosamente en cuanto fui tras él. Voy conduciendo camino de Birmingham y me río de mí mismo. Me acompaña David Owen, un científico atrapado en un medallón que me ha pedido ayuda

para recuperar su cuerpo. A estas alturas de la película ya no me extraña nada. ¡O me ponen una camisa de fuerza o salvamos el mundo!

-¿Y cómo te dio por ir anunciando por ahí el Apocalipsis, Walter? -me pregunta extrañado mi compañero de viaje, el doctor Owen-. ¿Qué te hace pensar que el fin del mundo se acerca? Eso lo pensaban ya en los tiempos de Cristo y de eso hace más de dos mil años y ya ves, que no ha pasado nada.

-Me lo reveló un ángel -le contesto-.

-¿Se te apareció en sueños?

-No. Se me apareció físicamente. En Miami. En un callejón.

-¿Y cómo sabes que era un ángel? ¿Tenía alas? -me inquiera curioso-.

-No. Pero hacía milagros.

-Mmmm... ¡Vaya! ¡Qué... *interesante!* -responde con incredulidad-.

-El ángel me dijo que te encontraría en Montgomery, que me pedirías auxilio y que te ayudara. Por eso lo hice. Ya sé que no crees nada de lo que te digo. El ángel también me advirtió de que eras ateo...

-Sí, bueno, yo soy ateo... ¡Soy científico y es normal que lo sea! ¡Ciencia y religión son polos opuestos!

-¿Y no le llama la atención a usted, señor ateo, que en el mundo estén pasando cosas tan raras? ¡Éstas son las señales que Dios está mandando para avisarnos de que estamos en los últimos tiempos! Cada vez ocurren cosas más extrañas... ¿Acaso no ves las señales? Fíjate, *USA Today* por ejemplo, lleva en portada el caso de unos misteriosos sonidos que recuerdan a las trompetas del Apocalipsis... Dice que han sonado en Chicago con una claridad meridiana y que están sonando en otras partes del mundo...

-¡Oh, sí! ¡Conozco el caso! Pero en realidad no hay nada de sobrenatural en todo esto. Verás, este fenómeno podría estar producido por el repentino aumento de la actividad solar. Otros científicos, en cambio, apuntan a la pérdida de potencia en la magnetosfera como consecuencia del cambio de

polaridad en la Tierra y que esta falta de intensidad permite que una parte de la energía solar penetre en nuestro planeta causando dichos ruidos. También los hay que piensan que puede ser por el aumento en la frecuencia de las resonancias de Schumann... Sea como sea, tiene una explicación racional.

-Entiendo... A ver qué me dices de esto... Cuando salí de mi Miami natal para emprender esta aventura, paré una noche en Tampa... Y no te creerás lo que vi... Era por la madrugada, iba conduciendo cuando de repente me encontré con un grupo de diez o doce personas en mitad de la carretera. Eran hombres, mujeres y niños... Algunos llevaban bañador y otros iban vestidos como en los años 70. Estaban completamente inmóviles, como paralizados. Lo más aterrador era que no tenían nariz, ojos ni boca... Su rostro estaba totalmente oscuro... Como una sombra. ¿Qué otra cosa podrían ser sino espíritus del más allá? No te pido que me creas, pero esto lo vi con mis propios ojos.

-Bueno ¡en realidad sí te creo! -me responde satisfecho-. Cuando era pequeño solía ir con mis padres y mi hermana a veranear a Tampa, y aunque nosotros nunca vimos nada extraño un primo mío, que también veraneaba allí, me relató hace muchos años un testimonio muy muy parecido al tuyo... Pero no se trata de fantasmas... Esto, aunque tú no lo creas, también tiene una explicación racional...

-¿Y cuál es?

-Hace ya muchos años, cuando tú aún no habrías nacido o serías muy pequeño, ocurrió una terrible desgracia en un camping de Tampa... Un camión cisterna cargado con gas propileno se desvió por una carretera secundaria... Hoy por ley deben ir por la autopista pero en aquella época aún era legal... El caso es que el camión llevaba un exceso de peso y superaba la velocidad permitida, así es que volcó muy cerca del camping y hubo una explosión tremenda... Se formó una gran bola de fuego que quemó las caravanas y las

tiendas que encontró a su paso y acabó con la vida de muchos turistas. El horror se multiplicó porque explotaron las bombonas de butano y los coches de los veraneantes. Las llamas afectaron la zona sur del camping y arrasaron todo en un radio de 300 metros. Más de cien personas murieron calcinadas... Los turistas que tenían más cerca la playa trataron de salvar sus vidas lanzándose al mar pero la lengua de fuego calentó el agua hasta alcanzar una temperatura de 2000 grados centígrados. Nadie logró sobrevivir. Había incluso gente que iba corriendo con llamaradas de fuego a sus espaldas... ¡Fue un espectáculo dantesco, un infierno!

-¿Tú estabas allí? -le pregunto-.

-No. Ese año no fuimos. Pero recuerdo que salió en los diarios y fue un caso muy sonado en su momento. La prensa sacó en la portada la foto de los cadáveres... Estaban totalmente carbonizados y en posturas de tensión. Yo por entonces era un niño y tú ni habrías nacido... A partir de ahí, en ocasiones, no siempre, se ven turistas sin rostro o con el rostro cubierto de sombras... En fin, cosas raras.

-¡Qué curioso! ¡No conocía esta historia y eso que soy de Florida!

-Bueno, en realidad poca gente la conoce... La administración se encargó de silenciar el asunto para no perjudicar el turismo.

-¿Pero entonces quiénes son esos seres? ¿Son las almas en pena de los difuntos que peregrinan por la zona?

-Bueno... Hay dos teorías al respecto, Walter. La primera es que se trata de las almas de niños que no saben que están muertos, que juegan, que piensan que lo que están experimentando es la vida y cuando se acercan los turistas y no pueden interactuar con ellos se dan cuenta de que algo pasa. Desorientados, viven en un mundo de tinieblas y buscan la luz, por eso se acercan a las luces largas...

-¿Y la segunda?

-La segunda es la teoría de la impregnación. En ocasiones extraordinarias, cuando se produce un suceso luctuoso o una muerte macabra, del cuerpo de las víctimas se libera una especie de energía que se queda *grabada* en la atmósfera, por decirlo de algún modo. Es como si grabas tu imagen en una cinta de vídeo... Tu imagen sigue ahí, aunque pasen los años, pero tú ya no estás ahí. También es comparable a la casa del fumador, que aunque haya apagado el cigarrillo el humo sigue allí como una especie de rastro de algo que ocurrió en el pasado pero que ya no sucede en el presente. Yo no creo en la existencia del alma inmortal, por lo que esta segunda teoría me parece mucho más plausible. Lo que tú viste debía de ser ese *rastros* de las víctimas, pero en realidad ya no había nadie allí.

-¡Vaya! -le digo sorprendido-. ¡Eres un pozo de sabiduría! ¡Tienes respuestas para todo!

-No. Sólo soy científico. Siempre trato de descartar la superstición y buscar una explicación racional.

-¿Qué me dices del OVNI que ha sido avistado en Atlanta hace dos noches? Hay muchas fotos y vídeos.

-Un globo sonda.

-¿Y si te dijera que yo vi la nave extraterrestre y a un alienígena enorme a tan sólo cincuenta metros de mí?

-No me lo creo. Lo habrás soñado. Al igual que Dios o Santa Claus, los marcianitos verdes no existen -me responde con sorna-.

-¿Y qué me dices del incidente de Cochran? ¡Cinco mil personas han desaparecido sin dejar rastro!

-¡A lo mejor han sido abducidas por el OVNI! -responde sarcástico entre risas burlonas-.

-¡No te burles! Yo pasé por allí hace unos días y verdaderamente era un pueblo fantasma. ¡Era como si se los hubiese tragado la tierra!

-¿También estuviste allí?! ¡Joder, Walter, eres un auténtico imán para las rarezas! Ángeles, espíritus, platillos volantes, desapariciones misteriosas... ¡Todo te ocurre a ti! -contesta divertido-. Bueno, la verdad que esto sí que es un auténtico misterio... Mmmm... Creo recordar que en Pulaski, Tennessee, el pueblito donde yo nací, ocurrió algo parecido hace unos siglos... Lo leí en un libro de historia local, aunque ya hace muchos años de esto y no recuerdo con precisión los detalles... Si quieres, nos podemos acercar y lo consultamos en la Biblioteca del condado... No queda lejos de aquí.

-Me parece bien. Pero antes nos quedaremos en Birmingham un par de días.

Por fin llego a la ciudad más grande de Alabama. Esta urbe creció rápidamente al calor de la industria acerística hace décadas y aún sigue ofreciendo espléndidas oportunidades en este resurgir del Sur americano. Birmingham es de hecho una de las localidades punteras del sur estadounidense junto con Atlanta, Charlotte, Nashville o Miami. El trayecto de una hora y veinte minutos entre Montgomery y Birmingham se me ha pasado volando. Aparco. He disfrutado mucho la conversación con David. Pese a su incredulidad, su soberbia y su ateísmo, es un hombre culto al que respeto. En otras circunstancias quizás incluso podríamos haber llegado a ser amigos, pero no hay tiempo. Tengo una misión que cumplir. ¡El mundo parece un hervidero, una inmensa olla a presión a punto de estallar! ¡Y yo he sido elegido por el Todopoderoso para anunciar que el Juicio Final se acerca!

-En fin, amigo, haz lo que tengas que hacer -me dice-. Tú ya sabes que yo no creo en Dios sino en la ciencia... Lo sobrenatural es una ilusión... Detrás de todo, siempre hay una explicación racional.

-No seas incrédulo, David. ¡Dios existe!

-¿Ah sí? ¿Y si Dios existe por qué no hace un milagro ahora mismo? -me pregunta escéptico-.

De súbito comenzamos a oír golpes sobre el techo del Ford. ¡Entonces veo

caer ranas sobre el capó de la camioneta! Algunas saltan hacia el parabrisas, como intentando entrar en el automóvil. ¡En cuestión de segundos la calle se llena de cientos o miles de ranas que están cayendo del cielo! ¡Por momentos el horizonte se oscurece por una inmensidad de batracios que tapa el Sol! La gente corre atemorizada y trata de refugiarse de tan grotesca lluvia en los porches de las casas. Todo el mundo contempla estupefacto el fenómeno. Algunos señalan aterrados al cielo y otros tratan de cubrirse con los brazos como buenamente pueden. Una multitud de ranas salta en medio de las calles o por encima de los coches. Por un instante pienso en lo que debió sentir el Faraón en ese bello pasaje bíblico de Éxodo 8:1-15 cuando Yahvé decidió castigar a Egipto con una plaga de ranas. ¿Asistimos a una nueva advertencia de los cielos? Croac, croac, croac. ¡No se oye otra cosa que el croar de las ranas!

-Esto... Esto... ¡Es una simple casualidad! ¡Seguro que hay una explicación racional! -dice asustado David-.

-Seguro, amigo -respondo con ironía-, seguro.

13. Los subterráneos.

Pulaski, Tennessee, no dejaría de ser un pueblo de mala muerte al que no conocería ni la madre que lo parió de no haber sido la cuna del Ku Klux Klan. En un principio esta organización nació aquí en Pulaski como un grupo inofensivo que gastaba bromas y organizaba rituales burlescos a víctimas señaladas. Pero este club social pronto derivó en una organización terrorista

con el odio por bandera. Sus miembros rápidamente comenzaron a hacer todo tipo de pillerías, asaltando casas y escuelas. Nació en 1865, recién acabada la Guerra Civil, con la idea supremacista de que la raza blanca era superior a cualquier otra y la defensa a ultranza de la esclavitud para los negros. Su intolerancia también les llevó a odiar a judíos, católicos, homosexuales, comunistas, inmigrantes y a cualquiera que estuviera en contra de los ideales de estos fanáticos encapuchados de extrema derecha.

En 1915, la película *El nacimiento de una nación* de D.W. Griffith despertó entre los jóvenes una fiebre por el Ku Klux Klan. En sus buenos tiempos el KKK tuvo más de cinco millones de miembros, pero a partir de 1944 comenzó su declive, cuando, en plena Segunda Guerra Mundial, mostró sus simpatías por los nazis en lo que constituyó un acto de traición hacia su propio país. Bajo la luz de una cruz en llamas cometieron incontables asesinatos. Llegaron a poner bombas en iglesias, y a matar soldados americanos. Los jurados populares declaraban inocentes a estos asesinos, que actuaban impunemente. De hecho, no fue hasta 1965, nada menos que un siglo después de su nacimiento, que el primer miembro del klan entró en la cárcel. Esta basura humana hoy cuenta con apenas 3000 miembros en América pero buena parte de sus ideas han calado en el sur.

-Yo nací aquí ¿sabes, Walter? Puede que Pulaski sea un agujero en medio de la nada y que tenga fama de racista, pero las cosas han cambiado mucho. De niño fui bastante feliz aquí -me confiesa David-.

-¿Y Pulaski guarda alguna relación con el caso de Cochran? -le pregunto-.

-Quizás. Ese incidente de Cochran, Georgia, del que hablan todos los diarios es un auténtico misterio. Cinco mil personas han desaparecido sin dejar ni rastro. ¡El pueblo entero se ha esfumado! Esto no ocurre todos los días, desde luego -comenta intrigado-. La cuestión es que tú dijiste una frase... “Es como si se los hubiese tragado la tierra”, comentaste. Cuando la escuché

fue como si un resorte mental de mi niñez se hubiera conectado. Me hizo acordarme de una historia de miedo con la que me solía atemorizar mi abuela cuando yo era niño: la historia de los subterráneos -me explica-.

-¿Qué historia es ésta?

-Me la contaba mi abuela por las noches. Yo pensaba que era una leyenda o algo así, pero luego, con el paso de los años, descubrí que no, que se trataba de un episodio histórico absolutamente real. Y pasó aquí, en Pulaski. Todo el mundo nos conoce por lo del Ku Klux Klan pero esta historia es mejor. Y quizás tenga relación con lo de Cochran... Ya sabes, por lo de que “se los ha tragado la tierra”.

-¿Y de qué trata, David?

-Trata de... Bueno, es mejor que lo compruebes tú mismo... Hemos llegado a la Biblioteca del condado. Es ahí -dice refiriéndose a un edificio-. Cuando entres, pide a la bibliotecaria el libro *Pulaski History 1809-1950*^[6]. Es de Nelle Roller Cohen, un cronista local que se ha encargado de documentar toda la historia del municipio. Ahí está documentado este hecho, repito, absolutamente real.

Pulaski History 1809-1950 de Nelle Roller Cohen. Editorial Giles County Historical Society^[7], 1986. Página 83. Dice así:

“LOS SUBTERRÁNEOS.

Pocos años después de la derrota confederada en la Guerra Civil, Pulaski fue testigo de un suceso inexplicable que fue registrado por James Morgan, cronista local. Este documento, poco conocido, obra en poder del archivo del Ayuntamiento y me ha parecido digno de mención. Por su indudable interés histórico pasamos a reproducir íntegro el fragmento. Esto documenta el archivero James Morgan:

'Domingo, día 14 del quinto mes del año 1871 de Nuestro Señor Jesucristo. Pulaski, Tennessee, entre la una y las dos de la tarde:

A legua y media de la Iglesia Metodista, en las afueras del pueblo, han aparecido cuatro escuadrones de gentes. Se trataba de hombres grandes, vestidos de negro, que salían de la tierra. La primera vez salieron como cuarenta o cincuenta en número y luego se volvieron a sumir debajo de la tierra.

Del mismo lugar, y hacia la misma parte, surgió un segundo escuadrón de gentes tres veces mayor que el primero. Los dirigía un hombre blanco, de unos cincuenta años de edad. Dirigiéndose hacia Richland Creek y después de diez minutos de travesía desaparecieron sin dejar rastro alguno. Su destino es un auténtico misterio. Pareciera que la tierra misma se los hubiese tragado.

Al poco tiempo apareció un ejército de gentes mucho mayor que el primero y el segundo juntos, el cual quedó dividido en dos partes. Aquellos hombres portaban una bandera azul muy grande, y después de inspeccionar los alrededores se volvieron a sumir debajo de la tierra.

Desde allí, al poco rato, a dos tiros de ballesta de donde se mostraron los otros ejércitos, vieron de improviso salir de la tierra otro ejército y multitud de gentes sin número y mayor estatura que los demás, caminando hacia la misma mano izquierda, en dirección a Richland Creek. Vieron por espacio como de un cuarto de hora y luego desaparecieron como los de antes.

Esto lo vieron John Lester (maestro de escuela), Henry Zimmerman, vecino de Pulaski y ayudante del sheriff, y su primo George, vecino de Pulaski, y la esposa de John, hermana de Henry. De esto dieron testimonio también otras gentes de los municipios colindantes, especialmente de Aspen Hill.

Por la tarde el sheriff del condado, Nathan Kowalsky, ha inspeccionado la

zona en compañía de sus ayudantes. Ningún túnel, entrada o salida a la tierra han sido hallados. El modo en que estos hombres subterráneos entraban y salían de las profundidades de la tierra constituye un absoluto misterio”.

Después de leer esto, no sé qué pensar. Vine a Pulaski por respuestas y me voy de aquí con más preguntas.

14. El abominador.

Estados Unidos es ese país con el que Martin Luther King soñaba y Malcolm X tenía pesadillas. La derrota de los confederados en la Guerra Civil en 1865 supuso el fin de la esclavitud, al menos formalmente. Sin embargo, los negros no vieron equiparados sus derechos civiles a los de los blancos. Entre 1876 y 1965 estuvieron vigentes en los Estados Unidos las Leyes de Jim Crow. En virtud a estas leyes, y bajo el lema “separados pero iguales”, se implantó una segregación racial que separó a los blancos de los negros en las escuelas públicas, lugares públicos, transporte público, baños, restaurantes, fuentes de agua potable o incluso el Ejército. Los negros no podían estudiar en la Universidad, cobraban menos por realizar el mismo trabajo que un blanco y por supuesto tampoco podían votar. Ni que decir tiene que los matrimonios interraciales estaban prohibidos por ley.

Tras muchos años de lucha, esta pesadilla racista tocó a su fin: el Tribunal Supremo declaró inconstitucional la segregación escolar en 1954; y la Ley de Derechos Civiles de 1964 y la Ley de Derecho de Voto de 1965 promulgadas

por el presidente Lyndon B. Johnson enterraron cualquier discriminación racial. Como epílogo a esta locura, la Corte Suprema abolió la prohibición de los matrimonios mixtos en 1967. Tales cambios cayeron como una bomba aquí en el sur pero fueron posibles gracias a la tenacidad de un puñado de hombres buenos como Malcolm X -asesinado en 1965- o Martin Luther King. Precisamente King fue quien dirigió la histórica marcha del millón de negros a Washington en 1963 y tenía prevista la marcha del millón de pobres cuando lo asesinaron en 1968. King murió tiroteado aquí, en la sureña Memphis, la ciudad más grande del Estado de Tennessee.

Quizás venir a Memphis no fue una buena idea después de todo. La ciudad es pasto de las llamas y presa del pillaje. Estos días muchos afroamericanos se han lanzado a las calles para protestar por la muerte de Maurice Acker, un joven negro que fue tiroteado hace poco por policías blancos. La comunidad afroamericana lo denuncia como un caso de racismo. La policía, en cambio, argumenta que el sospechoso se resistió a cooperar con las autoridades, que hizo caso omiso cuando le ordenaron levantar las manos y que en última instancia le dispararon porque creían que llevaba un revólver. Al final resultó que estaba desarmado. No conozco los detalles, así que no me atrevo a aventurar qué pasó allí. Lo cierto es que este tipo de episodios se repite demasiado a menudo en este país y eso en Memphis, ciudad con un 60% de negros, equivale a prender una mecha a un barril de pólvora.

Los disturbios raciales están a la orden del día en América. Harlem, Rochester, Philadelphia, Watts, Chicago, Cleveland, Los Ángeles, Cincinnati... Cada vez hay más violencia en las calles, en especial desde lo de Rodney King. El odio se expande como la marea negra de un buque petrolero que naufraga en alta mar. Los negros dicen que todos los blancos son racistas y se sienten como americanos de segunda. Los blancos dicen que los negros arruinan los barrios, que sólo piensan en cometer crímenes, que hay más

negros en la cárcel que en la Universidad. Pero el problema real no es la raza. Negros, blancos, mulatos, hispanos, asiáticos... ¡Todos creados por el mismo Dios! El problema es la inmoralidad y el pecado. Sexo, drogas y permisividad. ¡Si las cosas siguen así vamos a tener más disturbios, más muerte, más dolor, hasta que el mundo entero arda como un carbón encendido!

Ante mis ojos se alza el horror más absoluto. Memphis se ha convertido en un infierno dantesco. Veo vidrieras rotas, asaltos a las tiendas, contenedores de basura ardiendo en llamas. El crepitar del fuego anuncia una batalla campal. Jóvenes lanzan piedras contra los escaparates. Los vándalos rompen las puertas de los supermercados y arrasan con todo como si fueran vikingos. Veo furgones de la policía volcados y quemados. Encapuchados asaltan comercios y grandes almacenes, los reducen a cenizas. Hay establecimientos completamente destruidos. Caos y descontrol absoluto. Tiroteos, vandalismo, saqueos. Las luces de las sirenas de los coches de la policía destacan entre el humo de los incendios y el de los gases lacrimógenos. Una inmensa humareda me impide ver con claridad. El estruendo de una gran explosión se oye a lo lejos. El crujido de un vidrio suena bajo mi bota.

Una lluvia de piedras hace retroceder a los antidisturbios. Jóvenes armados con barras de acero se enfrentan a los federales. Un tipo vestido de Mickey Mouse le saca una navaja a otro. Unos padres jóvenes enganchados a la heroína se meten un chute en plena calle mientras su bebé desnutrido llora de hambre. Un bandido asalta en un callejón a una vieja y le arranca los dientes a golpes. Un pederasta entra a un motel con una niña de nueve años a quien hace pasar por su hija. Un agente aporrea con sadismo y crueldad a un paralítico tirado en el suelo. Una banda de narcotraficantes ametralla a todo el mundo a su paso. Una adolescente es salvajemente violada y cosida a puñaladas. Un policía le saca un ojo a una manifestante al dispararle una pelota de goma. Un cóctel molotov impacta en la cara de un anciano. Las sirenas de las

ambulancias y los bomberos suenan allá a lo lejos.

-¡Odia! ¡¡Odia!! ¡¡¡Odia!!! -clama en medio del caos un hombre iracundo-.
¡Que el odio más profundo se apodere de tu alma! ¡Porque se levantará nación
contra nación y reino contra reino! ¡El hermano entregará a la muerte al
hermano, y el padre al hijo! ¡Los hijos se alzarán contra los padres y los harán
morir! ¡Odia, destruye, aniquila! ¡Que nada quede en pie! -proclama con los
brazos en alto-.

¡Ahora lo entiendo! ¡Esto no son disturbios raciales! Quizás lo fueron en un
principio, pero han degenerado en un todos contra todos, en una guerra
fratricida. Y este ser es el verdadero responsable. ¿Quién es este hombre si es
que podemos llamarlo así? ¿Qué demonio tiene dentro de él o qué demonio es
él mismo para trastornar los corazones de los hombres de semejante manera?
Puedo notar su magnetismo, su carisma, su discurso hipnótico cargado de ira...
Este abominador controla las emociones de la gente con su sola palabra. Sus
ojos son de un azul cristalino, su pelo rojo como las llamas del infierno, su
piel blanca como la nieve y su lengua tiene el veneno de una serpiente. En
medio del caos todo el mundo se mata entre sí, pero a él no lo toca nadie. Ni
siquiera lo rozan. ¿Quién es el abominador? ¿De dónde ha surgido este
predicador del odio? ¡Siento cómo fluye su poder!

Un joven revienta a patadas la cara de su padre. Dos chicas negras
propinan salvajes puntapiés en la barriga a una mujer embarazada de raza
blanca. Tres amigos le prenden fuego a un mendigo y se divierten entre
risotadas al verlo arder. El aficionado de un equipo de baloncesto vacía el
cargador de su Beretta en el pecho del seguidor de un equipo rival. Una madre
lanza a su bebé al contenedor de la basura. Alegres blasfemias brotan como
torrentes de la boca de un sacerdote embriagado de alcohol. Un furioso albañil
vestido con un mono sucio de cemento se ensaña al hundir un cuchillo en el
vientre de una señora de mediana edad ataviada con abrigo de visón y collar

de perlas. Unos gays le propinan una paliza a un pastor evangélico. Una monja está a punto de ser violada por unos musulmanes. Unos desalmados arrojan a un chico con silla de ruedas desde lo alto de un quinto piso.

David Owen, mi compañero de viaje, me grita histérico que nos larguemos a toda prisa. Es un consejo muy sabio y tiro marcha atrás con mi Ford Ranger. Trato de alejarme del alboroto cuando una banda de delincuentes juveniles se sube al capó de mi camioneta y lo golpea con bates de béisbol y cadenas. Estamos rodeados por todos lados. Deben de ser como unos ocho muchachos chillando como salvajes y dando patadas y golpes al automóvil. David está en estado de pánico. ¡Entonces saco mi Winchester Widow Maker y juro por Dios que si alguien ha de morir esta noche no seré yo! Los encaño y huyen atemorizados. ¡Gracias al cielo no ha hecho falta matar a nadie aunque estaba dispuesto a ello! Trato de escapar como puedo de aquel infierno. Un tipo con la boca abierta y un tiro en la cabeza que yace muerto recostado sobre el sillón de su coche parece decirnos adiós.

15. Creer para ver.

Hay quien dice que Arkansas es el culo de los Estados Unidos. Yo no estoy de acuerdo: el culo de Estados Unidos es Montana. He estado allí un par de veces y lo único que tiene para ofrecer es frío. Arkansas es un estado muy rural que lo más importante que ha dado al mundo es el presidente Bill Clinton, lo cual no es de gran consuelo. Esto es un pueblo de montañeses que no tienen nada mejor que hacer que tocar el banjo en el porche de su casa.

David y yo nos dirigimos a Little Rock. Las ruedas de la camioneta dejan atrás un rastro polvoriento en la carretera. El paisaje me confunde. Los árboles mezclan tonalidades verdes, naranjas, ocres y amarillas en su follaje. El aspecto bucólico de las montañas y praderas recuerda a un otoño imperecedero. Arkansas es famosa por su belleza natural. El viaje resulta aburrido y tedioso pero nos da la oportunidad a David y a mí de conocernos mejor.

-¿Sabes una cosa, Walter? -me pregunta mi compañero rompiendo el silencio-. He de confesarte algo: admiro tu fe. ¡Ojalá yo pudiera tenerla! ¡Pero no puedo! Una de las razones por las cuales no creo en Dios es porque soy científico. Yo necesito tener evidencias para poder creer en algo. Y me temo que si Dios existiera la ciencia lo habría comprobado hace mucho tiempo - afirma engreído y petulante-.

-¿De qué ciencia me hablas? -le respondo mientras sigo manejando el volante y mirando a la carretera-. En pleno siglo XXI la ciencia humana es incapaz de curar el resfriado. Ni siquiera hemos salido del Sistema Solar. Es más, sabemos más de la superficie lunar que de los fondos marinos, que constituyen las tres cuartas partes del planeta. Sé un poco más humilde, David. Si el conocimiento humano es incapaz de erradicar algo tan simple como el resfriado ¿cómo exiges pruebas de la existencia de Dios? Primero acabemos con el resfriado y luego ya nos fijaremos metas mayores ¿no crees?

-Bueno, bueno... -me responde contrariado-. Quizás no me he explicado bien. Lo que yo quiero decirte es que nunca nadie ha visto a Dios. ¿Por qué entonces deberíamos creer en Él? -me pregunta incrédulo-.

-Es curioso. Hace años comentaron en las noticias que los científicos de la NASA habían anunciado que el 95% del Universo está compuesto de una sustancia llamada materia y energía oscura, que es invisible. Eso quiere decir que ese Universo tan inmenso que vemos en los telescopios, con sus galaxias,

sus nebulosas, sus supernovas, sus agujeros negros... Ese Universo que vemos tan descomunal, de millones y millones de años luz de distancia, ese Universo con ese tamaño tan monstruoso que la mente humana es incapaz de concebir, es tan sólo un 5% de lo que realmente hay. Hay un 95% más de cosas que están ahí y que no las podemos ver. Cuando los astrofísicos de la NASA afirman esto nos lo creemos porque ¿quién va a saber más que ellos? La cuestión es ¿cómo podemos aceptar que el 95% de todo cuanto existe es invisible y luego decir que Dios no existe porque nadie lo ha visto nunca? ¿No te parece paradójico? Yo creo que es para meditar.

-De la materia y energía oscuras se han encontrado evidencias, Walter. Aun aceptando que Dios pudiera existir y ser invisible ¿hay evidencias de ello? ¿Realmente qué te hace pensar que existe un ser todopoderoso que es creador del Universo y que escucha pacientemente tus oraciones cada noche?

-Mira, no sabemos con certeza si Dios existe. Lo que sí es seguro es que el Universo existe. En eso estarás de acuerdo conmigo. Estamos aquí. Si no, no estaríamos teniendo esta conversación ahora mismo.

-Sí ¿y?

-Pues que sólo hay dos opciones: o el Universo ha existido eternamente o hay un Creador detrás de todo.

-¡En todo caso deberéis ser vosotros los creyentes los que demostréis su existencia! -me contesta visiblemente molesto-. Los ateos no podemos probar lo contrario porque resulta imposible demostrar la inexistencia de un ser imaginario. De igual manera que no se puede comprobar que no existe Santa Claus, la tetera voladora o los unicornios, pasa lo mismo con Dios -añade jactancioso y ufano-.

-Te equivocas. Sí que es posible demostrar la inexistencia de Dios.

-No, no lo es...

-Sí lo es. Mira, David, afirmar que Dios no existe es tanto como decir:

Uno, que el Universo se ha creado él solo y a sí mismo (o dicho de otro modo, que el Universo es creación y creador al mismo tiempo); dos, que el Universo ha surgido de la nada, como decía el ateo Stephen Hawking, o, en su defecto, que proviene de una causa que no es Dios; y tres, que el Universo, tal y como lo conocemos actualmente, es producto del azar. Bastaría con demostrar estas tres tesis para hacerle jaque mate a Dios, pero como tú mismo dices: ¿Dónde están las evidencias? ¿Dónde están las pruebas?

-¿Y por qué hay tanta maldad en la Tierra, amigo? Un niño muere de hambre en el mundo cada tres segundos, Walter -replica disgustado-. ¡Un Dios que permite esto en absoluto puede ser considerado bueno!

-¡Ah, el eterno problema del mal! -suspiro-. David, existe comida suficiente en el mundo para alimentar al doble de la población mundial... ¿Por qué entonces hay gente que muere de hambre? Si todos los países emplearan solamente el 1% del presupuesto que destinan a Defensa, ya se habría erradicado la pobreza en la Tierra hace mucho. ¿Por qué no se hace? El Señor nos ha dado libre albedrío para actuar. Somos nosotros los que decidimos salvar al niño o condenarlo. Dios no ha creado el mal, David; el mal es el resultado de que el hombre no tenga el amor de Dios en su corazón.

-Como te dije anteriormente, ojalá tuviera tu fe. Los creyentes parecéis tener un consuelo que para mí quisiera. Ojalá que si Dios existe se mostrara al mundo de forma inequívoca... ¡Ojalá se dejase ver!

-¿Sabes? Creo que Dios podría firmar su nombre en las estrellas, o poner en cada uno de los átomos *Made in Heaven*^[8], pero aun así le gente no creería... Los judíos vieron abrirse el Mar Rojo y llover maná del cielo, y los apóstoles vieron a Cristo sanar paralíticos, curar ciegos y hasta resucitar muertos... ¡Y aun así dudaron! Los humanos somos así... Queremos ver para creer pero Dios nos pide creer para ver. La auténtica revelación de Dios pasa no tanto por un milagro exterior sino más bien por buscarlo en nuestro interior.

Si buscas a Dios de todo corazón, Él se revelará en tu vida, David...

Sigo conduciendo la camioneta cuando de repente vislumbramos en el cielo un extraño fenómeno que nos asombra y sobrecoge a partes iguales. Las nubes se mueven a una velocidad inusitada para formar dos ojos en el cielo. Se trata de dos ojos gigantescos, con sus párpados, pestañas, escleróticas, iris y pupilas perfectamente definidos. Por encima de ellos, sobresalen unas cejas pobladas, de varón. Su mirada es penetrante, inquisitorial. Detengo el vehículo y salgo a observar el fenómeno con más detalle. Otros conductores hacen lo mismo y comienzan a hacer fotos con el móvil. Estoy como petrificado. Siento un temblor en las piernas, un temor reverente de Dios. David está atónito: no da crédito a lo que está viendo, no puede ni siquiera articular palabra. ¿Es una señal del cielo? ¿Se acerca el fin del mundo? Tras diez minutos los ojos de Dios desaparecen sin dejar rastro.

16. UVB 76.

Cuenta la historia que en el año 1621 de Nuestro Señor un grupo de puritanos estuvo a punto de morir de hambre en Plymouth, Massachusetts, por la crudeza del invierno y las malas cosechas. Los nativos de la tribu wampanoag acudieron en su auxilio, seguramente porque aquellos colonos no habían llegado con la intención de arrebatarles el oro a punta de fusil ni tampoco de quemar a los indígenas en la hoguera, como hacían los castellanos en América. Tan sólo querían comprarles sus tierras, sembrar semillas y disfrutar de la libertad. Aquel día amerindios y europeos compartieron los

alimentos, entre ellos el pavo, y los puritanos dieron gracias a Dios por salvar sus vidas. Hoy el cuarto jueves de noviembre conmemoramos tal hecho y celebramos ser una nación libre en la que cientos de millones le damos gracias al Señor por lo mucho que nos ha dado a lo largo de todo el año.

Hoy festejamos el día de Acción de Gracias en casa de la familia O'Hara. He de confesar que en verdad siento que Dios me la ha enviado para socorrerme como hicieron los wampanoag con aquellos colonos. Hace un par de semanas sufrí un aparatoso accidente de tráfico y me rompí la pierna. Todo por culpa de un conductor borracho. En el fondo he tenido suerte, porque podría haber sido mucho peor. El automóvil está en el taller y, en cuanto a mí, el doctor me ha ordenado reposo durante los próximos meses. Estoy con la pierna escayolada aunque puedo caminar con muletas. La casa de los O'Hara huele a chimenea encendida y madera quemada. Un succulento pavo relleno endulzado por una salsa de arándanos nos espera. Los pastores Charles y Elisabeth Brown se han desplazado a propósito desde Florida y vamos a cenar todos juntos en casa de los O'Hara. El pastor Brown hace una oración y bendice los alimentos. Entonces empezamos a comer.

-Señor y señora O'Hara, mi esposo y yo queremos mostrar nuestra más profunda gratitud por todo lo que están haciendo por Walter -comenta en la mesa Elisabeth Brown, en un tono conmovido-. Para nosotros Walter es alguien muy especial... lo queremos como a un hijo. Él nos ha explicado todo: que cuando tuvo el accidente de tráfico ustedes lo socorrieron en la autopista y llamaron a la ambulancia, también que lo han estado visitando en el hospital, y finalmente que, al saber que no tiene familia en Misisipi, lo han hospedado en su hogar. Nosotros vinimos tan pronto nos enteramos, pero gracias a ustedes Walter está vivo. ¡Son ustedes un ejemplo admirable de caridad cristiana!

-¡No se preocupe, señora Brown! No hay nada que agradecer... ¡En serio! - contesta el señor O'Hara restando importancia al asunto-. Para nosotros acoger

al extranjero o al necesitado es un deber moral... Estamos acostumbrados a ello. Tenemos una casa grande y en todos estos años por aquí han pasado adolescentes conflictivos procedentes de familias desestructuradas, niños con Síndrome de Down, personas sin hogar... Siempre solemos tener a alguien hospedado. A veces mi esposa dice en broma que en vez de una casa tenemos un hotel -ríe a carcajadas antes de beber un sorbo de vino-. Hay que ser hospitalario... ¡Nunca se sabe si puedes estar dando cobijo a un ángel, como le pasó a Lot!

-Un brindis por Misisipi. ¡El estado de la hospitalidad! -proclamo-.

Los O'Hara son una familia piadosa y temerosa del Señor. El marido, Bernard, es neurocirujano y está muy bien situado económicamente. En su juventud sirvió en los marines, en la unidad de cuidados médicos. Un auténtico patriota americano. Linda, su devota esposa, es una cristiana nacida de nuevo muy implicada con las actividades de su iglesia bautista. Tienen tres hijos, Oscar, Kate y Damon. Oscar es el mayor y pese al buen ejemplo de sus padres, se marchó de casa y es ateo. Linda se culpa por ello, porque cree que la iglesia local la absorbió tanto que no le dedicó todo el tiempo que necesitaba a su hijo, el cual se lo reprocha siempre que puede. Kate es muy tímida, y aún mejor estudiante; el año que viene comenzará la Universidad pero aún no sabe a cuál asistirá. Damon, de dieciséis años, se pasa el día entero devorando libros y por las noches se queda dormido con la radio puesta.

-Walter nos ha explicado su historia: que un ángel le reveló que el fin del mundo está muy próximo y que ha emprendido un peregrinaje por todo el sur de Estados Unidos para alertar a la población y anunciar que el Juicio Final se acerca -cuenta Bernard O'Hara-. ¿Me pasas el pan, cielo? -dice a su esposa-.

-¿Y ustedes lo creen? -pregunta Charles-.

-¡Cómo no! -responde Bernard-. No hay más que leer los periódicos para darse cuenta de que el fin está cerca. Guerras, pestes, hambrunas... ¡Hay

señales por todos lados! El pastor de nuestra iglesia suele predicar a menudo sobre esta cuestión. ¡El próximo jueves se lo presentaremos a Walter! -añade-.

-¿Han visto ustedes lo de esos ojos gigantes que se aparecen en el cielo? - interrumpe la joven Kate-. Hace unas semanas en Arkansas... ¡Pero es que ahora ya está pasando por todo el mundo! Se han visto en Ucrania, Argentina, Brasil, India... ¡Hasta en La Meca! ¡Y luego desaparecen sin dejar rastro!

-Señales... Cada vez hay más -a Linda se le eriza el vello-. Debemos prepararnos. ¡Cristo viene pronto!

-¡Amén! -contesto-. Lo que no entiendo todavía es por qué si el Señor me ha encomendado esta misión ha permitido que tenga este accidente y me rompa la pierna. ¡Retrasará mi viaje durante meses!

-Walter -el señor O'Hara carraspea antes de llevarse la copa a sus labios-, recuerda que para el creyente todas las cosas le resultan para bien. Ese trágico accidente no fue casual. ¡Dios tiene un propósito!

-El pavo está delicioso. ¡Hurra por la cocinera! -dice Charles antes de llevarse un gran mordisco a la boca-.

-Gracias, muy amable -contesta Linda-.

-Por cierto, Walter ¿y ese medallón que lleva en el cuello? No se lo había visto -pregunta curiosa Elisabeth-.

-Bueno... -toso un instante antes de contestar-. Digamos que es un regalo de un amigo.

La velada transcurre en un tono distendido y jovial. Cuando los pastores Charles y Elisabeth Brown se marchan a su motel paso por delante del cuarto del pequeño Damon, que tiene entreabierta la puerta. A pesar de su juventud, es un gran radioaficionado que todas las noches trastea con su equipo de radio para sintonizar emisoras de lejanas latitudes o hablar con radioescuchas de otros países.

-¿Qué es eso tan raro que escuchas, hijo? -le pregunto-.

-La llaman UVB 76 aunque nadie conoce cual es su verdadero nombre - explica-. En principio no tiene ya que oficialmente esta emisora no existe. Dicen que es la radio más misteriosa del mundo. Lleva décadas repitiendo el mismo críptico mensaje en ruso que está oyendo: “UVB 76 UVB 76 93 883 Naimina 74 14 35 74 9 3 8 8 2 Nikolai Anna Ivan Mijail Ivan Nikolai Anna 7 4 1 4 3 5 7 4”. Antes y después del mensaje se escuchan una serie de tonos que hacen beeeep. Este extraño código se escucha un promedio de veinticinco veces por minuto las veinticuatro horas al día.

-¿Veinticuatro horas al día? ¿Pero quién está detrás de esto? ¿Algún bromista? -pregunto extrañado-.

-Bueno, en realidad no es ninguna broma, señor -me contesta con el semblante serio-. Al parecer la estación de radio se encuentra cerca de Moscú. Emite a 4625 kilohercios y los primeros mensajes que captamos datan de los años setenta. Desde entonces esta transmisión se repite de forma ininterrumpida. Para lograr esto se necesita una gran cantidad de recursos, así que no es complicado deducir que esta emisora debe tener un gran interés militar y que cuenta con el apoyo del Gobierno ruso.

-¿Sabemos qué dice el mensaje? -le pregunto intrigado-.

-No, señor. Pero con toda seguridad es un código encriptado dirigido a algún espía o agente secreto. Para desencriptarlo se necesitaría un libro de claves. El código puede ir dirigido a una persona o a varias y cada una de ellas tendría un libro de claves, pero no necesariamente todos el mismo -me aclara-.

-¿Pero si el mensaje va dirigido a un espía no resultaría más práctico usar el teléfono móvil por ejemplo? Quiero decir, en la era de los ordenadores y las telecomunicaciones ¿por qué recurrir a esto?

-Señor, las comunicaciones electrónicas no son seguras. Si recurre a los móviles, incluso aunque estén encriptados, mediante triangulación se puede

descubrir la ubicación del receptor, por lo cual el sistema de emisión por teléfono celular es altamente peligroso. Internet y los correos electrónicos están vigilados por los servicios secretos, igual que la telefonía fija. En cuanto a los satélites pueden ser destruidos o pirateados. En cambio este sistema, precisamente por ser antiguo, resulta más seguro.

-¿Por qué?

-Verá, esta radio emite desde la Federación Rusa pero su señal llega a todo el mundo, lo hace por rebote ionosférico.

-Explícate, hijo.

-Una de las características de la ionosfera es que si una onda de radio es lanzada sobre ella la alcanza, rebota y vuelve a descender sobre la Tierra. Así, si una estación de radio emite para todo el mundo es imposible ubicar físicamente a la persona a la que va dirigida el mensaje.

-Es simplemente brillante... ¿Pero siempre dice lo mismo esa radio? -inquiero-.

-Casi siempre. Pero en ocasiones muy excepcionales el mensaje cambia. Aunque suele ser similar: varios beeps, y una sucesión de números en ruso y nombres masculinos y femeninos en ese idioma. Yo la sintonizo casi todas las noches... A veces se escuchan pulsaciones como en Código Morse, mensajes incomprensibles, o incluso fragmentos de una pequeña conversación telefónica. Todo muy raro.

-Los rusos... -digo para mí mismo, pensativo y con la mirada perdida-.

-El 5 de junio de 2010 se quedó un día completamente en silencio, cosa que no había ocurrido nunca jamás y eso que lleva ya muchas décadas de emisiones -me informa-. Al día siguiente volvió a transmitir con toda normalidad, como si nada hubiese pasado. El 10 de junio de ese año emitió unas señales en Código de Morse y el 1 de septiembre un trozo de 38 segundos de *El lago de los cisnes* de Chaikovsky. Debe ser una señal dirigida a alguien,

el inicio de alguna operación secreta. ¿Pero a quién va dirigida? ¿Quizás a algún agente que se encuentre en los Estados Unidos?

-Hijo, Estados Unidos está lleno de comunistas, masones y antiamericanos, valga la redundancia -le respondo-. Me pregunto cuántos de ellos estarán infiltrados en el Gobierno, cuántos espías rusos estarán actuando frente a nuestras narices sin que ni siquiera lo sepamos. Me pregunto qué demonios significan esos extraños mensajes cifrados de los que me hablas. Me pone los pelos de punta pensar que desde esa radio podrían estar dando órdenes ahora mismo para acabar con las vidas de americanos y que somos incapaces de hacer algo por impedirlo. ¡Que Dios se apiade de América!

17. Principios y valores.

-¡Este país se va al garete! -grita visiblemente disgustado Bernard O'Hara!-. ¡Desde que Ronald Reagan dejó de ser presidente es como si hubiesen puesto a América dentro de un retrete y hubiesen tirado de la cadena! ¡Estados Unidos parece el Imperio Romano en sus últimos días, con los bárbaros asaltando las fronteras y el emperador mirando a otro lado porque no se entera de nada! -clama-.

-¿Qué ocurre, señor? -le pregunto-.

-Walter, no me llames señor. Llámame Bernard, hijo. ¡Te lo he dicho muchas veces!

-Disculpa, es la costumbre...

-Mi hijo Damon vino de la escuela y me dice que el director del centro les

ha prohibido celebrar la Navidad. Dice que es para no ofender a los estudiantes ateos y musulmanes. ¿Te lo puedes creer? Ya hasta han prohibido mencionar el nombre mismo de la Navidad... ¡Ya no es *Christmas tree*^[9], ahora es *Holliday tree*^[10]! ¿Por qué dicen *Happy Hollidays*^[11] en vez de *Merry Christmas*^[12]? ¡El Ramadán sí que lo respetan!

-Como dijo Rick Perry: “Sabes que algo está mal con este país cuando los gays pueden servir abiertamente en la milicia pero los niños no pueden celebrar la Navidad abiertamente ni rezar en sus escuelas”.

-¡Toda la razón!

-¡Amén!

-Hoy hay que ser políticamente correcto, Walter -me explica Bernard indignado-. ¡No puedes decir abiertamente lo que piensas porque de lo contrario alguien se siente ofendido y te demanda por valor de veinte millones de dólares para curarse de los traumas que tu opinión le ha causado! ¿Dónde queda la primera enmienda? ¿Dónde la libertad? Hoy los negros no quieren asumir las consecuencias de sus actos, eluden sus responsabilidades, siempre se están haciendo las víctimas. El otro día leí en la prensa que han despedido a una profesora de español en Nueva York por decir que “*black*” se dice “negro” en español. Un alumno ha presentado una demanda por racismo. ¡Lo gracioso del tema es que la profesora es negra! ¿Te has fijado en que ahora cuando oyes las noticias en la radio y hablan de un crimen si el autor es negro no lo dicen? ¡Sabes en seguida que es negro porque no lo dicen! ¡En cambio, sí que informan del aspecto cuando es blanco, hispano o lo que sea!

-Pero decir negro a un negro no es ser racista; racista es pensar que decir negro es racista porque asumes que ser negro es malo -le respondo-.

-¡Exacto! -me contesta complacido y apuntándome varias veces con el dedo índice de su mano derecha-.

-La verdad es que este país ya no es lo que era, Bernard. ¡Quieren

cambiarle el nombre al equipo de los Washington Redskins porque dicen que ofende a los nativos americanos! ¡Hay varias Universidades que quieren prohibir la bandera de los Estados Unidos! ¡Si un empresario se pronuncia públicamente en favor del matrimonio tradicional vienen los grupos de presión gays y le hacen un boicot que le hundan el negocio! ¡Y cada vez hay más empresas que exigen a los aspirantes a un empleo que en el currículum no pongan ni su foto, ni su raza, ni su edad ni su sexo para evitar que luego les denuncien por discriminación! ¡Ah, y que no se te ocurra protestar contra estas locuras porque entonces el malo eres tú! ¡Hay una autocensura enorme! La gente tiene miedo a hablar. Esta corrección política es un cáncer que está devorando el país desde dentro. ¡Es una vergüenza! Todo el mundo piensa que algo anda mal en Estados Unidos pero todo el mundo se calla.

-¡Qué rabia me da! -replica furioso-. ¡Me siento frustrado, impotente! Símbolos de la libertad tan grandes como la cabalgada a medianoche de Paul Revere, El Álamo, el discurso de Gettysburg, el motín del té en Boston o el espíritu del Llanero Solitario son puestos en cuestión. Este furibundo ataque a nuestras tradiciones prueba una vez más que obedece a oscuros intereses antiamericanos. ¡Algunos estamos dispuestos a pagar el precio por decir la verdad, a ser señalados, perseguidos o acosados por defender nuestros principios y valores! ¡Otros prefieren simplemente no meterse en problemas, mirar a otro lado y disfrazar su cobardía moral de respeto y tolerancia! ¡Éstos me dan asco!

-¡Sí, señor! ¡Así se habla! -aplauzo entusiasmado-.

-La izquierda está llevando este país al desastre, Walter. Tenemos al peor presidente de la historia. ¡Es un psicópata, una plaga bíblica! Va de buen chico pero es un lobo con piel de cordero. ¡Este hombre no tiene la fortaleza moral suficiente como para mirarse al espejo y llamarse americano! Estos malditos liberales dicen que la derecha es nazi... ¡Que le pregunten a Winston Churchill

o a Benjamin Netanyahu! Dicen que la derecha es racista... ¡Que miren a Abraham Lincoln o a Martir Luther King! Que la derecha es machista... ¡Que se lo digan a Margareth Thatcher o a Angela Merkel! En cambio, a un tipo como Ernesto Che Guevara, que apoya la dictadura, quema libros, prohíbe la música, desprecia a los indígenas, envía a los gays a los campos de concentración y fusila indiscriminadamente... ¡lo convierten en un símbolo de la libertad! ¡El mundo ha perdido el juicio! -proclama-.

-¡No puedo estar más de acuerdo contigo, Bernard! -le expreso en un tono de complicidad-. Yo por la libertad estoy dispuesto a morir y a matar, pero la izquierda es una enemiga declarada de la libertad.

-¡Así es, Walter! -confirma apuntándome de nuevo varias veces con el dedo índice de su mano derecha-.

-El buenismo, la multiculturalidad y la ideología de género son las ideas más extravagantes de la izquierda. La teoría de que todos somos buenos, estupendos y maravillosos y que podemos convivir juntos en paz y armonía porque somos una gran familia llamada humanidad es simplemente falsa. Si esto fuera cierto, el mundo no sería un hervidero de guerras. El buenismo lleva al siguiente paso, la multiculturalidad, la idea grotesca de que todas las culturas son igual de valiosas y dignas de respeto... ¡Claro, claro, es igual de respetable Francia, que nos ha dado la Revolución Francesa, que Arabia Saudita, donde las mujeres son un cero a la izquierda! ¡Odio esta idea absurda, este falso cosmopolitismo que dice que América debe renunciar a tener un lugar en el mundo y diluirse para permitir que el mundo tenga un lugar en América! Y finalmente, la ideología de género, que dice que los niños nacen asexuados o multisexuados y que finalmente pueden adoptar la identidad sexual que más les guste. ¡Surrealista! Si mi primo Gregor puede ser Laura ¿por qué yo no puedo ser Batman?

-¡Ésa es buena, amigo! -exclama en medio de una fuerte carcajada-.

Jackson, Misisipi. La buena gente de Misisipi. Cuando salí de Florida con la misión de predicar el Juicio Final por todo el sur de los Estados Unidos no entendí por qué tuve que romperme la pierna en un accidente fortuito. Gracias a ello pude conocer a la familia O'Hara. Ellos me han abierto muchas puertas: he podido predicar en muchas iglesias de la ciudad, he hablado en una radio local, me entrevistaron incluso en una televisión... ¡El mensaje de Dios ha calado! Un gran número de creyentes ha sido movido al arrepentimiento y espera en oración. Muchos están haciendo acopio de comida, medicamentos, armas y *Biblias* conscientes de que el fin del mundo se acerca. ¡Al Señor sea todo el honor y toda la gloria! El doctor Owen se impacienta y me urge a ir a Texas. Pasaré las Navidades y el Año Nuevo con los O'Hara, y luego un mes y medio más. Hasta que se cure mi pierna de forma definitiva. Después, nos iremos. No creo en el destino ni en las casualidades sino en las diosualidades. El Señor quiso que me quedara aquí por un propósito. Dios tiene todo bajo control.

18. El hombre de paja.

-Yo que usted no lo haría, amigo -me advierte el operario de la gasolinera-. El café de esa máquina sabe como si alguien se hubiera corrido dentro.

-¡Oh! -respondo impactado-. ¡En ese caso me llevaré una Coca-Cola!

-¡Sabia decisión, señor! -añade complacido-.

-Perdone, ¿sabe si falta mucho para llegar a Baton Rouge?

-No. Unos quince kilómetros.

Luisiana es única. En muchos aspectos lo es. Por ejemplo, es el único estado de Estados Unidos que se divide en parroquias en lugar de en condados. Lo de las parroquias me hace recordar que Luisiana pertenece al llamado Cinturón Bíblico de los Estados Unidos, el cual agrupa básicamente a los estados del sur. No obstante, este cinturón cada vez tiene menos de bíblico y de cristiano, aunque eso ya es otra historia. Es el único estado sureño con un trasfondo multicultural y multilingüe y su demografía refleja una historia convulsa llena de colonos europeos, esclavos africanos y tribus amerindias. Luisiana es también el único estado americano cuyo nombre está dedicado a un monarca francés: el todopoderoso Luis XIV. El explorador René Robert Cavelier de La Salle le puso este nombre cuando reclamó este territorio en el siglo XVII. Significa “la tierra de Luis”.

Hubo una época en que los europeos jugaban a repartirse el mundo como quien juega al Monopoly. Pocos americanos saben que Francia llegó a tener más posesiones en Estados Unidos que Gran Bretaña. Entre 1534 y 1763 París forjó una inmensa colonia llamada Nueva Francia que abarcaba desde la desembocadura del río San Lorenzo hasta el delta del Misisipi pasando por el valle de Ohio. Pero ese año Francia perdió sus posesiones a manos de británicos y españoles. La Luisiana francesa pasó a manos de estos últimos, y así fue por cuarenta años, hasta que el rey español Carlos IV se la regaló a Napoleón Bonaparte en 1803. Ese mismo año Napoleón se la vendió a Estados Unidos por quince millones de dólares. Una ganga, puesto que la Luisiana ocupaba todo el tercio central de los Estados Unidos. Con aquella venta pasamos a controlar desde la actual Luisiana hasta Montana.

Aquella venta, por supuesto, vino forzada por excepcionales circunstancias. Napoleón planeaba conquistar Europa y por tanto no disponía de suficientes efectivos en Norteamérica como para defender esta inmensa colonia. Así que, muy sabiamente, prefirió venderla por una suma de dinero antes de perderla a

manos de los americanos. Además, en aquel tiempo los franceses andaban muy ocupados procurando que Haití no se independizara. Francia siempre formó una parte importante de la historia de nuestro pueblo. Franceses y españoles nos ayudaron a librarnos de los británicos en 1776. Luego la venta de la Luisiana de 1803. Su huella es imborrable... En Luisiana aún hay mucha gente de lengua y cultura francesa: son los famosos cajún. Además, los franceses fundaron ciudades como Detroit, San Luis, Mobile, Nueva Orleans o Baton Rouge. Y hoy me encuentro precisamente aquí.

-¡Vengan, vengan! ¡Acérquense amigos y verán un espectáculo nunca visto!
-vocifera un hombre alto-.

Hay un gran corro de gente y decido acercarme por curiosidad. Entre el gentío por un momento creo ver a un hombre calvo que me suena familiar. Lo vi en Alabama y tras correr tras él le perdí el rastro. Si es así, me está siguiendo. Trato de acercarme a él, pero la muchedumbre me impide el paso. Vuelvo a mirar y ya lo he perdido de vista. Por más que observo a un lado y a otro no lo encuentro. Unas músicas tribales comienzan a sonar. En medio del corro de gente, veo un brujo que comienza a desplegar toda su parafernalia de magia negra. Un grupo de fieles que lo rodea entona canciones en voz alta, entra en trance y se agita espasmódicamente al ritmo de la música caribeña que un par de tipos fornidos toca en sus tam tam. Todos ellos son negros. En el pasado los esclavos africanos trajeron consigo vudú, santería, demonios, espíritus, y otras creencias ancestrales que perduran aún hoy.

De pronto un hombre de paja sale a escena y comienza a bailar frenéticamente al ritmo de la música. Mide metro noventa. “Un hombre disfrazado” -pienso-. La cuestión es que a mitad de la canción dos ayudantes del brujo rocían con gasolina al muñeco y le prenden fuego. ¡Estoy espantado! ¡Van a quemar vivo a ese hombre! El hombre de paja, todo encendido en llamas, no se agita de dolor, sino que sigue bailando alegremente como si

nada. El fuego va consumiéndolo y para mi estupefacción compruebo que no hay ningún hombre disfrazado bajo de toda aquella paja. Los últimos trozos despedazados de ese muñeco de tamaño natural continúan agitándose al ritmo de la música hasta que el fuego los reduce definitivamente a ceniza. El público está desconcertado. El poder del Maligno obra en esta ciudad. Sus seguidores se exhiben a plena luz del día. ¡Satanás anda suelto!

19. Cataclismo.

Hubo un tiempo en que Nueva Orleans era maravillosa. Fueron años dorados en los que esta ciudad era un referente cultural en el mundo entero. El jazz, el soul y el blues suenan aquí como en ningún otro lugar de la Tierra. Por aquí han pasado los mejores: Louis Armstrong, John Coltrane, Chet Baker, James Brown, Miles Davis, Aretha Franklin, Nina Simone, Nat King Cole... También en esta localidad nacieron grandes escritores como Tennessee Williams o John Kennedy Toole. Es un crisol de razas y culturas fruto del mestizaje de ingleses, franceses, españoles, latinos, africanos... Por desgracia el vudú, la santería y la magia negra también echaron raíces en esta tierra. El sabor añejo de su arquitectura colonial, el verde esplendoroso de sus parques, el calor de su sol de plomo y la sonrisa de sus gentes hacen de Nueva Orleans un destino turístico de primer orden que enamora al visitante.

Pero la ciudad del jazz es hoy un lodazal de obscena inmoralidad. Me encuentro en Bourbon Street, en plena celebración del Mardi Gras. La calle está atiborrada de gente que deambula borracha de aquí para allá. Las aceras

están llenas de basura. Veo vasos de plástico tirados, botellas de whisky vacías, un adolescente vomitando en un portal. Según la tradición, las chicas jóvenes enseñan sus senos en público y los hombres les regalan collares de bisutería. Las mujeres se pasean semidesnudas para alborozo de los varones sedientos de lujuria. Otras ríen ebrias mientras llevan sobre sus cabezas un pene gigante de plástico. Una muchacha azota en el trasero a su amiga emulando un juego sadomasoquista. Un sujeto baila como un simio en celo. La gente lleva disfraces estrafalarios y cerveza. Se oyen risotadas. Veo un hombre vestido de diablo... ¡Probablemente lo sea!

-¡Arrepentíos! ¡O la ira de Dios caerá sobre vosotros! ¡El Juicio Final está muy cerca! Miraos... ¡Habéis convertido Nueva Orleans en Sodoma y Gomorra! ¡Entonces el pecado de aquellas gentes fue tan grande que llegó a la presencia de Dios! ¡No pudo soportarlo más! ¡Había nudismo, corrupción, inmoralidad, los hombres y las mujeres se obstinaron con el sexo convirtiéndolo en su dios! ¡Los hombres se hicieron homosexuales y las mujeres andaban desnudas por las calles! ¡Se perdió todo pudor! ¡Hoy aquí las mujeres parece que hagan una competición para ver quien exhibe más su cuerpo! ¡Su desvergüenza es como en los tiempos de Lot! ¡Y vosotros varones, vais tras de ramera y mujercuelas como va el buey al matadero! ¡Os dirigís a la muerte y ni siquiera lo sabéis! ¡El Señor no permitirá que toda esta maldad quede sin castigo! ¡Arrepentíos mientras estéis a tiempo!

-¡Uuuuuuhhh, que miedo! ¡Nos vamos a quemar en el infierno! -se burla una joven para deleite de sus amigas que estallan en carcajadas y acto seguido comienza a imitarme y a repetir lo que digo-

-¡Eh predicador, predicador! ¡Mira lo que hago! -me espeta un muchacho que le chupa los pezones a la que parece ser su novia a medio metro de mí-. ¿Hay salvación para nosotros o nos vamos al seol?

-Sí, sí, tú sigue predicador, tú sigue... -apunta un tipo mientras me derrama

un vodka por la cabeza. Detrás de él, unos hombres aplauden a una mujer borracha que les enseña los pechos desde un balcón-.

-¡Fanático! ¡Radical! ¡Intolerante!

-¡En serio, Walter, vámonos ya! -me urge el doctor David Owen-.

-¡Hoy se rinde más culto al sexo que a Dios! -prosigo-. ¡Esta vergonzosa fiesta es una prueba más de la decadencia de esta civilización! ¡Todo se derrumba en los Estados Unidos! ¡América le ha dado la espalda al Señor! ¡Decís “Que Dios bendiga América!” y luego hacéis todo lo que Él aborrece! ¡En las escuelas de secundaria se reparten preservativos! ¡Todos los años hay embarazos de adolescentes! ¡Las tasas de abortos crecen sin cesar, hasta que el llanto de los niños abortados ha subido hasta el cielo, ha llegado a los oídos de Yahvé! ¡Han convertido esta sociedad en una suciedad! ¡Si la cosa sigue así, si continúa esta carrera sexual desenfrenada un día seremos sepultados en el fango de tanto adulterio, pornografía y fornicación! ¡Hipócritas! ¿Cuántos de vosotros iréis el próximo domingo a la iglesia pretendiendo hacer ver que nada de esto ha ocurrido hoy?

-¡Cállate ya, loco! -me chilla una turba enfurecida que comienza a lanzarme objetos-.

-¡Maldito fanático religioso!

De súbito se oye un estruendoso ruido como de trompetas que ni siquiera el enorme bullicio de la muchedumbre es capaz de enmudecer. Entonces la gente señala extrañada al cielo. ¡Por unos instantes vemos un ángel con su túnica y sus alas flotando en el aire! ¡Luego desaparece! La multitud está confusa y piensa que es parte del espectáculo. El sonido de trompetas se sigue oyendo, como una señal de alarma. De repente escucho una voz en mi cabeza que anuncia: “Walter, yo soy Yahvé Dios, quien ha decretado la aniquilación de esta ciudad en pago a sus muchos pecados. Márchate de ella inmediatamente sin perder tiempo ni mirar atrás”. Es una voz varonil, poderosa, que resuena

en mi cabeza con la fuerza de un trueno. ¡Jamás había sentido algo así! Subo al coche y me largo a toda prisa. Dos horas más tarde, la radio informa de que un terremoto ha devastado la ciudad.

20. El camión negro.

“Nueva Orleans es historia”. Así de categórica es la sentencia del locutor de la radio. El noticiero informa de que un terremoto de 9 grados en la escala de Richter ha sacudido la localidad. Todas las emisoras locales y nacionales - incluso las deportivas- están hablando de ello ahora mismo. Lo peor de todo es el tsunami que ha provocado y que ha inundado el 100% de la ciudad, así como sus alrededores. La perspectiva aérea de los helicópteros revela una localidad reducida a un solar lleno de escombros. “Ni siquiera la detonación de un artefacto nuclear hubiera sido tan devastadora”, dicen. La situación geográfica de Nueva Orleans, ubicada junto al lago Pontchartrain y la desembocadura del río Misisipi, ha actuado como una verdadera trampa natural, porque sus aguas se han vertido y han agravado las consecuencias: Nueva Orleans estaba como en una ratonera, lo tenía todo en contra.

“Ha sido muchísimo peor que el Huracán Katrina que devastó el municipio en 2005. Ésta es la tragedia más grande en toda la historia de los Estados Unidos” afirma el presidente, que se ha apresurado a declarar el estado de emergencia. Piso el acelerador y me alejo a toda velocidad de aquel infierno dantesco. He salvado la vida de milagro. Según parece, los sismógrafos no han avisado de nada hasta que ya era demasiado tarde. ¿Se podía haber

previsto este cataclismo? El locutor se pregunta de quién es la responsabilidad de este desastre y espera ceses o dimisiones. La ciudad del jazz está completamente sumergida por las aguas y se ha convertido en un cementerio marino. Las casas están hechas añicos, la fuerza del tsunami arrastra los coches como si fueran de juguete y se pueden observar miles de cadáveres flotando por las calles. Estados Unidos está de luto.

Veo más de once llamadas perdidas de los pastores Charles y Elisabeth Brown. Me detengo en una gasolinera para repostar y les devuelvo la llamada. Estaban muy preocupados por mí ya que les comenté de mi estancia en Nueva Orleans y no sabían si estaba vivo o muerto. Les agradezco su interés y les digo que el tsunami arrasó la ciudad dos horas después de que yo la abandonara. Les notifico que estoy sano y salvo, que Dios me advirtió a tiempo para salir de allí, y dan gloria al Señor. Les explico que me he dirigido al interior huyendo del maremoto y que ahora me encuentro muy cerca de Alexandria, Luisiana, y que voy rumbo a Texas. Respiran aliviados y de nuevo dan gracias a Dios. Mientras lleno el depósito de mi Ford Ranger, me fijo que en la gasolinera hay un BMW plateado al que le están cambiando la rueda. Compro donuts y me dispongo a proseguir la ruta.

Vuelvo a la autopista y me percató de que me siguen dos coches idénticos al que he visto antes. Uno de ellos me adelanta y el otro se me pega por detrás. Estoy justo en medio y algo me huele mal, por lo que decido adelantar. Entonces me cruzo de frente con un tráiler negro sin matrícula. Me llama mucho la atención este detalle. Justo en ese momento cambia el paisaje, veo luces y edificios. ¿Tan pronto hemos llegado a Alexandria? Me quedo petrificado al ver un cartel en la carretera que dice “Bienvenido a Ciudad Juárez”. ¡Estoy en México! ¡Pero es imposible! Según parece, he recorrido más de 1.500 kilómetros en un segundo. ¡Pero el cuentakilómetros no los marca! Algo no cuadra. Miro el reloj y sólo han pasado diez minutos desde

que salí de la gasolinera. ¡Pero hasta Juárez debe de haber catorce horas de conducción! La varilla de la gasolina no ha bajado... ¿Dónde demonios estoy?

SEGUNDA PARTE

El Juicio Final

1. Bienvenidos al infierno.

A veces lo imposible se hace realidad. Hace apenas diez minutos me encontraba conduciendo plácidamente camino de Alexandria, Luisiana, cuando de repente un par de BMW plateados comenzaron a seguirme. Uno se puso delante de mí y el otro detrás. Como la maniobra me pareció muy sospechosa, traté de adelantar al primero. Justo entonces me topé de cara con un tráiler negro que curiosamente no llevaba matrícula. Un segundo después había llegado a Ciudad Juárez, México. He recorrido en un segundo más de 1.500 kilómetros pero la varilla del depósito no indica apenas consumo de gasolina. Entre Alexandria y Ciudad Juárez hay como unas catorce horas en coche. Entonces ¿cómo demonios es posible que me encuentre en México? Mi compañero de viaje, David Owen, se encuentra tan aterrado y estupefacto como yo mismo, incapaz de dar crédito a lo sucedido.

-David ¿estás bien? -le pregunto-.

-Sí, sí... Estoy atónito... pero me encuentro bien.

-Tú has visto lo mismo que yo ¿no? Hace unos minutos íbamos por Luisiana... ¿O tal vez lo hemos soñado?

-No, no -responde contrariado-, no es ningún sueño, David. Hemos sido teletransportados hasta México.

-¡Entonces es un milagro del Señor! ¡Gracias, Jesús! -clamo al cielo-.

-Los milagros no existen, Walter -me contesta jactancioso con su mente de ateo racional-. Todo esto tiene alguna explicación científica... Posiblemente hemos atravesado sin saberlo un agujero de gusano.

-¿Un agujero de gusano? -repito como un eco-.

-Sí, esos agujeros son túneles que crean atajos en el espacio y el tiempo que permitirían viajar a una velocidad superior a la de la luz. El primero que

sugirió su existencia fue Albert Einstein -me explica-.

-Sé perfectamente qué es un agujero de gusano; que haya estudiado Historia no significa que no tenga ciertos conocimientos sobre temas científicos -le replico molesto-. Cuando te pregunté extrañado por los agujeros de gusano es porque, a ver, en principio son sólo física teórica... O sea, su existencia no ha sido demostrada aún. Y segundo, puedo entender que haya un agujero de gusano en el centro de la Vía Láctea pero ¿en una autopista en medio de Luisiana? ¿Qué disparate es éste? No tiene sentido.

-Sí, sí, te entiendo perfectamente... Pero es la explicación más cabal. Teóricamente los agujeros de gusano se encuentran en el espacio exterior, pero hay físicos que sospechan que podría haber algunos también aquí en la Tierra. Esto que nos ha pasado a nosotros le ha ocurrido a más gente... Oí hablar en cierta ocasión de un tipo que iba por una autopista de Iowa y acabó apareciendo en Idaho. Lo curioso es que pudo justificar documentalmente su viaje en el espacio-tiempo ya que poco antes de teletransportarse había pagado el peaje en la autopista de Iowa y entonces llegó al peaje de Idaho. El tipo mostró los tiques de los dos peajes y había una diferencia temporal entre ambos de apenas tres minutos, Walter. Y como ambos sabemos bien, entre Iowa y Idaho hay varias horas.

-¡Santo cielo! -clamo sorprendido-. ¿Y quiénes eran los de los BMW y el tráiler? ¿Tienen algo que ver?

-No lo sé, Walter. En el caso que te he contado, el conductor también afirmó haber visto un tráiler negro.

-¿Entonces está relacionado?

-Puede ser. No lo sé, Walter -dice dubitativo-. Que sea científico no significa que tenga todas las respuestas...

-Ya -contesto pegando un bufido-. Sea como fuere, David, de una cosa estoy seguro: si estamos aquí es por la voluntad de Dios. El Señor tiene un

propósito con nosotros y por eso nos ha conducido hasta Ciudad Juárez. Así que ya que estamos aquí, predicaré unos días a la población local antes de regresar a los Estados Unidos.

-¿Qué? ¿Estás loco? -responde furioso-. ¡No me jodas, Walter! ¡Me prometiste que me llevarías a Texas y llevamos ya mucho retraso! ¡Juárez es el lugar más peligroso del mundo! ¡Vámonos de aquí!

-Nínive era una ciudad llena de pecados, pero Jonás predicó allí y se arrepintieron -puntualizo-. Juárez necesita de Cristo. Nos quedaremos unos días y luego te llevaré a Texas. Te lo prometo.

Juárez, ciudad sin ley y sin Dios. La gente le ha dado la espalda al Creador y eso comporta pagar un precio. Ésta es la capital mundial del homicidio y el narcotráfico. El año pasado se registraron más de cuatro mil asesinatos aquí. En El Paso, Texas, justo al otro lado de Río Grande, sólo hubo cinco muertes violentas ese mismo año y fue nombrada la ciudad más segura de Estados Unidos. Juárez es famosa por sus feminicidios: cada día aparecen chicas violadas, mutiladas y asesinadas en las cercanías de los parques industriales. Tan grave es la cosa que el Gobierno ha mandado a los militares. El problema es que aquí en México el contrabando de droga mueve más dinero que la industria petrolera y miles mueren todos los años mientras que los cárteles rivales luchan contra la policía, contra el ejército y entre ellos mismos en una sangrienta guerra por controlar las rutas de la droga.

Juárez aparece como una urbe sin vida. La carretera que lleva a la ciudad parece propia de un pueblo fantasma, plagada de gasolineras vacías. Observo cientos de negocios cerrados. Otros tantos han sido pasto de las llamas. Esqueléticas construcciones carbonizadas forman parte del tétrico paisaje. Aquí en la frontera roban coches, queman restaurantes, asesinan mujeres,

jóvenes y niños. Además de las bandas, también toca sufrir las inclemencias del clima: en verano se llega a cincuenta grados y en invierno un viento gélido cala los huesos con veintitrés bajo cero. Veo bajar de un todoterreno a unos militares pertrechados con chalecos antibalas y ametralladoras. Son las siete de la tarde. Hora de ir a casa, si tuviera casa donde ir. La radio informa de la muerte del día: dispararon a quemarropa a un funcionario público. No hay rastro del homicida. Nunca hay rastro del homicida en Ciudad Juárez.

-Ya anochece, Walter. ¿No crees que deberíamos buscar un motel en lugar de turistear por la ciudad?

-Eso intento, David. Si voy dando vueltas con la camioneta es porque no encuentro ninguno -le aclaro-.

-¡Eh, gringo! -chilla un vecino del barrio-. ¡Más vale que se marche a su casa o de lo contrario esta misma noche morirá tiroteado! ¡Éste es un barrio peligroso! -me alerta en castellano-.

-¡Gracias, amigo! Pero es que no soy de aquí. Ando perdido... -le respondo en su idioma-. Quizás si fuera usted tan amable de indicarme algún motel por aquí cerca...

-Los moteles más próximos quedan un poco lejos de este barrio. Resulta peligroso ir por la calle a estas horas. Mejor entre a mi casa y pase la noche con nosotros. Puede aparcar su camioneta en mi garaje. Así puede estar seguro de que no se la robarán.

-¡Muchas gracias, señor! ¡Que Dios lo bendiga!

-No hay de qué. Por cierto, habla usted muy bien el español para ser gringo. ¿Dónde lo aprendió?

-¡Muy amable! Bueno, yo soy de Florida. Allí hay muchos hispanos, usted ya sabe.

-Mi nombre es Henrique Gonzales -se presenta-. Henrique con hache y Gonzales terminado en ese. En realidad Enrique se escribe sin hache y

González termina en zeta pero al parecer el funcionario que inscribió ni nombre en el Registro Civil no era muy bueno en ortografía. ¿Cómo le llaman a usted?

-Bossman, Walter Bossman -respondo-. ¡Un placer conocerlo, señor Gonzales!

-El gusto es mío. Pero no se demore. Aparque su camioneta, señor Bossman y entre a casa conmigo. ¡Apresúrese! ¡No hay tiempo que perder! -avisa-.

Entro en su hogar. Se trata de una modesta vivienda rodeada de un muro de piedra con concertinas y alambres de púas en su parte superior. Cuenta no obstante con su propio garaje para aparcar el vehículo. Henrique Gonzales es un hombre de treinta y un años, mestizo, de piel morena y bigote fino casi a la altura de la comisura de los labios. Es albañil y, pese a su edad, vive aún con su madre, Karen Quituizaca, mujer madura, indígena, que según me cuenta trabajó duro como limpiadora para sacar adelante a sus dos hijos. El otro hermano, José, se marchó a vivir a los dieciocho años a Estados Unidos. Vive en Denver, Colorado, está casado con una americana y me cuentan que le va bien. El padre de los chicos abandonó a Karen cuando Henrique tenía dos años y José era un recién nacido. Sufren penurias económicas, pero pese a su pobreza me invitan a cenar. Toca arroz con frijoles.

-¿Y qué es lo que lo trae por aquí? -pregunta Henrique-. ¡Déjeme adivinar! Usted quería ir a Acapulco y por error acabó en Juárez -comenta con risa contagiosa que se nos pega a todos en la mesa-.

-Bueno, más o menos... Digamos que soy un predicador y vengo a anunciar que el fin del mundo se acerca.

-No se moleste, señor. En Juárez no tenemos miedo de ir al infierno porque ya vivimos en él -se ríe-.

-Quizás la idea no sea ir al infierno sino salir de él. Y la llave que abre la puerta es Cristo ¿no cree? -replico-.

-¡Vaya! ¡Un hombre temeroso de Dios! ¡Me gusta! ¡Hacen falta muchos así por acá!

-¿Y usted por qué me ayudó, Henrique?

-¿Sinceramente? Sentí lástima al verlo... Estaba usted totalmente desubicado, se le veía como un pez fuera del agua... Me sabía mal que pudiera ocurrirle algo malo. Además, siento una cierta simpatía por los gringos. He estado varias veces en Estados Unidos y siempre me han tratado muy bien.

Terminamos de cenar y nos acostamos. Hago mis oraciones y doy gracias a Dios por la vida de esta familia. Su hospitalidad es grande: Karen me pregunta cuánto tiempo tenía pensado quedarme en Juárez y le digo que no más de cinco días y ella contesta que por tan corto espacio de tiempo no hacía falta que buscara un motel; que su casa era mi casa y que siempre estaría más seguro con ellos ya que son nativos y conocen la ciudad. David no para de protestar y me insta a que nos vayamos mañana mismo. Al poco de conciliar el sueño me despierto sobresaltado en mitad de la noche. Oigo ruido de ametralladoras en la calle y comienzo a gritar en mitad del pasillo qué demonios ocurre. Henrique sale en pijama de su habitación y, entre risas, me dice que me tranquilice, que eso aquí es normal. “Será alguna pelea de bandas. Pasa todas las noches. Tranquilo, vuelva a la cama”, me aconseja.

. . .

-Buenos días, Walter, ¿qué tal amaneció? ¿Pudo descansar? -me pregunta Henrique por la mañana-.

-Dormí bien, gracias. Aunque confieso que aún estoy un poco asustado por el tiroteo.

-¡Ah, tranquilo! Ya se acostumbrará -comenta entre risas-.

-¿No va usted hoy a trabajar? -le pregunto-

-Tengo unos días de vacaciones. No comenzamos la nueva obra hasta que el capataz nos diga. Seguramente la próxima semana.

-Por cierto ¿dónde está su madre?

-¡Oh! Ella ha salido bien temprano a comprar unos comestibles. Estará a punto de... ¡Mire, por ahí entra!

-¡Oh, Dios mío, Dios mío! -clama Karen Quituzaca al cruzar el lindar de la puerta de casa. Tiene un semblante preocupado. Se encuentra conmocionada, en estado de shock y casi no puede ni respirar-

-Madre ¿qué le ocurre? ¡Está pálida como si hubiera visto un fantasma! -le pregunta el bueno de Henrique-. ¡Tome asiento, que ahora le traigo un vaso de agua! -le indica mientras le acerca una silla-

-¡Ay hijo mío! ¡Ay hijo mío! ¡Ay hijo mío! -repite sin cesar al tiempo que rompe a llorar la pobre mujer-

-¿Pero qué ocurre? ¡Hable madre! -le ordena Henrique-

-¿Te acuerdas de Francisca, la mujer del cristalero? -le pregunta-. De camino al mercado he pasado por delante de su casa... Tú sabes que su hijo pequeño, Alberto, el de ocho años, desapareció hace unos días y que la policía lo andaba buscando... ¡Pues ha aparecido! ¡Lo vi justo a la puerta de su casa!

-¡Pues que bueno, madre! ¡Demos gloria a Dios por ello!

-Tú no lo entiendes hijo... Tú no has visto lo que he visto yo... -aclara-. El niño estaba abierto en canal... ¡y repleto de billetes ofrecidos a la familia como compensación por haberse llevado los órganos!

2. Ciudad sin ley.

Leo los titulares del diario *Norte de Ciudad Juárez* y me entran ganas de vomitar. “Juárez: otra muerte más”, “Juárez: madres de víctimas piden ayuda”, “Más del 40% de la violencia de México se concentra en Ciudad Juárez”, “El 50% de la población carece de servicios básicos”, “Matan a un hombre a machetazos en Villa Ahumada”, “Queman una casa en Gómez Farías con la familia dentro”. Si los titulares resultan escabrosos los contenidos son aún más espeluznantes. Una noticia nos cuenta que han encontrado a una chica dentro de un bidón, boca abajo, con las piernas saliendo y cubierta de cemento. En otro texto, el reportero nos explica que a un individuo le han quitado todas las vísceras y en su lugar han puesto serrín, que tampoco tenía cerebro ni cerebelo y el cráneo estaba lleno de páginas de la guía telefónica. ¡No me cabe ninguna duda de que Satanás anda suelto!

-¿Cuenta algo interesante la prensa, Walter? -curioseosa Henrique-.

-Todo son crímenes macabros -le respondo-.

-Desafortunadamente. Así es nuestro México: violento y corrupto a más no poder -se lamenta-.

-¿Cómo se ha llegado a esta situación, Henrique?

-Verá. Antes los cárteles colombianos transportaban la droga por ruta marítima hasta Florida y desde allí la distribuían por todo Estados Unidos. Pero el Gobierno gringo bloqueó esas rutas y desde entonces los cárteles colombianos pasan la droga a través de México. En un principio los cárteles colombianos pagaban a sus distribuidores en México con dinero pero cada vez que la DEA se apoderaba de un cargamento, perdían enormes sumas. Así es que comenzaron a pagarles con una parte de la droga y, por lo tanto, los cárteles mexicanos se veían obligados a venderla si querían plata. Así es

como el problema del narcotráfico pasó de Colombia a México. Al principio era la marihuana. Cruzar la frontera con ella era relativamente sencillo. Luego llegó la cocaína, que daba diez veces más beneficios. Y luego la heroína y las metanfetaminas. Y bueno, así está nuestro México.

-¿Y por qué tanta violencia?

-Le explicaré, Walter. En México hay muchos cárteles pero los cuatro principales son el de Tijuana, el del Golfo, el de Sinaloa y el de Juárez. El cártel de Juárez ha dominado históricamente la ciudad pero en los últimos años el de Sinaloa penetró en su territorio y eso supuso la guerra. Si usted tiene en cuenta que el negocio de la droga mueve en México más dinero que el del petróleo en seguida entenderá por qué hay tantas masacres. La violencia se disparó como la espuma; cada año había el doble de asesinatos que el anterior. La gente estaba atemorizada. Pero desde que intervino el Ejército la situación ha mejorado.

-¿Y la policía no hace nada?

-México tiene la policía más corrupta del mundo. Si por la noche, camino de tu casa, te encuentras en un callejón oscuro con ladrones y en otro con policías, pasa por donde los ladrones... ¡Estarás más seguro! A mí un agente me robó una camioneta y cuando fui a poner una denuncia el comisario me confesó que la tenía él y que pensaba venderla para sacar algo de dinero. Me lo decía con toda la calma del mundo, consciente de su impunidad. Al final me la devolvieron sólo porque tengo un amigo influyente en el Ayuntamiento, que tuvo a bien ayudarme. Eso sí, al policía no le ocurrió nada -explica-.

-¿Y al comisario?

-Menos todavía.

-¡Es tremendo!

-Sí. Aquí absolutamente todos los agentes están corruptos. Todos trabajan para los cárteles de la droga. Cuando un cártel asesina a un agente no es

porque esté cumpliendo con su deber sino porque trabaja para un cártel rival. Las autoridades están compradas. Los políticos están a sueldo de los narcos, los jueces son sobornados, la policía está en nómina de la mafia. Cuando hay un tiroteo el bandido siempre escapa. La administración hace lo posible para que no se investigue. En el 97% de los casos no se encuentra al asesino. Esta sensación de impunidad hace que el número de crímenes aumente.

-¡Santo cielo!

-Bueno, Walter, ¿qué le parece si continuamos esta interesante charla en un restaurante que queda cerca de aquí? ¡Vamos a almorzar unos burritos! Así que suba a mi auto y lo llevaré a conocer la ciudad.

Entro en su viejo Chevrolet y me lleva por barrios de la localidad que no conocía. Ciudad Juárez está dividida en tres partes. El centro de la ciudad, donde vive la gente pobre; las afueras, la llamada zona rosa, donde vive la gente adinerada y hay grandes avenidas donde es muy fácil conducir; y por último, el desierto, donde se encuentran las industrias maquiladoras que dan empleo a la gente. La mitad de las calles no está pavimentada. Según me cuenta Henrique hay habituales cortes de luz eléctrica, el agua potable no llega a todos los rincones y el alcantarillado es pobre. La mitad de la gente vive hacinada en chabolas. Los jóvenes no tienen donde divertirse. Los parques están llenos de drogadictos, delincuentes o sicarios. Los cines y las discotecas son también territorio de los cárteles. Llegamos a un restaurante que me recomienda Henrique por el delicioso sabor de sus burritos.

-Ey, Walter -me llama Henrique- apuesto a que no sabe este chiste... Un tipo va a un concurso de la tele y el presentador le dice: “¡Enhorabuena! ¡Ha ganado usted el segundo premio! ¡Un magnífico viaje de dos semanas a Ciudad Juárez!”. Y entonces va y le pregunta el concursante: “¿Cuál era el primer premio? Y el presentador le contesta: “¡Un magnífico viaje de una semana a Ciudad Juárez!”.

-Usted nunca pierde el sentido del humor... -le respondo sonriendo-.

-¡Que nos roben todo menos eso! ¿Qué sería de la vida si no podemos sonreír cuando hay tormenta?

-¡Desde luego!

-¿Sabe? ¡Ustedes los gringos son muy listos! Cuando nos arrebataron la mitad de México se llevaron la mejor parte. ¡Ustedes se quedaron con los videoclubs y las cafeterías mientras que de nuestro lado de la frontera quedaron los pandilleros y las drogas! -ríe a carcajadas-. ¡Muy listos, sí señor!

-¿No ha pensado nunca en marcharse a Estados Unidos? Allí podría vivir seguro.

-¿Y por qué debería irme yo? ¡Son los narcos los que se deben marchar! Juárez es mi ciudad y la amo.

-¿Qué le pongo, Henrique? ¿Lo de siempre? -pregunta un joven camarero obeso cuyo nombre, según figura en su uniforme, es Jorge García-.

-¡Hola Jorge! Ponnos dos burritos con todo. El mío, bien cargadito de cebolla. En el de mi amigo mejor no pongas mucho picante. ¡Él es gringo y no está acostumbrado! -se ríe-.

Le doy un inmenso mordisco a mi burrito, repleto de cebolla, ajo, pimientos rojos, tomate, carne picada, frijoles refritos y queso y lo saboreo como si fuera mi última cena. Henrique se ve feliz al ver mi cara de satisfacción y me cuenta con orgullo que el burrito es un plato originario de aquí, del Estado Chihuahua. Durante la conversación, me explica que conoce al camarero; le llaman Jorge García, pesa unos ciento treinta kilos de peso (aunque no es por comer burritos, me asegura) y es un tipo muy tranquilo que practica yoga y cree en la reencarnación. Henrique también me informa de que aquí en Juárez comerciantes de todos los estratos sociales han cerrado sus negocios por no poder pagar las cuotas que exigen los sicarios. Casi todos los pequeños

negocios han cerrado. Los que no lo han hecho es porque pagan una mordida a los extorsionadores. Si no pagas, te queman tu negocio.

-¿Qué tal estaba el burrito? -me pregunta mi amigo-.

-¡Delicioso! -le contesto-.

-¡Me alegro de oír eso! Ahora que hemos terminado de almorzar, vamos a dar un paseo por el parque.

-De acuerdo, Henrique.

Es un día soleado en México. Charlamos tranquilamente por el parque cuando de repente me fijo en una vieja sentada en un banco de madera que le da de comer a las palomas. Me llama la atención porque veo que la piel de la anciana se pone rojiza por momentos y tras un segundo ¡comienza a arder sin más! ¡No hay rastro de gasolina o combustible! Somos varios hombres los que tratamos de apagar el incendio con nuestras chaquetas pero la llama se hace tan intensa que nos hace retroceder. La abuela arde como una antorcha humana pero no grita ni se mueve... ¡Es evidente que ya está muerta! ¡Al parecer ha sido una combustión espontánea humana! Cuando el fuego se apaga sólo queda un cadáver carbonizado. Su piel huele como cuando haces una barbacoa un domingo por la tarde. Sorprendentemente el fuego no ha afectado en nada el banco de madera ni los alrededores del lugar.

3. Los sacramantecas.

Jorge García siempre había oído hablar a su abuela de los sacramantecas. Cuando era niño, lo solía asustar con historias terribles sobre hombres

despiadados que extraían la grasa de sus víctimas. Hasta hace poco pensaba que sólo se trataba de cuentos de viejas con los que amedrentar a los niños para que se fueran a la cama sin protestar o para que se portaran bien. Jamás hubiera creído que los sacramantecas existieran realmente y menos aún que algún día él mismo pudiera llegar a convertirse en una de sus víctimas. Todo había de ser una simple pesadilla... ¡aunque estaba a punto de hacerse real!

Pero ahora Jorge García se encuentra encerrado en un siniestro almacén. Amordazado y maniatado de pies y manos, no puede hacer nada por zafarse. Sobrecogedoras penumbras se apoderan del local, pues la única y tenue luz es la que proviene de un montón de cirios repartidos por doquier. El titilar de las llamas parece agigantar unas sombras espantosas que alimentan su terror. En medio de aquellas insondables tinieblas, puede llegar a vislumbrar recodos de aquel lóbrego lugar y lo poco que ve hace que un miedo infinito le hiele el alma. Un sudor frío lo invade y el pánico desfigura su rostro.

Colgados del techo ve cuerpos descuartizados, cuerpos humanos que penden de enormes ganchos de carnicero, como los que se emplean en los mataderos cuando van a degollar a los cerdos. Aquella visión infernal lo deja absolutamente petrificado. Tremendos garfios de carnicero, un tórax por allí, una cabeza por allá... Puede contar hasta seis cadáveres distintos. Debajo de ellos puede observar un rudimentario y artesanal sistema de embudos y alambiques que conduce a unos plásticos en los que se recoge la grasa de las víctimas. Escucha lloros de mujeres en medio de las sombras pero no ve a nadie.

El desgraciado muchacho pensaba que lo de los sacramantecas era sólo una leyenda urbana. Había oído hablar de cierta hermandad secreta, oculta a ojos del mundo, que secuestraba a la gente y le extraía la grasa, sobre todo la de la región lumbar. Había oído rumores acerca de gorditos que desaparecían y de los que nunca más se volvía a saber nada. Según se cuenta, los sacramantecas

venderían la grasa a extraños intermediarios que la exportarían a Europa para fabricar cosméticos. Un amigo de la Facultad le dijo que se podría estar pagando hasta 15.000 dólares por un litro.

¿Sería posible tal cosa? Cerca de él, Jorge ve botellas de Coca-Cola llenas de lo que parece ser grasa humana. En cierta ocasión escuchó decir a una dama de la alta sociedad en un programa de televisión que ella no creía que tales crímenes fueran reales, que sólo eran supersticiones, aunque de serlo serían una cosa espantosa, pero que si era cierto eso de que esos mejunjes podían quitar las arrugas y rejuvenecer la piel, ella sería la primera en comprarlos. Sus compañeras en el plató de televisión opinaban como ella y nadie en el público pareció escandalizarse ante unas declaraciones tales.

Una vecina de Jorge, muy aficionada a visitar adivinos y hechiceros, le confesó a su madre que esta grasa sirve para hacer velas de misas negras, que algunos curanderos recomiendan a los enfermos crónicos ingerir cucharadas de grasa humana para recuperarse de sus dolencias e incluso que se fabrican cirios con ella, cirios que se usan en rituales para pedir protección a entes sobrenaturales o para aprender magia ya que quien lea grimorios a la luz de estas velas adquiere una sabiduría especial para hacer conjuros y hechizos. Jorge no creía que tales cosas pudieran ocurrir en nuestro siglo.

De hecho, ni siquiera sabe cómo ha llegado aquí. Sólo recuerda que se marchó al extrarradio para resolver un asunto y de súbito un golpe en la cabeza lo dejó inconsciente. Luego despertó en este laboratorio clandestino. Dos hombres de aspecto primitivo surgen de las sombras y lo cuelgan por los pies en uno de los ganchos. No hablan. Jorge intenta resistirse, se agita nervioso como un puerco al que están a punto de sacrificar. Quiere chillar pero la mordaza se lo impide. Le gustaría negociar con sus captores pero no le dan oportunidad. Se orina encima del pavor y rompe a llorar como un niño.

Entonces cuatro plañideras se hacen ver y lloran desconsoladas por Jorge,

lamentándose y dándose golpes de puño de el pecho. Tienen el aspecto de amas de casa cincuentonas. Rezan por su alma y ruegan a la Santa Muerte que las perdone por lo que están a punto de hacer y que el alma del futuro difunto pueda descansar en paz y no atormente la tranquilidad de sus hogares ni se quede vagando por el laboratorio. Uno de los hombres saca un enorme cuchillo de carnicero. Jorge García sabe muy bien que su desaparición será sólo otro caso más que nunca llegará a resolverse en Ciudad Juárez.

4. Al sur de Río Grande.

El diario local relata el suceso de la anciana que ardió en un parque. Un caso de combustión humana espontánea. ¿Qué pudo provocar tal cosa? ¿Una maldición? ¿Una reacción química? ¿Una reacción electromagnética con algo de la atmósfera? ¿Un espíritu invisible la quemó? ¡Hay todo tipo de teorías! Mi acompañante David Owen afirma que este caso no tiene nada de sobrenatural. Que tiene una explicación racional. Según él hay personas cuyos organismos generan de forma natural una cantidad muy grande de acetona, la cual es una sustancia inflamable. Si cerca de esa persona hay algún desencadenante -como la chispa de un mechero- entonces se puede provocar un fuego.

Para Owen todo tiene una explicación racional, aunque su propio caso sea un atentado contra la lógica humana. David es un científico ateo que me acompaña en mi viaje. A causa de un fallido experimento, su consciencia salió de su cuerpo y quedó atrapada en un medallón ámbar que pende de mi cuello.

Le he prometido llevarlo a Texas para recuperar su cuerpo. Él habla conmigo de forma *telepática* por decirlo de alguna manera. Oigo lo que dice dentro de mi cabeza y le respondo. Dado que solamente yo oigo sus palabras, hablo con él sólo cuando estamos en privado. Hablar con un medallón delante de otras personas sólo serviría para acabar con una camisa de fuerza antes de tiempo.

-¿No está usted casado, señor Bossman? -curioseosa Henrique Gonzales-.

La pregunta me llama la atención porque en Estados Unidos la gente no suele entrar en temas personales. Se considera de mala educación. Entonces recuerdo que estoy en México y Henrique es latino.

-No me casé nunca -respondo-. Digamos que no encontré a la persona adecuada.

-Yo tampoco -puntualiza-.

-¿Usted tampoco encontró a la persona adecuada?

-No. Yo tampoco estoy casado. Eso del matrimonio no es para mí. En las películas de Hollywood lo muestran como un cuento de hadas en el que la gente pasea en góndola por Venecia y se besa en París a la luz de la luna. Pero todos mis amigos casados me han dicho que el matrimonio tiene más que ver con fregar platos, bajar la basura, limpiar mocos y cambiar pañales -declara entre risas-. *Una aventura apasionante ¿verdad?* -pregunta en tono burlesco-. ¡Todos se arrepienten de haber dado el paso! Además a quien de verdad les hace ilusión casarse es a ellas. ¿Usted sabe por qué las mujeres miran las películas porno hasta el final? ¡Para ver si se casan! -comenta Henrique entre carcajadas-.

Nos estamos tomando unos tacos en un restaurante de comida rápida que queda cerca de la casa de Henrique.

-Walter, ¿ve usted a ese señor al que la gente saluda con sumisión? Es un antiguo alcalde. Solamente mandó una legislatura. Antes de entrar a gobernar apenas tenía unos pocos pesos en el banco y cuando salió de la alcaldía tenía

una mansión. Algunos hasta le hacen reverencias al verlo pasar.

-¿Y por qué la gente lo saluda tan amistosamente si es un ladrón?

-México es un país muy corrupto. Aquí robar está bien visto. ¡Casi es un timbre de prestigio! -se ríe-.

-¡Pero ya no está de alcalde!

-No... ¡Ahora hay uno peor! ¡Se descubrió hace poco una grabación de una conversación telefónica en la que el actual alcalde iba un poco pasado de copas y, charlando en confianza con un amigo suyo, se burlaba de sus propios votantes. Decía: “¡Qué burros son! ¡Les he prometido que voy a traer la playa a Ciudad Juárez y se lo han creído!”. ¡La playa! ¡Es el colmo! -¡estalla entre carcajadas!-. ¿Y qué se cree que pasó? ¿Los votantes se sintieron ofendidos y le retiraron la confianza? ¡Todo lo contrario! ¡En las siguientes elecciones obtuvo un 15% más de apoyo! En el mitin central de la campaña el recinto estaba abarrotado de gente y el tipo les decía a los suyos: “¡Me están llamando corrupto! ¡Me están llamando ladrón! ¡Pero así y todo me seguís votando! ¡No tenéis vergüenza!”. El público en lugar de indignarse se echó a reír vengando a la carcajada y aplaudirle con frenesí.

-¡Cielos!

-¡Bueno! ¡Y los gobernadores que hemos tenido aquí en Chihuahua son *lo mejor!* Van a un concurso de ladrones y los descalifican por dopaje -comenta jocoso-. ¡Las últimas elecciones fueron una risa! ¡No sabías cuál de los dos candidatos era peor! Uno decía públicamente que él era el mejor candidato porque iba a robar menos que el otro. Afirmó delante de las cámaras de la televisión que a lo largo de su carrera ya había robado el oro y la plata y que ahora sólo le faltaba el bronce. ¡Lo contó como si fuera un chiste y la gente venga a darle palmaditas en la espalda y venga a reír! El otro candidato manifestó que no pensaba robar, pero que en caso de hacerlo robaría lo mínimo imprescindible, lo estrictamente necesario, y que en todo caso también

dejaría robar a los de abajo porque es solidario con el pueblo. ¡Parece una película de Cantinflas! -se carcajea Enrique-.

-¿Y quién ganó?

-El primero, el candidato del PRI, por supuesto. Es curioso. En México hemos sufrido la dictadura del PRI durante más de setenta años. Y cuando por fin llega la democracia ¿qué hacemos? ¡Votar otra vez al PRI! *Brillante ¿verdad? ¿A que somos listos?* -ríe a mandíbula batiente-. Aquí siempre gana el PRI pongan a quien pongan. Un día el PRI pondrá de candidato a presidente a un gato y la oposición a un Premio Nobel y ganará el gato. ¡Seremos la primera nación del mundo presidida por un gato! -exclama preso de la hilaridad-. Aunque no se crea que la oposición es mucho mejor. El otro día una señora me decía: “Para que roben los otros prefiero que roben los míos”. ¡A ese punto hemos llegado! ¡Votamos por ladrones a sabiendas! ¡Este país no tiene remedio! ¡No hay nada que hacer! Los mexicanos somos así. No somos como los americanos. Nosotros tenemos miedo de ser libres.

-¿En serio?

-¡Totalmente! Somos como ese canario que se ha pasado toda la vida enjaulado y cuando por fin le abren la portezuela en lugar de echar a volar se queda dentro de la jaula. ¡Ya se ha acostumbrado! -explica-.

-Los americanos somos todo lo contrario. Desconfiamos del Gobierno y por encima de todo amamos la libertad. No obstante, también tenemos nuestros problemas. Muchos mexicanos piensan que en Estados Unidos las calles están hechas de oro y los billetes crecen en los árboles y no es así. En todos los lugares del mundo hay corrupción. En los Estados Unidos también, por supuesto -matizo-.

-Sí, pero no a este nivel. ¿Usted sabía que Adán y Eva eran mexicanos?

-¿Cómo dice?

-Sí, Adán y Eva eran mexicanos. Fíjese bien: no tenían ropa, ni zapatos, ni

casa; tan sólo tenían una triste manzana para comer, no protestaban ¡y encima creían estar en el paraíso! -me cuenta con pitorreo-.

-¡Henrique, usted siempre de buen humor! -contesto entre risas-.

-Venga conmigo, Walter. Quiero enseñarle algo.

Subo a su automóvil después de que guarde su rifle en el maletero. “Por si acaso”, dice Hernandez. Durante una hora hacemos una travesía en medio de un polvoriento y pedregoso desierto rumbo a Villa Ahumada, un pequeño municipio al sur de Ciudad Juárez. “Va a conocer al hombre del miedo”, me asegura. Al llegar a Villa Ahumada, veo a un varón de tez morena y aspecto latino que le está dando una brutal paliza a otro, que grita aterrorizado desde el suelo y ni siquiera se defiende. Es curioso porque el agresor es delgado, no demasiado alto, no es corpulento. La agresión transcurre a plena luz del día, justo en la Plaza Mayor del pueblo. Hay gente que transita por allí. Todos miran la escena aterrorizados pero nadie se atreve a hacer nada. ¡Cuando se cansa de apalazar a su víctima, escoge a otra a la que estira del pelo hasta el centro de la plaza y allí la golpea con saña!

-¡Tenemos que ayudar a ese hombre! -grito abriendo la puerta del automóvil-.

-¡No! ¡Usted no lo entiende! ¡Le he traído aquí para que vea algo! ¡Cierre la puerta! -me conmina-. ¿Ve? El que está ahí en medio de la plaza es el hombre del miedo. También es conocido como el aterrorizador. Lo llaman así porque cuando te acercas a él un pánico irracional te invade. Tiene como un radio de influencia en el que si entras un pavor inmenso se apodera de ti. Es un don. Por eso es que la víctima no se defiende. Si te fijas, el hombre del miedo no es especialmente fuerte, sin embargo nadie se atreve a hacerle frente. Hay decenas de testigos en la plaza y nadie hace nada. Ni siquiera la policía. Ni los sicarios. Todos están muertos de miedo. Esta escena ocurre casi todos los días.

-Bien, si no puedo acercarme a él entonces le pegaré un tiro desde el automóvil.

-¡Maldito gringo! ¡No entiendes nada! -me grita a modo de reprimenda-. ¡No te he traído aquí para que te hagas el héroe! ¡Sólo te he traído porque quería que vieras esto! ¡No vamos a interferir! ¡Así es como se arreglan las cosas por aquí! ¡Así es como funciona México! ¡Es tiempo de regresar a casa!

Henrique arranca el motor y nos marchamos. Definitivamente estas cosas sólo pasan al sur de Río Grande.

5. Cruces en el desierto.

En Juárez sólo hay prostíbulos, drogas y fábricas de ensamblaje. Judith González es una chica de dieciséis años que va camino de su puesto de trabajo. Ella monta los componentes de unos electrodomésticos en una industria maquiladora. El problema es que los parques industriales se encuentran un tanto alejados del casco urbano y debes cruzar un camino en medio de la nada para llegar hasta ellos. De día a este desierto lo abrasa un sol inmisericorde. De noche las temperaturas bajan y el frío te llega hasta los tuétanos. No es agradable venir por aquí mas debe proseguir hasta la fábrica.

De camino, unas cruces rosas recuerdan a Judith los feminicidios de Juárez. Sabe que debe ser precavida porque raptan a muchas chicas rumbo a las industrias maquiladoras. Son las cinco de la madrugada y Judith camina sola por un páramo. Apenas hay farolas que iluminen el trayecto y las penumbras parecen danzar en medio de este secarral de dunas y matorrales. De repente

los faros de una camioneta se iluminan en medio de la noche. Dos tipos bajan del auto y la secuestran en medio de risotadas. Ella chilla pero nadie la oye en este erial. Amordazada y maniatada, la encierran en el maletero.

En estas dunas fronterizas es muy habitual sacrificar y desmembrar a mujeres y enterrarlas en fosas comunes entre los arenales. Dicen que a veces los sicarios las entierran pero que conscientemente les dejan una mano fuera, con la clara intención de que sean descubiertas. Es como la rúbrica de su crimen. Cuando el viento sopla recio aparecen restos de cadáveres mutilados entre los montículos. Los cuerpos son encontrados con expresiones de horror, bocas abiertas, poses extrañas. Todo hace indicar que esas pobres muchachas han sufrido una muerte lenta y dolorosa precedida de mil y un tormentos.

Son casos no resueltos, sin culpables, sin sospechosos, cubiertos por el ensordecedor silencio del desierto. El número de mujeres asesinadas por el solo hecho de serlo no para de crecer y el de chicas desaparecidas bien pudiera multiplicar por diez la cifra de muertas. Llama poderosamente la atención que los cuerpos los encuentran siempre particulares, nunca la policía. Las mujeres de negro -madres vestidas de luto cuyas hijas se fueron un día a trabajar y nunca regresaron- son las únicas que buscan con ahínco los cadáveres de las víctimas. Las autoridades cierran los ojos y se llenan los bolsillos.

Judith González es muy consciente de su destino. No sabe dónde la llevan pero sí que aquí resulta demasiado fácil *desaparecer*. Chihuahua es el estado más grande de México pero está escasamente poblado. Aquí las distancias entre una localidad y la siguiente son enormes y entre ambas no hay más que un desierto inmenso lleno de coyotes. A veces los coyotes tienen aspecto de hombre; ésas son las alimañas más peligrosas. Aquí impera el silencio del miedo, hay muchos rumores pero a la hora de la verdad nadie ve nada, oye nada ni declara nada. Hay gente que desaparece y no está ni censada.

Encerrada en el maletero de una camioneta, amordazada y maniatada, Judith trata de pedir socorro pero no puede. Ella sabe que han encontrado muchas chicas enterradas en el desierto, chicas jóvenes y guapas, pero pobres -como ella- cuyos cuerpos aparecen con el pecho izquierdo amputado y el pezón derecho arrancado a mordiscos. Debe haber gente importante detrás para que nunca sea descubierta: hay periodistas que sufren agresiones; un forense tuvo que marcharse por hacer demasiadas preguntas; los sospechosos son declarados inocentes. Hoy al menos conocerá a su verdugo.

En la fábrica donde trabaja sus compañeras hablan de violaciones masivas, estrangulamientos, apuñalamientos... Ha oído muchos rumores: tráfico de órganos, películas snuff, satanismo, crimen organizado... ¡Hasta que se llevan a las chicas a bases secretas de los Estados Unidos y allí unos científicos sin escrúpulos las inseminan artificialmente con esperma alienígena para que den a luz unos monstruosos seres híbridos! “¡Mejor que no sepamos quiénes son! ¡Quién sabe qué nos harían si conociéramos sus identidades!” -le decía una amiga-. Judith sabe que la ignorancia no la salvará hoy.

La pobre Judith se encuentra aterrorizada. Su corazón late tan deprisa que parece una ametralladora. Está tan nerviosa que casi no puede respirar. De súbito la camioneta se detiene. Aquellos dos hombres bajan del automóvil y abren el maletero. Ella los mira implorando misericordia. Quiere chillar pero la mordaza se lo impide. Unas lágrimas inmensas se derraman por sus ojos en busca de clemencia. No es su día de suerte. Aquellos sicarios hace mucho tiempo que perdieron cualquier rastro de humanidad, si es que alguna vez la tuvieron. La meten en una casa situada en medio de la nada.

La muchacha es llevada a una habitación con paredes blancas salpicadas de sangre. Un grupo de hombres y mujeres la espera en la sala. Es un lugar tétrico iluminado solamente por la tenue luz de velas negras. Una imagen a escala natural de la Santa Muerte preside la reunión. Su aspecto no puede ser más

sobrecogedor: una siniestra calavera cubierta en su parte superior por un velo de mujer, una lujosa y adornada túnica de seda cuyas mangas dejan ver las afiladas manos de un esqueleto. Recuerda en su indumentaria a una imagen de la Virgen María y en su rostro al mismo demonio.

La desgraciada adolescente trata desesperadamente de gritar pero la mordaza no se lo permite. En su mirada se vislumbra un terror que hiela el alma porque sabe que va a ser sacrificada como un cordero. La pobre Judith ve un gran círculo pintado con tiza en el suelo con una estrella invertida en su interior, con cirios y calaveras en cada una de las puntas. Ella es colocada justo en medio. Junto al círculo y a la Santa Muerte hay un pequeño altar con crucifijos, imágenes de Cristo y de un sinfín de santos iluminados por velas negras. Una bruja decapita una gallina viva y rocía su sangre sobre Judith.

Detrás de la bruja hay un reducido grupo de hombres, la mayoría con aspecto de sicario, y alguna mujer. El aspecto de los varones es el de jóvenes de cabeza afeitada, bigote perfilado, barba de perilla, ropa elegante, zapatos de punta y sombrero texano. Dicen que hay sicarios que piden ayuda a la Santa Muerte para que no los detengan los federales, para asesinar a alguien o para salir de la cárcel antes de tiempo, a cambio de lo cual ofrecen grandes sumas de dinero. La hechicera pronuncia un sortilegio en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo y luego reza un Avemaría.

Entonces le dice a Judith: “Tranquila. No hay nada que temer. Ninguno de estos hombres te va a violar si es lo que piensas. Solamente te vamos a arrancar la espina dorsal. Nada más. La idea es ponerla al aire libre y cuando se seque y desaparezca la carne usaremos parte de la columna para hacer un collar que otorga una protección mágica y te hace inmune a las balas e invisible ante tus enemigos. ¡Y tú, muchacha, vas a tener el honor de ser sacrificada a la Santa Muerte! ¡No sabes cómo te envidio!”. Los presentes en la sala se ríen con malicia. Uno de ellos lleva uniforme de policía.

6. El tío Agus.

México está podrido de arriba abajo y lo más podrido de México es Ciudad Juárez. El problema no es ya que el narcotráfico mueva miles y miles de millones de dólares al año o que deje todo un reguero de cadáveres y secuestros a su paso. El problema de fondo es que los juarenses han asimilado este pecado como parte de su identidad nacional. Aquí el narco tiene una buena imagen, una imagen de éxito, poder sin límites e impunidad. La poca gente decente que vive en este vertedero quiere fugarse a El Paso. Ando predicando por Juárez cuando veo una tienda en la que un cantante de narcocorridos está firmando ejemplares de su último disco. Es un tipo de cabeza rapada, barba de perilla, enormes gafas de sol, zapatos de piel de serpiente y sombrero texano. Sus letras hablan de corrupción, cocaína y homicidios. Veo muchos jóvenes que hacen cola para comprar su disco.

-¡Debería daros vergüenza la forma en que estáis corrompiendo a la juventud! ¡Les estáis enseñando a amar lo malo y a aborrecer lo bueno! ¡Arrepentíos de vuestros pecados! -digo irrumpiendo en la tienda-.

-¿Pero qué dice este loco? -se pregunta una adolescente-.

-¡Esta narcocultura vuestra es lo que está matando a México! ¡Los narcos aquí son muy populares! ¡Hay películas de narcos, teleseries, hasta discos musicales donde se exaltan criminales como si fueran personajes populares! -grito dentro de la tienda, lo cual genera un enorme murmullo en la sala-.

-¡No tiene nada de malo! -me discute una adolescente-. ¡Usted no lo

entiende porque es gringo! ¡Esto es algo que tiene ya muchos años! ¡Es parte de nuestra cultura! ¡Yo quisiera ser la novia de un narco!

-¡Y yo! ¡Y yo! ¡Yo también! -repiten como un eco sus compañeras-

-¡Y a mí me gustaría ser como *El Chapo* Guzmán! ¡Es mi héroe! -replica un muchacho de catorce años-

-¡Estos evangélicos son unos extremistas!

-¡Vivan los narcos! ¡Fuera federales y militares! -grita otro joven, que arranca algunos aplausos-

-¿No es malo ser un narco? -pregunto-. ¿Y entonces por qué queman empresas si no pagan a la mafia?

-¡Eso son negocios! -responde otro restándole toda importancia-

-¡La prensa saca en portada los cadáveres todos los días! ¡Hoy mismo ha salido una madre llorando porque ha matado a su hijo! ¡Lo han decapitado, han cortado su cuerpo en dieciséis pedazos y los han repartido por toda la ciudad! ¿En serio pensáis que no tiene nada de malo? -les pregunto inquieto-

-¡Alguna cosa habrá hecho! -responde un muchacho para alborozo del resto, que lo apoya sin fisuras-

-¡Fuera de aquí! -chillan dos guardias jurados que me sacan del establecimiento con muy malos modos-

-¡Arrepentíos de vuestros pecados! -grito con más intensidad mientras me sacan de allí por la fuerza-

• • •

Camino diez minutos y paso por delante de un altar de la Santa Muerte. Muchos la llaman la *Niña Bonita* pero su aspecto es tétrico. Parece una imagen de la Virgen María, sólo que con una calavera y garras huesudas en

lugar de rostro y manos de mujer. Veo señoras peregrinando de rodillas ante tan macabra imagen. Le regalan flores, licores y ofrendas a cambio de bienestar o venganza. Desde luego la superstición y la ignorancia son cosas muy pesadas. Hay madres que llevan a sus bebés recién nacidos para que la Santa Muerte los bendiga. Veo hombres que ofrecen grandes fajos de billetes a cambio de cirios y amuletos que venden los sacerdotes de este culto diabólico. La idolatría está aquí a la orden del día. Altares con figuras de Cristo, crucifijos y rosarios aparecen en el templo de la Santa Muerte. Para los mexicanos es una cosa normal ponerle una vela a Dios y otra al demonio.

-Santa Muerte, cúbreme con tu manto, que con tu protección nada malo me va a pasar -le reza un hombre-.

-¡Pueblo de México, arrepiéntete de tus pecados porque el fin del mundo está muy cerca! ¡Hoy Dios quiere que sepas que el Juicio Final está a la vuelta de la esquina! ¡Mexicanos, os quejáis de la violencia que azota vuestro país pero ya que adoráis a la Santa Muerte, no debería extrañaros que haya tantos homicidios aquí! ¡Le habéis dado potestad a los demonios para que reinen en Juárez! ¿Qué habéis conseguido adorando a este monstruo? ¡Aquí la vida no vale nada, puedes asesinar a alguien por tan sólo quinientos pesos! ¡Hay un goteo de desapariciones en la región que os está dejando sin madres, sin hijas, sin hermanas y sin tías! ¡Todas sacrificadas para Satanás y sus demonios, como esta Santa Muerte a la que adoráis! ¡Juárez se ha convertido en un paraíso turístico para psicópatas que vienen desde el extranjero sólo para matar a una mujer y dejarla tirada en el desierto!

-¡La Santa Muerte no es mala! -responde una mujer-. Ella ofrece protección contra espíritus, magia negra, brujería, vudú, hechizos, maldiciones así como contra los enemigos que te desean el mal y no quieren verte prosperar o que te desean la desgracia. ¡Ella es nuestra protectora! ¡Ella es nuestra madre!

-¿Y si es tan buena por qué acuden a ella sicarios y narcotraficantes a

pedirle ayuda para asesinar a la gente? -replico-.

-Señor, dicen que con la Santa Muerte estás con ella para luz o para oscuridad, para bondad o para maldad. O es blanco o es negro. Con la Santa Muerte no hay puntos intermedios, no se la puede engañar pues es celosa y vengativa y yo que usted tendría mucho cuidado con ella pues es poderosa - advierte-.

-¡Abrid los ojos! ¡La Santa Muerte es un demonio! ¡México, sois un pueblo idólatra como lo era Canaán! ¡Os rodeáis de imágenes y amuletos y pensáis que por eso Dios está de vuestro lado! ¡Necios! ¡Y por si fuera poco os arrodilláis ante este montón de huesos, ante este monstruo! ¡Arrepentíos de vuestros pecados o acabaréis en el infierno como los cananeos! -exclamo a viva voz-.

-¡La Santa Muerte no es un monstruo! ¡La Santa Muerte es nuestra madre! -grita una turba enfurecida-.

-¡Hacéis bien en decir que es vuestra madre porque vosotros sois hijos de Satanás, vuestro padre! -clamo-.

Una multitud enfurismada se agolpa sobre mí para apalearme cuando de repente se oyen sirenas. En cuestión de una fracción de segundo una camioneta con las ruedas reventadas se estrella contra un vehículo aparcado frente al altar de la Santa Muerte. Dos camionetas de la policía federal entran en escena. No sé quien comienza primero, pero en un instante hay un inmenso tiroteo. El ruido ensordecedor de las ametralladoras acalla los gritos de auxilio de la gente. Trato de ponerme a cubierto y me escondo detrás de un coche. Tras un minuto todo acaba. Los narcos están muertos, hay un oficial herido y una multitud de casquillos en el suelo. Un enorme baño de sangre inunda el altar de la Santa Muerte. Muchos de los que intentaban apalizarme han ido a reunirse con ella. ¡Sangre! ¡Los demonios siempre reclaman sangre! ¡El infierno acaba de aumentar su número de inquilinos!

-¡Ya ha habido suficiente por hoy, Walter! Vámonos a casa por favor -me urge angustiado David-.

-¡Vámonos! -respondo un minuto antes de subir a mi Ford Ranger-.

. . .

-¡Hola, Walter! ¿Qué tal le fue predicando en la ciudad? -me pregunta Henrique cuando llego a casa-.

-La verdad es que no ha habido mucho éxito.

-Um... Me lo esperaba.

-¡Vaya! ¡Qué olorcito tan bueno a pan recién hecho!

-Sí... Mi madre acaba de hacerlo. También tenemos caldo de patatas y cebolla para comer. ¡Pero venga, pase al salón! ¡Tenemos visita! -me urge Henrique-. ¡Vino el tío Agus!

En el salón encuentro a la señora Karen Quituzaca, la madre de Henrique. Está sentada en una silla de madera, junto a una pequeña mesa circular. En ella hay tres tazas de café, una la de Karen, otra la de Henrique, a medio tomar, y otra la del tío Agus, ya vacía. También veo un cenicero con las colillas aún humeantes de un cigarro recién terminado, lo que me sorprende porque ni Karen ni su hijo fuman. Pero lo que me deja atónito es una vieja mecedora que se balancea sola. La madera cruje con su movimiento acompasado. “Salude al tío Agus”, me dice Karen señalando la mecedora vacía. No veo a nadie allí. Estoy desconcertado. Por un instante me pregunto si me estarán tomando pelo, si tal vez son locos con delirios alucinatorios o si está presente un espíritu invisible. La señora Karen Quituzaca charla animadamente con la mecedora... ¡pero no hay nadie allí!

-No tema, señor Bossman -me dice Karen Quituizaca con un tono de voz muy cálido-. ¡No todo el mundo es capaz de ver ni oír al tío Agus! Mi hijo Henrique no puede, por ejemplo, pero yo sí. Dudábamos de si usted sería capaz... pero es evidente que no. ¡No se preocupe! ¡Le pasa a la mayoría de la gente! -me aclara sonriente-. Agus es mi hermano. Falleció hace unos años pero de vez en cuando nos visita y eso nos hace muy felices. En esta ocasión ha venido para darle un mensaje de advertencia: debe marcharse de Juárez tan pronto sea posible. Mañana por la mañana a no más tardar. El tío Agus dice que corre usted gran peligro y que si permanece en la ciudad por tres días más entonces morirá. Y el señor David Owen morirá con usted.

-¿Quién es David Owen, mamá? -pregunta Henrique-.

-El señor Bossman lo conoce... -responde Karen mirando el medallón ámbar que pende de mi cuello-.

Estoy perplejo, confundido, boquiabierto. No sé ni qué responder. No sé si este mensaje del más allá es real o un fraude. No sé cómo han descubierto lo de Owen. Una vez más me dejo llevar por mi instinto.

-¡Seguiré su consejo! ¡Prepararé las maletas!

7. ¡OVNIS!

El Paso es una ciudad que hace honor a su nombre. Es una urbe estratégicamente situada en Texas, justo en la frontera entre Estados Unidos y México. A un lado de la frontera Ciudad Juárez, en Chihuahua, México. Al otro lado, El Paso, Texas, y Las Cruces, Nuevo México, en los Estados Unidos

de América. En pocos minutos en automóvil tienes tres ciudades importantes, tres estados y dos naciones. No es de extrañar que sea el punto más caliente del narcotráfico mundial. Aquí la DEA, el FBI y la Guardia Fronteriza deben hacer muchas horas extra. Demasiadas rutas para introducir la droga, demasiadas formas de escapar. Una de ellas es el Aeropuerto Internacional de El Paso.

Precisamente me encuentro aquí porque debo emprender un viaje. David Owen, científico ateo y racionalista con el que estoy recorriendo los Estados Unidos, me ha pedido que lo lleve a Corpus Christi. Como esta ciudad se encuentra en la otra punta de Texas y he visto una oferta de vuelos baratos, me he decantado por este transporte para ahorrarme las más de siete horas de conducción que separan ambas ciudades. Hemos subido a un avión de United Airlines que nos llevará hasta Corpus Christi, aunque con una pequeña escala en Houston primero. Desde la megafonía avisan de que falta poco para que nuestro vuelo despegue. Hago la cola pacientemente y paso las medidas de seguridad.

Una vez embarcados, escucho a la chica que se sienta delante de mí contarle una extraña historia a su amiga. Dice que una vez ella hizo un viaje de varias horas en autobús junto a sus padres. En una de las paradas se subió un hombre mayor que se sentó a su lado. El tipo, amable, le preguntó cómo estaba y adónde iba. Ella respondió sin problema. Minutos después la miró sonriente y le dijo: “Ya me voy. Que te vaya bien. Cuídate”. El hombre se empezó a derretir desde los pies para arriba y parecía volverse líquido escurriéndose por debajo del asiento, hasta desaparecer. Aterrorizada, corrió al asiento de sus padres a contarles lo que sucedió, pero ellos no la habían estado mirando ese rato.

Emprendemos el vuelo rumbo a Houston. Miro por la ventanilla: la ciudad, iluminada, se ve preciosa por la noche. Llevamos sobrevolando el desierto

texano durante unos diez minutos cuando una luz roja se acerca hacia nosotros. Es una gran bola de luz que se aproxima muy rápido. Debe de estar como a unas cinco millas de distancia. El pasaje se pregunta extrañado qué ocurre y empieza a filmarlo todo con sus móviles. El rojo escarlata rasga la oscuridad de la noche con endiablada celeridad. Distancia: tres millas. Las azafatas andan histéricas entrando y saliendo de la cabina del piloto. El pasaje entra en pánico. La esfera luminosa se encuentra ya a una sola milla. La colisión es inminente.

Cuando estamos a punto de impactar, la esfera roja se divide en tres cuerpos de igual tamaño al anterior, y cambian al color blanco. Una bola blanca se coloca junto al ala derecha, y la otra junto a la izquierda. La tercera luz va delante y debajo del avión: debe de ser muy visible desde la cabina del piloto. Todo el pasaje está aterrado. Nadie sabe qué ocurre. Un niño es el primero en pronunciar las palabras tabú: “OVNI”, “extraterrestres”. Una señora hispana comienza a rezarle a la Virgen María. Un agorero grita que todos vamos a morir. Las esferas se mueven a velocidades increíbles y hacen zigzags y piruetas en el cielo con una maniobrabilidad alucinante que ninguna nave terrícola tiene.

El nerviosismo se expande como fuego sobre la estopa, cuando de repente se oye por megafonía la voz del capitán: “Señores pasajeros, les habla el capitán Higginson. Sería absurdo negar lo que está sucediendo ya que ustedes lo están viendo con sus propios ojos. No sabemos qué son esas luces blancas. De hecho, ni siquiera aparecen en el radar. Por razones de seguridad, regresamos a El Paso. Abróchense los cinturones y prepárense para un aterrizaje de emergencia”. En cuanto el avión cambia el rumbo, las esferas se alejan. El aterrizaje transcurre sin incidentes. Si los alienígenas existen somos para ellos como las hormigas para los niños; juegan con nosotros por pura diversión...

8. El caminante.

El paisaje no puede resultar más desolador. Un sol abrasador calienta las rocas hasta hacerlas añicos en un desquebrajado desierto digno de una película de ciencia ficción. Montes agrestes por doquier. Un secarral de dunas y matorjos ajados por el viento. Un páramo yermo y baldío sin apenas rastro de civilización. Una llanura repleta de montículos de arena y matorrales atravesada por una autopista infinita cuyo fin se pierde en el horizonte. Conduzco mi Ford Ranger camino de Corpus Christi, Texas. Prometí llevar hasta allí a David Owen, un científico racionalista y ateo que me acompaña en la camioneta. El desierto texano es una tierra árida e inhóspita donde resulta muy sencillo *desaparecer*. Pero no hay nada que temer. Llevo conmigo una *Biblia* para ahuyentar a los demonios con la ayuda de Dios y un buen rifle por si aparecen coyotes o por si se acerca alguien con malas ideas.

CBS radio informa del incidente OVNI de El Paso. Tres luces que se movían a velocidades de vértigo y hacían zigzags imposibles acosaron a un avión de pasajeros que salió de El Paso rumbo a Houston. Nosotros íbamos a bordo, así que fuimos impertérritos testigos de lo sucedido. El capitán Higginson, piloto de la aeronave, ha comentado a los periodistas que nunca en sus más de veinticinco años de carrera profesional había visto algo semejante. Al final tuvo que abortar el vuelo y regresó al Aeropuerto Internacional de El Paso ante la imposibilidad de garantizar la seguridad del pasaje. Así pues, ante el peligro cierto de tomar un vuelo, David Owen y yo hemos decidido

viajar por tierra. “No sé qué eran aquellas luces. No salían en el radar. Se anticipaban a todos mis movimientos. Era como si me leyeran el pensamiento”, declara el capitán en los informativos de la CBS.

-¿Qué piensas que fue aquello, David? -le pregunto a mi acompañante-.

-¿Y tú, Walter? -me responde-.

-No estoy seguro... Pienso que quizás pudiera tratarse de ángeles. Tal vez quisieron forzar al piloto a tomar tierra porque sabían que de no hacerlo el avión se estrellaría. Es sólo una conjetura. Aunque, la verdad sea dicha, pienso que posiblemente fueran aeronaves extraterrestres.

-Los marcianitos verdes no existen, Walter -me contesta en tono condescendiente-.

-Bueno, supongo que no creerás en la versión de los militares: un globo sonda. ¿Quién es tan estúpido como para tragarse semejante disparate? Ya viste las velocidades que tenían... ¡Y cómo se movían! Y ya has oído lo que ha dicho el piloto: “Era como si leyeran mis pensamientos”. ¿Qué otra cosa podría ser?

-Eres demasiado crédulo.

-Muchas veces me llamas crédulo, pero esta vez el crédulo eres tú si piensas que aquellas naves tenían origen terrícola.

-Walter, analicemos las cosas con calma. Para empezar no sabemos si eran naves. Lo que vimos eran luces. Desde luego no creo que sea un globo sonda ni ningún artefacto fabricado por humanos. En toda la Tierra ningún gobierno o corporación cuenta con una tecnología capaz de hacer algo así...

-Entonces, admites que eran extraterrestres -le replico-.

-No, que no se trate de un caza no significa automáticamente que sea un platillo volante. Puede ser otra cosa. ¿Conoces el caso de las luces de Marfa?

-No.

-En 1883, mientras paseaba el ganado, un joven vaquero vio unas luces

parpadeantes en el horizonte y pensó que se trataba de apaches, así que avisó a otros colonos. En 1919 un gran número de vaqueros las vio, pero no descubrieron su origen. Durante la Segunda Guerra Mundial pilotos de un aeródromo cercano trataron de resolver el misterio sin éxito. Bueno, esas luces siguen apareciéndose hoy en día. Y muy cerca de aquí, en Marfa, Texas. Son tan populares que se han convertido en un reclamo turístico. Si tú las ves, parece que sean OVNIS, otros prefieren pensar que son los fantasmas de soldados españoles que buscan oro... Pero hay otras explicaciones más racionales: podría tratarse de descargas electrostáticas o de gas procedente de un pantano. Posiblemente no sea más que un espejismo causado por el aire caliente que se eleva y el aire frío que se asienta. Esto podría ampliar las luces a lo lejos y dar la sensación de que se están moviendo... Seguramente el incidente de El Paso se deba a un fenómeno natural.

-Los espejismos no se mueven de forma inteligente. Ya oíste al capitán: jamás había visto algo así -contesto-.

-Te repito que los marcianitos verdes no existen, Walter.

-¿Por qué te cuesta tanto creer? -le pregunto molesto-.

-Porque no tiene sentido, Walter. A pesar de las toneladas de testimonios y supuestas imágenes y vídeos de OVNIS, no hay ni una sola prueba de naves alienígenas o de organismos extraterrestres. Me inclino a pensar que estamos solos en el Universo. ¡Existimos por casualidad y no hay nadie más!

-La NASA opina lo contrario. Dice que encontrará vida extraterrestre en el Sistema Solar en la próxima década. Y manda discos al espacio con información básica sobre la especie humana con el propósito de que algún día llegue a manos de seres inteligentes. ¿Y qué me dices del proyecto SETI, David? ¡Miles de ordenadores en todo el mundo buscando captar señales de radio procedentes del espacio!

-¡Y nunca han captado ninguna ni nunca lo harán! -afirma seguro de sí

mismo-. En cuanto a la NASA, es normal que alimente la fantasía de la gente. Es su forma de justificar presupuestos millonarios y recaudar más fondos del Gobierno... Yo en su lugar haría lo mismo -me explica ufano-.

-¡David, con todo respeto, me asombra que siendo como eres científico seas tan cerrado de mente! Si en torno a la mitad de las estrellas de nuestra galaxia parecidas al sol orbitase un planeta en el lugar preciso como para tener una temperatura favorable a la aparición de la vida, entonces en la Vía Láctea habría diez mil millones de planetas semejantes a la Tierra. ¡Diez mil millones, David! ¡Sólo en nuestra galaxia! ¡Y se cree que hay unos dos billones de galaxias! Desde el punto de vista probabilístico es casi imposible que no haya habitados varios mundos.

-Puff -David suelta un bufido de desaprobación-.

-Pero ojo, porque en realidad no es un imperativo que la vida deba surgir necesariamente en un planeta acuoso como el nuestro. La vida se abre paso en los lugares más insospechados. Hay peces abisales que nadan bajo una presión que literalmente nos aplastaría y moran en regiones sin luz y con menos oxígeno que la nuestra. Algunas bacterias llamadas extremófilas habitan en el magma y hay pequeños crustáceos que viven en temperaturas increíblemente bajas. Es decir, la vida se adapta a los parámetros, no depende de éstos. Este hecho multiplica de una forma exponencial las posibilidades de hallar vida en otros mundos.

-No descarto que algún día se encuentre vida microorgánica. Podría ser. ¿Pero humanoides? ¡Olvídate! Walter, a veces me pregunto si existe vida inteligente en la Tierra... ¿No te has parado a pensar en que aunque existieran los marcianitos están tan lejos que nunca podrán contactar con nosotros?

-David, tú mismo me has hablado en ocasiones de los agujeros de gusano. Quizás los aliens tengan algún sistema que les permita teletransportarse, una especie de atajo que les ahorre recorrer grandes distancias.

-¡Oh! -se hace el sorprendido-. ¡Y ahora me dirás que nos llevan visitando desde hace miles de años, que construyeron las pirámides de Egipto y que hicieron los círculos en las cosechas de Reino Unido!

-Bueno, creo muy capaces a los antiguos de haber construido las pirámides... ¡aunque su precisión sea imposible de igualar aún hoy! Quizás vivieron una época de expansión científica como la que vivimos ahora. No creo que los egipcios fueran tontos, ni los romanos ni los atenienses. No necesitaban ayuda de nadie para hacer lo que hicieron.

-¿Ves como tengo razón?

-Un caso diferente es el de los círculos de las cosechas; hay algunos que han sido realizados por impostores pero sabes bien que otros tienen una precisión milimétrica, que sólo han podido ser dibujados desde el aire y que además desprenden una cierta radiación.

-Walter, si de verdad existen los extraterrestres, si de verdad nos visitan ¿por qué demonios no se hacen visibles? ¿Por qué aparecer en un solitario campo de maíz pudiendo aterrizar frente a la Casa Blanca?

-Quizás no quieren interferir con nosotros. ¿Sabes cuál es el país con más idiomas del mundo? Papúa-Nueva Guinea. Siete millones de habitantes y más de ochocientas lenguas. No está mal ¿verdad? Algunas de ellas las hablan sólo unas pocas decenas de individuos aislados en una aldea. Los occidentales no han querido interactuar mucho con ellos, porque sabían que de hacerlo las culturas de esos pueblos nativos serían arrasadas y sustituidas por la cultura occidental, tal y como pasó aquí en los Estados Unidos. Así que han dejado que los nativos se desarrollen en un entorno casi virgen. Esto es valioso porque nos da información acerca de cómo pudimos ser nosotros hace siglos. Quizás los aliens no quieran que su cultura se imponga a la nuestra.

-Una pregunta -me responde curioso-. Tú que eres creyente, dime... De haber vida en planetas con condiciones similares al nuestro, y que sus

habitantes fueran más o menos como nosotros ¿nos regiría el mismo Dios? De ser así Jesús ¿habría sido crucificado en cada uno de esos planetas? ¿O sólo en el nuestro? ¿Habría que predicarles para que fueran salvos? ¿Podrían ellos entrar en el cielo?

-Es una excelente pregunta... para la cual no tengo respuesta. Lo único que sé es que más que preocuparte por si son salvos los extraterrestres, deberías preocuparte por si vas a ser salvo tú. Te he predicado el Evangelio en varias ocasiones, pero eres obstinado y sigues siendo ateo. ¡Arrepiéntete, David!

-Walter, no creo en Dios por la misma razón que no creo en los alienígenas: no hay evidencia de ellos.

-David, tú crees que estamos solos, que existimos por pura casualidad. Yo en cambio creo que cuando Dios hizo este Universo tan inmenso no era para nosotros solos; ¡ni siquiera podríamos comprender su inmensidad! ¡Nunca me había encontrado con una mente tan cerrada como la tuya! Todos los días descubrimos alguna especie animal o vegetal aquí en la Tierra. ¡Aún hoy no sabemos cuantas especies de seres vivos hay en nuestro planeta! Se calcula que sólo en las profundidades del mar debe haber varias decenas de miles de especies que están ahí... pero que no conocemos. Tú, en cambio, te atreves a afirmar categórico que no existe vida en otros planetas... ¡A pesar de que ni siquiera hemos salido del Sistema Solar! ¡A pesar de que el 98% del Universo permanece inexplorado!

-¿Y qué?

-Los antiguos pobladores de la isla de Rapa Nui también creían que eran los únicos habitantes del planeta. Estaban tan aislados, tan alejados de cualquier otra porción de tierra firme, que nunca habían tenido contacto con ningún otro pueblo... ¡Hasta que un día lo tuvieron!

-Evidencias, Walter, evidencias.

-¿Evidencias? La materia oscura fue descubierta en el siglo XX... ¿Qué

evidencias había de que existiera en el siglo XIX? Es más, ¿qué evidencias había de que existiera América antes de 1492? ¡Por suerte no todas las personas son tan cerradas de mente como tú! No siempre lo que creemos puede ser probado. A veces las pruebas no están al alcance de la mano. A veces que algo no se haya demostrado no significa que no exista... Sólo quiere decir que no ha sido demostrado aún. A veces un presentimiento, una corazonada, es todo cuanto necesitamos. ¡Sólo es cuestión de tener fe y esperar!

Justo en ese momento se interrumpe la charla. Vemos una sobrecogedora escena que nos hiela el alma. Un hombre muy alto y pálido camina desnudo por la autopista. ¡Lo espeluznante es que camina de espaldas, como retrocediendo! ¡Lo hace con una habilidad y rapidez fuera de lo común, casi sobrenatural, como si para él lo más normal del mundo fuera caminar como los cangrejos! ¡No tiene rostro y donde debiera tener pecho tiene una segunda espalda! ¡La carne se me pone de gallina! ¡Todo el vello de mi cuerpo se me pone de punta! ¡Un escalofrío recorre mi columna vertebral! ¡David tartamudea del terror! El extraño caminante sale de la autopista y se interna entre los matorrales, ajeno a nuestra presencia. ¿Pero qué demonios era eso? David y yo continuamos nuestra ruta en un silencio casi fúnebre. Ambos preferimos fingir que no hemos visto lo que hemos visto.

9. El laboratorio.

Me encuentro a bordo de un furgón, con los ojos vendados, escoltado por

militares. Sé que estoy en las inmediaciones de Corpus Christi, Texas, pero no sé exactamente hacia donde me llevan. Como un fogonazo, vienen a mi mente instantáneas del pasado. Estoy aquí por ayudar a David Owen. Es un científico ateo y racionalista que perdió su cuerpo en un experimento fallido. Su consciencia quedó atrapada en un medallón de color ámbar que pende de mi cuello. Nos conocimos de forma accidental en Montgomery, Alabama. Él me explicó su caso y me suplicó que le trajera personalmente hasta aquí. El medallón puede comunicarse con la persona que tenga más cerca. Puedes oír su voz dentro de tu cabeza. Esto se debe a que emite una serie de impulsos eléctricos que conectan con los neurotransmisores del cerebro. Podríamos decir que es una especie de primitiva telepatía.

Sé cómo suena esto. Si cualquier otro me contara una historia semejante le recomendaría una camisa de fuerza, pero lo cierto es que me ha sucedido a mí. David Owen es un científico de élite que trabajaba en un laboratorio secreto hasta que ocurrió el accidente. He accedido a traerlo en persona para garantizar su seguridad. Al llegar a Corpus Christi fuimos a una librería y allí le dije a la dependiente la contraseña que me facilitó Owen: “Código Épsilon”. Me dijo que esperara y en seguida apareció un coche con unos hombres de negro. “¿Trae usted a Owen?” -preguntaron-. “Sí”, contesté. “Entonces suba al coche con nosotros”. Me llevaron a las afueras. Allí en pleno desierto nos estaba esperando un furgón con militares. “Vamos a llevarles al laboratorio. Por motivos de seguridad usted debe vendarse los ojos durante el trayecto. Tranquilo. No hay nada que temer” -me dijeron-.

No sé cuanto tiempo ha pasado porque no puedo ver el reloj, pero calculo que llevamos cosa de una hora en la carretera. Entonces el furgón se detiene por un momento. Oigo a los militares hablar con otra persona. Se reanuda la marcha y el furgón se hunde como en una especie de subterráneo. El conductor aparca y el motor se detiene. “Ya hemos llegado. Ya puede quitarse la venda”

-me indica-. Las luces del aparcamiento me dañan la vista. “Tenga cuidado a la hora de bajar”, me advierte. En todo momento los militares me tratan con suma cortesía. Me escoltan hasta un ascensor y descendemos unos cuantos pisos. No sé dónde me encuentro pero tiene toda la pinta de ser un lugar profundo, con muchos niveles bajo tierra donde poder descender. Al salir del ascensor, me espera un hombre asiático de mediana edad. Lleva gafas, bata blanca y una carpeta azul bajo el brazo.

-¡David! ¿Eres tú? -le pregunta al medallón-.

-¡Sí! ¡Soy yo! -oigo responder a Owen dentro de mi cabeza-.

-¡Oh, cielo santo! ¡Creíamos que habías muerto! ¡Gracias a Dios que estás vivo!

-¡Gracias a Dios no! ¡Gracias a este buen amigo mío -dice de mí- que se ha tomado la molestia de protegerme y de asegurarme que llegara bien hasta el laboratorio! -me sorprende la amabilidad de Owen-.

-¡Muchísimas gracias señor Bossman por habernos traído al señor Owen! ¡Es uno de nuestros mejores científicos y un gran amigo mío! ¡Le estamos muy agradecidos!

-¿Cómo sabe mi nombre? No recuerdo haberme presentado -pregunto intrigado-.

-Nosotros trabajamos para el Gobierno. Lo sabemos casi todo -responde-. Mi nombre es Daniel Chang.

-¡Bueno! ¡Dejad las cortesías para otro momento! ¡Quiero volver a mi cuerpo lo antes posible! -interrumpe-. ¿Qué hay de Marcia y de los niños? ¡Espero que no se haya casado con otro en mi ausencia!

-No. Marcia te sigue buscando. Es una buena mujer. ¿Señor Bossman? -me llama Chang-. ¿Sería tan amable de entregar el medallón a esta enfermera? -indica señalando a una mujer rubia que acaba de llegar-. La mesa de operaciones ya está preparada... ¡David tiene un cuerpo y una vida que

recuperar!

-¡Cuanto antes mejor! -clama ansioso el medallón-. ¡Walter, no te vayas!
¡Nos vemos dentro de un rato!

-Enfermera, llévase al señor Owen y avise al doctor Vigotsky de que todo está listo. En cuanto a ustedes, señores -dice a los militares- pueden retirarse -les ordena-. Yo me encargo del señor Bossman.

-¡A la orden! -responden los soldados-.

-¡Acompáñeme, señor Bossman! ¡Permítame que le haga de guía! ¡Le enseñaré este lugar! -explica Chang-.

-Con gusto.

A lo largo de la hora y media siguiente recorro las instalaciones de este centro de investigación junto con el doctor Chang. Me coloca una bata blanca y me pone una tarjeta en la solapa que dice “visitante”. Me enseña varios laboratorios con científicos absortos en sus experimentos, observando por el microscopio, sujetando las probetas con esmero o escribiendo fórmulas incomprensibles en una hoja de papel. Los hay de todas las razas y colores. Algunos investigadores con batas blancas van correteando por los pasillos, yendo de aquí para allá. “¿Has oído las buenas noticias? ¡Owen ha vuelto!”, oigo que una doctora dice a su compañera. También hay soldados parapetados frente a puertas blindadas a las que ni remotamente nos acercamos. Chang y yo pasamos por salas en las que contemplo maquinarias y artilugios que me parecen incomprensibles. Sus revelaciones me dejan pasmado.

-En este centro trabaja un equipo multidisciplinar -explica Chang-. Somos gente muy diversa; de distintas razas, creencias y nacionalidades, pero todos amamos la ciencia y a través de ella queremos hacer del mundo un lugar mejor. El señor Owen sin duda ya le ha hablado de su caso. Trabajamos desde hace años en cómo transferir la consciencia del ser humano a una máquina. Piense por ejemplo en alguien cuyo cuerpo ha sufrido un aparatoso accidente,

o se ha quemado en un incendio. Podríamos separar la consciencia del cuerpo si éste presenta daños irreversibles, por ejemplo. Puede que le suene a ciencia-ficción pero le aseguro que dentro de unos años se podrá descargar la consciencia del ser humano en un ordenador de la misma manera que hoy descargamos una película de internet. Y quien dice un ordenador dice un pequeño dispositivo portátil, similar a los que ya utilizamos en la actualidad para guardar películas o canciones. Precisamente en uno de ellos está almacenada la mente de David.

-El medallón... -sugiero-.

-En efecto. Bueno, tiene forma de medallón, pero en realidad es un dispositivo de almacenamiento -matiza-.

-¿Y cómo es posible que se comunique si no tiene boca? ¿Por qué oigo sus palabras en mi cabeza?

-Verá, el cerebro humano no tiene desarrollado todo su potencial ni de lejos, señor Bossman. Se puede decir que sólo utilizamos una pequeña parte del mismo. Pero en realidad tenemos partes de nuestro cerebro que están como inactivas, o dormidas, o que no funcionan a pleno rendimiento. ¡Si el cerebro trabajara al máximo de sus capacidades todos podríamos comunicarnos telepáticamente! ¡No me cabe la menor duda de ello! Pero por ahora nuestros objetivos son más modestos. Usted oye al medallón porque transmite unos impulsos eléctricos que conectan con los neurotransmisores del cerebro. Es como cuando dos radioaficionados conectan en la misma frecuencia... ¡Pueden hablar! Pues bien, las ondas cerebrales y los impulsos eléctricos generados por nuestro dispositivo sintonizan a la perfección. Algunos lo llaman telepatía sintética. Yo prefiero llamarlo comunicación mental.

-¡Es impresionante! -respondo admirado-. Pero tengo una pregunta... Ya hemos visto que el dispositivo puede enviar mensajes a una persona pero ¿puede una persona normal enviar mensajes a otra?

-¡Sí, claro! Mire este casco -me muestra un casco lleno de cables-. Cuando uno se lo pone puede transmitir sus pensamientos a cualquiera que también lo lleve. ¿Quiere hacer una prueba, amigo mío?

-No, gracias -respondo desconfiado-.

-Tranquilo, señor Bossman. Éste es un sistema no invasivo que traduce los pensamientos de una persona a una computadora. Luego los envía por internet a un receptor, que también lleva un casco, el cual lo traduce en ondas electromagnéticas que se transmiten al cerebro mediante una tecnología especial. Esto nos permite comunicarnos a miles de kilómetros de distancia. Imagine que usted está en Francia y yo en Australia. Nos ponemos los cascos y podemos comunicarnos con el pensamiento. Sin necesidad de hablar o de escribir. ¡Piense en la multitud de aplicaciones que puede tener! Imagine un paciente en coma. No puede hablar. Pero si conectamos su casco a un ordenador, o a otra persona, podríamos llegar a saber cómo se siente, qué le pasa por la mente. ¿No le parece maravilloso?

-¡Me parece terrorífico más bien! -discrepo-. Si con este casco se puede saber qué piensa el otro la policía lo usará en los interrogatorios y nunca más nadie podrá tener intimidad. ¡Creo que es el arma definitiva que todo dictador sueña!

-¿Por qué dice eso?

-Hombre, hasta la fecha los reyes absolutistas y los déspotas más despiadados han legislado contra las palabras y las acciones de la gente pero nunca nadie se ha atrevido a legislar en contra de los pensamientos de la población. Incluso en el Antiguo Egipto, en medio de los trabajos forzados, un esclavo conservaba un mínimo rincón de libertad porque nadie, ni siquiera el faraón, era capaz de saber qué pensaba. ¡Pero si usted me está diciendo que con este artilugio el Gobierno puede saber lo que sus ciudadanos piensan, entonces se me ponen los pelos de punta!

-¡Oh, señor Bossman! ¡No sea pesimista! ¡Estamos en los Estados Unidos de América, no en el Egipto de los faraones! Cada vez hay más democracias en el mundo, y las dictaduras desaparecen poco a poco... Existen tribunales, leyes, la Declaración Universal de los Derechos Humanos... -trata de quitarle hierro al asunto-. ¡Confío en nuestros gobernantes y sé que ellos legislarán contra los abusos!

-Alfred Nobel inventó la dinamita para excavar montañas y acabó usándose para hacer la guerra -replico-.

-Hablando de Nobel, permítame presentarle a un hombre que algún día lo ganará. Éste es el doctor Ron Winkler -Chang me presenta a un hombre blanco, delgado, con la cabeza rapada y unos anteojos cuyas lentes son pequeñas y tienen forma de círculo, como las de los raperos de los años ochenta. Me saluda y yo le estrecho la mano-. Este prestigioso cirujano lleva treinta años investigando el trasplante de cabeza. ¡O si se prefiere ver de otro modo, el trasplante de cuerpo entero!

-¿¡Cómo dice usted!?! -pregunto atónito-.

-Verá -me explica Ron Winkler-, piense en alguien cuyo cuerpo está absolutamente paralizado de cuello para abajo. Su cabeza funciona perfectamente pero es incapaz de mover un solo dedo. Podríamos seccionarle la cabeza y trasplantarla al cuerpo sano de un donante. Esto ayudaría a personas con tetraplegia, cáncer, distrofia muscular y enfermedades terminales o degenerativas, entre otras. ¿No cree que es algo fascinante? ¡Le devolveríamos la vida a esa persona! -comenta pletórico-.

-¿Pero cómo van a cortarle la cabeza a alguien y ponerla en otro cuerpo? ¡Es de locos!

-Oh no, no, no... -sonríe displicente-. ¡Es perfectamente posible! ¡Ya lo hemos logrado en simios! Le explico: la razón por la que el cuerpo de un paralítico no responde es porque la médula espinal está seccionada. Por

ejemplo a causa de un accidente de tráfico. Se trata de volver a conectar la médula espinal, la del cuerpo del donante, con las conexiones nerviosas de la cabeza del paciente. Para ello se usaría el polietilenglicol, que es un polímero que funciona como adhesivo y que conecta las partes seccionadas con la medula espinal. El cuerpo trasplantado debería estar a baja temperatura para que se conserve bien. Se aplica un corte superlimpio que afecte lo mínimo posible a la medula espinal y se pone la cabeza del paciente. Es una operación que costaría diez millones de dólares. La intervención duraría treinta y seis horas, y ciento cincuenta personas colaborarían en la operación.

-¡Santo Dios!

-¡No es nada fácil pero es posible! Piense en el siglo XIX. Si usted le hubiera dicho a alguien que se le podía quitar el corazón a un muerto y ponérselo a un vivo y que podría hacer vida normal con él nadie le hubiera creído. ¡Pues algún día el trasplante de cuerpo será algo tan sencillo como el de corazón! Y ahora si me disculpa amigo, debo volver a mi trabajo. Doctor Chang, ya hablamos -se despide-.

-Un visionario el señor Winkler ¿no cree?

-¡Estoy estupefacto! ¡Parece ciencia-ficción!

-¡Aún no ha visto nada! Venga conmigo a mi despacho, por favor -me indica y sigo sus pasos-. Señor Bossman, le presento al doctor Chang -dice mostrándome a alguien absolutamente idéntico a él-.

-¿Le apetece tomar un té, señor Bossman? -me propone este nuevo individuo-.

-¿Es usted su hermano gemelo? -le pregunto-.

-¡Gemelo sí, pero de probeta! -me comenta entre risas-.

-¿Cómo dice?

-Mi *hermano*, por así decirlo, es un clon que hemos diseñado en este laboratorio -dice Daniel-.

-¡Está usted de broma! -contesto airado-.

-En absoluto, yo no nací de padre ni de madre sino que fui creado en este laboratorio -afirma el clon-. Créalo o no, pero así es. Mi nombre es David Louis Chang. ¡Oh, comprendo perfectamente su reacción! -añade al contemplar mi cara de horror-. Es algo normal la primera vez. Pero no se preocupe, aunque sea un clon, soy completamente humano. Soy de carne y hueso como usted, y tengo ideas y sentimientos como usted. También me gusta la pizza y el béisbol, como a cualquier persona corriente. Para mí no es ninguna desgracia haber sido creado. Tengo los mismos recuerdos de la infancia que el doctor Daniel Chang, pese a que nunca tuve infancia. Para mí es un privilegio poder trabajar en este laboratorio y ayudar a mi hermano, porque así nos consideramos, en su trabajo.

-¡Santo Dios! -exclamo asombrado-.

-Señor Bossman -interrumpe el Chang original-, como le dije en un principio éste es un laboratorio donde trabaja un gran equipo multidisciplinar compuesto por cientos de especialistas. Aquí hay cirujanos, matemáticos, físicos, informáticos, bioquímicos, microbiólogos, ingenieros genéticos, psiquiatras y un largo etcétera. Cada uno destacadísimo en su respectiva disciplina. Somos muy distintos pero tenemos una meta común: que algún día el ser humano pueda vivir para siempre. En este laboratorio se llevan a cabo cientos de experimentos en las más diversas áreas, pero todos persiguen un mismo fin. Este lugar se construyó hace décadas, en principio como un lugar donde criogenizar a la gente. ¿Conoce usted la criónica, señor Bossman? Cuando una persona está legalmente muerta tiene la opción de ser congelada en una de nuestras cápsulas. Allí es sumergida en nitrógeno líquido. Así preservamos el cuerpo de esa persona por tiempo ilimitado, con la esperanza de devolverla a la vida en el futuro, cuando la ciencia esté más avanzada. Creemos que la personalidad y los recuerdos del paciente se conservan en el

cerebro y aunque el cuerpo esté dañado por el enfriamiento, la vejez o cualquier enfermedad anterior, la nanotecnología podrá reparar cualquier daño. Así empezó todo. Hace ya medio siglo. ¡Hoy nuestro trabajo abarca muchos más campos!

-¡Basta! -protesto-. ¡Estoy alucinado! ¡Clonación, criónica, nanotecnología...! ¡Ya basta!

-Lo has saturado con tanta información, Daniel -afirma contrariado Louis-.

-¿Por qué me cuentan todo esto? ¿No se supone que éste es un laboratorio secreto?

-Bueno, la ubicación del laboratorio ciertamente es secreta. En cuanto a lo que hemos hablado hoy son trabajos publicados en revistas especializadas. No tenemos nada que ocultar. Todo aquí es legal. Y sí, por supuesto, que contamos con experimentos secretos, pero de éstos no le vamos a hablar, naturalmente.

-¿Pero por qué me cuentan todo esto? -interpelo boquiabierto-.

-Piense en esto como un regalo, señor Bossman -comenta Louis, el clon, que comparte con el original la misma voz, los mismos gestos e incluso los mismos tics-. ¡Muy pocos han tenido el privilegio de ver lo que usted ha visto hoy! Señor Bossman, nos ha traído con vida al señor Owen, cuando lo creíamos muerto hace meses. ¡Estamos en deuda con usted, ciertamente! Pensamos que quizás le gustaría ver esto. Como indica el doctor Chang, no tenemos nada que ocultar. Los experimentos de los que le hemos hablado son todos legales, muchos de ellos publicados.

-¿Incluso la clonación? Lo dudo mucho...

-En cuanto al tema de la clonación humana es un tema más peliagudo... Las autoridades están al tanto, claro, pero la opinión pública aún no está preparada para un debate ético de tal magnitud. Confiamos en que usted sepa guardar el secreto -expone en un tono cómplice- pero incluso si decide usted acudir a la prensa, nadie le creerá. Según hemos podido saber, usted es un

predicador itinerante que anuncia el fin del mundo. Así que si habla de laboratorios secretos y clones, sólo conseguirá que le tomen por loco.

-¿Pero no les parece que todo es...? No sé... ¿Como jugar a ser Dios? - rebato-.

-Nosotros no creemos en Dios -aclara Daniel-. ¡Nosotros aspiramos a convertirnos en Dios! ¡La ciencia no tiene límites y algún día el ser humano podrá vivir para siempre! ¿Qué hay de malo en ello?

-¿Doctor Chang? -interrumpe la enfermera rubia de antes tras golpear la puerta con los nudillos un par de veces-. La operación ya ha terminado. El señor Owen está consciente. Pueden ustedes pasar a verlo.

Veo un hombre de unos cincuenta años de edad, tumbado en la cama de una habitación como de hospital. Tiene todo tipo de sondas en los brazos y de cables que miden sus constantes vitales. Se le ve débil y cansado, pero muy feliz. No para de tocar su cuerpo y sonríe al mover los dedos de los pies. Por un momento pienso si no me estarán tomando el pelo, porque este varón parece chino.

-¿Tú eres David? Te imaginaba pelirrojo y de ojos verdes -manifiesto-.

-¡A mucha gente le pasa! Les digo que me llamo David Owen y no pueden creer que no sea blanco. Mi madre es china y mi padre británico. He heredado el aspecto de mi madre y el apellido de mi padre -aclara entre risas-.

-Me llama mucho la atención escuchar tu voz. ¡Es exactamente la misma que la que oía en mi mente cuando me hablaba el medallón! Por fin veo el rostro del hombre con el que he viajado los últimos meses.

-¡Walter, amigo, te debo la vida! ¡De no ser por ti no sé donde estaría ahora mismo! -confiesa entre lágrimas-. ¿Sabes lo que es poder volver a sentir tu cuerpo? ¡Pensé que nunca más lo recuperaría! ¡Ni te imaginas cómo de feliz me siento! -expresa aún débil-. ¿Louis y Daniel te han enseñado el centro?

-Sí. ¡Todavía estoy como en shock por todo lo que he visto y oído!

-Señor Bossman, todos en el centro estamos muy contentos con el regreso de David. Por eso, y a modo de agradecimiento, le queremos extender este cheque por valor de 60.000 dólares -explica Chang-.

-¡Oh no! ¡No puedo aceptarlo! ¡No hice esto por dinero!

-Lo que usted hizo por nosotros no tiene precio, señor Bossman. Quédese el cheque y úselo como prefiera.

-Walter, quédate el dinero. Eres un predicador ¿no? Pues ese dinero te vendrá bien para anunciar la Palabra de Dios... o para hacer lo que tú quieras... Eso no es cosa mía... ¡Pero quédatelo! ¡Me sentiré insultado si lo rechazas! -insiste y yo finalmente lo acepto-. Por cierto, doctores Daniel y Louis ¿serían tan amables de dejarme un instante a solas con el señor Walter? Necesito hablar en privado.

-¡Sin duda, David! -responde Louis-.

-¡Nos alegramos de verte! ¡Bienvenido a casa, amigo! -añade Daniel antes de cerrar la puerta tras de sí-.

-Walter, acércate... -me ordena-. En Montgomery te prometí que si me llevabas hasta el laboratorio te presentaría a alguien que tiene un artefacto con el que podrás ver el futuro -me susurra al oído-. Eso te serviría para tu misión ¿no? Este tipo es muy buen amigo mío, y me debe un par de favores, así que si un día vas a Oakland, California, busca una librería llamada Lazy Moon. Es una librería de viejo que vende libros antiguos y de segunda mano. Pregunta por Philip. Dile que vas de mi parte -bisbisea-.

-Gracias.

-No. Gracias a ti. Otra cosa más -dice recuperando un tono de voz normal-. Te pido perdón por la forma en que te he tratado estos meses. Me he burlado de tus creencias, te he llamado chiflado en multitud de ocasiones... Te he faltado al respeto y sin embargo tú me has ayudado. No estuvo bien cómo te traté. ¡No señor! Quizás fue porque estaba enfadado y amargado conmigo

mismo al querer recuperar mi cuerpo y no poder. ¡Y lo pagaba contigo! Te pido perdón, Walter, y aunque soy ateo has de saber que te has ganado mi respeto, porque eres un hombre íntegro y bueno, firme en sus convicciones, inasequible al desaliento. ¡Amigo, acuérdate de mí cuando le ores a tu Dios! ¡Lo necesitaré para recuperar a mi familia! Por cierto Walter, quiero que te quedes el medallón ámbar. Es un regalo. Ahora ya no resulta útil, pero por lo menos te servirá como un recuerdo de nuestra amistad.

-Así lo haré.

-¡Estamos en contacto, amigo! ¡Gracias por todo y hasta siempre! - concluye-.

10. ¡Recordad El Álamo!

-¿Has visto los informativos hoy? -pregunta una mujer de cincuenta años a una amiga junto con la que pasea-. ¡Han sacado unas imágenes impactantes de tres ángeles sobrevolando el Big Ben de Londres!

-¡Oh sí! ¡Lo he visto! ¡Pero no me creo nada! ¡Seguro que se trata de alguna campaña publicitaria!

San Antonio, Texas. Una de las ciudades más coloridas y hermosas de América. Por el día un sol radiante en medio de un cielo azul sin apenas nubes ilumina a los turistas que pasean en barca por el río San Antonio o a los que fotografían sus numerosos monumentos o pasean por sus frondosos parques. Por la noche los rascacielos iluminados te transmiten una sensación de paz y quietud toda vez que el público vibra con cada canasta de los Spurs. Esta

localidad tiene más de un 60% de hispanos y es el epicentro de la cultura y el turismo en Texas. Es una urbe bella y diversa que no para de crecer y recibir inmigrantes atraídos por las oportunidades. Es también un bastión del Ejército de Estados Unidos, sede de un fuerte militar, bases aéreas y campos de entrenamiento. San Antonio enamora. Es como una mujer irresistible ante la que sólo puedes caer rendido a sus pies.

Estoy cerca de donde se produjo la legendaria Batalla de El Álamo en 1836. Entonces, el Ejército mexicano quería aplastar a los colonos anglosajones en Texas, que buscaban la secesión. Los patriotas texanos se atrincheraron en una antigua misión de religiosos españoles, que fue convertida en improvisada fortaleza. Aquello fue, en realidad, como meterse en una ratonera puesto que sus endebles murallas no podían contener a un ejército regular. Los hombres capitaneados por William Travis y Jim Bowie, sin apenas armas ni provisiones, lucharon con honor pero fueron masacrados sin piedad por las huestes del dictador mexicano Antonio López de Santa Anna, quien no tomaba prisioneros. ¡Más de doscientos hombres muertos por el sueño de ser libres! Aquel episodio espoleó aún más las ansias de libertad de los texanos y todavía hoy es honrado al grito de “¡Recordad El Álamo!”.

-¡Arrepentíos de vuestros pecados! ¡El fin del mundo se acerca! -grito a viva voz con un megáfono al tiempo que hago sonar una campanilla-.
¡Arrepentíos ahora que todavía podéis! ¡El tiempo se acaba!

-Este hombre tiene razón -dice una mujer a su esposo-.

-¡Bah! ¿Tú crees en estas paparruchas? -le contesta su marido-.

-¡El fantasma del peligro sobrevuela por el mundo entero! -proclamo-. ¡Hay guerras y rumores de guerras! ¡Hay peligro de morir por una plaga o un terremoto! ¡Estamos amenazados por todas partes! ¡Éstos son los días más peligrosos que haya vivido este mundo! ¡Los tiempos más peligrosos que ojos humanos hayan contemplado jamás! ¡Muchos de ustedes toman el nombre de

Dios en vano y en su nombre cometen muchísimos abusos! ¡Vivimos en los últimos tiempos! ¡Hay hombres sin afecto natural, que no sienten amor ni por ellos mismos! ¡Aborrecedores de lo bueno! ¡Hombres que se deleitan en la maldad! ¡Avaros y vanagloriosos! ¡Tenemos muchos así! ¡Pero cuando la noche llega a su máxima oscuridad es cuando más cerca está de aparecer la claridad de un nuevo día! ¡Las densas tinieblas de los peligros actuales nos anuncian la luz que ha de traer la aparición del Cristo!

-¡Amén! -oigo decir a alguien a mis espaldas-.

-¡Johnny! -exclamo sorprendido-.

-¡Su ángel de la guarda a su disposición! -responde sonriente-.

Aunque parece un hombre, en realidad no lo es. Es un ángel del Señor que en su día me salvó la vida. Él precisamente fue quien me encomendó esta misión. Lleva gabardina, gafas de sol y guantes.

-¡Me alegro de volver a verte, Johnny! ¿A qué debo este honor? -inquiero con curiosidad-.

-Bueno, he venido para decirte dos cosas.

-¿Cuáles?

-La primera es que es muy importante que no te desprendas de ese medallón de color ámbar que pende de tu cuello. ¡Llévalo siempre contigo! ¡No te separes de él en ningún momento! Puede que ahora no lo entiendas pero te aseguro que llegará el día en que este medallón te salvará la vida, Walter.

-De acuerdo. ¿Y la segunda?

-¿Ves aquellos tipos de allá? -me indica haciendo un ademán con la cabeza-. Quieren matarte.

-¡¿Qué?!

-Sí. Creen que el medallón tiene un gran valor económico, aunque no es verdad. Están pensando en robártelo. Y si te resistes te matarán. No puedo permitir ni lo uno ni lo otro. Así que por eso estoy aquí.

-Pero, pero... -digo titubeando-. No tengo aquí mi rifle...

-Tranquilo Walter... ¡Yo soy el rifle! -me advierte en tono tranquilizador-.

-¡Eh, tú! ¡Predicador! ¡Dame ese colgante! -me grita un hombre con muy malos modos-.

Una banda de seis varones jóvenes nos rodea. Tres de ellos son hispanos, otro es negro, otro mulato y otro blanco. Todos visten con ropas de cuero. Sus atuendos son muy similares, como si formaran parte de una hermandad. Uno de aquellos muchachos, de aspecto latino, es enorme. Debe medir cerca de dos metros y sus brazos denotan unos músculos esculpidos a base de hacer pesas. El jefe, no obstante, es el mulato. Es mucho más pequeño que él, pero fanfarrón. Lleva una gorra de los Lakers.

-¡Amigo! ¡No te servirá de nada! Ese colgante no tiene ningún valor económico -le contesta Johnny-.

-No estoy hablando contigo, capullo -le responde altanero el mulato-.

-¡Oh, ya lo sé! Sólo es que no vale la pena complicarse la vida por esa baratija. ¡Además robar es pecado!

El coro de maleantes estalla a carcajadas todos a una.

-Vale -responde Johnny con aplomo-. Mira, si dais media vuelta y os marcháis ahora, olvidaré que esto ha pasado. Pero si os empecináis en quedaros lo que no es vuestro, entonces os mataré. A los seis.

-¡Hijo de perra! -grita el jefe mientras le levanta la mano para pegarle un buen izquierdazo-.

Johnny reacciona muy rápido y detiene aquel puñetazo con su mano derecha. En tan sólo una fracción de segundo, aprieta el puño de aquel tipo y se escucha un “crac” tan espeluznante que sólo puede ser el de los huesos que se acaban de romper. El muchacho suelta un alarido demencial, salvaje. Un segundo después, uno de aquellos malditos bastardos desenfunda una pistola y dispara a bocajarro a Johnny. Un solo disparo, pero certero. Inmediatamente,

Johnny cae en el suelo fulminado.

-¡Johnny! ¡¡¡Johnny!!! -grito totalmente fuera de mí-

-Se acabó -sentencia el homicida-

¡Justo entonces Johnny abre los ojos y recobra la vida! ¡En ese preciso instante abre el puño que tenía cerrado y muestra la bala que guarda en la palma de su mano! Sonríe eufórico al tiempo que dice: “¡Es bromaaa...!”.
¡Casi no me da tiempo a ver los rostros de estupefacción de aquellos cretinos!
¡Antes de que me dé cuenta, Johnny ya le ha quitado la pistola a aquel malnacido! ¡Blam! ¡Blam! ¡Blam! ¡Blam! ¡Cuatro disparos en la barriga y cuatro tipos se desangran en el suelo! ¡A pesar de que lo intentan, no les da tiempo ni a desenfundar sus armas! ¡Nunca había visto a nadie moverse tan rápido! Sólo quedan dos tipos: el gigantón y el de la mano rota, que se duele arrodillado en el suelo. Johnny aprieta el gatillo para cargarse al más grande pero ya no quedan balas. Aquel hercúleo Goliat aprovecha esa mínima distracción y enfurecido le pega con todas sus fuerzas.

-¡Ahora sí que me has enfadado! -responde Johnny, quien aparentemente ni si ha inmutado por el golpe-

-¡Vas a pagar por esto, hijo de puta! -grita aquel coloso-

Aquella basura humana intenta propinarle una patada de kárate a Johnny a la altura de la cara, pero su contendiente lo detiene con una rapidez endiablada. Entonces sucede lo inesperado. ¡Lo agarra por el tobillo y, como si se tratara de un muñeco de plástico, estrella su cuerpo contra el suelo con una bestialidad escalofriante! ¡Aquel sujeto debe pesar más de ciento veinte kilos pero lo agita en el aire como si pesara lo que una pluma! ¡Johnny golpea a aquel desgraciado contra el suelo a izquierda y derecha y luego delante de él al mismo tiempo que emite un incontenible y gutural rugido de furia! ¡Cuento unos siete u ocho golpes, hasta que Johnny lo suelta! ¡Un espectacular río de sangre riega el suelo! ¡El malhechor yace muerto, con el cráneo roto y los

sesos desparramados! ¡Estoy absolutamente aterrorizado ante tan terrible espectáculo! ¡La gente nos mira asustada desde lejos!

-¿Ves? -dice al bandido de la mano rota mientras recobra el aliento-. Te dije que os mataría a los seis.

-¡No, por favor!

Los ruegos no hacen efecto. Johnny recoge del suelo el revólver de uno de los criminales muertos y se acerca al tembloroso líder de la banda, que suplica en vano. Un disparo en la cabeza y se hace el silencio.

-Tranquilo, Walter -me dice al verme aterrorizado-. Estos hombres merecían morir -argumenta como tratando de excusarse-. Tú no sabes quienes eran... No los conoces.... No sabes los crímenes tan espantosos, tan abominables, que han cometido a lo largo de todas sus vidas. Homicidios, violaciones, abusos sexuales, pedofilia... ¡Entiendo tu miedo o que me mires como a alguien cruel pero si tú supieras lo que yo sé, te aseguro que me dirías que incluso he sido demasiado blando!

-¿Y qué hay del perdón? ¿Y de la misericordia?

-¡Esta gente era irrecuperable, Walter! ¡No se hubieran arrepentido jamás! Si les hubiera permitido vivir, habrían seguido dejando un rastro de muerte hasta el fin de sus días. Créeme. Ha sido lo mejor.

-Sí. Quizás tengas razón -respondo pensativo mientras exhalo un bufido que me relaja-.

-Prosigue tu misión, Walter. El fin del mundo está muy cerca. ¡Díselo a todo el mundo! -indica el ángel-.

-¡Arriba las manos! -interrumpe un policía que apunta a Johnny con un rifle-.

Johnny gira el cuello para observar al agente de la ley. Le mira fijamente a los ojos y entonces le ordena:

-Te prohíbo que me veas.

El ángel desaparece al instante, como por arte de magia, para sorpresa e incredulidad del policía, que se frota los ojos, como tratando de discernir si lo que ha vivido era una ensoñación. Luego me pregunta:

-¿Está usted bien, señor?

-Arrepiéntase de sus pecados, agente. Ahora que aún puede. A ellos no les ha dado tiempo.

11. El pueblacho.

Bellville es un pueblacho rural de Texas, encajonado en el condado de Austin. Es tan pintoresco que parece sacado de una novela de William Faulkner. Su avenida principal es como el decorado de una mala película del Oeste. Paseas por ella y los vecinos te observan desconfiados y cuchichean en voz baja. Sus miradas de recelo y curiosidad me hacen sentir como un extraterrestre. Aquí el forastero siempre es sospechoso de algo. Si tienes acento extranjero eres automáticamente catalogado como francés. Si además tienes piel morena, entonces eres árabe y terrorista. Todo es peculiar aquí. En Bellville no hay personas, sino personajes. Uno de ellos, Mike Newman, se construyó su propio castillo en los bosques, para usarlo como reclamo turístico y panadería. En la calle un tipo con sombrero de cowboy me observa con cara de repugnancia y luego le echa un trago a su petaca de whisky.

Entro en una tienda de comestibles. La tendera que trabaja allí es una mujer de mediana edad, grande y robusta, más bruta que un arado, capaz de vencer a cualquier hombre que se atreviera a echar un pulso con ella. Por su aspecto y

por su tosca manera de hablar, en seguida me doy cuenta de que no sabe ni situar Canadá en un mapa pero que tiene un auténtico doctorado en el arte de hacer felaciones. Supongo que hizo muchas prácticas en las fiestas del pueblo durante su juventud.

-¿Te acuerdas de Ernest? El que venía con nosotros al colegio. ¿Qué habrá sido de él? -le pregunta uno de los clientes de la tienda-

-¿Ernest? ¡Gay, sidoso y encima cabrón! -responde ella-

Aquí los vecinos mantienen sus propias iglesias y escuelas, y creo que aún se casan entre sí, con el objeto de preservar la sangre, dando a luz niños deformes y subnormales. Pago por los comestibles y salgo de allí.

-Adiós, señor. ¡Vuelva pronto!

-Adiós.

Dejo la compra en mi Ford Ranger y me voy a dar una vuelta por el pueblo. Me apetece estirar las piernas y respirar un poco de aire fresco antes de proseguir mi viaje. En las afueras hay cuadras de puercos y corrales de vacas que desprenden una peste inmensa, primitivas barracas cuya madera no valdría ni como leña para el fuego, algunos campos tomados por la cizaña. Contemplo unas casas de madera cuyos jardines han sido invadidos por la hierba. Caserones antiguos, destartalados, con barandillas de nogal y entarimados de roble que valdrían una fortuna de no ser porque están devorados por las termitas. En el porche de una de las casas veo un viejo granjero que parece dormir la siesta en su mecedora. Lleva un sombrero de paja que le tapa la cara y le resguarda del sol. Duerme apacible, pero con el rifle sobre su regazo. Me acerco a él con sumo cuidado, cuando de súbito despierta y me apunta furioso con su arma.

-¡Alto ahí! ¡No dé ni un paso más! ¡Esto es propiedad privada, señor! -me grita frenético-

-¡Tranquilo, señor! -le digo levantando las manos-. ¡Estoy desarmado!

-¿Qué demonios ocurre aquí? -grita el sheriff que justo pasaba con el coche por la zona-.

-¡Este hombre pretendía asaltar mi propiedad privada! -dice mientras me apunta con el rifle-.

-No es verdad, yo sólo... -contesto-.

-¡Ralph, maldita sea! ¡Guarda el rifle! -ordena el agente, que ha bajado del coche patrulla y se me acerca-.

Un sheriff cincuentón se aproxima caminando con torpeza y le cuesta respirar. Tiene una imponente barriga que siempre debe llegar a todos los sitios mucho antes que él. Y no me extraña, porque Bellville es el típico pueblacho donde el mayor peligro es que el gato de la anciana se suba al árbol, así que no cuesta imaginar que la jornada laboral de este hombre básicamente consiste en ir a diario a la cafetería a comprobar si los donuts y los perritos calientes que venden están o no caducados. El sheriff comienza a desplazarse de tal manera que me obliga a girarme para que el sol me pegue de cara. El agente me contempla muy de cerca. Siento su aliento. Masca tabaco y luego lo escupe en el suelo. Me vuelve a observar, entonces estornuda tres veces y se seca la palma de la mano en su propia camisa. Da la impresión de haberse criado de niño en una casa en la que no vivirían ni los cerdos.

-¿Es usted forastero? -me pregunta el sheriff, que apesta a sudor-. Si llega con buenos propósitos, bienvenido a Bellville. Pero si sus intenciones son malas... ¡le meteré en la cárcel y un negro de dos metros le dará por el culo en la ducha!

-¡Oh! -exclamo-. Yo sólo estoy de paso...

-Así que de paso ¿eh? -me pregunta desconfiado-. ¿No será usted comunista, verdad?

-¡Oh, no señor! ¡Bastante desgracia es para América que tengamos un comunista en la Casa Blanca! -respondo-.

-¡Jesucristo! ¡Sí, señor! ¡Así se habla! -responde el sheriff eufórico-. ¡El jodido presidente! Quién nos lo iba a decir ¿eh? ¡Un comunista presidente de los Estados Unidos! ¡Maldita sea! ¡Ya no podemos caer más bajo! ¡Debe usted disculpar a Ralph! Es un buen hombre pero no tiene mucha sesera... Trabaja a media jornada en una fábrica de mierda, no muy lejos de aquí y por las tardes cuida de sus cerdos -me explica-. Bueno, realmente el nombre técnico es planta de residuos sólidos, pero en realidad es una fábrica de mierda porque es con lo que trabajan allí. Usted ya me entiende... -comenta-.

-¡Está bien! ¡No hay problema, señor! -le digo extendiéndole la mano a Ralph en señal de paz-.

-¡Con gusto le estrecharía la mano, amigo, pero me acabo de limpiar el culo con ella hace un rato! -indica-.

-Oh, ya le dije que no tiene mucha sesera -advierde el policía-. Debe disculparnos, forastero. ¡La gente está muy intranquila en el pueblo últimamente! -me explica mientras se ajusta su sombrero de sheriff-.

-¡Es por el chupacabras! -interrumpe Ralph-.

-¿El chupacabras? -repito como un eco-.

-¡Oh, sí! ¡Tiene que serlo! ¡No hay otra explicación!

-¿Qué ha ocurrido? -pregunto intrigado-.

-¡Jesucristo! ¿En serio no se ha enterado, hijo? -contesta el sheriff haciéndose el interesante-. ¡Cómo se nota que no es usted de por aquí! En las últimas semanas han aparecido muchas vacas muertas... No sólo en Bellville, sino en todo el condado. Aparecen reses muertas con orificios en el cuello y ni una sola gota de sangre en su interior. No se las comen, no las devoran. ¡Las reses aparecen intactas a la mañana siguiente con la única salvedad de que han succionado toda su sangre!

-¡Es el chupacabras! -afirma rotundo Ralph-.

-Vaya con cuidado, amigo -aconseja el sheriff mientras vuelve a ajustarse

su sombrero-.

-¡Gracias, señor! Pero como le dije, sólo estoy de paso. ¿Puede indicarme cómo salir del pueblo? Me dirijo a California.

-En aquella dirección, señor... -apunta con el dedo-.

De regreso a mi camioneta contemplo el paisaje a mi alrededor. Una tierra arrancada a la selva y domada. Imagino cómo hace doscientos años llegaron aquí los colonos en descoyuntados carros tirados por caballos, otros montados en mulos y otros a pie, acompañados de sus esposas, sus niños, sus perros, sus *Biblias*, sus rifles y toscos alambiques para el whisky. En numerosos pueblos del sur de Estados Unidos era cosa común que se casaran primos con primas, tíos con sobrinas y hasta hermanos con hermanas. Esto fue así durante muchas generaciones, con el objeto de preservar la sangre. El resultado se ve en Bellville: un joven expele enormes ventosidades levantando la pierna como si fuera un perrito. Son tan ruidosas que hay vecinos que se asoman alarmados a las ventanas para saber qué está pasando. El muchacho vuelve a tirarse otro soberano pedo en medio de grandes risas.

-Ey, forastero... Usted no es de por aquí ¿verdad? -me pregunta una joven y hermosa muchacha hispana que huele a perfume como de jazmín-.

-No, señorita... ¿Y usted?

-No. No soy de Bellville... Sólo estoy aquí de paso, señor...

-Bossman. Walter Bossman -le respondo-. ¿Y usted es...?

-Me llaman Susan Hernández.

-¡Encantado de conocerla! -le digo extendiéndole la mano-.

-¡El placer es mío! -me responde-. He visto, señor Bossman, que estaba usted a punto de subir a su Ford. Quizá le parezca muy atrevida, pero me pregunto si podría llevarme... No tengo vehículo propio y he llegado hasta Bellville haciendo autostop -explica-. Tampoco hay muchos autobuses por la zona... Y la verdad, no tengo ningún interés en quedarme aquí -mira con un

gesto de asco al pueblo-.

-Yo me dirijo a...

-Adonde sea, con tal de salir de aquí -me interrumpe-.

-Voy a California. Aunque le aviso que no es un viaje directo. Pienso parar en muchas ciudades antes de llegar allí.

-¿California? ¡Perfecto! ¡Justo allí es donde quería ir! -exclama pletórica-.

-¿Es que no le gusta este sitio, señorita? -curioso-.

-¿Está usted de broma? -contesta-. Esto es Texas. Aquí lo único que tiene la gente en la cabeza es el sombrero.

12. ¡Milagro!

-¿Así que tú también te diriges a California, Susan? Disculpa que te tutee, aunque no nos conozcamos. Es que como eres tan jovencita...

-Sí, señor. Voy hacia Los Ángeles.

-Llámame Walter. ¿Conoces a alguien allí?

-Tengo una hermana allí a la que hace tiempo que no veo. Creo que ya es tiempo de que le haga una visita. ¿Y usted, señor?

-No me llames así. Me haces sentir más viejo de lo que soy.

-Perdona. ¿También conoces a alguien allí, Walter?

-No. No tengo a nadie allí.

-¿Negocios?

-Sí. Los negocios de Dios.

-¿Cómo dices?

-No sé si contártelo, Susan. No te rías, pero creo que si te lo cuento, vas a pensar de mí que estoy chiflado...

-Me gustaría escuchar tu historia.

Susan Hernández es una atractiva joven sureña. Camisa a cuadros, pantalón vaquero y sombrero de cowboy. Tendrá veintipocos años, creo. Es de raza hispana. Habla el inglés perfectamente pero su apellido la delata, así que posiblemente sea una tex-mex, es decir, nacida en Texas pero de padres mexicanos. Tiene una hermosa piel canela, ojos marrones grandes como dos soles y unas gafas que le quedan muy bien. Le dan un toque chic, un cierto aire de intelectual. Quizás le guste leer. Sólo lleva una mochila consigo. Ex extrovertida, risueña y jovial. Y bueno, quizás esté mal que lo piense, ¡pero la verdad es que esta chica tiene un culo fantástico! Parece muy segura de sí misma. Desde luego tiene que ser una mujer muy valiente para hacer autostop en Texas en estos tiempos que corren. Ha tenido suerte de que sea yo quien la haya recogido. ¡Hay mucho lunático suelto por la carretera!

-¿En serio te gustaría escuchar mi historia?

-Sí, claro...

-Hará cosa de algo más de un año yo era un mendigo...

-¿En serio?

-Sí. Una calurosa noche de verano dormía en un callejón cuando un delincuente vino para matarme. Se sacó una Magnum, me encañonó y cuando estaba a punto de apretar el gatillo se apareció de la nada un ángel que me salvó la vida. No sólo eso: me encomendó una misión. Me dijo que debía alertar a la gente acerca de que el fin del mundo estaba muy cerca. A partir de ahí un pastor al que no conocía de nada me ofreció este vehículo y un pequeño sueldo. Su esposa, que es profeta en esa iglesia, dice que un ángel se le había aparecido en sueños y que le había ordenado que me ayudaran en todo lo posible para cumplir con esta misión. Así es como me convertí en predicador

ambulante. Salí de Florida y me dirijo a California. De costa a costa. Supongo que pensarás que estoy loco ¿verdad?

-¡Oh, no! ¡En absoluto! Creo tu historia 100%. Los ángeles existen. Yo de niña conocí a uno.

-¿En serio? ¡Cuéntame eso!

-Aunque ahora ves que estoy muy bien de salud, de pequeña fui una niña enferma. Estaba en una silla de ruedas. No podía caminar. Un defecto de nacimiento... Para mí era algo terrible. Veía que los demás niños jugaban en el parque, corrían como locos de aquí para allá... ¡Pero yo no podía! Me sentía muy triste. Muchas veces me ponía a llorar en mi habitación. Entre lágrimas, me repetía a mí misma una y otra vez: “¡Oh, Señor! ¿Por qué a mí? ¿Por qué a mí?”

-Te entiendo.

-Mi hermana mayor, la que ahora vive en Los Ángeles, era mi mejor amiga y me animaba todo lo que podía. Mi familia se gastó una fortuna en médicos... ¡Pero no había nada que hacer! Mis padres pastoreaban una iglesia luterana en Amarillo, Texas. ¡Todos los días oraban a Dios en busca de un milagro pero por más que pasaba el tiempo no sucedía nada! Llegué a pensar que o Dios estaba sordo o desde luego yo no le importaba.

-¡Cielos!

-Pero un día mi vida cambió para siempre. ¡Lo recuerdo como si hubiera pasado ayer mismo! Yo tenía nueve años... En casa ya nos habíamos hecho a la idea de que nunca caminaría. Lo que más me dolía era pensar que quizás, cuando fuera mayor, ningún chico me querría, que nunca me casaría, que nunca llegaría a tener hijos... Pero un día vino a casa un vagabundo. Era un mendigo que iba llamando de puerta en puerta por todo el vecindario, pidiendo una limosna. Casi nadie le abría.

-¿Por qué?

-¡Estaba tan sucio que su aspecto daba miedo! Era un hombre viejo, ya un poco calvo, con barba canosa. Tenía los ojos rasgados y aspecto de chino. ¡Estaba terriblemente sucio!

-¿Y qué sucedió?

-Cuando mi madre abrió la puerta, aquel mendigo pidió un poco de pan y queso para comer. Tenía una educación exquisita. Mi madre se fue a la cocina para ir a por la comida y para que no esperara en la calle le hizo pasar dentro de casa. Mi hermana y yo estábamos en el salón y nos asustamos al verlo, pero luego comenzó a hacernos bromas y se nos fue el miedo. Al cabo de unos minutos mi madre llegó con dos bolsas enormes llenas de comida para aquel hombre. Entonces aquel mendigo ¡rechazó las bolsas! ¡Nos quedamos de piedra! ¡Nadie entendía nada! Se despidió con mucha educación de nosotras y se marchó ¡sin llevarse absolutamente nada! Cuando ya estaba en la puerta, justo un instante antes de irse, le dijo a mi madre: “¡No pierda la fe! ¡Dios la sanará!”. Y se fue.

-¿Y qué pasó?

-Un minuto después se me cayó al suelo una muñeca con la que estaba jugando... Cuando estiré el brazo para cogerla... ¡Oh, Dios mío! ¡Podía caminar! ¡Podía caminar perfectamente! Todos en casa gritamos: “¡Milagro! ¡Milagro!”. Mi padre salió en seguida a la calle, para encontrar a ese hombre ¡pero se había desvanecido! Aquella tarde la pasé corriendo por la calle. ¡Corriendo hasta reventar!

-¡Alabado sea Dios! ¡Guau! ¡Estoy impresionado! ¿Piensas que aquel mendigo era un ángel?

-¿Y qué si no?

-Es curioso. ¿Sabías que los musulmanes son muy hospitalarios? Ellos piensan que a veces puede llamar a la puerta un ángel disfrazado de vagabundo o de viajero. ¡Es como una prueba que te pone Dios!

-¡Y si le ayudas, entonces Dios te ayuda a ti! Es como en Sodoma y Gomorra. Dos ángeles disfrazados de viajeros le pidieron cobijo a Lot para pasar la noche. En realidad Lot estaba siendo puesto a prueba, pero él no lo sabía. Si les hubiera cerrado la puerta, él y su familia habrían perecido aquella misma noche con el resto de habitantes de Sodoma y Gomorra. ¡Pero los acogió y vivió!

-¡Desde luego estoy impresionado!

-¡Pues eso no es nada, Walter! ¡A lo largo de mi vida he visto cosas increíbles!

-¡Cuéntamelas, Susan, te lo ruego!

-Crecí en un hogar cristiano. Mi padre era pastor luterano, como te dije antes, y en casa leíamos la *Biblia* todos los días. ¡A lo largo de los años he visto muchas cosas en la iglesia! Recuerdo que mi hermana y yo cantábamos en el coro... Y en cierta ocasión ¡me quedé de piedra! Ví una hermana de la iglesia, ella estaba sentada en su silla, atendiendo al culto, y sobre su cabeza había un ser que se agarraba a ella con cuatro garfios. Y ese ser decía: “¡No puedes echarme! ¡Ella me ha invitado!”.

-¿Cómo dices?

-Al parecer ese demonio era invisible porque nadie más lo vio aparte de mí. Poco más tarde, descubrimos que aquella mujer estaba llevando una vida de adulterio.

-Entiendo.

-En otra ocasión, la iglesia organizó un retiro de mujeres. Allí un grupo de nosotras oró intensamente por dos hermanas que estaban endemoniadas. Una de ellas era una señora mexicana. ¡Parece que estaba poseída porque cuando empezamos a orar por ella se puso a chillar como loca! Algo salió de su boca, como un suspiro, y la hizo eructar y vomitar algo verde. Aquello sucedió en los aseos del hotel. Entonces, ¡todos los secadores de manos del lavabo se

conectaron uno tras otro, como si algo hubiera pasado por debajo de ellos! La otra era una gitana que tenía un espíritu de adivinación. ¡La vi reptar por las paredes de su habitación! ¡Por suerte aquellas dos mujeres fueron liberadas para la gloria y honra de Jesús!

-¡Amén! ¡Qué bueno que seas cristiana! Estoy muy contento por estar con una hermana en la fe ¿sabes?

-Gracias. Yo también.

-...

-¿Y tú, Walter? ¿Estás casado? ¿Tienes hijos? ¡Oh, perdona si me estoy metiendo donde no me llaman!

-No. Nunca me casé. Tampoco tengo hijos. Tuve una novia hace tiempo... Caroline. Durante un tiempo creí que era el gran amor de mi vida. Pensaba que me quería pero estaba conmigo por mi dinero...

-¿Por tu dinero? ¿Pero no decías que habías sido mendigo?

-Bueno, no siempre fui un paria. Crecí en una familia de clase media. Mis padres me trataron siempre con mucho amor. Estudié la carrera de Historia en la Universidad de Miami, pero nunca llegué a ejercer. Era la época de las vacas gordas. A la gente le sobraba el dinero por entonces y los precios de las casas no paraban de subir... Así es que decidí aprovechar el momento y monté mi propio negocio. ¡Una agencia inmobiliaria! Vender viviendas era muy fácil en aquella época. Los bancos le concedían un crédito a todo el mundo y había una auténtica fiebre compradora. ¡Todo el mundo quería especular con el precio de la vivienda! Gané mucho dinero... Mucho... ¡Hasta me compré un Porsche! De aquella época era mi novia... Éramos felices, teníamos planes para casarnos... Pero entonces llegaron las vacas flacas. Las bolsas cayeron en picado, los bancos comenzaron a quebrar, y la gente a perder sus empleos y sus casas... Yo me había sobreendeudado con la burbuja inmobiliaria, los clientes comenzaron a menguar... ¡Al final lo perdí todo!

-Incluida a tu novia.

-Sí. Incluida mi novia. Quiero pensar que Dios me libró de una mala mujer.

-¿Y qué hay de tu familia? ¿No te ayudó?

-Mis padres habían fallecido unos pocos años antes. Y como era hijo único, no tenía hermanos. Pedí ayuda a algunos familiares y amigos pero me dieron la espalda... ¡Y me lo merecía! Cuando las cosas me iban bien y ganaba mucho dinero fui muy egoísta y no les ayudé a ninguno de ellos ¡a pesar de que algunos pasaron por apuros! Recuerdo que un día mi primo vino a pedirme dinero porque tenía deudas y yo, con todo el orgullo del mundo, le dije: “¿Qué te crees? ¿Que el dinero me cae del cielo? ¡He sudado para ganármelo como para ahora ir regalándolo alegremente! ¿Quieres dinero? ¡Trabaja!”. Dos meses después mi primo se suicidó por las deudas de su negocio...

-¡Oh, Dios mío!

-Yo podría haberle prestado dinero. Podría haber evitado aquello. Pero no lo hice y me arrepiento de ello. En aquella época yo era un cerdo egoísta, así que como no ayudé a nadie cuando me iba bien, tampoco nadie me ayudó a mí cuando me fue mal. De la noche a la mañana me vi durmiendo en la calle...

-¡Guau! ¡No puedo creerlo!

-Pero bueno, eso es agua pasada... Desde que aquel ángel me salvó la vida, soy un hombre nuevo. ¡Ahora quiero servir al Señor! ¡Los auténticos tesoros están en el cielo! ¡Aquí en la Tierra todo es temporal, fugaz! ¡Un día eres rico y al día siguiente pobre! ¡Un día estás sano y al siguiente estás muerto!

-¡Así es! ¿Tus padres eran cristianos?

-Sí. Y desde niño me inculcaron buenos principios y valores. Fui yo el que se descarrió con el tiempo. Antes me has contado una intimidad, Susan, y te agradezco la confianza... ¡También yo te contaré algo!

-Ajá.

-Cuando se casaron mis padres no eran creyentes. Bueno, mi padre creía que Dios existía pero tampoco le importaba demasiado. Y mi madre era una atea recalcitrante. Decía que Dios no existía, que nadie lo ha visto nunca, que si existiera y fuera tan bueno como dicen no permitiría tanto dolor en el mundo... ¡En fin! ¡Lo que dicen todos los ateos! Ella tenía una amiga suya del trabajo llamada Rose que era cristiana y le predicaba acerca de Jesús, pero mi madre era testaruda y siempre reaccionaba mal. ¡Estaba muy amargada!

-Me imagino.

-Rose era una mujer negra, muy gorda y muy buena persona. Le insistía mucho, hasta que en cierta ocasión le preguntó a mi madre qué debería ocurrir para que ella creyera. Mi madre le pidió una señal: “Si de verdad Dios existe que me quede embarazada”. Rose prometió que así sería con la ayuda de Dios. Mi madre entonces le dijo: “Rose, creo que te has precipitado al decir eso. Yo no puedo quedarme embarazada. De jovencita tuve un tumor y me extirparon la

matriz”.

-¿En serio? -pregunta Susan levantando la ceja en un gesto de sorpresa-.

-Sí, Susan. Mi madre pensaba entonces que Rose se echaría para atrás, pero, todo lo contrario. Muy firme, muy segura, respondió: “¡Eso no es ningún problema para mi Dios!”. Tres meses después mi madre llamó por teléfono a Rose y entre lágrimas... ¡le dijo que esperaba un bebé!

-¡Tú!

-¡Exacto! ¡Yo!

-¡¿Pero cómo...?!

-Los médicos no se lo explicaban pero... ¡le había crecido otra matriz!

-¡Guau! ¡Es una historia increíble! ¡Qué grande eres, Señor! ¡Alabado sea tu nombre!

-Desde entonces mis padres se convirtieron a Dios y consagraron sus vidas a Él. Me instruyeron en sus caminos... ¡Hasta que yo me desvié! Y bueno... ¡El resto ya lo sabes! No soy muy dado a contarle mi vida a desconocidos. De hecho soy muy celoso de mi intimidad. Pero tú me has caído bien.

-El sentimiento es mutuo, Walter.

-¿Sabes, Susan? Me siento más aliviado... Te juro que al principio pensaba: “Como le cuente mi vida a esta chica, seguro que se piensa que me acabo de escapar del manicomio y se marcha corriendo!”. Ahora ya conoces mi historia. Ahora ya sabes por qué voy predicando de ciudad en ciudad.

-Soy la hija de un pastor. Si quieres, hasta que llegemos a Los Ángeles, puedo ayudarte repartiendo *Biblias* o folletos a la gente mientras tú predicas. ¡Así la carga te será más llevadera!

-¿En serio harías eso?

-¡Claro! ¡Lo he hecho muchas veces con mis padres!

-¡Muchas gracias! ¡Te lo agradezco mucho! Ya sabes que la mies es mucha y los obreros pocos...

-De nada.

-Por cierto ¿cuántos años tienes, Susan?

-Veintitrés ¿y tú?

-Veinte más que tú. ¿No tienes miedo de ir haciendo autostop? ¿Tú sola?
¡Te podría recoger un violador!

-¡Oh, conozco la mirada de un violador! Tú no tienes esa mirada.

-¿Y de qué tengo mirada?

-Tienes la mirada de un hombre bueno.

Sigo conduciendo por el desierto. Miro por el retrovisor y me pregunto si quizás los ángeles hacen autostop.

13. El fogonazo.

-¿Usted no es de por aquí, verdad? -me pregunta desconfiado un ranger de Texas que me ha hecho parar el vehículo-.

-No señor -contesto asomándome por la ventanilla de la camioneta-.

-Espero que no venga con malas intenciones... ¡Si es así, lo encerraré hasta que le salgan canas en los huevos!

-No se preocupe, agente. Soy misionero. Vengo para predicar la Palabra de Dios.

-¡En ese caso bienvenido a Houston, señor! Por cierto, ¿la muchacha que lo acompaña es su hija?

-No señor. Ella solamente me acompaña en este viaje... Eso es todo.

-Ya veo... Pueden continuar con su viaje. ¡Hay muchos ateos y comunistas a

los que evangelizar!

Houston es la ciudad más poblada del Estado de Texas y una de las más grandes de Estados Unidos. Bajo un cielo azul y soleado, se encuentra una de las localidades más modernas del mundo. Aquí se está el Texas Medical Center, la mayor concentración de instituciones de salud y de investigación del planeta. También hallamos el Centro Lyndon B. Johnson de la NASA, que monitoriza y controla las naves que despegan al espacio exterior desde Cabo Cañaveral, Florida. Es una urbe inmensa que aúna rascacielos ultramodernos con una arquitectura de añejo sabor colonial; una ciudad industrial sede de numerosas empresas y multinacionales que generan empleo y prosperidad. El puerto de Houston es, posiblemente, el más importante de todo Estados Unidos y su playa está bañada por las cálidas aguas del Golfo de México, bajo cuyas profundidades yace un océano de petróleo y gas natural.

Houston debe su nombre al general Sam Houston, quien fue presidente de la República de Texas y héroe de la Batalla de San Jacinto, cuyo desenlace fue clave para la independencia texana. Tras la masacre de El Álamo de 1836, en la que las tropas del dictador mexicano Antonio López de Santa Anna masacraron sin piedad a los bravos colonos anglosajones que luchaban por una Texas libre, Samuel Houston rehuyó en varias ocasiones el enfrentamiento directo con Santa Anna, sabedor de que los mexicanos eran mucho más numerosos y estaban mejor pertrechados. Pero una oportunidad iba a llegar en las llanuras de San Jacinto, en 1836. Santa Anna, en un exceso de confianza, ordenó que todos sus hombres se echaran a dormir. En medio de una tórrida siesta, Houston y los suyos diezmaron al ejército mexicano y apresaron a Santa Anna. ¡Acababa de nacer la República de Texas!

Nos encontramos en las afueras de Houston. Una inmensa pradera verde tachonada de margaritas amarillas se extiende bajo un cielo limpio y raso. Un estupendo día de primavera hace que se pueda apreciar mejor aún la creación

de Dios. Las vacas mugen tranquilas en la propiedad de los Barnes y apestan a boñiga. Susan y y nos encontramos evangelizando a esta familia de granjeros, que nos escucha con atención. El señor Barnes lleva un mono azul de granjero, con peto y tirantes que deja ver parte de su torso desnudo y sudado, y se cubre del sol con un sombrero de paja. Sus hijos y los demás empleados también nos escuchan con humildad. Yo les insisto en la necesidad de arrepentirse de sus pecados porque el Juicio Final está muy cerca y Susan les reparte folletos y literatura bíblica con una sonrisa dulce. Esta familia de granjeros se muestra humilde y sencilla y abre su corazón al Padre.

-Señor, señorita -nos dice el señor Barnes-, creemos firmemente sus palabras. En esta casa estamos convencidos de que Jesucristo viene pronto. ¡Están ocurriendo cosas muy raras en todo el mundo! ¿Ha visto las noticias últimamente? ¡Todo son fenómenos extraños! ¡Unos ojos gigantes han aparecido sobre el cielo de Nueva Delhi! ¡En La Meca se llevan escuchando desde hace semanas unos sonidos que parecen las trompetas del Apocalipsis! ¡Hasta han visto un ángel en Nueva Zelanda!

-¿Y qué me dices del tipo de Kansas, papá? -interrumpe su hijo mayor-.

-¿Qué tipo? -pregunta el padre-.

-¡El de las noticias! Un tipo iba conduciendo por Kansas y de repente... ¡Pam! ¡Aparece en Canadá! ¡Y hay testigos!

-¿Y habéis oído lo de San Antonio? -pregunta uno de los hermanos-. ¡Un tipo extremadamente fuerte mata de una paliza a unos pandilleros y luego desaparece ante la policía como por arte de magia!

-Yo creo que todo esto son señales que nos está mandando el Señor. Avisos de que viene muy pronto -contesta el padre de familia-. ¡La verdad es que nos alegramos mucho de haberles conocido...! -nos dice a Susan y a mí-. ¿Saben? Por aquí en Houston los pastores sólo piensan en sacarle el dinero a las ovejas... ¡Hace falta más gente como ustedes que predique la Palabra del

Señor!

-¡Amén! -añade Susan-

De repente algo muy extraño sucede. ¡El cielo cambia de color! Pasa de un azul intenso y despejado a un tono entre dorado y gris, como esas viejas fotos de color sepia cubiertas de polvo o de ceniza. Entonces otra vez vuelve a estar azul y despejado. ¡Ha ocurrido en una fracción de segundo! “¿Qué ha sido ese fogonazo?” -se pregunta extrañado el señor Barnes mirando al horizonte-. ¡Justo en ese preciso instante oímos un ruido de motor y vemos cómo un aeroplano vuela a escasa altitud! ¡Es muy antiguo! ¡Parece como salido de la Primera Guerra Mundial! ¡Es un pequeño monoplaneo con asiento tan sólo para el piloto, unas enormes ruedas para aterrizar y un motor de hélice que hace un ruido realmente infernal! ¡Es un avión biplano, con un sistema de doble ala! Precisamente de una de ellas sale un inmenso humo negro que deja un rastro en el cielo. Segundos después se estrella y explota.

“¡Ha caído muy cerca de aquí! ¡Del otro lado de la colina!” -grita el señor Barnes-. En un momento los Barnes suben a un par de furgonetas y arrancan a toda prisa. Susan y yo les seguimos en mi Ford Ranger. El avión es muy fácil de localizar por el rastro de humo negro que ha dejado en el cielo. En pocos minutos llegamos al lugar del accidente para intentar auxiliar al piloto, que puede encontrarse herido. El fuselaje del avión está hecho pedazos. Hay piezas por todos lados... Las alas por aquí, una rueda por allá... Entonces hallamos inconsciente al piloto, que al parecer saltó en paracaídas. Lleva un uniforme militar antiguo, un casco estafalario y unas gruesas gafas para protegerse del viento. Por desgracia, se encuentra muerto. En el bolsillo lleva una foto en blanco y negro de una mujer joven. Detrás de la misma se puede leer: “*Pierre, j’espère te revoir bientôt. Je t’aime. Marie. Paris, 1917*”.^[13]

14. Mercaderes de la fe.

Hubo un tiempo en que los mercaderes vendían sus productos en el templo; Cristo los acusó de convertir la Casa de Dios en una cueva de ladrones y los sacó a latigazos de allí. Hoy en día los mercaderes no sólo siguen en los templos sino que son quienes predicán desde los púlpitos. En los últimos años en Estados Unidos han a florado como setas supuestas iglesias que predicán el falso evangelio de la prosperidad. Esta doctrina pregona que si das diezmos y ofrendas Dios te va a bendecir con salud, éxito y riquezas. ¡Cuánto más dinero des, más te prosperará el Señor! Al final los únicos que prosperan son los falsos pastores que se lucran a base de vaciar los bolsillos a los tontos. “Ellos son ovejas y las ovejas están para dar lana. Si son felices así, déjalos”, oí decir a un pastor que se ufana de desnudar las cuentas corrientes de sus fieles, como quien esquila a una oveja.

La poca vergüenza de estos falsos apóstoles sólo es comparable a la codicia de sus seguidores. “Dios quiere que tengas un Cadillac”, oí decir a un predicador que hablaba por la tele. La gente no quiere escuchar que debe abandonar el pecado y vivir en santidad; prefiere que le digan que Dios es como el genio de la lámpara maravillosa y que por hacer un donativo está obligado a concederle sus deseos. Donativo que siempre acaba en el bolsillo de los espabilados de turno. Muchos pastores defienden la necesidad de tener un jet privado para su uso personal. Otro llegó a comparar a Dios con una prostituta: primero pagas, y después obtienes lo que quieres. Otra pastora dice que los billetes hablan y separa en dos grupos a los fieles: a un lado quienes vayan a donar mil dólares y a otro los de quinientos. Charles Spurgeon

siempre decía que quien sirve al Señor por dinero es capaz de servir al diablo por un salario mejor.

-¿En serio quieres que entremos en esta cueva de ladrones? -me pregunta Susan Hernández-. ¡Estos desgraciados no reconocerían a Dios ni aunque lo tuvieran enfrente de sus mismas narices! -añade molesta-.

-No seas como Jonás.

Culto dominical en Lakewood Church, en Houston. Está considerada la megaiglesia evangélica más grande de los Estados Unidos. Por supuesto, no tiene nada de iglesia ni de evangélica; es tan sólo un negocio. Aquí tienen de todo: cantantes famosos, un edificio majestuoso con aforo para quince mil personas, pantallas gigantes, cómodos asientos... Tan sólo falta una cosa... ¡Cristo! ¡Hace tiempo que salió de aquí y no viene ni de visita! Esta empresa fue fundada por John Osteen en 1959. Él falleció hace muchos años pero el negocio continúa a través de otro pseudopastor, que es el que actúa hoy. A esta congregación se acercan más de 40.000 personas cada semana, atraídas por las falsas promesas de prosperidad del pastor. Durante unos minutos habla de las riquezas terrenales con las que Dios quiere bendecir a los fieles. Entonces saca una pequeña campanilla y la agita con fuerza.

-¿Sabían ustedes que cada vez que donan dinero para el Reino de Dios suena una campanilla en el cielo? ¡Una como ésta! -dice el pastor haciéndola sonar-. ¡Vamos a pasar a los diezmos y ofrendas!

A su orden, toda la congregación se apresura a rascarse el bolsillo. Como somos tantos los miles que nos encontramos aquí reunidos, son muchos los hermanos de la iglesia que pasan el cepillo, cada uno parece asignado a un sector, mientras el coro entona una canción de alabanza. Que Lakewood Church esté considerada la iglesia más importante de los Estados Unidos y éste el pastor más influyente de la nación habla claramente de la Babilonia americana en la que vivimos. El mercader prosigue su sermón, con semblante

humilde y tono dulce. Habla de pensamiento positivo, de que si lo creemos con suficiente fe, se cumplirán todos nuestros sueños y seremos exitosos en la vida. “Todo está en la mente. Si lo crees, lo conseguirás”. Habla de éxito financiero, personal y familiar. Ni una sola palabra en referencia a Jesucristo o a la necesidad de dejar de pecar y vivir en santidad.

-¡Hermanos, es el momento de hacer una ofrenda especial! ¡Una ofrenda extra para la próxima gran campaña evangelística que estamos preparando! ¡Para que muchas almas lleguen a los pies del Señor! ¡Donen con alegría hermanos, porque Dios ama al dador alegre! ¡Cada vez que suena esta campanilla Satanás tiembla de miedo y el cielo se llena de gozo! -clama al ritmo del tintineo-.

-¿Te has fijado? Ya es la segunda vez que piden dinero -me susurra al oído Susan-.

El sonido de la campanilla me recuerda al experimento de Ivan Paulov. Este científico ruso hacía sonar una campanilla cuando llegaba la hora de dar de comer a los perros. Éstos salivaban siempre que oían el tintineo pues sabían que era el tiempo de la comida. Un día Paulov hizo sonar la campanilla pero esta vez no había alimentos. Igualmente los canes acudieron raudos y salivaban. ¡Se habían acostumbrado! Veo a miles de individuos a mi alrededor y no puedo dejar de pensar en el perro de Paulov. ¡Esta gente está amaestrada! Cada vez que el pastor hace sonar la campanilla, sus seguidores se llevan la mano a la cartera. Es un acto reflejo, una señal subconsciente. ¡Son como yonkis de los diezmos! ¡Esta gente no sólo da su dinero a un extraño sino que es feliz al hacerlo! El pastor prosigue su sermón quince minutos más y entonces sube al escenario un cantante famoso.

-¡Hermanos! -dice el cantante, que se encuentra junto al pastor-. ¿Ustedes saben lo que Dios dijo a Abraham? ¿Lo saben? ¡Bendeciré a los que te bendigan y a los que te maldijeren maldeciré! ¡Bendeciré a los que te bendigan

y a los que te maldijeren maldeciré! ¿Amén?

-¡Améeeen! -gritan al unísono quince mil gargantas-.

-¡Hay que bendecir al bendecido! ¡Hay que bendecir al bendecido, hermanos! ¡Porque cuando hacemos esto, el Señor nos bendice a nosotros! Ustedes quieren ser bendecidos por el Señor ¿amén?

-¡Améeeen! -clama como un estruendo la congregación-.

-Pues entonces hagan como yo -dice metiéndose la mano en el bolsillo y sacando un billete que muestra al público a través de la enorme pantalla que hay tras él-. Cada vez que yo hago este gesto -dice mientras introduce el billete en el bolsillo del pastor- yo estoy bendiciendo al bendecido. ¡Cada vez que yo hago un donativo, una ofrenda al pastor, estoy bendiciendo al ungido de Jehová! ¡Esto no es un diezmo para la iglesia! ¡No es una ofrenda para una campaña evangelística! ¡Esto es una donación que hacemos para que el pastor pueda disponer de ella como quiera, para su uso personal! ¿Cuántos de ustedes piensan que el pastor y su familia son una bendición para esta iglesia?

-¡Améeeen! -responde el público como un rebaño de ovejas-.

-¡Pues entonces vamos a bendecir al bendecido! ¡Vamos a hacer una donación generosa al pastor para que él la pueda disfrutar con su familia y para que Dios nos pueda bendecir a nosotros! ¿Amén?

-¡Améeeen!

-¡Estoy a punto de explotar! ¿Cómo se puede ser tan sinvergüenza? - comenta Susan en voz baja-.

El cantante hace sonar la campanilla y la gente se levanta de sus asientos y se dirige al púlpito. El pastor extiende sus brazos en cruz y clama: “¡Señor Jesús, como tú, me entrego al sacrificio!”. Filas infinitas de personas hacen cola para llenar de billetes los bolsillos del pastor, que ora emocionado y con fervor da gracias a Dios mientras el coro entona otro cántico de alabanza. Pronto, los dólares no caben en sus bolsillos y los fajos son depositados a sus

pies. ¡Hay una montaña de billetes junto a él! ¡Entonces soy capaz de verlo!
¡Veo un espíritu de confusión muy poderoso que acompaña al pastor! ¡Es como una sombra translúcida y sus ojos desprenden una luz roja! ¡Comienzo a ver más! ¡Hay miles de ellos en esta iglesia! ¡Espíritus de confusión, de codicia, de egoísmo, de idolatría, de adulterio...! ¡Miles de ellos revolotean como cuervos por encima de la gente, pero nadie más parece verlos!

-¡Arrepentíos de vuestros pecados! -clamo a viva voz en medio de la congregación-. Dice la Palabra de Dios: “Porque éstos son falsos apóstoles, obreros fraudulentos, que se disfrazan de apóstoles de Cristo. Y esto no es sorprendente, porque el mismo Satanás se disfraza de ángel de luz. Así que, no es extraño si también sus ministros se disfrazan de ministros de justicia; cuyo fin será conforme a sus obras”.

-¡Calla! ¡Calla, demonio, calla! -brama un hombre-.

-¡Fuera de aquí! -grita su esposa-.

-¿Pero es que no lo veis? ¡Estos telepredicadores de la prosperidad son mercaderes de la fe! ¡Despertad! ¡No os dejéis engañar! La *Biblia* nos advierte contra falsos profetas: “Y muchos seguirán su libertinaje, y por causa de ellos, el camino de la verdad será blasfemado. Llevados por avaricia harán mercadería de vosotros con palabras fingidas. Sobre los tales ya hace tiempo la condenación los amenaza y la perdición los espera”. ¡Despertad! ¡No son hombres de Dios sino lobos rapaces vestidos con piel de cordero!

-¡Fuera! ¡Fuera! -clama una turba enfurecida-.

De inmediato el personal de seguridad me obliga por la fuerza a salir del recinto en medio de un escándalo mayúsculo. Susan se queja y también la expulsan. ¡Toda la gente está en nuestra contra! ¡Nos increpan, abuchean y maldicen! La *Biblia* también nos advierte en 2 Timoteo 4:3 que en los últimos días la gente ya no escuchará la verdad. “Pues vendrá tiempo cuando no soportarán la sana doctrina, sino que sintiendo comezón de oídos, se

amontonarán maestros conforme a sus propias pasiones”. Todo lo que vemos en la televisión son telepredicadores codiciosos pidiendo más dinero, diciéndole a la gente lo que quiere escuchar, las promesas de la salud, la riqueza y la prosperidad a cambio de su dinero. ¡Hoy los mercaderes predicán desde los púlpitos y la apostasía se ha instalado en la iglesia! ¡Nuestra única defensa posible frente a tantas herejías es la Palabra incorruptible de Dios!

Sabía que una iglesia podía convertirse en una cueva de ladrones pero jamás sospeché que pudiera ser una cueva de demonios. ¡Lo que he visto me ha sobrecogido! ¡Miles de espíritus diabólicos revoloteando en el templo, planeando como buitres sobre las cabezas de los asistentes! ¡Ciertamente tanta ceguera sólo puede tener una explicación sobrenatural! El apóstol Pablo explica que los dones del Espíritu Santo son nueve: sabiduría, conocimiento, fe, sanidades, milagros, profecía, discernimiento de espíritus, lenguas e interpretación de lenguas, y añade que todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu Santo, repartiendo a cada uno en particular como él quiere (1 Corintios 12:8-11). ¡Doy gracias a Dios por el don de discernimiento que me ha permitido ver estos seres invisibles! ¡Ayúdame, Jesús! Si hasta las iglesias están infestadas de demonios ¿dónde te hallaré?

15. No taxes in Texas.

-¡Secesión, secesión! -clama una multitud en la calle-.

Gran manifestación hoy en Austin. Ésta es la capital de Texas y se llama así en honor a Stephen F. Austin, padre de la patria. Texas fue colonia de España (y en menor medida de Francia) por siglos, y luego perteneció a México, hasta

que unos intrépidos colonos anglosajones la liberaron en 1836. Es, junto con Hawaii, California y Vermont, uno de los cuatro únicos estados que fueron independientes antes de unirse a Estados Unidos (cosa que hizo en 1845). Durante la Guerra Civil Americana (1861-1865) formó parte de los Estados Confederados. Texas tiene una fuerte personalidad sureña. Aquí las iglesias protestantes tienen mucha fuerza y la población es conservadora, provida y partidaria de la familia tradicional. Es un pueblo de hombres de verdad, de los que visten sombrero de cowboy y botas de piel de serpiente, de los que llevan la *Biblia* en una mano y el revólver en la otra.

Texas encarna el Sueño Americano; el ejemplo de cómo unas políticas basadas en el capitalismo, la libertad individual y la democracia tienen éxito. Los texanos lo llevan en la sangre. Aquí siempre ha habido políticas pronegocios basadas en una mínima regulación estatal. Hacer y dejar hacer. Mientras que en otros estados quieren exprimir a los emprendedores, aquí se piensa que las cosas funcionan mejor bajando los impuestos. Multitud de empresas de Nueva York, California y otros estados desmontan sus fábricas y las traen a Texas. Llegan como una avalancha de todo el país. Esta tierra vive un auténtico milagro económico: los negocios crecen, los puestos de trabajo se multiplican y los inmigrantes vienen en busca de oportunidades. Por si fuera poco, Texas vive un boom petrolero como nunca antes había vivido en toda su historia.

Hoy es el segundo estado de América en extensión, población y economía. Pese a ello, el pueblo texano se siente cada vez más alejado de Washington, discriminado por una administración central que sólo piensa en meterle la mano en el bolsillo e intervenir en sus asuntos internos. Eduard O'Neal es el presidente del Texas Independence Movement. Esta asociación, en compañía de otras muchas, ha convocado una gran manifestación en defensa del derecho de Texas a convertirse en una república independiente. O'Neal es un hombre

joven y calvo, algo obeso, con una cuidada perilla y bien vestido. Hasta Austin han acudido más de cien mil texanos enojados con Washington, casi todos blancos... ¡Es una gran fiesta con cocineros preparando barbacoas, vaqueros que han traído caballos para un concurso de rodeo, un grupo de música country y hasta actores famosos!

-Queridos ciudadanos -saluda con el micrófono Eduard O'Neal-, nos hemos reunido aquí hoy para mandarle un mensaje a Washington y es que ¡estamos hartos! ¡Estamos hartos de que se incumpla la décima enmienda de la Constitución Americana, que dice que los poderes no delegados a los Estados Unidos por la Constitución ni prohibidos por ésta a los estados, están reservados a los estados respectivamente, o al pueblo! ¡Estamos hartos de que Washington elija a dedo a los jueces de un Tribunal Constitucional politizado que luego con todo tipo de argucias emite sentencias que nos obligan a aceptar leyes que nunca aprobaría el Parlamento de Texas, ni el pueblo, como el aborto o el matrimonio homosexual! -el público interrumpe con vítores y aplausos al orador-. ¡Estamos hartos de una inmigración ilegal que cruza la frontera desde México todos los días mientras la Patrulla Fronteriza mira hacia otro lado! ¡Estamos hartos de que las mafias del narcotráfico, los pandilleros y los violadores se hayan apoderado de nuestros parques y plazas y de que encima nos llamen racistas por pretender pasear seguros por las calles! -la gente aplaude otra vez-.

-¿Pero qué estupideces está diciendo este tipo? -se pregunta Susan-.

-Shhh... ¡Calla! ¡Déjame escuchar! -le interpelo-.

-¡Estamos hartos de que nos suban los impuestos para seguir alimentando a los burócratas de la Casa Blanca! ¡Impuestos no en Texas! ¡¡Impuestos no en Texas!! -clama eufórico O'Neal para alborozo general-. ¡Estamos hartos! ¡Estamos hartos de que Washington pretenda pisotear la segunda enmienda y limitar el legítimo derecho del pueblo a poseer y portar armas, que es una de

las bases de la democracia! -justo en ese momento O'Neal se pone un sombrero de cowboy y saca una pistola con la que pega un par de tiros al aire al tiempo que grita "Yijaaaaaa" para regocijo general-. ¡Tenemos que elegir si queremos vivir de acuerdo a los principios de Karl Marx o a los de Thomas Jefferson! ¡Y Texas tiene que estar del lado de Thomas Jefferson! ¡Si Estados Unidos no corrige pronto esta deriva socialista, al noble pueblo texano no le quedará otra que hacer uso de su legítimo derecho a la secesión! ¡Gracias a todos! -O'Neal se retira ovacionado por los miles de asistentes-.

-¡Qué sarta de estupideces! -comenta airada Susan-.

-Yo creo que ha dicho cosas muy razonables -le replico-.

-¿Apoyas la independencia de Texas?

-No, claro que no. Yo soy republicano y un lincolniano convencido. Creo que la fuerza de los Estados Unidos radica en eso: en estar unidos. Pero por otro lado, como ciudadano demócrata que soy, apoyo el derecho de autodeterminación, un derecho que, según la ONU, tienen todos los pueblos.

-¿Entonces?

-Apoyo que los texanos sean lo que quieran ser. Y entiendo que haya cada vez más texanos que quieran dejar de ser americanos. La Casa Blanca debería esforzarse por ganarse las simpatías de la gente, pero sólo causa malestar y aversión en el pueblo. Todo este centralismo, estas subidas de impuestos, la deuda creciente, la intervención del Gobierno federal en todos los puñeteros asuntos de nuestras vidas... ¡Puf! ¡No me extraña que esta gente quiera separarse! ¡Estados Unidos no nació para acabar convirtiéndose en esto! ¡No era esto lo que tenían en mente los padres fundadores de la patria!

Miles celebran la identidad texana en un tono reivindicativo toda vez que lúdico. Se ven banderas del Estado de la estrella solitaria por doquier. También algunas banderas confederadas. Las únicas banderas americanas las llevan unos contramanifestantes, que increpan a los nacionalistas. La policía

los vigila de cerca para evitar posibles altercados. Un hombre con bigote en forma de herradura cabalga a lomos de un enorme búfalo. Una niña afroamericana acompaña a su madre, que lleva la bandera de Texas. Unos latinos toman comida tex-mex mientras unos asiáticos con el sombrero vaquero observan curiosos. Unas chicas pelirrojas vestidas con camisa a cuadros bailan al ritmo de la música country. Un desfile de hermosas mujeres rubias con grandes banderas de Texas monta en caballos de manchas blancas y marrones. Un granjero tripón aplaude alegre al verlas pasar.

Por un instante ocurre algo extraño. El cielo cambia de color. Pasa de un azul intenso a un tono color sepia. ¡Es como un deja-vu! ¡Esto ya lo he vivido antes! La gente se pregunta extrañada qué ha sido eso. Hay mucha confusión. Ha sido como un fogonazo. Entonces Susan señala con el dedo índice. “Allí”, dice. Vemos a un tipo extraño. Va vestido como un soldado confederado. Su uniforme gris tiene agujeros y manchas de barro. Lleva un fusil de la época. Juraría que no estaba ahí antes. De haber estado, me acordaría de él seguro por lo extemporáneo de su vestimenta. Parece nervioso, desconcertado. Mira a un lado y a otro, se siente aterrorizado al ver circular los coches, como si no hubiera visto uno antes en toda su vida.

En ese preciso instante el confederado ve a los contramanifestantes con las banderas de Estados Unidos. “¡Malditos yanquis, arded en el infierno!” -grita como loco y comienza a dispararles con su viejo fusil-. La gente corre atemorizada con el ruido de los disparos. No alcanzo a saber qué ocurre. Hay miedo y confusión. Susan y yo tratamos de ponernos a cubierto. Entonces unos rangers de Texas fríen a tiros a aquel lunático. Cuando parece que la pesadilla ha acabado, no ha hecho sino empezar. La policía trata de acordonar la zona para que no se acerquen los curiosos. Los rangers se miran extrañados. El fusil está como nuevo pero el uniforme parece salido de un terrible campo de batalla. Un agente comunica por radio que el muerto lleva colgando del cuello

una cadena con una chapa identificativa: “Henry F. Smith. Sargento. Infantería de los Estados Confederados de América”.

16. La maldición.

-Dicen que el demonio creó Texas en seis días y que al séptimo descansó en Waco.

-¿Y eso? -me pregunta Susy mientras noto su aliento a menta fresca en mi cara-.

-¿No conoces ese dicho? -le respondo-. Supongo que quizás tendrá algo que ver con la Masacre de Waco.

-¿La Masacre de Waco? -repite como un eco-. ¿Qué es lo que sucedió? -me pregunta curiosa-.

-¿No te suena? ¡Cómo se nota que eres joven! -le digo mientras sigo conduciendo la camioneta rumbo a Waco-.

-Algo he oído hablar, pero no sé qué ocurrió exactamente, Walter...

-Fue en 1993, creo. En Waco había una secta apocalíptica. Los davidianos, se hacían llamar. Su líder se autodenominaba David Koresh aunque su verdadero nombre era, si no me falla la memoria, Vernon Wayne Howell. Koresh se había autoproclamado la reencarnación de Cristo y había convencido a sus adeptos de que el fin del mundo era inminente. ¡Se sabía la *Biblia* tan bien que parecía que la hubiera escrito él mismo y estaba obsesionado con el *Libro del Apocalipsis*! La secta vivía en un rancho en las afueras de Waco. Un día algunos de sus miembros estaban haciendo prácticas

de tiro con fusiles automáticos, lo que alertó a las autoridades. La policía rodeó el rancho, llamado Centro Monte Carmelo, pero fue recibida a tiros. Los davidianos estaban armados hasta los dientes... ¡Tenían un auténtico arsenal, así que habían convertido Monte Carmelo en un fortín tan inexpugnable que ni el FBI era capaz de entrar! ¡El escándalo atrajo a periodistas de todas las partes!

-¡Ah, es verdad! -dice Susan-. ¡Algo me contaron mis padres cuando era pequeña! ¿Qué pasó al final?

-Bueno, el asedio al rancho duró cincuenta y un días. La policía negoció con Koresh todo ese tiempo para que salieran de allí, pero se negaba. Koresh era un lunático, pero también alguien de gran carisma. Sus adeptos pensaban que él era Dios. Lo obedecían ciegamente. Era tan persuasivo que convenció a sus seguidores de que sólo él debía tener relaciones sexuales con las mujeres de la secta. Concretamente dijo que todos los matrimonios quedaban interrumpidos y que a partir de entonces sólo él haría el amor con las mujeres, que pasaban a ser sus esposas. Ellas lo aceptaron y lo que es más fuerte... ¡Los que hasta ese momento habían sido los maridos también aceptaron sin rechistar!

-¡Vaya! -dice riéndose Susan-. ¡Eso sí que es poder de persuasión!

-¡Desde luego! -contesto-. ¡Pero no sólo eso! ¡El supuesto profeta también abusaba sexualmente de niños! Bueno -digo retomando el relato-, la cuestión es que la policía hizo todo lo que estuvo en su mano para sacarlos por las buenas, pero imposible... Así que al cabo de cincuenta y un días de asedio los agentes decidieron lanzar botes de gas lacrimógeno y entrar por la fuerza... Un incendio se desató y causó la muerte de casi un centenar de hombres, mujeres y niños, incluyendo el propio Koresh. Al parecer fue un suicidio colectivo, pero el asunto nunca llegó a quedar del todo claro. Hay quien le echa la culpa del fuego a las autoridades, que lo habrían causado accidentalmente, pero yo

no me lo creo... ¡Lo tremendo del caso es que la masacre se retransmitió en directo a nivel mundial, porque periodistas de todas partes del mundo estaban instalados allí desde hacía varias semanas!

-¡Qué tremendo! -responde Susan dándose una palmada en la frente en un gesto de incredulidad-.

-Como epílogo a este despropósito, dos años después, Timothy McVeigh, un terrorista de extrema derecha, hizo volar el Edificio Federal Alfred P. Murrah en Oklahoma City. Mató casi a docientas personas.

-¿Por qué hizo eso?

-Como protesta por la redada del FBI contra la secta de los davidianos. ¡Bueno, ya hemos llegado a Waco! -le digo mientras aparco el Ford Ranger en un barrio residencial-. No sé tú, pero yo tengo algo de hambre. Buscaremos un restaurante y comeremos algo. Esta tarde predicaremos en la ciudad.

-¡Genial! -dice en un gesto de aprobación-. La verdad es que últimamente han proliferado mucho las sectas, Walter. Nuestro Señor Jesucristo ya nos avisó de que vendrían muchos falsos profetas y falsos mesías.

-¡Vaya que sí! ¡Cada vez hay más! -le digo mientras caminamos por la acera y nos familiarizamos con la ciudad-.

-El otro día -dice ella- vi un documental sobre sectas. Hablaron de una que se llamaba Heaven's Gate. Su líder, un tal Marshall Applewhite, decía que era un extraterrestre y convenció a sus adeptos para suicidarse cuando pasara un cometa cerca de la Tierra. Se supone que detrás del cometa iba una nave espacial y que todos iban a subir a bordo. El tipo era asexual, así que convenció a las parejas de la secta para que no mantuvieran relaciones y castró a los hombres del culto.

-Sí, lo recuerdo... Fue un caso muy sonado.

-También hablaron de otra secta. El Templo del Pueblo, fundada por Jim Jones. Según parece, era una suerte de marxista, un revolucionario que

anhelaba crear un paraíso multirracial en la Tierra. Fue a Guyana y fundó una colonia llamada Jonestown. ¡Al final, la utopía acabó con el asesinato de cinco personas, una de ellas un congresista americano, y el suicidio colectivo de más de novecientos adeptos!

-Sí, también recuerdo ese caso... Por desgracia hoy las sectas afloran por todas partes, igual que los falsos profetas... En Miami, de donde yo soy natural, había hace años un chiflado llamado José Luis de Jesús Miranda. Fundó una secta llamada Creciendo en Gracia. Se hizo muy polémica porque hacía tatuar a sus seguidores el 666. Este perturbado decía que él era al mismo tiempo el Cristo y el Anticristo. También decía que era inmortal... Hasta que un día dejó de serlo -comento con una sonrisa-.

-¡Ojalá que Jesús venga pronto y castigue a toda esta gentuza que toma el nombre de Dios en vano! La sanadoctrina, las enseñanzas de Cristo y la Palabra de Dios están siendo mancilladas por lunáticos y charlatanes.

-Así es, Susy. Si hoy Lutero levantara la cabeza y viera en qué se han convertido muchas iglesias protestantes se volvía a morir del susto. Sin ir más lejos la propia Iglesia Luterana casa a los gays pese a que la homosexualidad es señalada por Dios como un pecado. ¿No es esto una contradicción?

-¡El Señor nos llamó a ser ovejas, no a ser burros! -concluye Susy-.

-¡Por favor apártense! -nos dice un ranger de Texas-.

Tan absortos estábamos en la charla que no nos habíamos percatado de que hay una ambulancia junto a una casa. Realmente estaba disfrutando este momento. Me gusta pasear con Susy; disfruto mucho de su compañía y me hace sentir bien conmigo mismo. ¡Y me encanta que pensemos igual respecto al Señor! Pero la llamada de atención del agente nos devuelve a la realidad. Vemos que una patrulla de oficiales escolta la entrada a una casa. Dos enfermeros sacan en una camilla a una mujer. Ella ríe a carcajadas como si estuviera loca. En realidad parece estar muriendo de miedo. Dice que ve

demonios, que vienen a por ella. Chilla y pide auxilio. Su rostro refleja un vívido terror. Luego vuelve a reír. Lloro. Extrañas convulsiones se apoderan de ella. Espumarajos salen de su boca. Los enfermeros la suben a la ambulancia. Algunos vecinos se han acercado y contemplan curiosos la escena.

-¡Márchense de aquí! ¡No hay nada que ver! -dice el oficial tratando de dispersar a la gente-.

-¡Es la maldición! ¡La maldición! -chilla nerviosa una señora-.

-¿Qué maldición? -le pregunto-.

-¡Es la maldición! ¡Ya ha afectado a más de cien personas en Waco! -me informa una mujer de mediana edad-. Al principio a uno le entran temblores. A los dos o tres días llegan las carcajadas y los sonidos extraños. Al cabo de un mes usted ya no puede caminar, tiene visiones en estado de vigilia, no puede dormir y ve demonios. Demonios que entran a su habitación a plena luz del día, que vienen a por usted. Al final muere entre convulsiones en medio de una espantosa agonía. Lo peor de todo es que cuando le hacen la autopsia encuentran que tiene el cerebro lleno de agujeros -explica-.

-No es ninguna maldición -contradice un hombre con gafas, gabardina y un pequeño bigote-. ¡Es kuru!

-¿Qué? -pregunta la señora de antes-.

-¡Es kuru! ¡Una enfermedad! ¡Esto sucede cuando alguien se come el cerebro de otra persona!

-¿Cómo? -exclama Susan horrorizada-.

-Últimamente en Waco prolifera el canibalismo. No me pregunten cómo pero se ha extendido la creencia de que cuando muere un familiar, si usted se lo come, de algún modo su esencia seguirá viviendo dentro de usted. Así cada vez más gente se está comiendo a los difuntos como una especie de rito para honrarlos. Podríamos llamarlo *canibalismo por amor*. Es una creencia

religiosa procedente de Papúa-Nueva Guinea. Supongo que alguna secta rara la habrá importado -informa el caballero-.

Susy me mira atónita. Yo no soy capaz de articular palabra. En realidad no sé qué me espanta más: si el que esta tragedia sea una maldición demoníaca o que se practique el canibalismo en Estados Unidos.

17. El incidente.

Dallas es una de las ciudades más modernas y sofisticadas de los Estados Unidos. Junto con Fort Worth forma una de las áreas metropolitanas más importantes del país. Es un municipio con una industria pujante y un turismo creciente, una localidad próspera y bien comunicada por aeropuerto. Aquí es fácil encontrar hombres con sombrero texano por la calle y botas de cowboy. Son muchos los que se entretienen asistiendo a los rodeos, en los que varones intrépidos tratan de montar a potros salvajes que dan coces y se agitan de forma frenética tratando de derribar en el suelo a su jinete. A veces te encuentras por la calle a nostálgicos que conducen Cadillacs de los años cincuenta. En esta gran ciudad puedes toparte con vietnamitas vestidos de vaquero o con negros animando a los Dallas Cowboys en la Super Bowl. A nadie le importa de donde vengas a condición de que te integres.

Esta urbe, no obstante, es famosa por el magnicidio de John F. Kennedy, ocurrido el 22 de noviembre de 1963. El asesinato, retransmitido por la televisión, conmocionó al mundo entero. Lee Harvey Oswald fue considerado el autor único del crimen, pero siempre ha sobrevolado la sospecha de que aquello fue en realidad una conspiración de las élites para matar al presidente.

A pesar de ser del Partido Demócrata, de ser católico y de ser un libertino que engañaba a su esposa con la actriz Marilyn Monroe, JFK fue un buen presidente. En los dos años que duró su gobierno (1961-63) trató de reconocer los derechos civiles de la población afroamericana y de evitar ir a la Tercera Guerra Mundial contra la Unión Soviética, pese a las enormes presiones contrarias de su entorno. Mataron a Kennedy, a King y Malcolm X; en América siempre se asesina a los hombres buenos.

Susan y yo hemos hecho un alto en el camino en nuestro viaje a California. Nos encontramos en McDonald's. Yo devoro una hamburguesa con queso, lechuga, tomate y pepinillos, acompañada de patatas fritas y Coca-Cola. Susan prefiere alitas de pollo y una Heineken. El local está abarrotado de gente que disfruta su comida mientras ve videoclips musicales en la televisión. Justo entonces interrumpen la programación para emitir en directo una rueda de prensa de Ismael Bernstein. Este judío ilustre es uno de los científicos más reputados del mundo, galardonado con el Premio Nobel de Física. Bernstein ha causado una enorme polémica esta semana al publicar un artículo en *The New York Times* donde advierte de que el fin del mundo se encuentra a la vuelta de la esquina. Ante el revuelo causado, ha decidido comparecer ante la prensa a iniciativa propia para deshacer malos entendidos.

-Señor Bernstein, ¿qué quiere decir usted con que el fin del mundo está cerca?

-Pues eso mismo. Verán ustedes, nosotros vivimos en tres dimensiones espaciales -altura, anchura y profundidad- y una temporal -el tiempo-. Sin embargo, existen muchas más dimensiones en el Universo. ¿Cuántas? No se sabe exactamente. Los cálculos oscilan entre una decena y varios millones. Esas cuatro dimensiones en las que nosotros vivimos constituyen nuestra realidad, es lo que comúnmente se ha venido a llamar espacio-tiempo. Ahora piensen en el espacio-tiempo como una cuerda de cuatro dobleces: las cuatro

dimensiones de las que les hablé antes. Pues bien, la cuerda se está deshaciendo, las dobleces empiezan a separarse y si se separan del todo dejaremos de existir.

-¿A qué se debe este fenómeno, señor Bernstein? -pregunta un periodista-.

-Eso es algo que desconozco. No obstante, tengo mis propias teorías. Como les he dicho antes, existen numerosas dimensiones. Creo que algo o alguien de otra dimensión ha penetrado en nuestra realidad espacio-temporal. Ese algo o alguien podría estar causando toda esta distorsión al estar en un continuo espacio-temporal que no le pertenece. Imaginemos por un instante cuando Colón descubrió América. Los europeos llegaron al Nuevo Mundo y trajeron consigo numerosas enfermedades de Europa, tales como la peste, el sarampión, la viruela, la varicela, etcétera. A su vez, los esclavos negros venidos de África también trajeron consigo sus propias enfermedades, como la fiebre amarilla o la malaria. Esto supuso una auténtica desgracia para los amerindios de todo el continente, cuyos organismos no disponían de defensas contra estas enfermedades por la sencilla razón de que no existían en América. El resultado, como bien saben, es que millones murieron. ¿Y todo por qué? Porque alguien fue a un sitio que no era su sitio y lo trastocó todo. Pues bien, supongamos que nosotros somos los amerindios y la destrucción del espacio-tiempo nuestra enfermedad.

-¿Está usted sugiriendo que unos seres alienígenas de otra dimensión son los causantes de nuestra desgracia?

-Como les he dicho antes, es algo que desconozco. Sólo les he expresado una conjetura. No tengo pruebas. En ningún momento he dicho que sean alienígenas, aunque tampoco lo descarto... Y sí, sé que éstas son unas declaraciones muy polémicas y atrevidas y que me valdrán numerosas críticas pero señores, ya no hay tiempo para hipocresías ni para lo políticamente correcto. ¡Ya no podemos esconder la verdad por más tiempo! ¡La gente tiene

derecho a saber! ¡Podemos desaparecer en cualquier momento! ¿Podría tratarse a causa de alguien? Puede ser. Aunque no necesariamente. Tal vez la pregunta no sea quién sino qué. Algo, algún objeto desconocido quizás... ¡Pero de otra dimensión!

El revuelo que causan sus declaraciones es enorme, no sólo en la sala de prensa sino también en el restaurante de McDonald's, donde todo el mundo ha dejado de comer para escuchar con atención al físico.

-¿Qué quiere decir con otra dimensión? ¿Otro Universo? -pregunta un reportero-.

-No. Imaginemos que el Universo es una partitura musical. Nosotros somos una nota, el do por ejemplo. El do tiene que ir en su sitio, el re en su sitio y el mi en su sitio ¿entienden? Si los mezclan, si usted pone un sol donde debería ir un re, se descompone todo... No sé si me explico... No me resulta fácil de explicar ni siquiera para mis colegas científicos, mucho menos para gente no versada...

-¿Puede ilustrarlo de otra manera? -replica-.

-Lo intentaré, al menos. Me miran ustedes como si hablara en chino y no les culpo. Ya les dije que esto no es fácil de digerir. Todo tiene que ver con la Teoría de las Supercuerdas. Esta teoría concibe que además de las cuatro dimensiones en las que vivimos (altura, anchura, profundidad y tiempo) existen otras. Hay quien dice que once, pero podrían ser millones. Verán, mientras que el modelo estándar de la física -el que todos ustedes han estudiado en el colegio- considera el electrón como una partícula, un punto digamos, los teóricos de las cuerdas lo concebimos como una vibración determinada de una cuerda infinitesimal, que de oscilar de una manera diferente, podría dar lugar a otras partículas fundamentales, como los quarks por ejemplo. No se entiende la materia por su composición, sino por cómo vibra. Las partículas son las notas de una escala armónica que se toca con una

única cuerda. El Universo entero sería como la cuerda de una guitarra. Una sola cuerda puede emitir diferentes notas musicales. Dependiendo de como la toques, una cuerda puede sonar como un do, o como un re, como un mi... Puede sonar como un electrón, como un quark, como un taquión... ¿Me entienden? ¿Pero qué ocurre si la cuerda de la guitarra está mal? Suena desafinada ¿verdad? ¡Pues ése es el problema! ¡Que nuestras cuatro dimensiones vibran en una frecuencia equivocada!

-¿Es inevitable el fin del mundo? ¿No se puede hacer nada por impedirlo?

-No sé si es inevitable. ¡Quizás aún podamos salvarnos! Pero para ello deberíamos encontrar el foco del incidente. Deberíamos saber exactamente qué ha provocado esto y cómo lo ha hecho. Por decirlo de algún modo, debemos descubrir por qué la cuerda suena como un sol cuando debería sonar como un do. Es como si alguien hubiera escrito las notas equivocadas en la partitura, por eso la cuerda de la guitarra suena desafinada... ¡Debemos encontrar la nota discordante y devolverla a su lugar en el pentagrama para que todo suene armónico! El problema es que no sabemos cuál es la nota.

-¿Cuándo puede ocurrir el Juicio Final? -inquire una periodista-

-En cualquier momento. Quizás dentro de un minuto, quizás dentro de cincuenta años. Eso nadie lo sabe.

Todo el mundo en McDonald's mira con ojos como platos a la gente que tiene al lado. Hasta los empleados. Los rumores aumentan. Un hombre pide a la gente que se calle porque no lo dejan escuchar.

-¿No le parecen estafalarias estas teorías? -comenta otro-

-El primer ministro de Islandia ha sufrido una teletransportación que le ha llevado a cincuenta kilómetros de distancia de Reikiavik. Eso ha sucedido esta misma semana. Ustedes, los periodistas, lo han publicado. Y había testigos... ¿Se le ocurre una teoría mejor que la mía para explicar este suceso?

-¿El del primer ministro puede estar relacionado con otros casos similares

que se están denunciando últimamente?

-Rotundamente sí. Como les he dicho antes, el continuo del espacio-tiempo comienza a deshacerse... ¡Por eso están ocurriendo sucesos cada vez más extraños! Por eso hay cada vez más gente que afirma haber viajado miles de kilómetros en una fracción de segundo. Ustedes mismos han publicado el misterioso caso de un conductor que iba por Minnesota y en un instante apareció en Oregon. Aquí se habría producido un viaje en el tiempo de algunas horas y en el espacio de unos miles de kilómetros. Pero es que pueden producirse viajes en el espacio-tiempo de años o incluso de siglos donde también las distancias físicas sean mayores. Esto explicaría por qué recientemente ha aparecido un soldado confederado en Austin o un piloto francés de la Primera Guerra Mundial en Houston.

-Si es verdad todo lo que dice ¿por qué no hay más científicos que le apoyen? -comentan-

-Me consta que en la NASA y en el CERN de Suiza están trabajando en este asunto desde hace tiempo, pero tienen órdenes expresas de guardar silencio para no causar pánico entre la población. Cuando les preguntan los periodistas dicen que todo va bien, pero cuando hablan entre ellos en privado reconocen que están cagados de miedo... ¡Y no es para menos! La diferencia entre ellos y yo es que yo ya estoy de vuelta de todo. Miren, estoy jubilado, no necesito la subvención de nadie ni recibo órdenes de ningún Gobierno... Mi currículum está ahí... ¡A mis ochenta y cuatro años no tengo que demostrar nada a nadie ni dependo de nadie! ¡Por eso tengo libertad para decir lo que me da la gana y créame que muchos colegas científicos que no se atreven a hablar me animan a que yo lo haga! ¡Es más: incluso hay algunos que me critican en público pero que luego en privado me dan la razón! Si ustedes prefieren tildarme de loco o decir que he perdido el juicio pues háganlo... ¡Me da igual! Pero si el mundo entero va a desaparecer ¿no creen que la población tiene derecho a saberlo?

¡Cunde el pánico en el restaurante! Una mujer se tapa la boca con la mano en un ademán de sorpresa. Los cuchicheos se vuelven generalizados en la sala. Susan y yo nos miramos sin saber qué decir.

-En los últimos años ha habido en Estados Unidos un crecimiento espectacular de predicadores que anuncian el fin del mundo -indica un periodista-. ¿Cree que detrás de todo esto está el Juicio de Dios?

-Mire, yo no entro en debates filosóficos... La verdad, no sé qué decirle... No sé si Dios existe o no -aclara-. Lo que sí sé es que si alguien está pensando en hacerse creyente, desde luego ahora es el momento.

18. Sendero de Lágrimas.

Los cheroqui eran una nación pacífica que tan sólo empezó a tener conflictos con la llegada de los hombres blancos, con los castellanos primero y los estadounidenses después. En el siglo XVIII eran una democracia, tenían Constitución y leyes propias y hasta un sistema de escritura para su lengua vernácula. Pero con la fiebre del oro, Washington les robó sus tierras. Se les expulsó de Georgia para reubicarlos en Oklahoma y Arkansas. De 1831 a 1838 17.000 nativos fueron forzados a andar un éxodo de 1.200 km. 4.000 de ellos murieron por el camino, por enfermedad, hambre y frío. Aquello fue su “Sendero de Lágrimas”. Una minoría fue a Carolina del Norte. Esta noche estoy en Oklahoma, en la Nación Cheroqui, una reserva donde reside el grueso de estos 320.000 nativos (la nación amerindia más grande del país), *felizmente* occidentalizados e integrados en el estilo de vida americano.

El fuego de la hoguera despide un vivo resplandor, iluminando a un grupo de hombres que conversa alrededor de la lumbre. Es una noche tétrica en la que los viejos cuentan historias de espectros a sus nietos antes de irse a la cama. Estoy en un motel. El viento azota los vidrios de las ventanas y no me deja conciliar el sueño. Susan, en cambio, estaba muy cansada y se fue a dormir a su habitación hace horas. Bebo un té bien caliente para entrar en calor. El aullido de un lobo resuena allá a lo lejos, las puertas crujen con un chirrido agudo y estridente. Pasan las horas y me siento inquieto. El silencio de la noche solamente es roto por los lejanos ladridos de algún perro. De repente oigo la mano de un niño que raspa la puerta. Entonces la abro y un soplo de aire gélido me abofetea el rostro. Escucho el galope de un caballo que se aleja pero no veo a nadie. Subo a mi camioneta y la arranco sin saber tan siquiera adónde voy.

Escucho voces imperceptibles, como susurros llevados por el viento. Hacen que me entre un sudor frío. Los susurros me conducen hasta una montaña en la que, según cuenta la leyenda, en las noches de luna llena aparecen procesiones de muertos. ¡Hoy la luna está más llena y brillante que nunca! Sé que no debería estar aquí pero un impulso irracional, casi hipnótico, me empuja a venir. Bajo de mi Ford Ranger y trato de inspeccionar la zona. Me anudo bien la bufanda porque hace un frío de mil demonios. Son casi las doce. La hora bruja. Las manecillas del reloj están a punto de darse el beso furtivo de la medianoche. A estas horas en el pueblo todas las casas están cerradas a cal y canto. Los cheroqui no se atreven a salir a la calle porque dicen que en noches como ésta las almas atormentadas de esos indios que recorrieron el Sendero de Lágrimas vagan por las montañas y los bosques.

Justo entonces la tranquilidad de la zona es interrumpida por una procesión fúnebre de hombres, mujeres y niños que circula con antorchas encendidas. ¡Las historias que contaban los ancianos eran ciertas! Según una vieja leyenda

cheroqui, las ánimas en pena de los antepasados que fueron traídos a la fuerza hasta Oklahoma hace siglos recorren estos caminos. Son espíritus atormentados que no pueden descansar en paz. No perdonan que el hombre blanco los sacara a punta de pistola de sus tierras y los obligara a reasentarse aquí. Pero lo que más les duele es que sus descendientes hayan abandonado sus creencias ancestrales y hayan abrazado el estilo de vida del hombre blanco. Para ellos esto es traicionar su memoria, una ignominiosa afrenta a su cultura que les impide descansar en paz. Por eso con cada luna llena exigen un sacrificio. ¡Solamente la sangre puede calmar tanto dolor!

¡Esta aterradora peregrinación de luces hace que se me erice el vello! Veo hombres, mujeres, ancianos y niños semidesnudos, ataviados con exóticos plumajes y pinturas de guerra. Caminan descalzos aunque sus pies no llegan a tocar el suelo: van como flotando. Oigo un sonido de cadenas que se arrastran. Van en fila india, una procesión en hilera, en un silencio sepulcral quebrado por lloros, quejidos y lamentos. Las luces tenues de las antorchas no llegan a iluminar bien sus rostros, excepto el de la primera persona. Se trata de un hombre vivo, que camina en trance, como hipnotizado, y que hace de guía a los muertos. Porta un estandarte cheroqui y hace sonar una campanilla. Es una noche espantosa y lúgubre. Extrañas sensaciones me invaden: el aroma de la pólvora de un rifle, el olor de la sangre derramada, el chasquido de un látigo, el gélido toque de la muerte.

Las viejas leyendas cheroqui dicen que toparse con este cortijo de muertos es signo de mal agüero pues siempre anuncia una defunción inminente o una tragedia. Una persona viva va al frente, la cual fallecerá dentro de poco tiempo. Este sujeto no recuerda nada a la mañana siguiente, pero se va poniendo muy pálido y delgado y su semblante se va oscureciendo. Por las noches de él emana un brillo. El guía conduce a esta fantasmal comitiva por el mundo de los vivos. Dicen que si se detiene en frente de una casa, es el funesto

presagio de que uno de sus habitantes expirará en breve. Si este desfile de espectros te entrega algo mejor que lo rechaces: si un nativo te ofrece una antorcha y la tomas, te sumas a la procesión inmediatamente, mientras que si es la persona viva la que te da el estandarte y lo tomas, entonces la liberas de la maldición y eres tú quien pasa a sustituirla como guía.

La comitiva de luminarias se aproxima lentamente hacia mí. Trato de salir corriendo cuando descubro horrorizado que no puedo caminar. ¡Estoy paralizado! ¡Es como si mis pies estuvieran pegados a la tierra! ¡Debe de ser un hechizo! ¡Me arrepiento de haber venido! ¡Los espectros se acercan! ¡Mis ojos se salen de las órbitas, el pánico me invade, un sudor frío recorre mi espalda, estoy al borde del infarto! Entonces con el dedo dibujo en la tierra un círculo que me rodea, agacho la cabeza y miro al suelo. ¡Los noto! ¡El ruido de las cadenas que arrastran sus pies está justo a mi lado! ¡Rezo mis oraciones al Dios Todopoderoso y trato por todos los medios de no mirarlos a los ojos! Poco a poco el ruido de cadenas se aleja. ¡El macabro cortejo que vaga errante se marcha! Minutos después alzo la vista. Allá a lo lejos, los fantasmas se disipan como la niebla y un viento recio se levanta a su paso.

19. El hombre del sombrero.

¡Satanás anda suelto! En la noche de Walpurgis de 1966, día tradicional del aquelarre, Anton LaVey fundó en San Francisco la Iglesia Satánica, que luego se llamaría Iglesia de Satán. LaVey escribió la *Biblia Satánica* y decía que avaricia, orgullo, envidia, ira, gula, lujuria y pereza son virtudes que deben ser

practicadas con efusividad. LaVey estaba muy influenciado por la filosofía individualista de Ayn Rand y Friedrich Nietzsche y consideraba la compasión una debilidad. El poderoso lo es por méritos propios, el de abajo se merece estar donde está. El fuerte se come al débil. Es la ley de la selva.

Aquella fue la primera iglesia satánica legalizada en los Estados Unidos. Pero habrían de venir muchas más. En 1975 Michael Aquino, el hombre de confianza de Anton LaVey, lideró una escisión y fundó otra iglesia: el Templo de Set. Aquino afirmó que el demonio le había revelado que su verdadero nombre es Set, un dios del Antiguo Egipto que representaba lo que no es bueno y las tinieblas, señor de la sequía y del desierto. A diferencia de la Iglesia de Satán, que considera al demonio como un simple símbolo o arquetipo, Templo de Set cree que el demonio es un ser muy real.

En 2014 Malcolm Jarry y Lucien Greaves fundaron Templo Satánico. Esta iglesia, que cree en el diablo como símbolo, pretende normalizar el satanismo en la sociedad. En Pensacola (Florida) abrieron una sesión del Ayuntamiento con una invocación a Satanás y en la Universidad de Harvard organizaron una misa negra. También oficiaron una misa rosa en un cementerio: allí celebraron la unión civil de dos gays, que se besaron encima de la tumba de un pastor bautista. Defienden un Día Internacional en Defensa de los Apóstatas y Blasfemos y actividades extraescolares satánicas para niños.

Hoy un puñado de satanistas de distintas asociaciones ha organizado una concentración en Oklahoma City. Afirman que si Estados Unidos es una república laica tienen el mismo derecho que los cristianos a expresar públicamente sus ideas y que están allí porque la ley los ampara. Este misterioso colectivo ha hecho una estatua de oro de Baphomet para ponerla frente al Capitolio de Oklahoma. La estatua de más de tres metros de altura representa a un demonio espantoso con cabeza y patas de cabra, y alas de ángel. El monstruo está sentado en un trono y tiene el globo terráqueo a sus

pies.

Son sólo unas pocas decenas de individuos, todos ellos vestidos de negro. Su portavoz clama frente al Capitolio de Oklahoma su derecho a instalar esta figura. Frente a los satanistas se encuentra un par de centenares de cristianos - muchos evangélicos, muchos católicos- que se ha reunido en oración en la calle a modo de acto de desagravio. Entre ellos se encuentra Susan Hernández, una joven sureña hija de un pastor bautista. Su compañero de viaje, el misionero Walter Bossman, no ha podido acompañarle por una gastroenteritis. Ambos están alojados en casa de los Harris.

Los Harris son una devota familia cristiana que siempre tiene a bien acoger misioneros en su casa. Cuando supieron que Walter y Susan iban a pasar unos días en la ciudad predicando la Palabra de Dios, de inmediato les abrieron las puertas de su hogar. Al regresar a casa, Susan, Walter y los Harris comentan lo sucedido. Se preguntan qué ha sido del Sueño Americano, cómo puede ser que este país le haya dado la espalda a Dios de esta manera. En otros tiempos esos satanistas hubieran sido apedreados pero ahora se manifiestan en público, amparados por la ley y protegidos por la policía.

Después de cenar, Walter se encuentra un poco mareado y se retira a descansar a su habitación. Susan se marcha a la suya poco después. Es tarde. Todo está oscuro y no se oye ni un murmullo. De repente, en medio de la duermevela, Susan siente que algo extraño ocurre. ¡Quiere moverse y no puede! ¡Está completamente paralizada! ¡Ve su cuerpo pero es incapaz de moverlo! Entonces oye un sonido. Como un susurro que tararea su nombre. Nota como un peso que le oprime el pecho. ¡Siente que hay alguien más en la habitación! ¡Le gustaría gritar o moverse pero no puede hacer nada!

De entre la penumbra surge un hombre. Es alto, flaco, enjuto y lleva sombrero. Su rostro es muy pálido. Él se coloca a los pies de su cama y le susurra: “Dame a Walter. ¡Deja que me lo lleve y te dejaré tranquila!”. Susan

está aterrorizada y no puede respirar correctamente. Luego recuerda que de niña, a veces, le pasaba algo parecido por las noches. De hecho, le ocurre a más gente de lo que parece. Algunos lo llaman visitantes de dormitorio, otros terrores nocturnos. Según las culturas cambia de nombre. Cuando el diablo sube a tu espalda, en África. El demonio del aplastamiento en Asia.

De niña lo pasó muy mal. Hasta que el médico le dijo que era un trastorno llamado parálisis del sueño. Que todo aquello no eran más que alucinaciones. Ilusiones hipnagógicas e hipnapómpicas lo llaman. “Dame a Walter. ¡Deja que me lo lleve y te dejaré tranquila!” -le repite aquella cosa-. Susan cierra los ojos e intenta concentrarse. Trata de convencerse a sí misma de que no hay nadie allí, y por si acaso lo hubiera, ora mentalmente a Dios para que la libre de todo mal y haga que se vaya. Después de un minuto de estar orando, vuelve a abrir los ojos y aquel ente, sea lo que sea, ya no está.

Justo entonces puede volver a moverse. Tiene un presentimiento y se va corriendo al dormitorio de Walter. Allí lo encuentra en la cama, delirando. Tiene más de cuarenta de fiebre. Llama a los Harris y rápidamente la ayudan a llevarlo al cuarto de aseo. Lo dejan en calzoncillos y lo meten dentro de una bañera con agua fría. Walter se queja amargamente, pero es necesario para salvarle la vida. Luego lo visten y lo llevan al dormitorio. Parece que se encuentra mejor y no hará falta llamar al médico. Susan se pasa toda la noche de rodillas, orando por él. A la mañana siguiente, Walter está bien.

20. El túnel.

Me persiguen en manada, como hienas que siguen el rastro de un cervatillo herido. Enfundados en sus chupas de cuero, se sienten invencibles; con sus cascos, que ocultan los rostros de unos hombres malvados; con sus guantes, que esconden las huellas de unas manos que corren raudas al homicidio. Conduzco mi Ford Ranger a toda velocidad por la autopista, en dirección a Tulsa, Oklahoma. Susan está aterrorizada. Tras nosotros más de cincuenta motoristas sedientos de sangre nos acosan en la carretera. Voy todo lo aprisa que puedo pero esos cerdos son más rápidos. Uno se pone justo al lado de Susan y comienza a golpear el cristal de la ventanilla. “¡Putá, te vamos a matar!”, amenaza. Susan no puede más y rompe a llorar. “Tranquila. Todo saldrá bien”, le digo, pero ni yo mismo lo creo. Piso el acelerador con todas mis fuerzas y por un instante consigo quitarme a ese bastardo de encima.

Como ráfagas de un flash, me asaltan imágenes a la memoria mientras conduzco. ¿Cómo llegamos a esto? Susan y yo habíamos parado en un restaurante de carretera para comer algo. A la salida habían aparcadas decenas de Harley-Davidsons. Los motoristas estaban allí tomando un refrigerio. Mientras comíamos, algunos miraban con lascivia a Susan pero nadie se atrevió a decir ni hacer nada. Me fui un instante al servicio y al volver veo tres tipos acosándola. Les grito que se aparten de ella y comienzan a desafiarme. Más motoristas se levantan de sus mesas. Entonces saco el revólver y les apunto. “Un paso más y os pego un tiro”. “No tienes balas para matarnos a todos”, me dice uno. “Tengo bastantes para ti”, respondo. Se me aproxima y le disparo en la rodilla como advertencia. Susan y yo salimos del restaurante y nos subimos a la camioneta. Así empezó esta cacería.

Los veo por el espejo retrovisor. ¡La hilera de motos parece no tener fin! ¡El rugido de los motores es realmente ensordecedor! ¡Me acosan como lobos, los tengo cada vez más cerca! ¡Conduzco a una velocidad de vértigo! ¡Susan está histérica! Luego recita el Salmo 23. “Aunque ande en valle de sombra de

muerte, no temeré mal alguno porque tú estarás conmigo”, dice. ¡El corazón me va a mil! ¡Creo que me va a dar un infarto de un momento a otro! Piso el acelerador hasta el fondo. Entramos en un túnel. Hay una luz extraña al final del mismo. ¡Justo entonces ocurre! ¡La vista es distinta al salir! ¡El sol es mucho más intenso aquí, el cielo está despejado, el paisaje que antes era verde ahora es árido y polvoriento! ¡Lo más sorprendente es que no hay ni rastro de los motoristas! Aminoro la velocidad. Leo un cartel que dice “*Welcome to... Roswell*^[14]”. ¡Dios, estamos en Nuevo México!

21. La partida.

Una de las peores cosas que te puede ocurrir en la vida es que se te muera un hijo. Es algo antinatural pues son los hijos los que deben enterrar a los padres. No hay forma de sobreponerse a algo así. Si te llega a ocurrir te mata, te destruye por dentro; estás muerto aunque sigas caminando. A George Pérez podría ocurrirle y por eso reza con devoción a la Virgen de Guadalupe para que obre un milagro y su hijo Andrew, de tan sólo siete años de edad, pueda salvar la vida. Andrew se encuentra hospitalizado en el Gerald Champion, un hospital de Alamogordo, Nuevo México, aquejado de una enfermedad muy extraña.

-¿Cómo estás, hermano? -irrumpe en la habitación un hombre de aspecto latino-.

-Gracias por venir, John.

-¿Cómo no iba a hacerlo? Andrew es mi sobrino al fin y al cabo. Perdona

que no haya podido llegar antes, pero había mucho tráfico. Ha habido un accidente en la carretera. Al parecer un camión ha descarrilado y un coche se ha empotrado contra él. He visto una ambulancia y los federales de camino.

George y John Pérez son hermanos. Trabajan de guías turísticos en las White Sands, un espectacular desierto de arena blanca cerca de Alamogordo. Nacieron en Estados Unidos, aunque son de ascendencia mexicana. Pertenecen a esa clase de hispanos que con el tiempo se va diluyendo en el mosaico americano hasta desaparecer. Sus padres venían de Sinaloa y siempre hablaban español en casa. Los hijos, ya nacidos aquí, adquirieron el inglés como lengua materna y chapurrean el castellano, pese a que no le encuentran mucha utilidad. En la tercera generación ya sólo se habla inglés. Sus padres les pusieron nombres anglosajones, como pretendiendo ser lo que no son, pero sus apellidos los delatan.

-¿Cómo se encuentra Andrew? -inquieta preocupado John-

-Los doctores dicen que permanece estable dentro de la gravedad. Esta enfermedad es rara, ya tú sabes. Menos mal que tenemos un buen seguro que cubre todo... La última noche la pasó con fiebres altas y delirios. Ahora se encuentra mejor; duerme tranquilo -indica George señalando a su hijo-

-¡Gracias a Dios! -exclama John-. Por cierto, ¿dónde están Mónica y Pete?

-Les dije que se marcharan a casa. Mónica estaba ya muy cansada y Pete mañana tiene que levantarse pronto porque va a la escuela. Así que les dije que se fueran y que yo pasaría aquí la noche.

-¡Oh, no! ¡De eso nada! Estás demasiado agotado. ¡Tienes unas ojeras horribles! Tú te vas a casa a dormir con tu mujer y tu hijo, que falta te hace. Yo pasaré la noche y tú me relevas mañana por la mañana.

-No, John... Estoy bien. Mejor paso aquí la noche...

-No, George -responde molesto su hermano-. Somos familia para lo bueno y para lo malo. Además, necesitas descansar. Apuesto a que ni siquiera has

cenado todavía.

-¿Cómo voy a cenar al ver a mi hijo postrado en esa cama? No tengo hambre...

-Pues tienes que comer algo... O enfermarás tú también... Bajemos a la cafetería a tomar alguna cosa.

-¿Sabes de qué me he acordado, John? ¡De cuando la abuela telefoneó al papá!

-¿Te refieres a...? -pregunta sin terminar la frase-.

-Sí, el día que papá cumplía 70 años. ¿Te acuerdas? Yo estaba durmiendo en la cama. Eran las 8:20 de la mañana o algo así cuando alguien llamó por teléfono. Yo no sabía quién era, pero me sentí inquieto, como si fuera una llamada importante. Contestó mamá, que luego le pasó el teléfono a papá. Al otro lado de la línea se oía, allá a lo lejos, una voz femenina que felicitaba a papá por su aniversario. Los papás identificaron la voz: era nuestra abuela paterna. Pero la abuela se había muerto dos años antes -matiza-.

-Sí, lo recuerdo... ¿Pero por qué piensas en eso ahora? -pregunta John extrañado-.

-No lo sé -contesta George confuso-.

-¡Papá! ¡Tío! -interrumpe el pequeño Andrew al despertar-.

-¡Hijo! ¿Cómo te encuentras? -pregunta ansioso su padre-.

-Veo que mamá y Pete vienen a por mí. Eso significa que me muerdo ¿verdad, papá?

-¡No hijo! ¡No digas eso! ¡Te vas a poner bien! Mamá y Pete están en casa. Vendrán mañana.

-¡Pero si están aquí! ¿No los ves, papá? -pregunta el joven Andrew-.

-¡Pobre niño! ¡La fiebre le hace delirar! -responde su tío-. ¡Llamaré a la enfermera!

George recuerda por un instante el fallecimiento de su padre, a los ochenta

y seis años de edad. Aquel hombre, que era terriblemente ateo, le confesó en su lecho de muerte: “Hijo, tú que crees en estas cosas... Veo ahora mismo a tu difunta madre que viene a por mí... ¿Eso es que me muero, verdad?”. A las pocas horas se produjo el óbito. Aquellas fueron unas declaraciones premonitorias que se parecían mucho a las que ahora pronunciaba el joven Andrew. Pero en esta ocasión, George no podía creer las funestas palabras de su hijo, ya que tanto su esposa como su otro hijo aún estaban vivos.

Todo fue un visto y no visto. Cuando la enfermera llegó a la sala, el niño ya había pasado a mejor vida. Su padre contempló perplejo cómo una extraña esfera de luz salía de su pecho en el preciso instante de expirar. A pesar de que los médicos se emplearon a fondo para reanimar al muchacho no hubo nada que hacer. John y George sufrían un ataque de histeria y se consumían en un mar de lágrimas. Justo en ese momento sonó el móvil. Era la policía, que llamaba para avisar de que Mónica y Peter habían fallecido en la carretera al empotrarse contra un camión solamente una hora antes.

22. El bólido.

-¿Crees en las teletransportaciones?

Freno la camioneta en medio de la nada. Una carretera que atraviesa un desierto polvoriento. Un sol abrasador. Una tierra cuarteada llena de víboras y alacranes. Susan aún está en estado de shock. Hace unos segundos viajábamos en dirección a Tulsa, Oklahoma, y ahora, como por arte de magia, hemos aparecido aquí. “*Welcome to... Roswell*” -dice el cartel-. ¡Estamos en Nuevo

México! Hace unos minutos nos perseguían unos cincuenta motoristas que pretendían violar a Susan... o quizás algo peor. Por más que miro por el espejo retrovisor no los veo por ningún lado. Susan se abraza a mí con todas sus fuerzas y solloza sin cesar “Gracias, gracias, gracias”. Puedo sentir sus enormes pechos aplastados contra el mío. Siento el latido de su corazón, acelerado. Estoy sudado y siento un fuego inmenso que me abrasa el cuerpo. Hacía mucho tiempo que una mujer no me abrazaba de este modo.

-¿Crees en las teletransportaciones? -repito-

-¿Qué? ¿Quieres decir que...? -Susan deja incompleta la frase y espera que yo la termine-

-¿Hay otra explicación?

-¡Pero es imposible!

-No lo es. Han estado ocurriendo a lo largo de todo el país... ¡Coches que van por una carretera y de repente aparecen a miles de kilómetros de distancia! Recuerda lo que comentó en la televisión aquel físico... ¡Ismael Bernstein! Dijo que el tejido espacio-temporal se está desgarrando poco a poco... ¡Y que todas estas teletransportaciones, y cada vez hay más, son un síntoma de que se acerca el fin del mundo!

-Esas declaraciones fueron muy polémicas. Muchos científicos las han rechazado de plano -contesta Susan-

-¡Pero ha habido otros que las han apoyado! ¡Y se ha generado un gran debate en los medios!

-¡Pero los portavoces de la Casa Blanca lo han negado!

-Sí, pero con declaraciones muy ambiguas... Básicamente ni confirman ni desmienten.

-...

-¿Conoces el caso de Charles A. Jameson, el marinero desconocido?

-No.

-Me lo contaron de niño. Mira -le digo buscando los detalles en internet a través del teléfono móvil-. Aquí está. El 8 de febrero de 1945 el buque de transporte USS Lejeune llegó al puerto de Boston procedente de Europa. Traía un montón de soldados heridos para ser atendidos en los hospitales. Recordemos que la Segunda Guerra Mundial aún no había finalizado. Uno de ellos estaba inconsciente, tenía heridas de metralla en la espalda y una herida infectada en la cabeza. Debido a la gravedad fue trasladado urgentemente a un centro de Boston. Atado a su tobillo tenía una ficha que decía: “Charles A. Jameson, 49; religión católica; ciudadano americano; Cutty Sark”. Como los médicos se encontraban desbordados de trabajo, nadie en el hospital perdió tiempo en averiguar su identidad. Así que simplemente le salvaron la vida pero nadie se molestó en buscar a la familia.

-¿Y qué?

-Bueno, el soldado fue curado de sus heridas y al cabo de tres años despertó del coma. No podía hablar pero cuando pudo escribir puso en una libreta los datos de su ficha: “Charles A. Jameson, 49; religión católica; ciudadano americano; Cutty Sark”. El Hospital pidió información de Jameson al Ejército pero en sus registros no tenían a nadie con ese nombre. La Marina Mercante, la Guardia Costera y la Cruz Roja también buscaron pero nada. El paciente elaboró un listado completo de las principales compañías navieras del mundo (lo que confirmaba que había sido marinero) y reconoció en las fotos de una publicación la escuela de artillería naval de Gosport, en Gran Bretaña. ¡Pero tampoco allí nadie sabía nada de él! Entonces las autoridades empezaron a buscar pistas por el nombre del barco... Y hallaron un barco llamado Cutty Sark. ¡Pero estaba registrado en el siglo XIX!

-¿Quieres decir que aquel tipo viajó en el tiempo?

-¿Y qué si no? ¡Piénsalo! ¡Hemos visto aparecer de la nada un soldado confederado en Austin y un piloto francés de la Primera Guerra Mundial en

Houston! ¡Y ahora pasa esto! ¡Bernstein tenía razón!

-Lo que dices parece tener sentido... ¡pero es imposible! -dice incrédula, aún incapaz de asimilar lo sucedido-.

-¡Creo que aún estás en shock! ¡Por eso te niegas a razonar! Quizás los viajes en el espacio-tiempo han sucedido toda la vida, pero no lo sabíamos. Quizás ahora se han vuelto más frecuentes. Quizás sea una señal de Dios de que, en efecto, el fin del mundo se acerca. Además, te confesaré algo: aunque no te lo creas, esto de teletransportarme en la carretera ya es la segunda vez que me ocurre.

-¡Estarás de broma!

-¡En absoluto! Lo recordaré toda la vida porque fue el mismo día del terremoto que arrasó Nueva Orleans. Iba por la carretera con la camioneta. Estaba cerca de Alexandria, Luisiana, ¡cuando de súbito aparecí en Ciudad Juárez, México! Venía conmigo un tal David Owen, que puede dar fe de ello.

-¡Es de locos!

-Bueno, entonces demos una vuelta por el pueblo. Tratemos de averiguar dónde estamos.

Arrancamos de nuevo el Ford Ranger y pasamos a inspeccionar la zona. Veo establecimientos turísticos que venden todo tipo de souvenirs de temática OVNI. En el cartel de un restaurante puedo leer “*Aliens welcome*” y el cartel de una tienda de comestibles tiene forma de platillo volante. Veo gente que vende camisetas con la cara de un alienígena de color gris, cabeza de pera y grandes ojos negros. ¡No hay duda de que estamos en Roswell! Esta pequeña ciudad es famosa por el incidente de 1947. Al parecer, un OVNI se estrelló aquí ese año y los militares acudieron raudos a recoger los restos de la aeronave. No obstante algunos testigos llegaron antes, y pese a las órdenes del Ejército de guardar silencio, confesaron que se trataba de un platillo volante. ¡Incluso que estaba tripulado por un alienígena! El Gobierno lo negó todo y el

caso fue envuelto en un halo de secretismo y misterio.

-Disculpe, estamos en Roswell ¿verdad? -le pregunto a un pastor pentecostal que sale de una iglesia local-.

-Sí, así es, señor -me responde-. ¿Puedo ayudarles en algo? Parecen un poco perdidos...

-Digamos que nos hemos desviado un poco del camino. Soy un predicador ambulante. Mi nombre es Walter Bossman. Ella es Susan Hernández. Me pregunto si nos podría dar alojamiento un par de días.

-¿Un predicador dice? -repregunta el pastor-. ¿Y qué es lo que anda predicando usted exactamente, señor?

-Predico para que la gente se arrepienta de sus pecados porque el fin del mundo se encuentra muy cerca.

-¡Vaya! -el pastor suelta una carcajada y su calva me deslumbra con el sol-. ¡No hay que ser tan agoreros, hombre! ¡Esto ya lo pensaban los apóstoles hace dos mil años y ya ve, que seguimos en pie!

-¿No cree usted que el Juicio Final está cerca? ¿Que Cristo viene pronto?

-¡Oh, no! ¡Desde luego que no! -repite soltando una carcajada-. ¡No debe usted ser tan alarmista, señor!

-Me parece que para ser usted pastor le falta fe -le replico molesto-. Le recomiendo oración y ayuno.

-Ayunar es bueno, pero me gusta más desayunar -responde en tono jocoso-.

-Adiós, señor. ¡Que tenga un buen día!

Nos alejamos un par de manzanas de allí y aparcamos frente a un restaurante de comida rápida. Lo regenta un hombre de aspecto indio o pakistaní. Lleva turbante y luce una gran barba. Quizás sea sij. Susan pide un kebab mixto de cordero y pollo, junto con Coca-Cola y patatas fritas. Yo lo mismo. Esperamos pacientemente cuando de repente un muchacho hispano grita: “¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! ¡Mirad el cielo!”. ¡Todos los clientes

salimos de inmediato a la calle y vemos un bólido en llamas que rasga el horizonte a gran velocidad! ¡Deja un gran rastro de humo que describe su trayectoria! ¿Qué demonios es eso? ¿Un meteorito? ¿Un cometa? ¿Un misil? ¿Una nave? El objeto se estrella tras unas montañas y causa una gran explosión. Recuerdo las palabras de burla de aquel pastor... ¡Si el objeto se hubiera desviado unos pocos kilómetros, ahora estaríamos todos muertos!

23. El Club de los inmortales.

-¡Llamadme zorra si queréis, pero adoro ver sufrir a los niños!

La sala estalló en risas. En una lujosa mansión de Las Cruces, Nuevo México, un selecto grupo de millonarios no para de reír con la ocurrencia de Madame Steel. Son apenas media docena de personas. Señores adinerados, damas de alto postín. Cuando te sobra tiempo y dinero, cuando ya te has comprado la mansión, el yate, el jet privado, cuando ya has dado la vuelta al mundo varias veces, cuando ya has navegado por el Amazonas o has saltado en paracaídas, la vida se vuelve rutinaria. El aburrimiento hace que te vengan malas ideas a la cabeza, especialmente si te sobra dinero como para hacerlas realidad.

-Mirad, mirad, este niño se ve absolutamente huesudo y esquelético... ¡Pobrecillo! ¡Mira que lo están pasando mal en África! -dice monsieur Dupont, señalando la foto de un diario-. ¡Ojalá pudiera mandarle este jugoso cordero, pero ya que no puedo me lo comeré por él! -estalla entre risas-.

-¡Que se muera! ¡Cuanto menos hayan, a más ración tocamos el resto! -

añade Mrs. Donovan-

Madame Steel no puede dejar de reír. Está de visita en la mansión del señor Rufolf Donovan, un respetable hombre de negocios propietario de una cadena de más de doscientos restaurantes en los Estados Unidos. Helen Steel es una dama de incomparable hermosura. Piel morena y cuerpo exuberante. Una mujer sofisticada, como corresponde a las de su clase. Está de visita en la casa de los señores Donovan, saboreando un delicioso cordero junto con los demás comensales. Marcia Spencer, una invitada por el grupo, se levanta de la mesa y mira curiosa a través del visillo de la ventana.

-¿Te preocupa algo, Marcia? -le pregunta la señora Miller-

-¡Oh, nada en absoluto! ¡Sólo es que me llama la atención el vocerío de la calle! ¡Frente a la casa hay un tipo rubio con un megáfono que anuncia el fin del mundo mientras hace sonar una campanilla!

-¡Ni caso! ¡El mundo está lleno de locos! -responde monsieur Dupont-

-Marcia, te hemos convocado porque quieres formar parte de nuestro club y antes de entrar, debes pensarlo muy bien y estar segura porque, una vez dentro, ya no hay marcha atrás -explica la señora Miller-. Es por eso que hoy hemos hecho venir a Helen Steel. Ella te explicará todos los detalles. ¿Helen?

-Gracias, Sandra -responde su interlocutora-. Verás, Marcia, mi nombre verdadero no es Helen Steel. Éste es sólo uno de los muchos pseudónimos que he empleado a lo largo de mi vida. Yo fundé el Club de los inmortales. Gente que anhela vivir para siempre. Es lo que todo el mundo quiere ¿verdad?

-Sí...

-He accedido a atenderte por petición expresa de la señora Miller. Ella me comentó que eres una íntima amiga suya y que estabas muy preocupada por envejecer. Por eso te habló de esta crema milagrosa. La señora Miller ya te contó que en Ciudad Juárez secuestran gorditos a los que extraen la grasa humana, especialmente de la región lumbar. Con esta grasa se elaboran

cosméticos que rejuvenecen y quitan las arrugas. Por eso es que un litro vale 60.000 dólares. ¡Estar guapa tiene un precio!

-¡No me importa el precio! ¡Si de verdad rejuvenecen estoy dispuesta a pagar lo que sea!

-Bien... ¿Y no te importa que se hayan matado personas para hacer esta crema, Marcia? -pregunta Steel-.

-Ése no es mi problema -responde indiferente-.

-Bien, porque con esa grasa humana se hacen cirios como los que ves en este salón. Con estos cirios hacemos rituales de invocación donde reclamamos la presencia de entes sobrenaturales, que nos ayudan. También sirven para aprender magia, porque quien lee grimorios a la luz de estas velas adquiere una sabiduría especial.

-¿Qué seres sobrenaturales?

-Dioses arcanos. Poderes venidos del inframundo. Como Baal, que significa Señor. Hoy es más conocido como Belcebú. Los antiguos filisteos iban a los lugares altos a adorarlo. Ahora ya no hace falta subir a ninguna montaña porque lo pasean por las calles. ¡Hoy hasta los católicos adoran ídolos, estatuas hechas por el hombre, las sacan en procesión y les rinden pleitesía! ¡Los hombres han llenado sus altares de baales y adoran la obra de sus manos! O Asera, diosa de la fertilidad y de los pecados sexuales. Hoy Asera tiene otro nombre. Ahora la llaman adulterio, infidelidad, fornicación, prostitución, incesto, pornografía... Hace miles de años la gente acudía al oráculo; quería conocer su futuro en el culto astral. Hoy se visita a brujos y adivinos, la gente lee el horóscopo, el zodiaco, cae en la superstición y cree que su futuro está escrito en las estrellas. Algunos dioses aún reclaman sangre, como Belcebú, el Señor de las Moscas.

-O Moloch.

-¿Conoces su historia? ¡Moloch es mi favorito! Es un dios con cabeza de

carnero o becerro. La gente iba a rezarle pero el perdón de los pecados requería de sangre. En los templos en los que se le rendía culto había una enorme estatua de bronce de esta divinidad. Dicha estatua estaba hueca, y la figura de Moloch tenía la boca abierta y los brazos extendidos, con las manos juntas y las palmas hacia arriba, dispuesto a recibir el sacrificio. Dentro de la estatua se encendía un fuego que se alimentaba continuamente durante el holocausto. ¡El bebé era depositado en las manos de Moloch, donde se abrasaba vivo entre lloros! ¡A veces los brazos estaban articulados, y por medio de unas cadenas se levantaban hasta la boca, introduciendo al bebé que estaba en las palmas de las manos dentro del vientre incandescente del dios! ¡Hoy cada abortorio es un altar en el que se rinde culto a Moloch!

-¿Por qué me cuentas todo esto?

-¡Porque una cosa es la juventud eterna y otra es la vida eterna! Con estas cremas especiales hechas a base de grasa humana puedes rejuvenecer tu piel y tu cuerpo, puedes llegar a morirte con noventa años con el aspecto de una muchacha lozana... ¡Serás un cadáver bello, pero cadáver después de todo!

-¿Me estás diciendo que puedes vivir para siempre?

Los comensales rieron.

-¿Cuántos años dirías que tengo, Marcia?

-No más de treinta.

-¡Qué amable! -contesta Helen complacida-. En realidad, tengo tres mil ciento veintisiete años.

Marcia abrió los ojos como platos. Los comensales volvieron a reír.

-Soy la persona más vieja del mundo. Nací en Filistea hace tres mil ciento veintisiete años. Hasta entonces el hombre más longevo había sido Matusalén, quien fue hijo de Enoc, padre de Lamec y abuelo de Noé. Vivió 969 años. Eso fue antes del Diluvio. Entonces los seres humanos eran mucho más longevos y podían vivir varios siglos. A partir de Noé, la duración de la existencia

humana se acortó enormemente. Cuando yo era niña, conocí a un sacerdote de Baal, del que fui primero discípula y luego amante. Su nombre era Raël. Él era un poderoso brujo, conocedor de la magia, la alquimia y la astrología. Creía que se podía recuperar la longevidad de los tiempos antediluvianos; es más, pensaba que se podía llegar a vivir eternamente, así que dedicó toda su vida a estudiar cómo lograrlo. “Proyecto Matusalén”, lo llamó. No llegó a vivir tiempo suficiente como para ver cumplido su sueño, pero dejó todas sus notas manuscritas en un voluminoso libro que en la actualidad lleva el título de *Immortus*. Con el tiempo algunos editores añadieron el subtítulo de *El libro de la inmortalidad*. Aunque incompleto, en este grimorio se hallan todas las claves para ser inmortal.

-¿Me estás tomando el pelo? ¿Quieres decir que ser inmortal es tan sencillo como ir a la librería, comprar el libro y seguir sus pasos?

-No. Para empezar este libro está descatalogado y no resulta sencillo de encontrar. Aunque si buscas bien en las librerías de viejo, todavía puedes hacerte con algún ejemplar. En su día fue traducido a varias lenguas. No obstante, para la mayoría de lectores esta obra es desconocida y para otros muchos no deja de ser un texto sin interés; un extraño libro de alquimia y conjuros escrito por un loco. Ahora bien, cuando cae en tus manos un preincunable, un ejemplar de antes de que existiera la imprenta, un *Immortus* fielmente copiado a mano por los antiguos copistas medievales y lo lees a la luz de estas velas hechas con grasa humana, aparecen códigos ocultos, se dibujan mensajes entre líneas que te revelan los secretos de la inmortalidad. Hay poquísimos manuscritos tan antiguos en circulación. Casi inencontrables. Pero yo tengo uno aquí -declara orgullosa mostrándole el siniestro libro-.

-...

-He vivido mucho tiempo, Marcia. No ha sido fácil, lo reconozco. Yo soy filisteo... Nací en un país que ya ni siquiera existe hoy. He visto el surgimiento

y el ocaso de imperios enteros... Egipto, Asiria, Babilonia, Persia, Macedonia, Roma... He vivido moviéndome de aquí para allá... Cuando la gente que me conocía envejecía con el paso de los años y veía que yo seguía igual de joven que siempre, era el momento de mudarse. Otra región, otro país, otra identidad. He sido esposa de muchos hombres adinerados, y amante de otros tantos. Nunca he estado enamorada de ninguno. Siempre me ha tocado volver a empezar. ¡He vivido momentos terribles! ¡La peste bubónica, la Inquisición española, las Guerras Napoleónicas, el hambre...! Muchas veces me he arruinado y otras tantas he vuelto a hacer fortuna. Estuve en Lima, casada con un palurdo que dirigía una compañía que explotaba las minas de oro. También en Antigua, cuando los esclavos africanos trabajaban en las plantaciones de caña de azúcar. ¡Eso sí que eran buenos tiempos! Fui amiga íntima de Vlad Tepes y de Erzsébet Báthory, conocí en persona a Winston Churchill. La naturaleza me ha negado ser madre pero me ha concedido la inteligencia para sobrevivir todo este tiempo, para adaptarme, para que no me cojan... Mi identidad actual es la de una mujer de nacionalidad mexicana. ¡México me encanta! ¡Es muy fácil falsificar documentos! ¡Todo el mundo está corrupto allí! Un poco de dinero por aquí y otro poco por allá, y nadie hace preguntas incómodas... Por tan sólo quinientos pesos puedes asesinar a alguien. ¡Con total impunidad! ¿Lo puedes creer? ¡Es un gran país! -declara exaltada-

-¿Puedes vivir para siempre? -preguntó atónita Marcia-

-Sí, por eso nos llamamos el Club de los inmortales -manifiesta sonriente, con los ojos fuera de las órbitas-

-¿Sólo sois vosotros cinco? -inquire titubeante-

-No. Hay más. Pero pocos. Menos de un centenar de elegidos repartidos alrededor de todo el mundo.

-¡Yo quiero vivir para siempre! ¡Quiero ser inmortal! -exclama alterada Marcia-

-Bueno, eso será caro, me temo -contesta pensativa Helen-.

-¡Pagaré lo que sea! ¡El idiota de mi marido posee una gran fortuna y me dará todo lo que le pida!

-Marcia, deberás someterte a unos rituales mágicos y jurarme lealtad que será sellada con un beso negro.

-¡Lo que sea!

-¿Lo que sea? ¿Seguro? ¿Serías capaz de matar a un niño inocente?

-¡Lo haré! ¡Lo haré! ¡Juro que lo haré!

-¿Seguro? Para vivir eternamente debemos beber la sangre de niños. ¿Te sientes capaz de degollar a uno como si fuera un cordero y verter su sangre en una tinaja? Luego deberás bebértela durante un ritual. Y no será sólo una vez, te lo advierto. ¡Será para siempre! Cada cierto tiempo deberás beber sangre de niños y realizar ciertos sortilegios que te enseñaremos. Es la única manera de vivir para siempre.

-Sí, sí... ¡No me importa! ¡Haré lo que sea!

-¡Bien! -afirma resolutiva Helen-. Bajemos pues al sótano. ¿Monsieur Dupont? ¿Nos hace los honores?

Monsieur Dupont abre la trampilla y con una vela ilumina el paso a la siniestra comitiva que le acompaña. El fétido olor a muerte y putrefacción abofetea a Marcia, que inmediatamente se lleva la mano a la boca a causa de la náusea. Tras bajar los escalones, la iniciada se encuentra con un dantesco espectáculo que la hace vomitar. Un niño atrapado de cabeza y manos en un cepo en un estado que linda con la muerte a causa de los múltiples golpes que le han fracturado la cadera. Otra niña tumbada en el suelo, con una palidez mortecina y terriblemente torturada, que ha sido pinchada con un objeto punzante para extraerle toda la sangre. Otra más muerta tras ser salvajemente azotada, desangrada y parcialmente quemada. Una docena de niños más, encerrados en jaulas como animales. Todos los niños son mexicanos, todos de

tez morena, todos pobres, todos desnudos a pesar del terrible frío.

El suelo y las paredes están manchadas de sangre reseca. Del techo pende una jaula en forma de esfera, demasiado estrecha como para sentarse y demasiado baja como para estar de pie: el interior tiene púas de varios centímetros de largo. Dentro de la prisión hay una chiquilla llena de heridas. No cuesta imaginar cómo zarandean la bola de un lado a otro causando una sucesión infinita de perforaciones que provocan una muerte lenta. Bajo de la jaula una gran tinaja recoge la sangre. Algunos críos han sido cortados, perforados, descoyuntados, desmembrados, descuartizados. Otros tienen cicatrices de haber sido sangrados muchas veces. Hay tinajas llenas de sangre por todos lados. Una niña está abierta desde la tráquea hasta la vagina y llena de piedras. A otra le han sacado los intestinos a través de su sexo. Los gritos de horror y de lamento de estos pequeños hielan el alma.

-¡Oh Dios m..

Antes de que Marcia termine la frase, se oye un disparo y cae herida en el suelo.

-¿Por qué me has disparado por la espalda? -pregunta dolorida a Madame Steel-.

-¿Crees que he sobrevivido durante siglos por casualidad? ¿Crees que soy tonta? ¿Crees que no sé quién eres? ¡Fíjate en estos niños! Son puros, inocentes... No nos han hecho nada. ¡Y les tratamos así! No es nada personal. Sólo es por la sangre. ¡La necesitamos para vivir! Pero contigo... ¡Uf! ¡No quiero ni pensar los tormentos tan espantosos que sufrirás antes de morir! ¡Me estremezco con sólo pensarlo!

Los compañeros de Steel ríen maliciosamente.

-¡Helen, has cavado tu tumba! Puede que yo muera esta noche, pero matar a una agente del FBI será vuestro fin. La policía se os echará encima como las moscas a la mierda. ¡Mi jefe vengará mi muerte!

-¡Zorra estúpida! -grita Steel-. ¿Quién te crees que nos ha avisado?

24. Truth or Consequences.

-Me pregunto por qué demonios este pueblo se llamará así.

El crujido de las botas de Susan al caminar por la arena del desierto me despierta de mi abstracción. Me encuentro sentado en el suelo, contemplando hipnotizado cómo el sol empieza a ponerse tras la colina.

-¿Truth or Consequences? -pregunto sin dejar de mirar el horizonte-. Según dicen, es por un programa de radio. Antes el pueblo se llamaba Hot Springs. Pero en la década de los 50 había un programa de radio muy famoso en Estados Unidos. El locutor, un tal Ralph Edwards, anunció que emitiría el programa desde la primera ciudad que fuera rebautizada con el nombre del programa. Adivina cuál ganó.

-Ésta. Curioso... El nombre de un programa... Quién lo diría -comenta Susan mientras se sienta junto a mí en el suelo-. ¡Toma, vaquero, una cerveza bien fría! -dice mientras me ofrece una botella-.

-...

-¿Por qué te quedas mirando la botella de esa manera? ¿Pasa algo?

-Bueno... La última vez que bebí alcohol... Era un mendigo que vivía en la calle y bebía para olvidar... Luego me convertí en un cristiano nacido de nuevo... ¡Y desde entonces no he probado ni gota!

-Ey, vaquero... Si piensas que estás cometiendo algún pecado... En fin, no seas tan puritano... Recuerda que hasta Jesús bebía y asistía a las fiestas... El

alcohol en sí mismo no es malo mientras no abuses.

-Supongo que tienes razón... ¡Brindo por ti, chica! -Susan y yo hacemos un brindis y echamos un buen trago-.

-¡Guau! ¡Está buena!

-Sí. ¡Oh, Dios! ¡Esta Budweiser me sabe a gloria! -exclamo al saborear el gusto amargo de la cerveza-.

-¡Siempre sabe a gloria cuando hace calor! -matiza ella-.

-¿Te gusta Nuevo México, Susan?

-Bueno, he visto sitios mejores... ¡Esto no deja de ser un desierto del tamaño de Alemania!

-¡No seas tan crítica, Susy! ¡Dicen que el desierto es el teléfono para hablar con Dios! Juan el Bautista, el propio Cristo... se internaron en el desierto para orar... ¡Nuevo México es un sitio mágico!

-¡Oh, Walter! Estamos en un pueblo de mala muerte. ¿Qué tiene de mágico este lugar?

-El cielo, Susan. Tú sólo mira el cielo.

Un atardecer rojizo se apodera del horizonte. No mucho antes estaba completamente azul, lleno de nubes grandes y esponjosas como algodones. Creo que en ningún sitio del mundo se puede ver un cielo tan hermoso como en Nuevo México. Tal vez sea porque aquí todos los edificios son de baja altura. No hay rascacielos que te tapen la obra de Dios. Como mucho, algún poste de la luz. Nada más. Me invade una sensación de paz y bienestar, como en ningún otro sitio la sentí. Aquí, bajo un sol de justicia conviven en paz y armonía anglosajones, hispanos, pueblos, navajos, hopis, católicos, protestantes... ¡Todos unidos bajo una misma bandera! ¡Todos unidos bajo un mismo Dios! En esta tierra el oído se acostumbra al acento del inglés, del español y del spanglish. Puede que Nuevo México sea un erial pero aquí cada día se contemplan los atardeceres más mágicos del mundo.

-¿En qué consistía ese programa, Walter? Truth or Consequences...

-Bueno... No lo sé exactamente... Creo que era como una especie de concurso... El presentador hacía una serie de preguntas a los participantes y ellos tenían que decir la verdad... *o había consecuencias.*

-Interesante... ¿Te apetece que juguemos? -me pregunta Susan-

-¿Cómo dices?

-Sí. Yo te hago una pregunta a ti y tú me respondes con la verdad. ¡Y luego me preguntas tú a mí!

-Está bien. ¿Por qué no? Pero... Y si no decimos la verdad ¿qué consecuencias habrá?

-¡Al diablo con las consecuencias! Tan sólo digamos la verdad ¿de acuerdo, vaquero?

-Muy bien.

-Empezaré yo... Veamos... Walter, ¿qué edad tenías cuando besaste a una chica por primera vez?

-Mmmm... ¡Vaya una pregunta indiscreta! -me río-. ¡Tenía dieciséis años!

-¿Y cómo fue?

-Ey... ¡Dijiste una pregunta! ¡No dos! -ambos nos reímos al unísono-. Bueno, no pasa nada. Te responderé. Era una compañera de clase. Le llamaban Love. Yo era muy tímido por entonces y ella no se fijaba en mí. Un día leí en una revista que a las chicas les gustan los chicos lanzados, que las sorprendan con algo inesperado... ¡Así es que un día al salir de clase le dije que me gustaba y la besé!

-¡Vaya! ¿Y qué pasó?

-Mmmm... ¡El guantazo que me dio todavía me duele! -comento riendo-.

-¡Eso te pasa por demasiado lanzado! -puntualiza Susan entre risas-.

-Bueno. Me toca. ¿Cómo le llaman a tu novio?

-¿Novio? ¡No tengo! -dice entre risas-. El último chico con el que salí se

llamaba Roger. Un chulo al que sólo le importaba el fútbol americano. Era completamente vacío, inmaduro. Duramos dos meses.

-¡Vaya! ¡Una chica tan guapa y no tiene novio! ¿Qué les pasa a los chicos de Texas? ¿Están tontos o qué?

-Sí -dice ruborizada, entre risas-. ¡Eso parece! -y luego le da otro sorbo a su Budweiser-.

-Te toca preguntar.

-Mmmm... Si tuvieras la máquina del tiempo y pudieras viajar al pasado ¿qué cambiarías de tu vida?

-¡Guau! ¡Vaya pregunta más filosófica! -me sonrío y bebo antes de responder-. Bueno, no soy de esos que cambiarían muchas cosas ¿sabes? Porque creo que, en esta vida, como dicen las Escrituras: “Para los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien”. Incluso las malas. O sea, supongo que a nadie le gusta pasar por malos momentos o por situaciones desagradables, pero si no cometiéramos errores no podríamos aprender ¿no crees? A todo el mundo le gustaría tener a los veinte años la experiencia de los cuarenta, pero eso es imposible. Esa experiencia solamente la obtienes a base de equivocarte. Yo, cuando oro por las noches, le digo a Dios: “Gracias te doy, Señor, por las cosas buenas que me das porque me bendicen. Y gracias te doy también por las malas porque me ayudan a madurar”.

-¡Qué bien sabes esquivar las preguntas! ¿En serio no cambiarías nada? ¿Ni siquiera una cosa?

-¡Puf! -digo pegando un bufido-. Ahora que hago memoria creo que he pasado por tres momentos realmente amargos en mi vida. Cuando murieron mis padres (eran demasiado jóvenes para morir); cuando me abandonó Caroline (yo estaba loco por ella pero ella sólo estaba loca por mi pasta) y mi etapa de vagabundo (pasar de conducir un Porsche a dormir en una caja de cartón para mí fue traumático). Pero bueno, visto con perspectiva, creo que

todas esas cosas me han ayudado a ser quien soy hoy.

-Ya.

-Creo que ni siquiera cambiaría el hecho de que durante una época de mi vida me aparté de Dios... Me fue mal, pero creo que a veces sólo valoras lo que tienes cuando lo pierdes. A mí me sirvió para regresar al camino del Señor con más fe que antes... Como una especie de hijo pródigo. Y bueno, contestando a tu pregunta... Creo que sí cambiaría una cosa. Si tuviera la máquina del tiempo y pudiera viajar al pasado, les habría dicho más veces a mis padres que los quería... Y creo que habría dedicado más tiempo a disfrutar de mis seres queridos y menos a trabajar.

-¡Caramba! ¡Es una gran respuesta! Tu turno para preguntar, Walter.

-¿Adónde preferirías que te llevaran para pasar una buena tarde; a un rodeo o un honkey tonk?

-¡A ninguno de los dos! ¡Creo que los rodeos deberían prohibirse porque maltratan a los caballos! ¡Y en cuanto al honkey tonk... la música country me parece de paletos sureños!

-¿Cómo de paletos? ¡Es la música texana! ¡Tú eres de Texas! -le digo contrariado-.

-Sí, soy texana, no lo niego, pero para serte sincera de Texas no me gusta nada. ¡Ni la barbacoa de los domingos! ¡En Texas lo único que tiene la gente en la cabeza es el sombrero!

-¡Vaya! -digo arqueando las cejas en desaprobación, antes de tomarme otro sorbo de la Budweiser-.

-Me toca. ¿Cómo murieron tus padres, Walter?

-¡Buf! ¡No es lo que se llama una pregunta fácil! Verás, hará ya casi veinte años de eso... Mi padre fumaba mucho. Un paquete al día. A veces más. Trabajaba hasta muy tarde y cuando llegaba a casa normalmente ya estábamos acostados. Una noche, cuando vino del trabajo, se quitó los zapatos, se tumbó

en el sofá y encendió un pitillo para relajarse. Estaba tan cansado que se durmió y el cigarro, todavía encendido, se le cayó encima de la alfombra, que estaba sobre un suelo de madera. Al cabo de unos minutos un humo inmenso lo despertó. ¡Había fuego en el salón!

-¡Oh, Dios mío!

-Mi madre dormía en su habitación, así que no se dio cuenta de nada hasta que fue demasiado tarde. El incendio arrasó la casa. ¡Los bomberos me dijeron que el humo mató a mis padres, no el fuego! No es que cambie las cosas pero al menos me sirve de consuelo. Yo no estaba allí esa noche... Había salido al cine con mi novia de entonces. ¡Cuando llegué me encontré la casa en llamas! De haber estado quizás los podría haber salvado...

-¡Lo siento, Walter! ¡Uf! -dice resoplando-. ¡Es duro perder a unos padres pero no puedes culparte por ello! ¡Fue un accidente! ¡Y quién sabe...! ¡Quizás si hubieras estado allí también habrías muerto!

-Ya... -digo con tristeza-.

-¡Dios te salvó!

-Sí, eso pienso muchas veces.

-¿Y se llamaban?

-Robert y Zoe -digo con cierta melancolía-.

-Tranquilo -me dice mientras me toma de la mano en un gesto de compasión-.

-Bueno, Susan... Ahora me toca preguntar a mí... ¿De qué huyes?

-¿Cómo? -replica perpleja a la vez que aparta la mano como un resorte-.

-Ya lo has oído. ¿De qué huyes?

-¡No huyo de nada!

-Susan, habíamos quedado en que éste era el juego de decir la verdad ¿recuerdas?

-¿Qué te hace pensar que huyo de algo?

-¡Oh, vamos, Susy! -exclamo en un gesto de desaprobación-. ¡Eres la texana más rara que he conocido en mi vida! ¡Todos los texanos que conozco son más de derechas que Ronald Reagan y tú eres todo lo contrario! ¡Todos están profundamente orgullosos de su tierra y tú echas pestes de ella! ¡Odias los rifles, la música country, los honkey tonks, los rodeos...! ¡Oh, Dios mío! ¡Odias Texas! ¡La odias tanto que parece que te hubieras criado en Nueva York! ¡Detestas tanto el sur y oeste de Estados Unidos que ni siquiera eres capaz de apreciar la belleza de los atardeceres de Nuevo México! ¡Se te ve desesperada por largarte de aquí! ¡Desesperada por tal de llegar a la costa! ¡A California! ¡Tanto incluso como para ir haciendo autostop y jugarte la vida subiendo al coche de un extraño! En serio, Susy ¿qué pasa? ¿De qué huyes? ¿O de quién huyes? ¿Te busca la policía? ¿Has cometido algún crimen? Si es así, puedes decírmelo tranquila. ¡Te juro que no diré nada a los agentes!

Susy me observa disgustada y luego mira al suelo. Tras un incómodo silencio de cerca de un minuto habla.

-¡Vaya, Walter! ¿Estudiaste Historia dices? ¡Parecería que estudiaste Psicología! ¡Conoces bien a las personas!

-¿Acerté con lo de la policía?

-No. Con eso no. Pero sí que es verdad que huyo de algo. De mi pasado. Los psicólogos dicen que cuando uno no ha sido feliz en un sitio lo que debe hacer es cambiar de aires. Marchar a otra ciudad donde no haya lugares o personas que le traigan malos recuerdos, y allí comenzar desde cero. Has sido sincero conmigo, Walter. Todo el tiempo. Por eso es que pienso que te mereces conocer mi historia.

-Adelante.

-Por mi aspecto te habrás dado cuenta de que soy una tex-mex. Mi padre, Alejandro Hernández, era de México D.F. y mi madre, Lindsey, de Tyler, Texas. Mi padre vino a vivir a Estados Unidos de niño y se crió aquí. Era

pastor evangélico. Conoció a mi madre en un congreso cristiano, se enamoraron y se casaron. Mis padres pastoreaban una Iglesia Luterana en Amarillo, Texas. ¡Todo iba bien hasta que un día Kim, mi hermana mayor, decidió repentinamente marcharse de casa! ¡Recuerdo a mis padres discutir entre ellos! Yo entonces tenía ocho años y no sabía bien qué pasaba. Kim tenía diez años más que yo cuando se largó. Cuando le preguntaba a mi madre por qué se había ido Kim decía que era por la rebeldía juvenil, que no me preocupara, que ya volvería. Pero nunca volvió.

-Supongo que siendo tu padre pastor en Texas aquello debió ser un escándalo mayúsculo...

-Bueno, relativamente. Mi padre tenía una excelente reputación en la comunidad... Además trataron de enterrar el asunto con mentiras... Dijeron que Kim se fue a estudiar a California y zanjaron el tema.

-Un pastor diciendo mentiras... Mmmmm...

-Bueno, tú ya sabes cómo funcionan las cosas en Estados Unidos. ¡Éste es el país más hipócrita del mundo! Si no finges vivir en una familia perfecta y ser feliz todo el tiempo comienzan a mirarte mal.

-Desgraciadamente debo darte la razón.

-Pasó el tiempo y me hice mayor... Yo tendría unos dieciocho años... Cuando ocurrió... Recuerdo que era un viernes por la noche. Yo estaba durmiendo, cansada de estudiar toda la semana... Entonces mi padre... -de repente se pone a tragar saliva y las manos comienzan a temblarle-, entonces mi padre entró en la habitación... -prosigue con la respiración entrecortada y un rostro de angustia-. Yo, yo pensé... que venía a darme las buenas noches... pero entonces se metió en mi cama y...

-¡Santo Dios! ¡Tu propio padre! -exclamo-.

¡Susan no puede más y rompe a llorar! ¡Las lágrimas comienzan a desparramarse por sus mejillas y el llanto le impide decir nada! ¡La abrazo y

trato de consolarla, beso su cabeza y acaricio su pelo para tratar de tranquilizarla, pero ella no para de llorar! Intento decirle cosas agradables para calmarla pero no hay palabras en el diccionario que puedan calmar un dolor como éste. ¡Susan se abraza a mí con tanta fuerza que parece que me vaya a estrujar de un momento a otro y reclina su cabeza sobre mi hombro. ¡La pobre llora hasta que no puede más! Su dolor me contagia y también lloro.

Unos minutos después, cuando se calma, prosigue su relato. En esencia, esto es lo que me cuenta: esta situación se prolongó tres años, pero no atrevió a denunciar porque su padre tenía tan buena fama en la comunidad que nadie la hubiera creído. Su madre era consciente de todo, pero prefería mirar a otro lado. Ella le animaba a guardar silencio porque decía que el pecado es el escándalo, que pensara en el daño que iba a causar a la iglesia si hablaba. ¡Susan estaba perpleja cada vez que cada domingo escuchaba a su padre hablando en el púlpito de valores familiares y principios morales!

Lo que más me impresiona de ella es que, a pesar de haber visto tanta hipocresía y tanta maldad, no se apartó de Dios. Cualquier otro en su lugar se hubiera vuelto ateo al instante y no hubiera querido saber nada de la iglesia... Pero ella dice que ha perdonado a su padre porque de otra manera ¿cómo podría Dios perdonarla a ella? Se marchó de casa a los veintiún años, porque ya no podía más. Desde entonces ha estado viviendo como una auténtica hippie, yendo de aquí para allá. Su sueño es ir a Los Ángeles, encontrar a su hermana y ponerse a trabajar de lo suyo: maestra de educación infantil.

¡Nunca había encontrado una mujer tan extraordinaria en toda mi vida! Si ya me pareció una chica mona el día que la conocí, después de esta noche noto que comienzo a sentirme profundamente atraído por ella y a la vez me siento terriblemente culpable por ello. ¡Son veinte años de diferencia! ¡Cristo! ¡Podría perfectamente ser mi hija! Esto que siento no está bien. ¡No está nada nada bien! ¡Pero cómo domar el corazón? ¡Cada vez que estoy cerca de Susy

me late más deprisa! ¡Sólo le pido a Dios que lleguemos pronto a Los Ángeles porque si tardamos puedo acabar enamorándome de ella!

25. El sol de Nuevo México.

Joe Flores se despertó sobresaltado en mitad de la noche. Eran las tres de la madrugada pero un sueño persistente le había arrancado de los brazos de Morfeo y le hizo levantarse de la cama como si un carbón caliente le quemara el trasero.

-¿Qué ocurre, cariño? -preguntó asustada su esposa-.

-¡Calla! ¡No me desconcentres! -respondió él nervioso-.

Joe tomó papel y boli y apuntó a toda velocidad. Era la combinación ganadora de la Mega Millions, la lotería de Estados Unidos. O eso es lo que él pensaba. En su sueño había visto los números de forma muy clara y precisa, y también el letrero rojo, amarillo y azul de la compañía. Aquello debía significar algo, así que al día siguiente quiso probar suerte.

Joe había nacido en Santa Fe, Nuevo México, hijo de inmigrantes mexicanos que en su día cruzaron la frontera en busca de oportunidades. Él vivía con su esposa y sus dos hijos en Albuquerque, la ciudad más importante del estado. Hacía mucho tiempo que Joe no podía dormir por las noches. Había perdido su empleo hace ya bastantes meses y no había encontrado otro. Parece que cuando tienes cincuenta años eres demasiado viejo para trabajar pero demasiado joven para jubilarte. A esto se sumaba que su esposa estaba muy enferma y, como también estaba en el paro, el seguro no cubría muchos de

los costosos tratamientos que precisaba. Por si fuera poco, Flores ya no podía afrontar por más tiempo los pagos de la Universidad de su hija la mayor, pese a que ella era camarera en una cafetería para no ser una carga. Por eso la alegría fue inmensa en la casa cuando la familia Flores supo que había ganado ciento cincuenta millones de dólares en la lotería. ¡Adiós por fin a los problemas económicos! ¡Era el comienzo de una nueva y mejor vida!

A la semana siguiente, Joe volvió a tener otro sueño recurrente. Otra vez cifras. Otra vez la lotería. Pero en esta ocasión no era la Mega Millions sino la Powerball. De nuevo anotó los números en un papel, jugó y volvió a ganar el primer premio. Ochenta millones de dólares más. Flores se hizo muy famoso y su insólito caso salió en la prensa. Era el primer americano que ganaba la lotería dos semanas seguidas. “¡Increíble! ¡Qué tipo más afortunado!” -decía la gente-. Pero Joe sabía que aquello no tenía nada que ver con la suerte. Se dio cuenta de que podía ver el futuro cuando sólo un minuto antes de que un coche azul atropellara a una anciana, él visualizó aquella muerte en su mente con todo lujo de detalles.

Desde entonces, ya fuera día o noche, iba a todos lados con un bloc de notas y un bolígrafo. No sabía cómo funcionaban sus poderes ni por qué, no sabía cuándo le asaltaría la próxima visión pero tenía claro que cuando ocurriera mejor tener una libreta a mano para apuntar los datos. Durante semanas continuó viendo combinaciones de números de la lotería. Él las apuntaba todas, y se quedaba estupefacto cuando en las noticias el periodista anunciaba las cifras que él había visualizado días antes. Sin embargo, muy astutamente, decidió no jugar más. Que un tipo gane la lotería dos veces llama la atención, pero si la ganara tres, cuatro, cinco, seis veces levantaría demasiadas sospechas. Seguro que la CIA, el FBI o la mafia se presentarían en su casa para averiguar cuál era el secreto de su éxito. Imagínate que descubrieran que podía ver el futuro. ¡Quién sabe si los del Gobierno querrían

incluso lobotomizarlo para poder descubrir cómo funcionaba su mente!

“Algún dinero evita preocupaciones, mucho las atrae” -decía Confucio-. Así que Joe Flores pensó que debía seguir amasando dinero, pero más discretamente, y que nadie, ni tan siquiera su familia, debía conocer su talento paranormal. Flores se transformó en un respetado hombre de negocios. En sus visiones sabía perfectamente que día y a que hora debía adquirir acciones en el Dow Jones de tal o cual compañía. Así que unas horas antes de que General Electric o Goldman Sachs se revalorizaran como la espuma, él había comprado y antes de que perdiesen su valor, había vendido. Comenzó a montar empresas y a prosperar extraordinariamente. No sabía mucho de finanzas pero sus sueños siempre le alertaban de que negocios iban a ser rentables y cuales ruinosos. Joe Flores, el hijo de unos humildes inmigrantes de México, estaba viviendo su Sueño Americano. Su fortuna crecía de forma escandalosa, era respetado por la comunidad como un millonario hecho a sí mismo, ayudaba a los pobres y, cuando sus obligaciones profesionales se lo permitían, se escapaba a Las Vegas con su familia a divertirse y, ya de paso, a vaciarle los bolsillos a esos pomposos dueños de los casinos.

-¡El 27 rojo! ¡¡No me lo puedo creer!! ¡¡¡Otra vez has vuelto a ganar, papá!!! -exclamaba su hijo-.

“Algún dinero evita preocupaciones, mucho las atrae”. Joe no paraba de pensar en la cita de Confucio. Habían pasado ya dos años desde aquel primer sueño que le hizo ganar la Mega Millions y últimamente se había sentido intranquilo. Se encontraba en Las Cruces, muy cerca de la frontera con México, de viaje de negocios. Unos tipos fornidos y vestidos de negro venían a por él. Sólo una hora antes, en el motel, Joe había tenido una visión, la más clara que jamás tuvo en su vida. Había visto a su esposa con un amante, porque se sentía sola y desgraciada, y a sus hijos, que habían contratado una banda de sicarios de Ciudad Juárez para matar a su padre y repartirse la

herencia. También se había visto a sí mismo: muerto en mitad de un desierto, con los buitres revoloteando a su alrededor y quemado por el sol de Nuevo México.

26. Lágrimas.

Doy gracias al Señor por haber nacido en Estados Unidos, una patria cuya declaración de independencia consagra que todos los hombres han sido creados iguales por Dios. Nuestros antepasados fundadores de esta gran nación fueron perseguidos y masacrados por la Inquisición en Europa, por eso es que cuando construyeron Estados Unidos lo hicieron como un estado laico, asentando el principio de que el Gobierno no iba a permitir nunca en la vida la intromisión de la Iglesia Católica en la vida pública. Gracias a un puñado de hombres blancos, anglosajones y protestantes, gracias a aquellos padres de la patria, es que Estados Unidos es hoy la nación de las libertades. Aquí prima la libertad de expresión, tanto incluso como para poder quemar la bandera de barras y estrellas si se quiere, y la libertad de culto, tanto como para permitir incluso ese cáncer que es el catolicismo romano.

Mientras que las naciones protestantes apostaron firmemente por la libertad y la democracia los países del sur de Europa y las repúblicas iberoamericanas se ahogaron en un sinfín de monarquías absolutistas, fascismos, guerras civiles y golpes de estado que les condenaron a la pobreza y el atraso. Mientras que en Estados Unidos, bajo el influjo de los valores puritanos y protestantes, se desarrolló el parlamentarismo y se abogó por la separación de los poderes

para que se contrapesen, en Europa el papa Pío XI se hacía la foto con Hitler, la curia italiana rociaba con agua bendita las tropas de Mussolini y Franco paseaba bajo palio. Todavía hoy el Vaticano es la última teocracia de Europa. Si América e Inglaterra desapareciesen, el catolicismo romano de nuevo haría retroceder al mundo a la Edad Media y quemaría en la hoguera a los librepensadores acusados de brujos y de herejes.

-¿Has visto las noticias? -me pregunta Susan Hernández-.

-¿Te refieres al asesinato de Joe Flores? Uno de los hombres más ricos del estado, dicen -le respondo-.

-No, no. No es eso. ¡Mira, lo están dando justo ahora! -dice apuntando con el índice al televisor-.

Susan y yo estamos almorzando en un restaurante a las afueras de Albuquerque, Nuevo México. Estoy comiendo un sandwich americano, lleno de jamón, queso, lechuga, tomate, huevo y mayonesa cuando dejo la comida en el plato porque el mordisco ya no me pasa por la garganta. El reportero habla de un suceso extraordinario que está ocurriendo en los últimos días aquí en la ciudad.

-¿Qué opinas? -me pregunta Susan-.

-Tiene que ser un fraude.

-¿No crees que deberíamos ir? -me propone-. Parece que no queda muy lejos de aquí.

Susan y yo subimos al Ford Ranger. El motor ruge y dejamos tras de nosotros una gran humareda. Albuquerque es una ciudad hermosa. Aquí se celebra todos los años el Festival Internacional de Globos de Albuquerque, un concurso en que participan entre quinientos y mil globos aerostáticos que llenan los cielos de múltiples formas, tamaños y colores. Susan vino una vez de niña y dice que es precioso. A un par de horas de Albuquerque está Fort Summer, un pequeño pueblo donde el sheriff Pat Garret mató a Billy el Niño

cuando tenía sólo veintiún años. Billy fue un forajido que causó estragos en todo Nuevo México, un fuera de la ley cuya legendaria puntería mató a muchos hombres. De pequeño crecí viendo muchas películas sobre él. Era rapidísimo desenfundando, pero hoy hay muchos que son más rápidos que Billy el Niño, al menos para montar un negocio y hacer plata con la fe de otros.

Llegamos al centro, que está cortado al tráfico. En la calle, junto a la puerta de la Catedral, hay una imagen de la Virgen de Guadalupe. Una cola inmensa de gente aguarda su turno para poder besarle la mano. No sé cuántos millares de personas habrá aquí, pero parece la cola de aficionados de los New York Yankees esperando para comprar en la taquilla la entrada para la final de la Superbowl. Nuevo México es el estado con el mayor porcentaje de hispanos de toda la Unión. Aquí hay mucha gente latina que desafortunadamente ha traído desde México su catolicismo fanático, idólatra y cerril. Éste es un estado sumamente católico. Los padres bautizan a los bebés pese a que no pueden hablar ni pensar ni entender. Y los adultos salen en procesiones y besamos donde se practica la idolatría. La devoción se manifiesta únicamente en esos días porque el resto del año brilla por su ausencia.

-¡Dios! ¡Cómo de grande es la ignorancia! -me digo antes de sacar el altavoz para predicar a la gente-.

-No. ¡Dámelo a mí! -me indica Susan alterada, que me arranca el megáfono de las manos-.

-¡Buenas tardes a todo el mundo! ¡Me llaman Susan y les ruego que me presten atención! Como ustedes son cristianos quiero leerles una porción de la *Biblia*. ¿Les suenan los Diez Mandamientos? ¡Son los que Dios entregó a Moisés! Les leeré el Segundo. Está en Éxodo capítulo 20 versículos 4 al 6. Dice así: “No te harás imagen ni ninguna semejanza de lo que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra. No te inclinarás a ellas ni las honrarás, porque yo soy Jehová, tu Dios, fuerte, celoso, que

visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen, y hago misericordia por millares a los que me aman y guardan mis mandamientos”. ¡No son mis palabras sino las de Dios! ¿Por qué ustedes se inclinan hoy ante una estatua de madera, la veneran, le besan la mano, en lugar de obedecer la Palabra de Dios? ¡Esto se llama idolatría y es un pecado muy grave!

-¡Así se habla! -exclamo, mientras una turba enfervorecida comienza a protestar y a acercarse a nosotros-.

-Hoy hay una gran multitud aquí. Tal vez seamos treinta mil personas o más. Pero si se fijan bien, en los balcones de los edificios que dan a la Catedral se asoman muchas personas que están grabando todo en vídeo. ¿Qué se apuestan a que los propietarios de estos edificios céntricos han alquilado sus balcones a precios desorbitados a estas gentes que ahora están filmando? ¡Se lucran a costa de la fe de algunos! ¡Y luego ellos mismos se declaran creyentes! Que gran contradicción ¿no creen?

-¡Trae eso aquí, zorra! -le dice un tipo que le arranca el altavoz de las manos-.

-¡Nosotros no honramos a ningún ídolo! ¡Sino a la Virgen de Guadalupe! -contesta una señora-.

-¿No ha leído usted en la *Biblia* que sólo hay un intermediario entre Dios y los hombres? ¡Jesucristo hombre! -intervengo en la discusión en defensa de Susan, y el corrillo de católicos que nos rodea aumenta-.

-Nosotros no necesitamos leer la *Biblia*, porque ya tenemos al señor cura que nos la explica -afirma-.

-¡Váyanse al infierno, malditos herejes! -clama enfurecido un señor de mediana edad-.

-¡Arderán en el infierno por sus blasfemias! -me amenaza una anciana-.

-¿Pero qué está ocurriendo aquí? -pregunta enfurecido un joven párroco,

uno de los que organiza el besamanos, mientras que otros compañeros sacerdotes prefieren hacer caso omiso y fingen total normalidad-.

-Usted que es cura sabe muy bien que lo que están haciendo Dios lo prohíbe ¡idólatra! -le acusa Susan-.

-¡Dios prohíbe en el Antiguo Testamento adorar ídolos! ¡Dioses extranjeros como Baal por ejemplo! A esto se refiere. No a la Virgen María o a los santos. ¡Ellos son amigos de Dios! -responde el joven párroco-.

-¿Y si es así por qué Jesús enseñó a orar directamente al Padre? ¿Por qué los apóstoles no rendían pleitesía a María? ¿Por que en los tiempos de Jesús no se hacían procesiones con imágenes de Moisés? -la respuesta de Susan encoleriza tanto a los católicos que a punto están de golpearlos a ambos-.

-¿Se puede saber qué está pasando aquí? -irrumpe un agente de policía, que se acerca al ver el barullo-. ¡Este es un acto autorizado! ¡Se los advierto! ¡Más vale que se callen o los haré detener!

-¿Acaso ha sido derogada la primera enmienda, agente? -respondo-. ¿Ya no hay libertad de expresión en este país? ¿Por qué no detiene a esa panda de estafadores que está engañando a toda esta pobre gente?

-¡Malditos ateos! -nos acusa rabiosa una señora, que nos atiza con el bolso-.

-¡Calma, señora! ¡Maldita sea! ¡Calma! -grita el agente, tratando de evitar un altercado-.

-¡No somos ateos! -responde Susan chillando-. ¡Nosotros no adoramos a un Dios de yeso, de madera o de papel! ¡Adoramos al Dios vivo! ¡Ése es espíritu y está en el cielo! Pero vuestros ídolos tienen ojos y no ven, oídos y no oyen, boca y no pueden hablar, porque no son más que esculturas muertas, hechas por la mano del hombre.

-¡Mentira!

-Las talláis en madera y luego os postráis de rodillas para adorar la obra

de vuestras manos. ¡Hacéis lo contrario de lo que Dios dice pero aún así os seguís llamando “la Iglesia de Dios” y encima os atrevéis a decir que fuera de ella no hay salvación! ¡Decís que sois creyentes pero no pasáis de supersticiosos! ¡Si de verdad fuerais creyentes leeríais la *Biblia* y la obedeceríais! -exclama Susan mostrando el libro sagrado a la gente con la que discute-.

-¡Esto hago yo con tu maldita *Biblia*! -grita el cura, que acto seguido se la arrebató a Susan de las manos, la tira al suelo y la pisotea rabioso-. ¡Vosotros, malditos, sois los hijos del demonio! ¡Del demonio!

-¡Mirad! ¡Mirad! ¡La Virgen de Guadalupe! -clama un muchacho señalando con el dedo a la imagen-.

-¡Milagro! ¡Milagro! -se apresura a comentar una señora-.

-¡Mirad! ¡Mirad! -dice otro, y la gente, admirada, se pone de rodillas para adorar a la figura-.

-¡Está llorando lágrimas de sangre! ¡Está llorando lágrimas de sangre! -clama estupefacto otro-.

-¿De sangre o de pintura roja? ¿Cómo va Dios a manifestarse a través de las imágenes si las prohíbe expresamente? -pregunta en voz alta Susan-.

Una turba enfurecida comienza a lanzarnos objetos y golpearnos a base de puñetazos y patadas. Susan cae al suelo por un codazo y solamente la pronta intervención de los agentes nos libra de un linchamiento. La gente nos tilda de blasfemos, de ateos, de herejes, de demonios. Somos detenidos y llevados a la comisaría. Se nos acusa de provocar un altercado público y de desobediencia a la autoridad.

-¿Por qué han dicho ustedes las cosas que han dicho? ¿No saben que esos comentarios son ofensivos? -nos pregunta el comisario-.

-En lugar de preocuparnos por no ofender a los hombres, más les valdría a los hombres que se preocuparan por no ofender a Dios.

27. El gitano que pintaba paisajes.

-Si usted me lleva a Estados Unidos, le facilitaré información comprometedor sobre el presidente ruso.

Sergei Dimitrov es un joven gitano que nació en Rusia hace veinticinco primaveras. Pese a ser ruso no le guarda ningún apego a su tierra natal. En Moscú no recibió más que malos tratos, así que se marchó con su familia en cuanto pudo. Él pensaba que en la Unión Europea estarían mejor pero sus viajes no le sirvieron para congraciarse con el género humano. Perdió a su familia en Hungría. Vivían en las afueras de Budapest, en un campamento chabolista con otros muchos romaníes. Una noche alguien le prendió fuego a la chabola y sus padres y sus dos hermanas murieron. Nunca llegó a juzgarse a nadie. Después de vagar como un nómada por media Europa, sólo encontró miseria y dolor. Estos últimos años ha visto niños gitanos en colegios para retrasados mentales en Chequia, zoológicos humanos en Rumanía, deportaciones masivas en Francia, campos de reclusión en Italia...

-¿Cómo dice usted, joven? -le pregunta el embajador americano en París-.

-Soy ruso. Tengo información sobre el presidente ruso. Lea esta carta.

-¿Qué quiere usted a cambio de esta información? -dice el embajador después de leerla-.

-Que la compruebe. Si es cierta, arrégleme los papeles para entrar en los Estados Unidos. Sé más cosas...

En cuanto el embajador hubo comprobado la información, hizo las gestiones pertinentes para que Dimitrov se reasentara en América. Sergei pidió expresamente ir a Los Álamos, en Nuevo México. La verdad es que Los Álamos es un pueblo más bien feo de apenas quince mil habitantes escondido en la cima de un acantilado de película, pero a él siempre le gustó. Rodeado de inmensas montañas, con vistas a un desierto infinito, con un inmenso cielo

azul y una luz cegadora como nunca antes vio. Los Álamos es un pueblo famoso por ser la cuna de la bomba atómica. Aquí se llevó a cabo el famoso Proyecto Manhattan, que reunió a científicos de la talla de Robert Oppenheimer, Niels Böhr, Enrico Fermi y otros muchos que construyeron la bomba. La primera detonación nuclear tuvo lugar en Alamogordo en julio de 1954. Sólo tres semanas después Estados Unidos lanzó la bomba sobre Japón.

-¿Está a gusto en su nuevo apartamento, señor Dimitrov? -le pregunta el agente de la CIA-

-¡Oh, muy a gusto! ¡Muchas gracias!

-Sólo por curiosidad... ¿Por qué Los Álamos?

-¡Oh, por las vistas! Tiene unos paisajes muy bonitos. ¡Y me gusta pintar! ¡Éste puede ser un buen sitio!

En Estados Unidos hay unos tres millones de gitanos. Bueno, nadie lo sabe exactamente. La mayoría llegó desde Rusia hará doscientos o trescientos años y se dedica fundamentalmente a la venta de coches de segunda mano. A diferencia de Europa, los gitanos americanos están bien de dinero. Muchos prosperaron a base de ocultar su gitaneidad. El 90% de estadounidenses no sabe lo que es un gitano. Cree que son seres imaginarios de fantasía, como los unicornios. Hay gente que los odia sin conocerlos y otros los adoran aunque tampoco los conocen. Conocerlos no los conoce nadie en ningún lado porque los gitanos viven como en un mundo aparte. Algunos se los imaginan como seres bohemios, libres, que viajan en carrromatos y duermen bajo las estrellas. Para otros tener la piel morena y hablar un idioma extraño los convierte en sospechosos de terrorismo o tráfico de drogas.

-¿Así que usted también es gitano? -pregunta Sergei a un vecino de la localidad-

-Sí. Mi familia vino a Estados Unidos a principios del siglo XX. Y la de mi mujer un poco más tarde.

-¡Pensaba que yo era el único en el pueblo!

-¡Oh no! Hay más... Pero permítame un consejo... No vaya diciendo por ahí que es gitano. Nosotros no lo decimos nunca. Cuando nos preguntan, los gitanos decimos que somos judíos, turcos o griegos.

-¿Y eso?

-Nos va muy bien en este país ¿sabe? No nos gustaría que nuestra imagen se deteriorase. No queremos que se nos asocie con los gitanos que están viniendo de Hungría, Rumanía o Bulgaria. Ya sabe: drogas, mendicidad, delincuencia, etcétera. No queremos tener esa imagen ¿me entiende usted?

-¡Oiga, yo no soy ningún ladrón! ¡Ni vendo drogas!

-¡No digo que usted lo sea! Sólo digo que... mmmm... A ver, ¿cómo decirle? ¡Es una cuestión de imagen!

Dimitrov aprende pronto que la mala fama acompaña al gitano como un estigma adonde quiera que vaya. Quizá lo más prudente fuera seguir el consejo de su vecino. Pero para Sergei ser romaní es sinónimo de vivir en libertad, de disfrutar del presente, de casarse para formar una familia. Puede que dos gitanos sean de nacionalidades o de culturas distintas pero en cuanto comen juntos en la misma mesa siempre salen los mismos temas: familia, música, Dios. Aunque no todo el mundo lo ve como él. Los nazis metieron a dos millones de gitanos en la cámara de gas y aún hoy muchos europeos, a falta de judíos, culpan a los romaníes por todo. Para Sergei el gitano es como el canario que los mineros bajan a la mina, el indicador perfecto de lo que sucede alrededor, porque todo lo que el fascismo le haga a los gitanos más tarde o más temprano se lo acabará haciendo al resto de la gente.

-¿Señor Dimitrov? -pregunta su contacto en la CIA-

-Pase. Le esperaba.

-Pinta unos cuadros muy bonitos. ¡Este paisaje de Brasil es francamente espectacular! -comenta el agente-

-Gracias.

-¿Ha conseguido usted lo que le pedí?

-Sí. El embajador ruso se reunió el martes pasado con su contacto en Teherán, como ustedes sospechaban. Vi unos laboratorios subterráneos. Los iraníes tienen bastante avanzado su programa nuclear. Los rusos les están facilitando el uranio en secreto. Lo hacen a través de unos camiones que salen desde Grozny.

-Gracias. Aquí tiene su dinero.

A veces Sergei Dimitrov, cuando se mira al espejo, se pregunta a sí mismo si no será un traidor. Ha nacido en Rusia pero trabaja para su enemigo. Tal vez aquello no sea del todo ético. Luego piensa en todas las humillaciones que ha sufrido en Europa y de inmediato se le disipa cualquier duda. Sergei tiene un talento sobrenatural: la visión remota. Puede ver a grandes distancias. Le basta con tocar la fotografía de alguien para poder localizarlo y ver todo cuanto sucede a su alrededor. No es el único capaz de hacer algo así, pero desde luego sí el que tiene mayor percepción e índice de acierto. Su visión remota la usa también para divisar paisajes lejanos que luego pinta con gran talento y asombrosa precisión. Después esos cuadros los vende a un coleccionista privado afín al Gobierno. De esta manera disfraza los ingresos que la CIA le facilita bajo mano. Es el círculo perfecto.

-Buenas tardes, Sergei.

-Hoy llega con retraso, agente. Pase, por favor.

-Lo siento. Me he topado en la calle con un predicador ambulante disfrazado de hombre pancarta. Iba gritando con un altavoz que se acerca el fin del mundo. ¡Me pareció tan pintoresco que lo observé un rato!

-Mmmm... Comprendo... ¿En qué le puedo ayudar? ¿Los rusos otra vez?

-No. Buscamos a Mohamed Chouta. Saudí. Es un terrorista. Ésta es su fotografía. ¿Puede localizarlo?

-Lo intentaré -Sergei Dimitrov toca la fotografía y de repente imágenes vienen a su mente-. ¡Está en un aeropuerto! ¡Es bastante grande! ¡Un aeropuerto internacional!

-¿Cuál? ¡Dígame dónde!

-Espere... Veo una ciudad... Una ciudad grande... ¡Es Orlando! ¡En Florida! ¡Está en el Aeropuerto Internacional de Orlando! Está esperando para embarcar en un vuelo hacia Nueva York. ¡Lleva una bomba en el equipaje! ¡Creo que piensa hacerla detonar allí mismo, en el aeropuerto! ¡Será una masacre!

-¿Qué más ve? ¿Qué más?

-Su aspecto ha cambiado. Es diferente. Lleva una barba postiza y el pelo teñido. ¡Parece más joven que en la foto! Viste una camisa amarilla y unos pantalones vaqueros negros... Mira a su alrededor...

-¿Qué pasa a su alrededor?

-¡Parece nervioso! Veo mucha gente que deambula de aquí para allá... Un tipo... Hay un tipo... Está muy pendiente de él. Lo observa con mucho disimulo. ¡Chouta no se da cuenta, pero está siendo vigilado!

-¿Quién lo observa?

-Es un detective. ¡Un detective privado! En su licencia pone Samuel Catlin.

-¿Qué aspecto tiene?

-Es blanco. Cuarenta años. Lleva sombrero, gafas de sol y bigote. Camisa roja a cuadros. Pinta de turista.

-¡Gracias!

El agente se marcha inmediatamente del apartamento de Dimitrov. Entra en su coche y desde allí hace una llamada telefónica. Alerta a las autoridades pertinentes de que un loco va a perpetrar una masacre en el Aeropuerto Internacional de Orlando y que deben detenerlo inmediatamente. La descripción del terrorista: blanco, cuarenta años; sombrero, gafas de sol y

bigote; camisa roja a cuadros.

28. El diluvio.

-Los espíritus me dicen que hoy caerá una lluvia torrencial.

Cuando la chamana hizo aquella predicción casi nadie le hizo caso. Al fin y al cabo hacía una mañana esplendorosa con un sol radiante. ¡Y qué demonios! ¡Casi nunca llueve en el desierto! Y menos aún aquí, en la Nación Navajo, una reserva india que se extiende a lo largo de 60.000 km² repartidos entre Arizona, Utah, Colorado y Nuevo México. Los navajo son una de las tribus amerindias más grandes de Estados Unidos, sobre todo aquí en Nuevo México, donde suman el 10% del censo estatal. Aquí el sol es abrasador, la tierra está cuarteada por la sequía y los cactus son casi la única vegetación del lugar.

Walter Bossman y Susan Hernández son dos misioneros protestantes que van predicando por todo el sur de Estados Unidos. El destino hizo que él, con más de cuarenta, y ella, con veintipocos, se conocieran en Texas y desde entonces viajan juntos rumbo a Los Ángeles. Han decidido hacer un alto en el camino en la Nación Navajo, en el norte de Nuevo México. Relativamente cerca está el Monumento de las Cuatro Esquinas, una encrucijada que une cuatro estados fronterizos. Los navajo viven pacíficamente en su reserva. Muchos moran en casas de adobe y se dedican a la artesanía y el turismo.

-¡El fin del mundo se acerca! ¡El Juicio Final está por llegar! -clama en la calle con un altavoz Walter Bossman-. ¡Es el tiempo de arrepentirse de los pecados y clamar a Dios por su perdón y amor!

-¡Alto, predicador! -interrumpe una anciana-. ¡Aquí no necesitamos que nos hablen de perdón y amor!

-Todo el mundo lo necesita ¿no? -le replica Susan Hernández-.

-Los navajo no -responde la anciana-. Les invito a comer a mi casa. Si aceptan, allí les explicaré el porqué. Además, hoy va a diluviar. Si tienen pensado marcharse, será mejor hacerlo antes de que les sorprenda la lluvia. Si piensan quedarse, entonces necesitarán un lugar seguro donde hospedarse. Si no tienen dónde dormir, les ofrezco mi casa. Está en lo alto de aquel cerro. ¡Allí no llegará el agua!

-¿Diluviar dijo? -pregunta Susan-. ¡Debe usted estar de broma!

-Yo nunca bromeo, jovencita. No cuando se trata de las cosas de mi pueblo -responde la vieja-.

-No creemos que vaya a llover, pero en cualquier caso aceptamos encantados su invitación -dice Walter-.

-Por cierto, mi nombre es Berta Nez.

Berta es una mujer octogenaria. Su rostro está lleno de arrugas y sus cabellos, que una vez fueron negros, tienen ahora el color de la nieve. Es una chamana navajo que viste con una túnica tradicional de su pueblo, llena de colores y símbolos típicos. Berta sube al Ford Ranger de Walter y Susan y la camioneta deja una gran polvareda a su paso. Una vez llegados a lo alto del cerro, Berta les invita a pasar a su hogar: una pequeña pero acogedora casita de adobe. Desde la puerta se nota el olor a curry y pimienta que sale de la cocina. Juntos comen unas deliciosas tortitas de maíz con frijoles, queso, carne, pollo, cebollas... ¡y mucha salsa de chile bien picante!

-¿Por qué dijo usted antes que no necesitan que les prediquen sobre el perdón y amor? -pregunta Susan-.

-Es mejor hacer las cosas que decirlas, porque cuando las haces, se dicen solas. Nosotros, los navajo, sabemos mejor que nadie lo que es amar y

perdonar. ¿Conocen ustedes la historia de mi pueblo?

-No mucho, la verdad -responde Susan-.

-Los navajo vivíamos aquí, en el desierto, desde el siglo XV. Justo en medio de cuatro montañas mágicas. Pero en 1863 los estadounidenses nos arrebataron nuestras tierras. El coronel Christopher Carson debía conducir a los navajo a una reserva en Nuevo México, por lo que envió mensajeros para avisarles de que se fueran o los expulsarían. La mayoría nunca llegó a recibir el mensaje y Carson quemó sus campos y poblados y mató a mil. En 1864 ocho mil navajos fuimos obligados a recorrer a pie “la Larga Marcha”, un éxodo de más de 500 km hasta Fort Summer, donde nos confinaron junto con nuestros enemigos históricos: los mescalero. Fuimos maltratados, esclavizados y más del 10% de cautivos murió por el camino. En Fort Summer morían de hambre, epidemias y frío.

-...

-Veo que ustedes guardan silencio. Hacen bien. A veces el silencio es más elocuente que las palabras. La cuestión es que durante la Segunda Guerra Mundial el Gobierno de Washington nos pidió ayuda. Los japoneses interceptaban los mensajes de radio del Ejército americano, lo que ponía en grave peligro a nuestros aviadores y soldados. Como no se podía impedir esto, comenzamos a transmitir mensajes en idioma navajo. Así, aunque los japoneses los escucharan, no entendían qué decían. Durante siglos trataron de prohibir y acabar con nuestra lengua, de ridiculizarla diciendo que era propia de campesinos, que no servía para nada porque muy pocos la hablaban. Pero gracias a nuestro idioma los aliados ganaron la guerra. El mundo libre está en deuda con nosotros ¿no creen?

-¡Estoy impresionada! -responde Susan-.

-Perdonamos a quienes nos ofendieron, por amor a nuestro país. ¿Ven por qué sabemos de perdón y amor?

-Pero a pesar de las rencillas del pasado hoy todos somos americanos ¿no?
-pregunta Bossman-

-Ustedes dicen que son americanos ¿y qué se supone entonces que somos nosotros, que estábamos aquí mucho antes de que los blancos llegaran montados en sus caballos y ferrocarriles? -replica Berta-

-Le agradezco mucho la comida, señora -interrumpe Bossman, incómodo-. Pero debo ir a predicar a la ciudad.

-¡Pero es peligroso! ¡Pronto comenzará la lluvia!

-¿Quién lo dice? ¿Los espíritus de la naturaleza?

-Sí.

-(Walter Bossman se ríe) ¡Con todo respeto, eso son supercherías de viejas!

-¡Walter! ¡No seas grosero! -le recrimina Susan-

-No te preocupes, jovencita. Les insisto en que se queden a dormir en mi casa. Pronto comenzará una lluvia torrencial que durará tres días y tres noches. Si les sorprende, corren peligro. Aquí estarán seguros.

-Gracias. No creo que llueva, pero en cualquier caso regresaré para antes de la hora de cenar.

-¡Yo prefiero quedarme aquí!

-Como quieras, Susan.

A las dos horas de haberse marchado Walter, sopla un viento recio que arrastra el polvo del desierto. Sólo son las tres de la tarde, pero ya se comienza a notar una brisa fresca en el ambiente, más propia del atardecer. Unas nubes grises que parecen algodones sucios han oscurecido el cielo. ¡Entonces sucede! ¡Las primeras gotas caen! Al principio parecía sólo una fina llovizna causada por el abrasador calor que había hecho durante la mañana pero entonces la lluvia comienza a caer con una furia inusitada, como si Dios mismo hubiera decidido castigar a los hombres por sus incontables pecados.

-¿Cómo sabía usted que iba a llover? ¡La previsión meteorológica decía justo lo contrario!

-Ya te lo dije, jovencita. Los espíritus de la naturaleza me lo susurraron al oído.

-¿Habla usted en serio?

-Cada trozo de esta tierra es sagrada para mi pueblo. La hoja verde, el frescor del aire, el murmullo del agua, el polvo del camino, el cantar del grillo en la noche... Todo esto es sagrado para los navajo. Para nosotros la tierra es nuestra madre y el firmamento nuestro hermano. En cambio, vosotros los tratáis como a ovejas que se compran y se venden, que se explotan y se matan. Vuestra voracidad devora la naturaleza y luego se olvida de ella. Así como para vosotros un templo es un recinto sagrado, para nosotros estas tierras también lo son y las amamos como un bebé ama el latido del corazón de su madre. Admito que muchos navajos ya han cortado su cordón umbilical con la madre tierra pero los más ancianos todavía conservamos una íntima conexión mística con ella. La naturaleza te lo dice todo... ¡Nos habla todos los días! ¡Sólo tienes que afinar tu oído y escuchar!

-Pero Walter... ¿Dónde está? ¿Por qué no ha regresado aún a casa? ¿Le habrá pasado algo?

-Lo amas ¿verdad? -pregunta la chamana-

-¿Cómo dice usted? -contesta Susan ruborizada-

-Que lo amas -repite la chamana esta vez en tono de afirmación-

-¿También eso se lo han dicho los espíritus de la naturaleza?

-No. Eso me lo dicen tus ojos. ¡Creo que cualquiera se daría cuenta!

-¡Cualquiera menos él! -responde enojada Susan-. ¿Dónde estará? ¡Le llamo por teléfono y no contesta!

-Tranquila. Estará bien. Dios está de su lado.

Por la madrugada, Susan no puede descansar. El silencio de la noche es

roto por el martilleo incesante de la lluvia, que golpea contra el tejado y los cristales de la casa. El ruido es constante, como el traqueteo de un largo viaje en tren que parece que nunca vaya a llegar a su destino. Walter no ha regresado a casa y, a pesar de las palabras de la chamana, Susan está profundamente intranquila. Dicen que cuando una mujer joven no ha tenido padre o ha tenido uno malo, es fácil que se enamore de un hombre que es mayor que ella porque busca en él el cariño que le faltó de niña.

Al día siguiente la tierra áspera se ha convertido en fango y un chorro de agua empapa las macetas. Ella sigue pensando en Walter, y teme por su vida. Susan se pone a orar de rodillas al Señor para que cuide de él. También se pregunta por qué ese cabezota hizo caso omiso de las predicciones de la chamana. La lluvia crece como un manantial desbocado sobre la reserva india. Susan no para de mirar por la ventana, con los ojos llorosos perdidos en el laberinto de la lluvia. Alberga la esperanza de que Walter llame a la puerta de un momento a otro. ¡Parece que la lluvia no vaya a escampar nunca!

-Tranquilízate, cielo. No sufras. Seguro que se encuentra bien.

-Me pregunto por qué fue tan testarudo... Si le hubiera hecho caso...

-Los hombres son así, cariño -dice la chamana-. ¡Creen que lo saben todo y en realidad no saben nada! Walter me recuerda a mi difunto marido, en paz descanse. Él era un hombre noble y bueno, pero por no escucharme se metía siempre en líos. Las mujeres tenemos una intuición, un sexto sentido del cual los hombres carecen. Ellos lo saben pero su ego masculino les impide hacernos caso.

Llega la segunda noche y una agobiante tristeza se ha apoderado de Susan. Está tumbada en la cama, llorando. Piensa en qué habrá sido de él. Un viento recio sacude la puerta y hace crujir la madera. El furor de los truenos se confunde con el murmullo incesante de la lluvia. La radio dice que el agua ha arrancado varios postes de la luz y que ya hay al menos cuatro muertos a causa

de la inundación. ¡Y Walter sigue sin ponerse al teléfono! Susan se pregunta dónde estará y cuándo cesará esta maldita lluvia. La chamana predijo lluvia por tres días y tres noches. ¡A Susan le parecen siglos!

A la mañana siguiente, Susan siente una profunda angustia. Son ya tres días sin saber de Walter, y con aquel incesante diluvio quién sabe qué podría haber ocurrido. Está tan ensimismada en sus pensamientos que ni se había dado cuenta de que la chamana había puesto un cubo en el salón porque, de tanto llover, se ha formado una pequeña gotera. Ellas dos al menos están seguras en lo alto de este cerro, pero no cuesta imaginar que en estos momentos el agua le llegará casi a las rodillas a mucha gente y que habrá arrasado los muebles de muchas de aquellas pequeñas casas de adobe.

-Dicen en la radio que nadie debe salir a las calles porque podría ser arrastrado por la corriente. Bomberos, policía y Cruz Roja están trabajando conjuntamente para auxiliar a la población -explica Berta-.

-¡Oh Dios! ¡Espero que pronto acabe este maldito diluvio! -comenta angustiada Susan-.

-Tranquila. Mañana dejará de llover.

Esa noche Susan se despierta y empieza a recorrer el pasillo desde su dormitorio hasta la fachada de la casa. Pero recorre esa distancia, no la camina. Está flotando o volando en horizontal, fuera de su cuerpo. Por alguna extraña razón a Susan le parece normal, incluso divertido. Tiene la sensación de estar volando en paralelo al techo y relativamente cerca pero sin chocar contra él. Se ve a sí misma desde arriba. Se siente ligera y volátil, se mueve por el aire como una barca por el lago. Susan atraviesa las habitaciones de la casa, las observa como si colgara desde el techo, y luego sale por la ventana.

Desde lo alto del cielo Susan ve el poblado cubierto por las aguas. En las calles hay muebles despedazados, animales muertos, vehículos arrastrados por la marea, casas abandonadas, familias que han huido buscando cobijo en los

cerros, empresas anegadas... Las aguas arrastran restos, fango y escombros... Divisa también a un hombre subido a la copa de un árbol, intentando sobrevivir. ¡Entonces encuentra a Walter! ¡Está en casa de una familia que le ha dado refugio! ¡Esa casita de adobe se encuentra en una colina y las aguas no pueden llegar tan alto! Ya tranquila, regresa a su cuerpo.

Al día siguiente la lluvia cesa al fin. Un olor a tierra mojada y una frescura en el aire se apoderan del ambiente. Susan sale de la casa después de tres días y tres noches y sus zapatos se llenan de lodo. Se estremece con una brisa helada que sopla desde todas partes y desde ninguna, y escucha el lamento lleno de dolor y de miseria que siempre atormenta al alma de la humanidad que sufre. Allá a lo lejos, se oye el sonido de una armónica. Susan podría haber muerto durante el diluvio pero vive... ¡Y Walter también! Y quiere llorar y reír al mismo tiempo. ¡Hoy reirá hasta que le duelan las costillas!

29. Bilocación.

En Colorado están los buenos y los malos. Los malos viven en un Denver podrido de vegetarianos, ciclistas y fumadores de porros. Los buenos, en cambio, viven en Colorado Springs. Esta ciudad es la capital de la derecha cristiana. Es la sede de la organización *Focus on the Family*^[15], un imperio de radio y televisión cristiano que defiende la familia y lucha contra el gaymonio y el aborto. De los cuatrocientos mil habitantes de Colorado Springs un tercio se compone de militares en activo o retirados. Eso imprime carácter. Aquí está la sede de la Academia de la Fuerza Aérea de Estados Unidos así como varias

bases militares más de las que parten muchos de los soldados americanos que combaten en el extranjero. Y es que por más que los hippies y los pacifistas sueñen con un mundo sin ejércitos ni fronteras, lo cierto es que detrás de la civilización siempre hay un soldado con un fusil que la defiende.

-¡Que bueno verla de nuevo, Elisabeth! ¿Qué la trae por Colorado Springs?

-Este fin de semana hay un congreso pastoral aquí en la ciudad. Nos reunimos pastores de muchas iglesias para llegar a acuerdos comunes. Nada teológico. Más bien asuntos burocráticos -me explica-.

-¿Y qué hay de su esposo? ¿Él no ha venido a la ciudad?

-¡Oh no! Tenía que atender sus propias obligaciones en nuestra iglesia en Miami Beach. ¡Además Charles siempre dice que estas reuniones le aburren y que no sirven para nada! -comenta entre risas-.

-Elisabeth, permítame que le presente a Susan Hernández. ¡Esta muchacha me está ayudando mucho!

-¡Encantada de conocerla!

-¡Lo mismo digo!

-¿Cómo es eso de que le está ayudando?

-Bueno, Walter es misionero y yo la hija de un pastor, así que le ayudo en lo que puedo -contesta Susan-.

-¿Cómo se conocieron? -pregunta Brown-.

-Yo hacía autoestop en Texas y él me recogió. Me dirijo a Los Ángeles; allí vive mi hermana. Como Walter también se dirige allí le viene de paso llevarme. En lo que dure el camino trataré de ayudarle.

-¡Que jovencita tan adorable! -afirma Elisabeth-. ¿Quiere tomar algo con nosotros?

-¡Oh! ¡No, gracias! Debo salir a fotocopiar algunos documentos y comprar algunas cosas. Además, prefiero dejarles solos. Estoy segura de que tienen muchas cosas de qué hablar. Ha sido un placer conocerla.

-¡Lo mismo digo! -contesta Elisabeth-

Elisabeth y yo estamos tomando un café en el restaurante del hotel en que me hospedo. Elisabeth Brown es una atractiva fémica cubana-americana de cuarenta y pocos años. Es mulata clara, delgada y tiene el pelo negro y ondulado. Pero por encima de todo es una gran mujer de Dios a la que admiro y respeto. Ella es profeta de la Iglesia Dios es amor de Miami Beach, que pastorea su esposo Charles Brown. A pesar de que esta congregación es pequeña y no tiene muchos recursos, es la que me sostiene económicamente en mi viaje misionero de costa a costa -de Florida a California- de los Estados Unidos de América. ¡Debo predicar que el Juicio Final está muy cerca! Elisabeth Brown es una persona extraordinaria que desde bien niña recibe mensajes del Señor a través de sueños.

-Veo que se ha comprado un ordenador portátil -me comenta observadora-

-¡Oh sí! ¡Me lo he bajado porque aquí en el restaurante tienen wi-fi gratis! ¡Estoy esperando a ver si un viejo amigo de la infancia se conecta a internet más tarde y hablamos por videoconferencia! -explico-

-Walter -me llama en tono dulce-, cuando me comentó que estaba en Colorado Springs pensé que podría ser una buena ocasión para charlar, puesto que yo también tenía que estar aquí este fin de semana.

-¡Desde luego! ¿Qué tal van las cosas por Miami?

-¡Muy bien gracias a Dios! ¿Se acuerda de Mary Robertson? Hace dos meses le encontraron un cáncer. Como la detección fue tardía, la enfermedad se había esparcido por todo el cuerpo. Los médicos decían que no había nada que hacer, que le quedaba poco de vida y que no le iban a poner quimioterapia porque sería perder el tiempo. ¡La habían dado por imposible! Pero los cristianos sabemos que lo que es imposible para el hombre es posible para Dios, así que todos los miembros de la iglesia hicimos ayuno y oración por ella durante semanas. El otro día vino muy contenta y dijo: “Los médicos no se

lo explican pero... ¡El cáncer se ha ido! ¡Estoy sana!”. ¡A Dios sea la gloria!

-¡Amén! -contesto con gran alegría-.

-¿Qué tal le van las cosas? ¿Cómo va la misión? -me pregunta con interés-.

-Ando el día entero predicando por las calles. A todo aquel con el que me cruzo le digo que se arrepienta y que el Juicio Final está muy cerca. Algunos me creen, pero la mayoría no me toma en serio.

-Bueno, por eso mismo he venido. Quiero facilitarle más contactos de iglesias en las que le podrán ayudar. Incluso, aprovechando este encuentro anual de pastores, puedo presentarle algunos de ellos...

-¡Gracias pero no! ¡He encontrado más fe fuera de las iglesias que dentro de ellas!

-¿Cómo? -me pregunta extrañada-.

-¡Como lo oye! Desde que salí de Florida he llamado a muchas puertas, he hablado con muchos pastores y me he llevado una gran desilusión. ¡Menos mal que Jesucristo viene pronto porque si tardara muchos años más en venir no tendría que hacerlo porque ya no encontraría a nadie a quien llevarse! En la mayoría de iglesias en las que he estado me he encontrado grupos de cristianos que se reúnen a rendirle un culto desangelado al Señor, el cual le provoca náuseas a Cristo. ¿Conoce ese versículo que dice “¡Ojalá fueses frío o caliente! Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca!”? Hoy la Iglesia en América es como la de Laodicea; ésa que Cristo iba a vomitar.

-Le entiendo... -dice Elisabeth cerrando los ojos un instante y haciendo un gesto de preocupación con la boca-.

-¡Estoy más que hartos! Lo que he visto durante estos meses en las iglesias que he visitado, que no han sido pocas, es capaz de convertir en ateo al más fervoroso creyente. Muchos de nuestros templos han dejado de ser centros de adoración verdadera y parecen más clubes sociales donde se reúnen sus

miembros a pasar el rato, a comer juntos o a lucir los vestidos de moda. Los cristianos cantamos sin sentir lo cantado. Muchos de nuestros cultos son tan rutinarios que parecen más comedias mal ensayadas que un culto a Dios. Proliferan los músicos cristianos que imitan a los cantantes y conjuntos del mundo. Me parece oír a a Jesucristo diciendo: “¡Basta ya de tomar mi nombre en vano!”.

-Le comprendo perfectamente... -dice desviando la mirada con un semblante de dolor-.

-Lo peor son los pastores. Hay una cantidad enorme de ministros predicando sin haber nacido de nuevo. Salen al púlpito y comienzan a contar chistes o a decir bobadas. Elías hizo llover fuego del cielo. Pero hoy la falta de poder de nuestras iglesias es motivada por nuestra poca oración. La Iglesia Primitiva oraba mucho y vivía cerca de Dios. Pero hoy se ha perdido esta práctica. Cuando le pregunté a un pastor si hacía ayuno como indicaba Jesús me respondió: “Ayunar es bueno, pero me gusta más desayunar”. Otro pastor me confesó que él oraba unos cinco minutos al día. ¡Ministros como éstos no pueden tener poder para reprender a un demonio ni para orar por un enfermo!

-¡Le entiendo perfectamente, Walter! En una reunión pastoral que tuvimos hace tiempo la mayoría de ministros confesó que oraba menos de diez minutos al día -me comenta Elisabeth con rostro desolado-.

-Decimos que creemos una cosa, pero nuestras acciones dicen lo contrario. Santiago dice: “La fe sin obras está muerta”. ¡Esto hay hoy en día, una fe muerta, sin obras que la manifiesten! -proclamo con rabia-.

-Desgraciadamente tiene usted toda la razón. Es más, una de las mayores manifestaciones de la apostasía final en la que vivimos es la pérdida de pasión por las almas. Muy pocos se dedican a ayudar a la obra misionera. En Estados Unidos gastamos más en chicles que en apoyar a nuestros misioneros. Muchos buenos predicadores han tenido que regresar a las fábricas; y dejar el campo

misionero para no morir de hambre juntamente con sus familias. Mientras, los cristianos están preocupados por ser prósperos y conducir coches de lujo y las iglesias pregonan con orgullo la gran cantidad de dinero que tienen en los bancos. Si todos los millonarios que dicen ser cristianos lo fueran realmente, ya el mundo entero habría sido evangelizado hace mucho.

-¡Amén! -contesto-.

-¿Sabe, Walter? Cuando hablaba usted me trajo a la mente a Samuel Zwemer. ¿Lo conoce?

-No.

-Zwemer fue un gran evangelista que trabajaba con los musulmanes. De hecho, es conocido también como “el apóstol de los musulmanes”. Zwemer dijo: “Creo que Arabia podría ser evangelizada dentro de los próximos treinta años si no fuera por el malvado egoísmo de los cristianos”. ¿Fuerte no? Por cierto, ¿sabía que Gandhi admiraba a Jesús? Durante un tiempo de su vida pensó seriamente en convertirse pero finalmente no lo hizo, según él “por el mal ejemplo de los cristianos”.

-Desde luego vivimos tiempos de apostasía, de negación de la fe. ¡Son los tiempos finales, Elisabeth! No hay más que ver ese maldito ecumenismo. ¿No estamos viendo ya sacerdotes católicos y ministros protestantes adorando juntos porque ya son iguales? Sí, desde luego muchas iglesias protestantes son similares a las iglesias católicas: alejadas de la sana doctrina, plagadas de tradiciones humanas, y rindiendo culto a un Dios tan muerto e impotente como los Cristos de madera a los que rezan los católicos.

-¡Está bien, Walter! ¡Me ha convencido! No le facilitaré más contactos de pastores, ya que así lo prefiere. Como usted mismo ha dicho hoy se halla más fe afuera en la calle que dentro de las iglesias.

-Tan sólo le pido, Elisabeth, que continúen orando por mí.

-Está presente en nuestras oraciones todos los días. Y así seguirá siendo.

Una última cosa Walter. El Señor me ha transmitido a través de sueños un mensaje para que se lo haga llegar. Dice así: “Walter, sigue predicando y no te desanimes. La próxima vez que te encuentres con un barco será una señal de que el fin del mundo está muy cerca. Tanto que hasta muchos de los que ahora no creen, creerán”.

-¿Un barco? ¡Estoy lejos de la costa! Debe referirse a cuando llegue a California -le interpele-.

-En mi sueño vi un barco antiguo.

-¿Antiguo? ¿Quiere decir de madera? -le pregunto con curiosidad-.

-No, no tan antiguo. No era de madera, pero tampoco era un barco nuevo.

-Que extraño... -digo rumiando para mí mismo-.

-Walter, debo marcharme -dice levantándose de la silla-. Gracias por el café.

-¿Quiere que la acerque con la camioneta a algún lado?

-No, gracias. Tomaré el autobús. La parada está ahí enfrente.

-Ha sido un placer, Elisabeth -le digo estrechándole la mano-.

-Igualmente. Estamos en contacto.

Justo cuando sale Elisabeth recibo una llamada a través de internet. Es el pastor Charles Brown. Acepto la llamada y veo al pastor a través de la videocámara del ordenador. Parece que ha subido de peso.

-¿Qué tal, Charles? ¡Me alegro de verlo!

-Walter, hijo ¿dónde se encuentra ahora mismo? -me pregunta-.

-Estoy en Colorado Springs. Acabo de tomarme un café con su esposa justo hace un minuto.

-¿Cómo dice? -me pregunta-.

-¡Que acabo de tomar café con su esposa hará cosa de un minuto! -le repito pensando que no me ha oído-.

-¡Esto es imposible, Walter! Mi esposa no ha salido de Florida desde hace

tres meses.

-¿Cómo? -pregunto extrañado-.

-Sí, mírela usted mismo, Walter. Está aquí en el templo, charlando con unas hermanas de la iglesia -me indica enseñándomela a través de la videocámara del portátil-. Como ve, ella está aquí.

Miro aterrado por la ventana de la cafetería y veo a Elisabeth Brown en la acera de enfrente. Está sentada en la parada del bus. ¡Estoy petrificado! ¡Me dispongo a salir a la calle para llamarla pero justo en este momento llega el autobús y ella se sube! Un segundo después el autobús se marcha de allí.

30. La curva.

-¿Qué es lo que lees, Susan? ¿Alguna novela de amor? -le pregunto curioso mientras conduzco por una solitaria carretera que atraviesa el desierto-.

-¡Oh, no! ¡En absoluto! Detesto las novelas románticas, Walter.

-¡Vaya! ¡Me sorprende! Es el subgénero que más leéis las mujeres. Y el que más vende con diferencia -comento mientras el olor a libro nuevo se adentra por mis fosas nasales-.

-Puede ser... Pero porque sea mujer no necesariamente deben gustarme. De hecho, pienso que las novelas de amor son las novelas de caballerías de nuestro tiempo y que al igual que Cervantes escribió el *Quijote* y acabó con ellas alguien debería escribir hoy otro *Quijote* que erradicara la novela rosa.

-¡Qué grande eres! -exclamo entre carcajadas-. ¡Yo también las detesto!

-¡Es que son totalmente irreales! En las novelas románticas nadie baja

nunca la basura -por lo visto, se baja sola-, nadie friega los platos -se friegan solos-, no hace falta levantarse temprano para ir a trabajar, no tienes que aguantar a la suegra ni al cuñado -no hay suegras, no hay cuñados- y la vida es un paseo en góndola por los canales de Venecia. ¡Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia!

-¡Tienes toda la razón del mundo! Pero aún no me has dicho lo que lees...

-Estoy leyendo a Noam Chomsky. Habla de cómo las políticas neoliberales quieren acabar con lo público.

-¡Vaya! ¡Me gustabas más cuando pensaba que leías literatura romántica!

-¿Qué quieres decir? ¿Acaso no es evidente que Chomsky está en lo cierto?

-Lo evidente, mi querida Susan, es que las ideas que representa ese hombre traen pobreza y falta de libertad.

-Cuidado con lo que vas a decir.

-¿Por qué? No me digas que eres de estas universitarias de ahora que leen a Chomsky y Naomi Klein.

-¡Pues sí! Me gusta Noam Chomsky, Naomi Klein, Michael Albert, Simone de Beauvoir, Jean-Paul Sartre... ¡Y me encantan las películas de Michael Moore, Oliver Stone, Spike Lee...! ¡Y Bob Dylan, claro!

-¡Por Dios! -proclamo visiblemente contrariado-. ¡Te creía más sensata!

-¡Oh, Walter, no me digas que eres uno de esos carcamales que vota republicano y venera a Ronald Reagan!

-¡No te atrevas a meterte con el mejor presidente de la historia reciente de América!

-¡Oh, Dios! ¡Detén el coche que me bajo! -comenta visiblemente sofocada-.

-Susan -le digo deteniendo el coche y agarrándola de la mano para que no se baje- ¡No hace falta que te pongas así! Cálmate ¿vale? Lo único que te digo es que el sector privado funciona de una manera más eficiente. ¡Eso es todo! No me negarás que la educación privada, por poner un ejemplo, es mejor que

la pública. ¡Todo el mundo lo sabe!

-¿Perdona? -replika levantando la ceja como suele hacer cada vez que se enfada-.

-Susan, no me mires así. En el fondo sabes que tengo razón. La privada permite la libertad de elección. Te ofrece disfrutar de la educación deseada, ya sea por motivos religiosos o políticos. Los centros privados garantizan que los hijos puedan recibir la formación que las familias prefieran -le explico-.

-¿Y qué ocurre si los padres desean que sus hijos se formen en un centro público? ¿Eso no es elegir también? ¿Y qué me dices del coste económico? Los centros privados no son accesibles para todos los bolsillos. En cambio en un colegio público los costes son mínimos. Y las becas permiten estudiar a los hijos de las familias más desfavorecidas. ¡Y sin tener que pagar cuotas todos los meses!

-Claro que no te cobran cuotas, porque el Estado te cobra vía impuestos. ¡Y también hay becas en los centros privados! Y sí, admito que el coste puede resultar caro en algunas ocasiones, Susan, pero vale la pena. Las aulas no están masificadas, hay una atención más personalizada y disponen de más medios.

-La escuela privada es clasista, Walter -responde enojada-. En cambio, en la pública todos los alumnos son tratados por igual, sin distinciones por motivos económicos. Esto contribuye a que los estudiantes aprendan a valorar a los demás por lo que son y no por lo que tienen. El profesorado es competente, está cualificado y los alumnos pueden acudir al centro en el bus escolar por muy poco dinero. ¿Qué más quieres?

-¡Oh, Susy, vamos! -clamo levantando las manos al aire en un rotundo gesto de desaprobación-. En la privada todos los alumnos pertenecen a la misma clase social y económica, y eso permite grupos más homogéneos. ¿Qué tiene de malo? Venga, sé sincera: ¿con quién querrías que estudiara tu hijo? ¿Con

gente de buena familia y con principios y valores o con un camello del Bronx?
¡Di la verdad, Susan!

-A mí me gustaría que se relacionara con gente de distintas razas, nacionalidades y creencias. Porque eso le va a preparar para el mundo real. Tú en cambio lo que propones es que viva en un gueto, en una especie de burbuja. Pero en cuanto salga a la calle verá que el mundo es diverso y plural.

-¡Quien no es socialista de joven no tiene corazón, pero quien lo sigue siendo de viejo no tiene cabeza! ¡Ay, estos jóvenes idealistas! Decía Winston Churchill que el socialismo es la filosofía del fracaso, el credo de la ignorancia y la prédica de la envidia y su virtud inherente la distribución de la miseria. Margareth Thatcher dijo: “El socialismo fracasa cuando se le acaba el dinero... de los demás”.

-¡Oh, Walter! ¡Por el amor de Dios! ¡Déjate ya de esas soflamas carcas propias de otro tiempo! ¿Sabías que el finés está reconocido como el mejor sistema educativo del mundo? Allí el 99% de los centros es público. Hay privados, por supuesto. Pero nadie lleva a su hijo a un privado porque no vale la pena. Y otra cosa: ¿No te parece injusto que las Universidades americanas sangren de esa manera a los estudiantes? Estudiar en Harvard cuesta una fortuna por curso. ¿Quién puede pagar eso?

-Hay Universidades más baratas...

-Sí, pero el tema es que todos los años los estudiantes universitarios se ven obligados a pedir préstamos al banco para poder estudiar una carrera. Es decir, aún no han empezado a trabajar y ya están hipotecados. Y al mismo tiempo se ofrece todo tipo de ventajas fiscales a los millonarios, los cuales muchas veces tributan en Delaware o en cualquier otro paraíso fiscal. La educación universitaria debería ser gratuita.

-¡Toma castaña! ¡Para ser sureña te creía una muchacha con más sentido común! ¡Será que nos estamos acercando a Denver y ya te afecta la fiebre

progre! ¿Te gustaría una ciudad en la que nuestros hijos se pasan el día fumando marihuana porque algún idiota ha decidido que eso es legal? ¿Una sociedad en la que la gente va en bici porque dice que el coche contamina? ¿O un país de vegetarianos que renuncia a comer ternera porque dice que las vacas sufren pero luego está a favor de abortar niños? ¿Querías una sociedad en la que los padres deciden vestir a su hijo de nueve años como una niña y ponerle nombre de mujer? ¡Más de uno necesita urgentemente un psiquiatra!

-¡Sí, desde luego! ¡Tú eres uno de ellos! ¡Estás desbarrando, Walter!

-Volviendo al tema de la educación... ¡Cada uno debe tomar las riendas de su propio destino! ¡Cada uno debe hacerse responsable de su vida y de sus decisiones! Yo me licencié en Historia por la Universidad de Miami y me lo pagué de mi propio bolsillo. ¡Trabajando! Si tú quieres estudiar una carrera ¿por qué ha de ser otro el que lo pague por ti? Si la estudias tú, págatela tú. ¡Lo otro es comunismo!

-¿Comunismo? Ahora me dirás que si defendiendo una sanidad pública soy comunista ¿verdad?

-¿Hablamos de educación o de sanidad?

-Hablamos de lo público y de lo privado.

-Pues sí. Creo que eso es comunismo.

-Entonces responde una cosa -me indica en un tono desafiante-. Canadá tiene sanidad y educación públicas. Reino Unido igual. ¿Son comunistas estos países? Y si lo son ¿entonces por qué son aliados de Estados Unidos y miembros de la OTAN? -pregunta con curiosidad-. ¿Me lo puedes explicar?

-¡Pues porque los comunistas estáis por todas partes!

-¡Oh, Dios mío! ¡Me quiero morir! ¡No había visto a nadie tan cerrado ni siquiera en Texas!

-¡Sí! ¡Comunistas! ¡Como Barack Obama y su maldito Obamacare!

-¡No te atrevas a hablar mal del que fue el mejor presidente americano de

todos los tiempos!

-¿El mejor...? ¡¿El mejor qué?! Obama fue una desgracia para este país. ¡Peor que una plaga bíblica!

-¡El Obamacare permitió que millones de americanos que no tenían cobertura sanitaria accedieran a ella, Walter! Aunque yo voy incluso más allá; deberíamos tener una sanidad pública, gratuita y universal. Como sucede en Canadá, en Reino Unido, en España y en tantos y tantos países de Europa.

-¡Por el amor de Dios! El Obamacare multiplicó los costes sanitarios, Susy. ¡Fue un desastre! ¿Y sabes por qué? -le pregunto mientras que arranco de nuevo el coche y prosigo nuestro camino-. ¡Porque limita la libertad de elección! -me autorrespondo-. Un mercado sanitario libre sólo puede funcionar eficientemente si es un mercado realmente libre. Y los mercados libres requieren de libertad tanto por el lado de la demanda como por el lado de la oferta: requieren de libertad para que sea el paciente quien gestione su gasto (en lugar de que lo gestione el político) y requieren de libertad para que cualquiera pueda presentar ante los usuarios su propuesta sanitaria. Así, el consumidor es el que elige a su proveedor sanitario. De otro modo, el burócrata de turno le roba su dinero para otorgárselo discrecionalmente al Estado represor.

-¡Walter, me asombra tu falta de humanidad! ¡Cualquiera que esté dispuesto a sacar un beneficio económico de un niño con cáncer es un desgraciado y debería estar en la cárcel! -me grita exasperada-.

-Pues entonces metamos también en la cárcel a los desgraciados que quieren hacer negocio con los cereales de un niño hambriento, cereales que creo que no regala el Estado -le respondo con un cierto tono de cinismo-. O a quien quiere lucrarse con la leche en polvo que necesitan bebés hambrientos. Fusilemos a quienes pretenden lucrarse con la necesidad de abrigo de la gente que pasa frío. O a aquellos que pretenden vender gafas, en lugar de

regalárselas, a los pobres miopes del mundo. ¿Podemos dejar las demagogias ya de lado? Asumamos que la gente tiene necesidades y hay empresas que las satisfacen. Es la ley de la oferta y la demanda. ¿Qué demonios tiene eso de malo?

-Y si tan bueno es tener un sistema sanitario privado ¿por qué los países con mejor sanidad del mundo tienen un sistema público? ¿Sabías que un europeo dedica a sanidad menos de la mitad de dinero al año que un americano y que sin embargo recibe un servicio mucho mejor? Es muy bonito decir que cada uno debe pagarse lo suyo, Walter... Cuando te sobra el dinero para pagar. Pero ¿qué ocurre cuando no tienes los medios suficientes? ¿Dejamos morir al paciente por no tener un seguro privado? ¿O lo atendemos pero luego le mandamos una factura descomunal que va a obligarlo a vender su casa para poder pagarla y aun así no tendrá dinero suficiente? ¿Es justo todo esto? -pregunta-.

-Susy, el manido argumento de que la sanidad pública es forzosamente más barata que la privada porque nos ahorramos el margen de beneficios del proveedor es simplemente una falacia. En la sanidad pública también hay ánimo de lucro: el lucro que obtienen las élites extractivas, como burócratas, sindicatos y grupos de presión, a costa de los sufridos contribuyentes. Si el personal sanitario protesta por una rebaja del 5% de su sueldo está mostrando un obvio ánimo de lucro salarial. Si el político de turno promete aumentar el gasto sanitario muestra un innegable ánimo de lucro electoral. En ambos casos, el coste del lucro se descarga coactivamente sobre el contribuyente, al que se expolia vía impuestos. Si hay que pagar ¿por qué no poder elegir a quién y a cambio de qué?

-Hablas mucho de libertad para elegir. Yo lo único que sé es que si un hombre tiene un infarto de miocardio no tiene tiempo para buscar la mejor oferta. Sólo puede conformarse con acudir al hospital más cercano y si resulta

que éste no es de su compañía de seguros se va a arruinar. Por otra parte, si yo soy pobre y tengo cáncer ¿sabes cuál será el diagnóstico que me hará el médico de la privada? ¡No rentable! Así que me escatimarán en cuidados sencillamente porque no puedo pagarlos.

-¡Bah! ¡Pura propaganda comunista!

-Y aún existe un tercer riesgo: no el de que te escatimen los tratamientos, sino el de que te los multipliquen de forma innecesaria, precisamente para hacerte pagar más. Los médicos pueden engañar fácilmente a sus pacientes, ya que la mayoría de ellos carece de conocimientos médicos, Walter. El libre mercado debería penalizar a estos profesionales fraudulentos, pero en lugar de ello tiende a premiarlos.

-Susy, ¡la sanidad debe ser privada! El Estado tiene una visión paternalista de la sociedad, trata a los ciudadanos como si fueran menores de edad y ellos deben tomar sus propias responsabilidades individuales. En la sanidad privada no hay retrasos; no tienes apenas que hacer cola para radiografías, análisis, consultas; no sufres terriblemente tras las operaciones; si te tienen que operar te operan en el plazo de una semana mientras que en la pública tardas seis meses, y te atienden bien porque si no te cambias de compañía mientras que en la pública te atienden por misericordia porque consideran que no pagas nada. Al fin y al cabo, ellos no cobran más por atenderte. Lo mires por donde lo mires, lo privado tiene una eficiencia muy superior a la de lo público, que es un desastre total.

-En Nigeria no existe la Seguridad Social. “Mi dinerito y yo somos la libertad”, que vendría a decir un liberal. ¡Quiera Dios que algún día el salario no te alcance para una operación! ¡Quizá así empezarás a entender que en la vida existen otros valores, individuales y sociales, que pasan por tener derechos y no por tener que mendigar la caridad del prójimo! ¡En esta situación tendrías que verte!

-Mira, Susan, ¡no te consiento que... -le digo mientras desvío la mirada de la carretera un instante-.

-¡Cuidado! ¡Frena! ¡Frena! -grita despavorida mientras mira adelante-.

¡La discusión se había vuelto tan acalorada por momentos que me distraigo conduciendo y casi tenemos un accidente! ¡Por poco atropello a una chica que andaba por el arcén de la carretera! ¡Entre la discusión con Susan y que el sol se está poniendo tras la colina no la había visto! ¡Gracias a Dios Todopoderoso que no la he atropellado! Bajo la ventanilla y le pido perdón por mi despiste al volante.

-¡Oh, lo siento muchísimo! ¡No te había visto! -le digo disculpándome con toda la sinceridad del mundo-.

-Tranquilo... -responde-.

-¿Adónde te diriges? -le pregunto-.

-A Denver -contesta-.

-Nosotros también vamos hacia allí. Ya casi hemos llegado. ¡Sube! ¡Te llevamos!

La misteriosa jovencita entra en el coche y se sienta en la parte de detrás. La observo por el espejo retrovisor: es una chica de raza blanca y pelo castaño. Tendrá unos veintipocos años más o menos. Me sorprende que no lleva equipaje, ni tan siquiera una mochila. Me pregunto si tal vez se habrá escapado de casa de sus padres y barrunto que resulta peligroso viajar sola para una muchacha de su edad.

-¿Cómo te llaman?

-Lilian -responde ella-.

-¡Encantada! Yo soy Susan y éste es Walter.

Susan trata de entablar conversación con ella pero Lilian se muestra reacia. Parece una chica tímida y taciturna. Me alegro al menos de que ya no discutamos Susy y yo. Comienza a anochecer y las penumbras ya se apoderan

de la carretera. Enciendo los faros de mi Ford Ranger y me dispongo de nuevo a retomar mi ruta. Recorro unos pocos centenares de metros cuando de súbito Lilian grita:

-¡Cuidado! ¡En esa curva me maté yo!

¡Freno en seco completamente asustado! ¡Vuelvo a mirar al espejo retrovisor y Lilian ya no está! ¡Es como si se hubiera evaporado! Susy me mira con ojos como platos y se tapa la boca con la mano en señal de sorpresa. Las puertas están completamente cerradas. ¡Es imposible que haya salido con el coche en marcha! Decido bajar del automóvil para comprobar si se encuentra por ahí fuera.

Inspecciono la zona con toda la prudencia del mundo, no sea cosa que se trate de alguna trampa. “Mira eso” -dice Susan-. Es un coche accidentado que se ha salido de la carretera. Al parecer la curva está mal peraltada y llena de gravilla, por lo que es fácil resbalar. Nos acercamos al automóvil y vemos el cadáver de una conductora empotrado contra el cristal. La difunta tiene el rostro de Lilian.

31. Poltergeist.

Las palabras de aquellos fanáticos religiosos le ofendieron profundamente. Aquel tipo rubio y barbado, y aquella joven sureña, no solamente insistían en que el Juicio Final estaba muy cerca, cosa en la que podía estar de acuerdo, sino en que el mormonismo era una secta y que todos los que la profesaran irían al infierno si no se arrepentían antes. ¿Cómo podían atreverse a decir eso? ¡Y más aquí, en Salt Lake City! ¡Aquel majadero decía que Joseph Smith fue un falso profeta, un racista que consideraba a los negros espíritus

diabólicos, y que el ángel Moroni que se le manifestó a Smith era en realidad un demonio! ¡Aquellos bastardos huyeron de la ciudad! ¡Casi los matan a pedradas!

Desde niño, Mark Anderson había crecido en la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Él tenía muy claras sus creencias. En el año 600 A.C. unos inmigrantes venidos de Israel llegaron a América y escribieron en un dialecto egipcio diversos textos sobre planchas de oro. Sobre el año 344 un profeta llamado Mormón recopiló los textos formando un solo libro, y su hijo, Moroni, escondió el libro en el cerro Cumorah, en Nueva York. En 1823, cuando Joseph Smith contaba con 17 años, Moroni, ya convertido en ángel, se le apareció, y le habló de aquellas planchas de oro, de aquel *Libro de Mormón* que iba a restaurar el cristianismo en su verdadera y auténtica naturaleza.

Mark Anderson es un devoto mormón. Participa muy activamente en su iglesia local. No bebe alcohol. Dedicó un año de su vida a ser misionero en Francia. ¡Incluso ha pactado con su novia llegar vírgenes al matrimonio! ¡Cualquier sacrificio es poco, porque algún día él será un dios, tendrá muchas esposas y gobernará un mundo, tal y como prometió el profeta a los verdaderos creyentes! Pero a pesar de su integridad moral y de la firmeza de sus principios su vida es un calvario. Las palabras de aquellos dos fanáticos protestantes eran, en realidad, el menor de sus problemas, porque en los últimos meses misteriosos sucesos habían transformado su apacible vida en una auténtica pesadilla.

Mark es cocinero y trabaja por la noche en un conocido restaurante de la ciudad. Ya es de madrugada, los clientes se han ido a casa y el local está a punto de cerrar. Él y su compañera Cindy están solos en la cocina, limpiando los cacharros y poniendo todo a punto para el día siguiente. Mark sabe que están solos pero tiene la extraña sensación de estar acompañado. Se siente

vigilado. ¡Entonces nota un golpe a la altura de los riñones! ¡Ve que le ha golpeado una botella vacía que había tirado a la basura un poco antes! La botella está rodando por los suelos. ¡Cindy grita asustada! ¡Mark también lo está! ¡Cuando se dirigen a la salida varios cuchillos de cocina se lanzan contra ellos!

Algo anómalo ha pasado al regresar a la mañana siguiente. ¡Las luces están encendidas! Mark se teme que tal vez haya ladrones y decide llamar a la oficina del sheriff por si acaso. Cuando llega el agente y entran ve que los vasos y las vajillas han hecho un dibujo. No es la primera vez que ocurren cosas. Hace un par de noches, también de madrugada, se oía ruido de platos, como si alguien los estuviera colocando ¡pero sólo estaban Cindy y él! ¡Escucharon golpes en las paredes! Una sombra se escondió detrás de un biombo. ¡Mark estaba seguro de que estaba tras el biombo, pero no se atrevió a comprobarlo! El propietario les ruega silencio; no quiere mala fama para su negocio.

En su casa Mark Anderson sufre terribles crisis desde hace meses. Siempre comienza igual: con una materialización de la nada; como una fina llovizna que cae ¡dentro de su casa! Esa llovizna ha llegado esta noche a su domicilio y un escalofrío recorre la columna vertebral de Mark Anderson. Su estómago se revuelve y una profunda angustia se apodera de él porque sabe que algo malo está a punto de ocurrir. ¡De súbito los cajones se abren y se cierran violentamente! ¡Unos cuadros se descuelgan! ¡Las puertas se abren y se cierran! ¡Igual que las ventanas! ¡Las persianas se bajan y las luces se encienden y se apagan! ¡Si no fuera porque vive solo pensaría que se trata de una broma de mal gusto!

¡El tubo fluorescente de la cocina se desenrosca sobre sí mismo y se cae! ¡Una fuerte llamarada sale de los fogones! ¡Las bombillas del salón estallan! ¡Las lámparas se balancean! Mark no sabe adónde ir. Está aturdido por un

sinfin de fenómenos inexplicables: ruidos extraños, objetos que salen volando, cajones que se abren, portazos, cuadros que giran sobre sí mismos. Todo empezó hace algunos meses, con el mal funcionamiento de las llamadas telefónicas. A veces en su móvil se oían ruidos extraños y en otras recibía llamadas sin que hubiera nadie al otro lado de la línea. Luego detectó cómo mientras dormía su teléfono llamaba a un número extraño, a veces quinientas veces al día.

Una sombra va por el pasillo y como si fuera un humo forma una figura. ¡Mark está aterrorizado y se va corriendo hasta su dormitorio, donde se encierra! Pone el escritorio tras la puerta para atrancarla y que nadie entre. Empiezan a golpear la puerta, la empujan y la mesa se desploma. ¡Cuando se abre la puerta no hay nadie detrás! ¡Las cortinas se agitan como en un vendaval pero las ventanas están cerradas! Mark se lanza aterrado en su cama, que comienza a agitarse violentamente. ¡Una silla se mueve sola inexplicablemente por el dormitorio! ¡Un juguete cruza la habitación de una punta a otra! ¡La almohada salta de la cama! ¡De repente una silla levita a medio metro de altura!

-¡Basta! ¡Por favor basta! ¿Quién eres? ¡¿Quién eres?! -pregunta Mark aterrorizado-.

-Mi nombre es... -responde una voz de ultratumba-. Mi nombre es... ¡Moroni!

32. Una voz milagrosa.

-¿Sabes, Walter? -interpela Susan-. He estado pensando mucho

últimamente... He estado dándole muchas vueltas a la cabeza y por fin creo tener la respuesta para el misterio que te ocurrió el otro día.

-Te escucho...

-A ver si te he entendido bien... -Susan comienza a comerse una naranja y su fragancia impregna la camioneta-. Me dices que estuviste en el restaurante del hotel tomándote un café con Elisabeth Brown. Que ella es la pastora de la Iglesia Dios es amor de Miami Beach, la que te sustenta en tu puesto de misionero. Os tomasteis el café en Colorado Springs ya que ella había venido a la ciudad a un congreso pastoral. Pero minutos más tarde, cuando ella ya se hubo marchado, te contactó su marido, quien asegura que Elisabeth estaba con él y lo que es más curioso: que no ha salido de Florida en los últimos meses. ¿Es esto correcto? -me pregunta para cerciorarse bien-.

-Dicho así, parece un caso de los de Monsieur Dupin -le contesto-.

-Creo que puede tratarse de un caso de bilocación -afirma Susan-.

-Debes de estar de broma -le respondo mientras sigo conduciendo rumbo a Provo, Utah-.

-No -responde segura de sí misma-. He estado informándome al respecto, Walter. Por extraño o increíble que parezca no te ha ocurrido a ti solamente. Hay antecedentes. Casos documentados, Walter.

-¿Ah sí? -respondo con incredulidad-.

-Sí. El más llamativo de todos es el extraño caso de sor María Jesús de Ágreda. Ella era una monja española que en el siglo XVII estuvo predicando en Nuevo México y Texas... ¡sin salir de su convento en Soria, España! Cuando los misioneros españoles llegaron a América, y tomaron por primera vez contacto con los indios jumanos, descubrieron que éstos conocían ya el catolicismo gracias a sor María, quien ya les había hecho más de quinientas visitas. ¿No te parece increíble? -comenta-.

-Tan increíble que no me lo creo -contesto cínico-. ¿Quieres decir que

Elisabeth Brown hablaba conmigo en Colorado al mismo tiempo que estaba con su esposo en Florida? Susy... ¡Esto es de locos!

-Y sin embargo según los físicos cuánticos una misma partícula subatómica puede estar en dos sitios a la vez.

-¡Bilocación! ¡Dios! -repito con desafección-.

-¿Tienes alguna explicación mejor?

Miro la carretera y guardo silencio. El Ford Ranger deja a su paso por el desierto una inmensa polvareda. No sé qué pensar y decido conectar la radio. Los informativos de la Fox no pueden ser más sobrecogedores. “Terremoto en Chile”, “Inundaciones en Ecuador”, “Guerra en Oriente Próximo”, “Sangriento atentado terrorista en Afganistán”, “Decapitan a misionero cristiano en Pakistán”, “Estalla paquete bomba en París”. Definitivamente la humanidad se acerca a su final cuesta abajo y sin frenos. Los noticieros centran su atención en el caso de un chico de diecisiete años que fue atacado con un machete por cinco compañeros de clase, los cuales lo enterraron vivo en un bosque en el sur de Florida. No contentos con esto, una pareja de los agresores se puso a fornicar encima de la tumba del chico cuando aún vivía.

-¡Desgraciados! -exclamo indignado-. ¡Habría que exterminar a escoria como ésta!

-¡Esa lengua! -me reprocha Susan-

-¡A esta basura humana habría que enterrarla viva! ¡A ellos y a los malditos terroristas! ¡Habría que matarlos!

-¿Qué? ¿Es que acaso estás a favor de la pena de muerte? -me pregunta escandalizada-

-Sí, claro. ¿Tú no? -respondo con naturalidad-

-¡Por supuesto que no! ¡Es cruel e inhumana!

-Lo que es cruel e inhumano es que entierren vivo a un muchacho y se pongan a fornicar sobre su tumba. O que un maldito terrorista asesine a placer

y todavía siga con vida. ¡Ojo por ojo, diente por diente!

-Ojo por ojo y el mundo acabará ciego, decía Gandhi.

-Mira, Susy, cuando alguien comete un delito la pena ha de ser equivalente al mal causado. ¡Estoy harto de estos liberales que siempre velan por los derechos de los criminales y olvidan a la víctima! La sociedad debe defenderse de sus agresores ¿no crees?

-Existen otras formas de defenderse.

-La pena de muerte nos evita el riesgo de que un sujeto peligroso se convierta en una futura amenaza para la sociedad, Susan. Además, es un método disuasorio: si sabes que te espera la silla eléctrica te lo pensarás dos veces antes de hacer algo malo...

-¡Eso es un mito! No está demostrado que la pena capital cumpla una función de intimidación y disuasión. Si eso fuera verdad, nadie cometería homicidios ni asesinatos. Por el contrario, países como Reino Unido, Irlanda, Noruega, Islandia o Nueva Zelanda tienen una delincuencia mucho más baja que la de Estados Unidos y ninguno tiene pena capital. La clave está en la educación, Walter. Las soluciones deberían centrarse en la etapa anterior al delito, en la prevención, y no después -me asegura-.

-Sí, pero al muerto la prevención ya no le vale. No le hables de prevenciones al cadáver. Ya que la víctima no puede defenderse, debe ser la sociedad a quien corresponda defenderla legítimamente, Susy.

-Estoy de acuerdo. Al muerto la prevención no le vale pero la pena de muerte tampoco: ya no va a resucitar, lamentablemente. En relación con la legítima defensa de la víctima, tal vez si la víctima pudiera expresarse no demandaría venganza sino perdón. Desde luego no sería la primera vez que una persona que sufre un crimen horrendo perdona a su agresor en el último instante. Y sí, por supuesto que hay que reparar el daño causado pero para ello está la cárcel. Incluso en los casos más graves la cadena perpetua, la cual

resulta un castigo mucho más doloroso para el reo -explica satisfecha-.

-Siempre existe el peligro de fuga o de reincidencia. Si el delincuente consiguiera escapar de la cárcel podría cometer los mismos delitos. Hay veces que la resocialización del delincuente no es posible. Un pedófilo no deja de serlo porque lo metas entre barrotes. Un psicópata simplemente no tiene capacidad de arrepentimiento, por lo que jamás se reinsertará. La única solución es eliminar al sujeto.

-Que se escape un delincuente de la cárcel es posible, pero en la práctica muy difícil que suceda. Es mucho más probable que condenen a muerte a un inocente por error. Ya hemos visto varios casos de gente que fue ejecutada y décadas después se descubre que era inocente. Con la cadena perpetua al menos se puede liberar al prisionero y darle una indemnización, pero la muerte es irreparable. La historia está llena de casos de inocentes condenados injustamente -me corrige como si fuera su alumno-.

-¿Y qué me dices de los costes económicos? -contraataco-. ¿Qué sentido tiene estar dando comida, techo, asistencia médica, etcétera, a un criminal depravado cuando sería rápido y barato acabar con él?

-Creo que en un tema como éste, este tipo de argumentos no debería ser tenido en cuenta. Pero de todos modos, si de verdad te preocupara el dinero protestarías contra lo desproporcionado de nuestro gasto militar, contra el rescate de bancos privados con dinero público o contra la guerra. Esos costes resultan infinitamente superiores y además innecesarios. Y sobre todo obedecen a los intereses de la élite y no al interés general del pueblo. Pero no te veo quejarte de ello.

-¿Me estás dic...

-Perdona, Walter, pero aún no he acabado -me corta en seco-.

-Sigue.

-Creo que la pena de muerte es profundamente injusta porque es muy

clasista. ¿Alguna vez has visto a un banquero o un empresario que roba cientos de millones de dólares y que le pongan la inyección letal? ¡No! ¡Sólo condenan a muerte a los pobres! La diferencia de recursos económicos provoca que frente a un mismo hecho delictivo los que más tienen puedan ser asistidos por los mejores abogados.

-¡Eso no es verdad!

-¿Cómo que no? ¡Recuerda el caso de O.J. Simpson! Mató a su esposa y a un hombre que pasaba por el lugar equivocado en el momento equivocado y fue a la cárcel. ¡Si en lugar de ser una estrella del fútbol americano hubiera sido un pobre desgraciado lo habrían frito en la silla eléctrica! Por esa razón la pena de muerte suele afectar más a las minorías étnicas, que suelen ser más pobres. ¡Si esto pasa en América, que es una democracia, imagina qué ocurrirá en una dictadura! ¡Allí la pena de muerte es un instrumento del dictador para mantener el poder y para eliminar a los disidentes!

-Susan, sigo pensando que si alguien viola el derecho a la vida pierde su derecho a la vida. Es un castigo más que justo que, si bien no resucita a la víctima, al menos sí compensa a sus familiares y además protege a la sociedad de una escoria criminal. Una muerte humana sólo se repara con la muerte del asesino. La vida es demasiado valiosa y nadie tiene derecho a quitarle la vida a otro ser humano.

-¡Walter -exclama visiblemente molesta- por esa misma razón es que no debe existir la pena capital! ¿Es que no te das cuenta de que si el criminal realiza un mal al matar, matarlo es igualmente malo? Si la ley aplica la misma moneda a los criminales en cierto modo se rebaja a su nivel. ¡Matar en nombre de la ley es pisotear el derecho y la justicia! ¡La ley no sólo debe castigar a los criminales sino rehabilitarlos y reformarlos! Muchos de ellos son enfermos mentales o desequilibrados psíquicos. ¡Toda violencia es igual, Walter, y el Estado ha de ser humanitario en las sanciones y castigos! ¡Quitar la vida es

fácil, pero devolverla imposible! ¡Una nueva muerte no devuelve la vida perdida!

-Me temo que estás razonando en círculos. ¡Ya hemos hablado esto antes! -le replico mientras conduzco-.

-Mira, Walter -espeto mirándome a los ojos-, no quería decírtelo pero no me queda más remedio... Amigo, ¿te haces llamar cristiano y apoyas la pena capital? -me recrimina en un tono claramente desafiante-. ¡Sexto mandamiento de la Ley de Dios: No matarás! ¡¿Pero qué clase de cristiano eres tú?

-Conozco los Diez Mandamientos; están en Éxodo 20 y Deuteronomio 5. ¡Pero me temo que estás tergiversando la Palabra de Dios! ¡El mandamiento de no matar se refiere a no cometer homicidios ni asesinatos! Eso es lo que significa realmente. No quiere decir que no hay que matar en ningún caso, sino que no debemos ser homicidas ni asesinos. La prueba la tienes en que Yahvé veía con buenos ojos que Israel se defendiera matando a los pueblos enemigos con los que estaba en guerra. También en el Antiguo Testamento se contemplaba la pena de muerte para ciertos delitos. Y cuando alguien cometía algo execrable, podía llegar a morir; recuerda que Elías degolló a los profetas de Baal.

-La Ley decía que se debía lapidar a la adúltera. ¡Pero Cristo la perdonó! “¡El que esté libre de pecado que tire la primera piedra!” -dijo el Señor-. ¡Qué curioso! Cristo era el único libre de pecado allí... ¡Era el único que tenía el legítimo derecho de apedrearla pero no lo hizo! En lugar de eso la perdonó, la dejó marchar y le dijo que no pecara más. ¿Eres tú mejor que Cristo? ¿Has cometido menos pecados que Él? A veces, veo que tienes muy poco amor para ser cristiano. ¡Estás tan sediento de justicia que te olvidas del amor, el perdón y la misericordia! -me acusa-.

Sus palabras me hieren como puñales y guardo silencio pues no sé qué responder. Lo peor de todo es que quizás tenga razón. Pienso en esos

versículos que dicen que con la misma medida con la que juzgue seré juzgado y me veo a mí mismo como un juez implacable. Pienso en esos textos que dicen que los dones espirituales sin amor no son nada. Pienso que la caridad y las buenas obras si no van acompañadas de un corazón puro de nada sirven. “Misericordia quiero, y no ofrendas”, dice el Señor. ¿Tengo yo amor y misericordia? No lo sé. Pero si no los tengo, ciertamente Dios no está en mí.

-¿Qué ha sido eso? -me pregunta con cara extrañada Susan-

-¿Eso? ¿El qué?

-¿Es que no lo has oído? -pregunta asombrada-

-¿Oír qué?

-¡Para! ¡Para! ¡Detén el coche!

-¿Pero qué demonios ocurre, Susan? -contesto irritado-

-Schhh... ¡Calla! -me ordena mientras trata de afinar el oído-. ¿Es que no lo oyes?

-...

Guardo silencio unos instantes como tratando de escuchar algo fuera de lo normal pero nada. Susan en cambio está alterada. Dice que siente una presencia. Y que oye una voz. Una voz que dice: “¡Ven! ¡Ven! ¡Por favor! ¡Ven!”. Según ella, esa voz no para de repetirse una y otra vez. Yo, por más que lo intento, soy incapaz de escuchar nada. Sin embargo Susan tiene la piel de gallina. Se le ha erizado el vello del brazo. Mira a su alrededor pero no sabe de dónde proviene esa misteriosa voz. Su corazón late aprisa. Siente miedo y por momentos me lo contagia. ¿Qué demonios está pasando aquí?

-¡Por allí! -me indica-

Arranco de nuevo el coche y sigo sus instrucciones sin saber muy bien por qué. La voz, según Susan, es cada vez más intensa y es la que aparentemente nos conduce. ¿Adónde? ¡No tengo ni la más remota idea! Salimos de la carretera y entramos en un camino embarrado que casi no se ve. Sé que esto es

de locos pero con el tiempo he aprendido que las mujeres tienen un sexto sentido del que carecemos los varones y que es un grave error subestimar la intuición femenina. Atravesamos unos diez kilómetros en medio de la cizaña cuando de repente la camioneta derrapa y se detiene en seco.

Con las luces enfoco el cuerpo de un ciclista que claramente ha sido atropellado y que con toda seguridad ha sido abandonado entre la cizaña como si fuera un perro, para tratar de ocultar el cuerpo. Ese pobre desgraciado aún vive aunque se debate entre la vida y la muerte. Tiene arañazos, hematomas y sangre por todos lados. El cráneo está golpeado, parece inconsciente aunque balbucea cosas incomprensibles y se agita entre convulsiones. Susan y yo nos miramos el uno al otro sin saber qué decir ninguno de los dos. Entonces lo subimos a la camioneta para llevarlo al hospital más cercano.

De camino al hospital no paro de hacerme preguntas. ¿Qué era esa voz que nos ha conducido hasta el herido? ¿Quizás en momentos de peligro extremo un hombre puede llegar a comunicarse con otros telepáticamente? ¿O era un ángel de la guarda? ¿Por qué Susan podía oírla y yo no? Pero lo que más me pregunto es qué demonios voy a contarle a la policía. Si cuento la verdad pensarán que miento y que soy yo quien lo ha atropellado. Tal vez debería inventarme una historia que justifique mi desvío de la carretera diez kilómetros entre la cizaña. Pero por más que pienso no se me ocurre nada.

33. Legión.

Gran Cañón del Colorado, Arizona. Posiblemente el lugar más espectacular

de la Tierra. La inmensidad de sus montañas, marrones, verdes y amarillas; el obsesivo tono ocre de sus tierras que recuerda a los paisajes marcianos; las turbias aguas del río Colorado por el que transitan los piragüistas; la belleza inefable de sus rocas, de caprichosa geometría; sus escarpados barrancos; el laberinto de desfiladeros; su altura de vértigo y el sol menguante de un atardecer rojo. Simplemente colosal.

Decía el apóstol Pablo que nadie tiene excusa para no creer en Dios porque la misma creación nos habla de Él. Romanos 1:20. Los cielos cuentan la grandeza de su gloria. Salmos 8. Es imposible no admirar la belleza de Su obra. Aquí en el Gran Cañón te das cuenta de cuan pequeños somos nosotros y cuan grande es Él. Pensar que todo esto nos lo ha regalado hace que se me ponga la carne de gallina. Algunos turistas fotografían los paisajes. Yo aprovecho para orar. Me siento en paz...

Es una lástima que Susan no haya venido conmigo. Hace unas horas hemos discutido y ha preferido quedarse en el motel. ¡Esta niña tiene un carácter demasiado fuerte! Se ha enfadado por una menudencia como hacen todas las mujeres y, conociéndola, seguro que la rabieta no se le pasará hasta mañana. Mi padre decía siempre que las mujeres no saben ni lo que quieren, que se enfadan por cualquier tontería, y que lo mejor que puedes hacer con ellas es decirles que tienen razón en todo y después hacer lo que tú quieras. Era un buen consejo.

De súbito llega hasta donde yo me encuentro un gran gentío que interrumpe el silencio con extraños cánticos. Es una multitud en la que curiosamente todos sus miembros visten igual, con uniforme blanco, símbolo de pureza. Se trata de una secta de la nueva era, muy conocida aquí en el Estado de Arizona. Acuario, se hacen llamar. En teoría son personas ávidas de conocimiento que buscan la verdad en la filosofía, la espiritualidad, la astrología, la medicina natural, la magia, el karma y otras patrañas.

Los lugareños en cambio dicen que son lunáticos a los que ha lavado el cerebro el líder de la secta, un tal Bartholomew Kientz, hombre inteligente y carismático quien se hace llamar a sí mismo Legión. Estoy de acuerdo. Este tipo es un bastardo, un manipulador de masas, un embaucador que se aprovecha de la gente. Los turistas se quedan estupefactos al ver esta enorme marea blanca. Por un momento dejan de tomar fotografías a los paisajes y escuchan con atención y curiosidad al falso profeta.

-Hijos míos -clama con un altavoz Kientz a la multitud que le escucha-; no es la primera vez que nos congregamos aquí mismo, al aire libre, para officiar un culto. Sin embargo, hoy es una ocasión muy especial. Hemos dejado atrás la Era de Piscis. ¡Por fin hemos dejado atrás al pescador! ¡Hoy celebramos el amanecer de la Era de Acuario, el inicio de una nueva y cósmica visión del mundo! ¡Por fin llega el ansiado tiempo en que todos los hombres seremos hermanos y reinará la paz para siempre!

-¡Nueva Era! ¡Nueva Era! -clama de repente una mujer rubia, que se encuentra a la derecha de Kientz-.

-¡Nueva Era! ¡¡Nueva Era!! ¡¡¡Nueva Era!!! -corea entusiasmado el rebaño-.

Kientz, complacido, cierra su puño derecho con inusitada fuerza y se lo lleva al corazón al tiempo que tiende su mano izquierda abierta al aire y mira al cielo emocionado, como si estuviera mandando un mensaje a las estrellas. Su tono grandilocuente, su pose estudiada, sus gestos melodramáticos son dignos del mejor actor de teatro. Debe haberse mirado en el espejo una y mil veces antes de escenificar este numerito. Luego, se lleva el dedo índice a la boca y se hace el silencio.

-Hijos, no obstante, he de confesaros -dice con tono dramático y rostro compungido- que me he sentido herido por algunos de vosotros. En las últimas semanas ha habido algunas disidencias internas, unos pocos han puesto en duda mi liderazgo y han querido abandonarnos. Justo ahora. Me duele. Porque

es como si no confiarais. ¿Es que no he cuidado de vosotros en todo este tiempo? ¿No os he tratado con amor? ¿No he cumplido siempre todas mis promesas? ¿En algún momento os fallé?

-¡Al líder no se le discute! ¡Al líder se le obedece! -clama de nuevo la mujer rubia-

-¡Al líder no se le discute! ¡Al líder se le obedece! ¡¡Al líder no se le discute!! ¡¡Al líder se le obedece!! ¡¡¡Al líder no se le discute!!! ¡¡¡Al líder se le obedece!!! -grita enfervorecida la muchedumbre con el mismo fanatismo con el que un hinchado anima a su equipo preferido de fútbol americano-

-Hijos míos -habla de nuevo Bartholomew-; hasta ahora habéis obedecido en todo. Y no ha sido fácil, lo sé. Os habéis apartado de vuestros familiares, de aquellos que han rechazado la luz. Os habéis deshecho de vuestras posesiones materiales y las habéis puesto a nombre de la organización. Hombres, habéis aceptado que fornicara con vuestras esposas, hermanas e hijas mientras vosotros guardabais una rigurosa abstinencia. Mujeres, os habéis entregado a mí y me habéis engendrado hijos...

-¡Al líder no se le discute! ¡Al líder se le obedece! ¡Obediencia ciega al líder! -clama la ayudante de Kientz-

-¡Al líder no se le discute! ¡Al líder se le obedece! ¡Obediencia ciega al líder!

¡¡Al líder no se le discute!! ¡¡Al líder se le obedece!! ¡¡Obediencia ciega al líder!!

¡¡¡Al líder no se le discute!!! ¡¡¡Al líder se le obedece!!! ¡¡¡Obediencia ciega al líder!!!

Bartholomew Kientz cierra ambos puños y los pone a la altura de su pecho mientras tiene la mirada perdida en el horizonte. Los gritos de obediencia ciega de su pueblo parecen transportarlo a un éxtasis casi místico. En todo momento se muestra histriónico y teatral, con aspavientos que muestran una

emoción desbordada, como si estuviera interpretando una ópera de Wagner. Parece estar en otro mundo. De repente, otra vez se lleva el dedo índice a los labios y la gente se calla al instante.

-Lo más difícil ya lo hemos pasado juntos. ¿Lo tiraremos todo por la borda? ¿Justo ahora? ¡De ningún modo! Hoy es un día especial en el que celebrar la Era de Acuario. Precisamente aquí. Delante de todos estos incrédulos que nos escuchan. Porque no tenemos nada que esconder. Porque queremos demostrar al mundo que somos el camino, la verdad y la vida. ¡Ya no hay marcha atrás! ¡Es tiempo de dar un paso al frente! ¡Un salto de fe! ¡Es el tiempo de Acuario! ¡Es el tiempo de los leales!

Por un instante, la multitud guarda un sobrecogedor silencio. No se oye absolutamente nada. Ni tan si quiera el soplo del viento. El líder observa detenidamente a su pueblo, como el domador de circo mira a un león domesticado. Los turistas son impávidos testigos de todo. Algunos graban el extraño culto con el teléfono móvil. Los hay que se miran las caras los unos a los otros sin saber qué decir. Todos parecen tan atónitos como yo. Miro al cielo y una bandada de cóndores sobrevuela nuestras cabezas.

-Peter -dice Bartholomew, dirigiéndose a uno de sus acólitos-, ¿me probarás tu lealtad? ¿Eres un leal?

-Sí, maestro -responde el chico-.

De súbito el muchacho, que no debe tener más de quince años, sale corriendo frenético y salta con todas sus fuerzas por el precipicio. “¡Obediencia ciega al lídeeeeer...” -se le oye chillar mientras cae, antes de reventarse la cabeza como una sandía al impactar con unas rocas-. Kientz se asoma al abismo por un momento y contempla el cadáver. Entonces cierra los ojos y hace un gesto de placer, como si un escalofrío hubiera recorrido su espalda. Casi me atrevería a decir que ha sentido un orgasmo.

-¿Y vosotros hijos míos? ¿Me seréis leales? -pregunta al rebaño-. ¿O

renegaréis de mí justo ahora? -pregunta haciendo pucheros con la boca, como un niño pequeño a punto de llorar-. ¿Os negaréis a dar un salto de fe? ¿Me daréis ese disgusto? ¿Después de todo lo que he hecho por vosotros? -pregunta mientras él se aleja del precipicio y se ubica en una zona más segura- Yo sé que no. Que sois unos buenos hijos que aman a su padre, así que... ¡Saltad hijos míos, saltad! ¡Saltad, saltad, saltad!

La multitud corre desesperada hacia delante. Hombres, mujeres, ancianos, niños... Incluso madres con bebés al brazo. Todos se empujan, se dan codazos, algunos incluso pasan por encima de otros. Parecen una avalancha de gente cuando abren las puertas del centro comercial al inicio de las rebajas. Todos se lanzan al vacío al grito de “¡Obediencia ciega!”. Nadie quiere ser el último. También los turistas saltan al abismo. Entre todos, serán unos dos mil. Kientz no puede parar de reír.

34. El inmigrante.

Phoenix, Arizona. Algunos cientos de manifestantes protestan este domingo con pancartas contra la inmigración ilegal. Manuel Fernández, mexicano, es un sinpapeles y se alarma al oírlos. De repente un nativo hopi les grita: “¡Cállense! ¡Ustedes son los verdaderos putos ilegales! ¡Nosotros somos los únicos nativos americanos aquí! ¡No les invitamos a venir aquí a ninguno de ustedes!”. Al ser confrontados los manifestantes comienzan a disolverse rápidamente. “¡No les gusta oír la verdad! ¡Lárguense con sus bobos argumentos! ¡Su bandera representa la sangre derramada de los verdaderos

nativos americanos protegiendo esta tierra cuando ustedes la invadieron!”, añade. Manuel se siente mejor.

El sábado por la tarde Manuel Fernández seguía detenido en un centro de internamiento para extranjeros. Se sentía muy preocupado, rodeado de delincuentes, pandilleros y otra gente de esta calaña. Un interno le dijo que lo normal era estar recluido aquí un mes y que luego lo deportarían a México. Tumbado en la litera, pensaba en su familia y en su fracaso en el intento de cruzar la frontera ilegalmente. ¡Entonces ocurrió lo inesperado! Un agente se le acercó y le dijo que había un terrible error, que tras efectuar unas comprobaciones habían visto que tenía la documentación en regla. ¡Manuel estaba atónito porque eso era imposible! El agente le pidió perdón y lo puso en libertad.

El viernes Manuel Fernández ingresó en un centro de detención para inmigrantes en Phoenix. Lo dirigía Aaron Cranston, hombre de ley y orden, considerado el sheriff más duro de Estados Unidos. En este centro los reclusos estaban al aire libre. Acostados en literas, sólo la techumbre de unas carpas de lona les guarecía de un sol de más de cuarenta grados. Nunca se había visto a sí mismo vestido con un uniforme a rayas blancas y negras. El centro estaba lleno con más de mil hispanos, muchos tatuados, dedicados al narcotráfico, pero también trabajadores en busca del Sueño Americano. El aire caliente era tan insoportable que Manuel no paraba de usar una fea toalla rosa para secarse el sudor.

El jueves Manuel y sus compañeros se pasaron el día entero corriendo por sus vidas. Un racista con rifle y sombrero de cowboy los estuvo persiguiendo para matarlos. ¡Se veía a sí mismo como un patriota americano que defendía la frontera! Aquel tipo dio caza uno a uno a aquellos pobres desgraciados y cuando estaba a punto de matar a Manuel, el gringo se puso de rodillas, temblando. Dijo que junto a Manuel había un ángel y se asustó tanto que cayó

por un despeñadero y se mató. Manuel no vio a nadie así que pensó que aquel yanqui se había vuelto loco por la insolación. Ya en la carretera, se cruzó con un agente del sheriff que le pidió los papeles y, cuando trató de huir, lo arrestó.

El miércoles a primera hora salió un camión cargado con doce inmigrantes. La mayoría de México, alguno que otro de Centroamérica. Manuel veía que entre sus compañeros había dos chicas, y recordó que, según las noticias, el 80% de las mujeres son violadas cuando tratan de cruzar la frontera. Cuando estaban a punto de entrar en Estados Unidos, el camión se averió y los dejó tirados. Manuel, que era mecánico, trató de repararlo pero no había nada que hacer: el motor estaba frito. Uno de los mafiosos que los transportaba les dijo que cogieran sus mochilas y cantimploras. Estados Unidos estaba a unas horas, pero había que continuar a pie. Él les haría de guía por el desierto.

El martes de buena mañana fue a ver a un viejo amigo, Horacio, que andaba metido en el negocio del tráfico de personas. Horacio trabajaba para una mafia que ayudaba a los inmigrantes ilegales a entrar a Estados Unidos. Manuel le pidió ayuda para cruzar la frontera y Horacio le dijo que no había problema, y le hizo un descuento en el pago que debía abonar. Manuel pagó lo estipulado y quedó a la espera de noticias. Al regresar a casa tuvo una fuerte discusión con su mujer, que temía que la abandonara a ella y a sus tres hijos. Él le prometió que todo saldría bien. Ambos se asombraron cuando Horacio telefoneó. Había una vacante de última hora y Manuel podría partir el miércoles.

Manuel Fernández vivía en Hermosillo, en Sonora, México. Era mecánico de profesión, estaba casado y tenía tres niños. Toda su vida había sido un hombre de fe, a pesar de que él y su familia vivían en la pobreza. En la madrugada del lunes tuvo un sueño inquietante. Esa noche Dios le reveló en sueños que debía ir a Estados Unidos, pues allí tendría una importante misión que cumplir en el futuro. Cuando se lo contó a su esposa, ésta se mostró

escéptica. “¡Pero si no tienes papeles, ni siquiera sabes hablar inglés! ¿Piensas cruzar la frontera ilegalmente? ¡Es demasiado peligroso!” -le dijo ella-. Manuel le contestó: “No te preocupes, mujer. Si Dios está conmigo ¿a quién habré de temer?”

35. El íncubo.

Doris recuerda como si fuera ayer el día que comenzó esta pesadilla. Ella caminaba alegremente por el campo cuando un estertor la empujó contra los árboles. No sabía qué ocurría, sólo que algo tiraba de sus pies, algo la arrastró por el suelo a través de un cordel de ortigas, rasgándole la piel. Algo o alguien invisible la violó aquella tarde de domingo. La policía constató que la muchacha estaba traumatizada, tenía hematomas, la ropa hecha jirones y no paraba de llorar. Daba la impresión de haber sido asaltada y violada. Pero no había ni rastro del agresor. Doris Parker sólo tenía diecisiete años.

Hace ya dos décadas de aquello. Salvo un breve período de tiempo en el que estuvo casada, aquellos misteriosos ataques la han acompañado toda la vida. El matrimonio con Tom duró cinco años. Tiempo suficiente para tener dos hijos y que luego Tom los abandonara para fugarse con una peluquera mucho más joven que él. Sacar sola adelante a dos niños no es tarea fácil. Su exmarido siempre fue un sinvergüenza y los padres de Doris ya se lo advirtieron para que no se casara con él. Pese a ello, Doris recuerda con nostalgia aquel tiempo. Quizás porque lo que vino luego fue mucho peor.

Las violaciones se han repetido con demasiada frecuencia en los últimos

tiempos. El visitante suele venir entre las dos y las tres de la madrugada. Una extraña sensación le advierte del peligro. Un olor a podrido, como de animal muerto. No se va ni aunque eche ambientador o abra las ventanas. Después siente un frío gélido que hace que le salga vaho de la boca. Sale al pasillo y la temperatura es normal. Solamente hace un frío invernal en su dormitorio. Nota como unos nudillos en la puerta. Quiere pensar que son imaginaciones producto de las preocupaciones cotidianas. Entonces ocurre lo peor.

Doris nota cómo la aprisionan y empieza a sentir cosas. Cosas feas. La primera vez que este ser irrumpió en su casa le puso la almohada en la cara. Pensó que un ladrón había entrado por la ventana y la había violado. Esta noche está aterrada. ¡Quiere gritar pero algo la amordaza! Siente manos. Como de tres individuos. Nota cómo unas manos le abren las piernas y otras manos distintas le sujetan las muñecas con fuerza. ¡Entonces siente encima de su pecho un peso! ¡Como un varón corpulento! ¡Pero no ve a nadie! ¡Su blusa se desabrocha sola! ¡Siente que algo entra dentro de su vagina!

Todas las semanas igual... ¡La pobre no puede más con esta agonía! ¡Si no fuera porque tiene que criar a sus hijos ya se habría suicidado! Lo peor no es ser ultrajada sino que nadie la crea. Aunque acude a la policía y presenta magulladuras en estómago y cuello y se aprecia claramente la marca de unos nudillos en la tráquea, nadie la cree. ¿Cómo creer en una violación sobrenatural? ¡Incluso su familia la toma por loca! Su vida es un verdadero infierno. Doris llegó a pensar que quizás vivía en una casa embrujada y por ello se cambió de domicilio hasta en cinco ocasiones. En los cinco ha sido violada.

Lleva años así y ya no sabe a quién acudir. Ha habido pastores evangélicos que han orado por ella, sacerdotes católicos que han ungido con aceite santo las paredes de su casa, parapsicólogos que se han interesado seriamente por el tema y charlatanes que han tratado de sacarle el dinero. Ha leído en libros que

hay unos demonios masculinos llamados íncubos que por las noches violan a las mujeres. También están sus contrapartes femeninas, los súcubos, que atacan a los varones. Su psiquiatra dice que los íncubos y los súcubos no existen y que todo se trata de una mala pasada de la mente.

La primera vez que le contó lo que le ocurría a un médico, éste pensó que estaba loca y se echó a reír. ¡Por poco no la recluyen en un manicomio! Los doctores que la trataron diagnosticaron que sus heridas eran autolesiones fruto de la histeria y que los desgarros vaginales debían haber sido producidos por una masturbación violenta con algún tipo de objeto. Le recetaron calmantes y reposo. Pero las agresiones continuaron. Doris fue estudiada en balde por diversos especialistas y profesores universitarios hasta que se apiadó de ella la doctora Janet Davis, decidida a resolver el misterio.

Doris está internada en el Cornerstone Hospital de Tucson, Arizona. Los especialistas la tienen en observación veinticuatro horas al día. Han construido un habitáculo de cristal, a través del cual la vigilan. Una videocámara filma todo lo que ocurre. ¡Gracias a Dios que Davis no la toma por una trastornada! Es la una de la madrugada. Doris reposa tranquilamente cuando de repente algo la pone en alerta. Siente un sabor metálico en el aire, pequeños ruidos por las paredes, un terrible olor a podrido, como el de un cadáver putrefacto. Siente como unos dedos invisibles giran el pomo de la puerta.

¡Una vez más la sensación de un pecho masculino que la aprisiona, unas manos viriles que la sujetan por las muñecas! ¡Grita desesperada y los médicos presencian con sus propios ojos cómo algo invisible la desviste, cómo una presión encima de ella hace que su cuerpo se hunda! A Doris le palpan los pechos y siente que la penetran. Chilla. Los médicos no ven a nadie pero no cesan de hacer fotos. ¡Salen todas veladas! La videocámara filma algo: una esfera luminosa justo encima del cuerpo de Doris. A estas alturas la

doctora Davis ya sabe que no podrá hacer nada por ayudar a su paciente.

36. Algo grande se acerca.

-¡Ey, amigo! ¿Puedo ayudarle en algo? -me pregunta un conductor que se detiene en medio de la carretera-.

-¡Nos hemos quedado sin gasolina, señor! ¿Podría acercarnos a una gasolinera? -le pregunto-.

-La gasolinera más próxima queda un poco lejos. Pero súbanse conmigo. Vivo a unos quince minutos de aquí y allí tengo algunas latas de gasolina -informa-. ¡Súbanse e iremos a por un par de ellas!

-¡Que Dios lo bendiga! Mi nombre es Bossman. Walter Bossman. Y ella es Susan Hernández -le digo-.

-¡Encantado de conocerlos! Me llaman Mike Willingham -comenta al tiempo que nos estrecha la mano-. Súbanse a mi camioneta.

Mike Willingham es un hombre orondo al que le cuesta respirar. Debe de estar en torno a cincuenta años y ciento cuarenta kilos de peso. Es pelirrojo y lleva un sombrero de cowboy que le protege del sol. Viste una camiseta de manga corta con la bandera de los Estados Unidos. Nos pregunta hacia dónde vamos y le contestamos que a California. Durante el trayecto nos cuenta con orgullo que él es un veterano de guerra y que su padre fue pastor bautista. Susan prefiere mirar por la ventana. Los cactus y las rocas se suceden a lo largo del camino y la camioneta de Mike deja una gran polvareda a su paso. El cuerpo de Susan se ve reluciente por el sol. Verla tan sudada le da un toque

sensual que me excita. Seco el sudor de mi frente con un pañuelo. Estoy ardiendo. No sé qué me calienta más: si estar a cincuenta grados de temperatura o el cuerpo de Susy dorado por el sol.

-Ustedes son forasteros ¿verdad? -pregunta el señor Willingham-

-Sí, señor. Yo soy de Florida y Susan es de Texas. Nos dirigimos a Los Ángeles. ¿Usted es de aquí, señor?

-Bueno, vivo en Morristown pero me crié en Tombstone, Arizona. ¿Les suena?

-¡Cómo no! ¡Allí se produjo el famoso duelo de O.K. Corral! -respondo emocionado-

-¿Qué es el duelo de O.K. Corral? -pregunta curiosa Susan-

-¿No lo sabe, señorita? ¡Oh, Dios mío! ¡Estos jóvenes de hoy en día no saben nada!

-¡Desde luego! -le doy la razón a Willingham, y Susan me mira con una mueca de disgusto-

-Ya no se ven *westerns* hoy en día. Los jóvenes no saben quién fue Billy el niño, Buffalo Bill o Kit Carson. Es una desgracia. Se están perdiendo una parte muy importante de la historia de esta nación.

-Aún no me ha respondido, señor Willingham -responde impertinente Susan-

-Está bien, jovencita. Tombstone es una pequeña ciudad al sur de Arizona, en la frontera con México. En su día creció rápidamente porque muchos mineros venían a explotar las vetas de plata. Pero también era uno de los pueblos más violentos del suroeste de los Estados Unidos. El tiroteo en O.K. Corral sucedió el 26 de octubre de 1881 -explica con orgullo-. Se enfrentaron dos facciones: por un lado, los Cowboys, compuestos por los hermanos Clanton, los hermanos McLaury y Billy Claiborne. Ellos eran un grupo de ganaderos que robaba mulas y caballos. Por otro lado, estaban los hermanos

Earp y Doc Holliday, unos alguaciles que pretendían obligarlos a cumplir con la ley. Dicen que cuando se enfrentaron hubo treinta disparos en treinta segundos. Murieron Ike Clanton y los hermanos McLaury. Me sorprende que no conozcas la historia, hija. Se han hecho muchas películas.

-¡Desde luego! ¡*Pasión de los fuertes* de John Ford me encantaba de niño! ¡Qué gran película! -interrumpo-.

-Sí -contesta Willingham-. Y *Duelo de Titanes* de John Sturges. Con Burt Lancaster y Kirk Douglas -añade-.

Llegamos a Morristown, un lugar perdido en medio de la nada cerca de Phoenix. Mike, Susan y yo bajamos de la camioneta. Estamos frente a una casa de madera en pleno desierto. Una gran veleta corona una torre de hierro. Junto a ella un gran depósito de agua. Muchos postes de la luz en el horizonte. Un cielo raso con algunas nubes blancas. Una camioneta oxidada a la que han quitado las ruedas. Morristown son cuatro viviendas en medio de la nada. Aquí hay más culebras y escorpiones que habitantes. Lo más divertido que se puede hacer por estos lares es tocar el banjo. Este sitio no tiene siquiera un gobierno local. Oficialmente es un lugar designado por el censo. Es decir, un lugar al que cuatro locos se han ido a vivir pero que ni siquiera es digno de ser llamado pueblo o incluso villa. No digamos ya ciudad. El paisaje es tan desolador que parece salido de un disco de Ry Cooder.

-¡Eh, Mike! ¿Vas a enseñarles tu *superrefugio secreto* a estos extraños? -pregunta con sorna un vecino-.

-Sí, Irwin... -responde moviendo las pupilas hacia arriba en un claro gesto de hastío-.

-La verdad es que nunca os entenderé a los paletos sureños. ¡Siempre obsesionados con el fin del mundo!

-Al menos aquí en el viejo oeste los hombres aún son hombres y las mujeres aún son mujeres -contesta Mike-.

-¿Qué quieres decir? -responde el otro con un acento neoyorkino que le delata-

-No te lo tomes a mal, hijo, pero de pequeño mi madre me enseñó que las piernas se las depilan las mujeres y los maricones. ¿Cuál de las dos cosas eres tú? -responde con un tono burlón que me arranca una carcajada y a Susan un rostro de indignación. El vecino lenguaraz prefiere guardar silencio-. No le hagan caso a Irwin -añade-. No tiene la culpa de ser de Nueva York el pobrecillo. Les enseñaré mi refugio.

Aquí en el suroeste de Estados Unidos los búnkers y refugios de emergencia han proliferado como setas. Al parecer el bueno de Mike Willingham se ha construido uno a pocos metros de su casa. El pánico se extiende entre la población estadounidense hasta unas cotas alarmantes. Por lo visto un buen número de ciudadanos americanos se ha convencido de que “algo grande” está a punto de ocurrir y por ello se prepara para hacerle frente. Son muchos los que piensan que estamos a las puertas de un colapso económico inminente, otros creen que habrá algún desastre natural de dimensiones bíblicas, como la caída de un asteroide o un superterremoto, y otros están convencidos de que el Juicio de Dios está llegando. Esto ha llevado a un número creciente de americanos a abastecerse de comida no perecedera y de suministros para afrontar un cataclismo que creen cercano.

Los supervivencialistas son ciudadanos concienciados que no se limitan a cruzarse de brazos y esperar la próxima gran catástrofe sino que se preparan para cuando llegue el momento. Mike Willingham es uno de ellos. Abre una gruesa escotilla de metal que lleva a un refugio subterráneo. Bajamos por una escalera y Mike conecta el interruptor de la luz. Allí hay de todo: botiquín de primeros auxilios, medicamentos, latas y bidones de gasolina, linternas, cerillas, pilas, lámparas de aceite, velas, una radio, varias *Biblias*, botes de lentejas, garbanzos y frijoles, paquetes de arroz, azúcar, maíz y trigo además

de leche en polvo y café soluble, botellas de agua mineral, mantas, máscaras de gas, trajes herméticos a prueba de agentes químicos y bacteriológicos, bombonas de oxígeno, arcos, ballestas, flechas, revólveres, rifles, fusiles semiautomáticos y mucha mucha munición.

-¡Vaya! ¡Tiene aquí un auténtico arsenal!

Mike Willingham me muestra con orgullo su armería. Me llama la atención un Bushmaster AR 15, que dispara con velocidad endiablada y un AK-47, el fusil más popular del mundo: sencillo de usar, aguanta calor, arena, frío, es fácil de almacenar... ¡Una maravilla! Veo una minigun de 1983 capaz de disparar de 3000 a 4000 proyectiles por minuto. Hacía tiempo que no veía una. Desde 1986 no es legal en América poseer armas automáticas como ésta -¡malditos fascistas!- pero al menos la Ley Nacional de Armas de Fuego permite tener al alcance de los civiles las de antes de ese año. Veo muchas buenas pistolas: la Magnum Glock; la Beretta; la Sturm, Ruger & Company, fabricada aquí en Arizona; una Smith & Wesson modelo 29, elegante y clásica; una Uzi israelí, letal. Y por último un Winchester 70 con mira telescópica: ¡definitivamente todo el mundo debería tener uno en su casa!

-¡Cuántas armas! ¡Pero qué horror! -exclama Susan, sofocada por un súbito calor que le sube hasta la cara-.

-¡Todo lo contrario, Susan! ¡Este hombre sabe lo que se hace! -le corrijo-.

-¡Usted sí que me entiende señor! ¡Esta muchacha es demasiado joven! - responde en tono cómplice Mike-.

-¡Desde luego! -confirmo, a lo que Susan me mira terriblemente molesta-.

-¡No cree usted que exagera, señor Willingham? ¡Con tantas armas esto parece un fortín! -dice Susan-.

-¿Que si exagero? ¡No, señorita! ¡Definitivamente no! -exclama Mike-. ¿No ha oído usted hablar de los búnkers del Juicio Final? Últimamente proliferan los búnkers para multimillonarios, como el que construyó la

empresa Vivos hace años en Indiana. Puede soportar una explosión de veinte megatones y garantiza un mínimo de un año de supervivencia sin necesidad de subir a la superficie. Está situado de forma estratégica; a un día en coche desde el Medio Oeste y desde la Costa Este. Se encuentra lejos de la peligrosa falla tectónica de New Madrid, del río Misisipi y de los océanos que podrían causar un maremoto. Además el sitio está rodeado de excelentes recursos en ganadería, pesca, caza y agua. ¡Y en Europa también han construido búnkers de lujo para salvar a los ricos en caso de desastre! ¿Qué nos están ocultando los millonarios? ¡Definitivamente algo grande está a punto de suceder!

-El otro día leí que el Gobierno ruso ha ordenado que millones de civiles hagan maniobras de evacuación de emergencia de cara a una posible guerra nuclear -añado con un tono disgustado y serio-.

-¡Definitivamente algo grande se acerca! -concluye Mike-.

37. La nación en armas.

Escucho música gospel mientras conduzco por Arizona. Una noticia de última hora interrumpe la emisión y hace que me entren ganas de vomitar. Masacre en Danbury, Connecticut. Los informativos de la ABC radio informan de un tiroteo en el Danbury High School, un instituto de secundaria de esa localidad. Al parecer un adolescente entró en el aula armado con un rifle y apuntó a sus compañeros. Luego les ordenó que se separaran en dos, a la derecha los que creían en Dios y a la izquierda los que no. Entonces acribilló a los cristianos. No se sabe exactamente a cuanto asciende el número total de

víctimas pero hay más de veinte alumnos asesinados. Al verse acorralado por la policía, el asesino se suicidó.

-¡Oh, Dios mío! ¡Qué desgracia! -clama mi acompañante, Susan Hernández-.

-¡Desde luego! -le respondo, mientras sigo conduciendo mi Ford Ranger por una autopista en medio del destartalado y pedregoso desierto de Arizona-. ¡Parece que un virus de violencia ha contagiado a América!

-¡Otra vez la misma mierda de siempre! ¡Otra vez en un instituto! ¡Dios mío!

-¡Vivimos tiempos peligrosos, Susy! ¡Ya no puedes sentirte seguro en ninguna parte!

-¡Malditas armas! ¡Deberían prohibir las malditas armas! -afirma-.

-¡Estarás de broma! -le respondo-. ¿Por qué deberían prohibirse? ¡Es un derecho constitucional! -comento-.

-¿Es que estás a favor de las armas, Walter? ¿Incluso a pesar de esta masacre? -me pregunta molesta-.

-¡Por supuesto que sí! Te recuerdo, Susy, que la Segunda Enmienda proclama el derecho de todo ciudadano americano a portar armas. ¡Sólo así podemos ser garantes de nuestro propio destino! ¡Sólo así podemos ser realmente libres! ¡Las armas de fuego son un elemento imprescindible para garantizar la libertad y la democracia!

-¿Pero qué dices? ¿Estás mal de la cabeza?

-¡En absoluto! Gracias a ellas podemos protegernos de los tiranos y de los posibles abusos del Gobierno. Y también gracias a ellas podemos defender nuestros hogares, familias y propiedades. ¡La casa de un hombre es su castillo y los ciudadanos tienen el derecho a defenderse contra cualquier tercero que se acerque a ellos con la intención de delinquir o causarles daño!

-Se te ha olvidado decir que gracias a ellas una veintena de madres llorará

hoy la muerte de sus hijos.

-¡Oh no! ¡Eso no te lo consiento! ¡No hagas demagogia con la muerte de estos muchachos! ¡Es un hecho desgraciado sin duda! ¡Pero que un demente entre en un instituto y acribille a balazos a sus compañeros es síntoma de una sociedad enferma y nada tiene que ver con el derecho a portar armas!

-¿Cómo que no?

-¡Por supuesto que no! ¡Las armas no matan a nadie! ¡Son las personas las que matan!

-Eso se lo explicas a las familias de los muertos.

Antes de que me dé tiempo a responder nos encontramos con un muchacho en medio de la autopista que nos hace señales para que nos detengamos. Reduzco la velocidad y se me acerca a la ventanilla con un mapa. Es un chico joven, que estará en torno a los veinte o veintiún años. Su coche está aparcado en el arcén y en el asiento de copiloto puedo ver una chica más o menos de su edad.

-Buenas tardes, señor y señorita, disculpen que les moleste -saluda respetuoso-.

-Buenas tardes.

-Mire, señor, quería ver si por favor podría ayudarme. Me dirijo a Dallas con mi novia pero me temo que me he perdido. No somos de aquí. ¿Sería tan amable de indicarme por dónde puedo salir hacia Dallas?

-Sigue recto y salte en el primer desvío a la izquierda que encuentres -le indico-.

-Muchas gracias -me dice amable-.

-No hay de qué -contesto-.

-¡Gracias! -grita sonriente la chica-. ¡Por cierto! ¡Tengan cuidado! ¡Acabo de escuchar en la radio que un loco se ha escapado de un manicomio de la zona! ¡Es peligroso y si lo ven deben llamar al 9-1-1!

-Gracias por la información. Espero no cruzármelo.

-¡Nosotros tampoco! -añade su novio-.

Reanudo la marcha, y con ella una conversación pendiente.

-¿Sabes, Susan? Yo me siento más seguro cuando la gente de mi alrededor va armada porque las zonas en las que está prohibido llevar armas se convierten en un objetivo de psicópatas y enfermos mentales. ¡Ése es el problema de los institutos! Allí la gente va desarmada y por lo tanto no puede defenderse! ¡Creo que la solución sería que los profesores fueran equipados con rifles y así podrían proteger sus vidas y las de sus alumnos si algún malnacido intenta algo -argumento-.

-¡Debes de estar bromeando, Walter! -me comenta atónita-.

-No. En absoluto. Hablo muy en serio.

-¡Hay que derogar la Segunda Enmienda! Cada año mueren 30.000 americanos por armas de fuego -replica-.

-Susy, resulta falso pensar que todas esas muertes son homicidios. De hecho, la mitad corresponde a suicidios. Cada 17 minutos muere una persona por suicidio en Estados Unidos. Puede parecer mucho, pero en Suecia y en Japón se suicidan más personas porcentualmente. Y allí no manejan armas.

-Pero si tienes un revólver en tu casa es más fácil volarte la tapa de los sesos -sentencia categórica Susan-. ¿Sabes, Walter? Algunas situaciones transitorias de depresión, el uso de ciertos medicamentos o el alcoholismo pueden verse seriamente agravados cuando la persona tiene acceso a un arma de fuego en su vivienda. Situaciones de suicidio en este contexto podrían ser más comunes.

-Sinceramente, no creo que un suicida necesite de un revólver para quitarse de en medio. El suicida no quiere matarse sino acabar con su dolor. Y usará lo que tenga más a mano. En los países donde no resulta legal tener armas la gente se ahorca, se lanza al vacío desde un quinto piso o se corta las venas.

-Todavía quedan 15.000 muertos por arma de fuego, Walter. Me refiero a homicidios.

-Bueno, según diversos estudios estadísticos el 40% de esos crímenes por armas de fuego se debe a disputas o enfrentamientos entre delincuentes y bandas rivales. Es decir, que se matan entre ellos. Un narco o un sicario es un profesional del crimen, por lo tanto no se va a detener por restricciones legales o prohibiciones. Un hampón no es un ciudadano ejemplar. Él compra ilegalmente un arma en el mercado negro y no pide licencias. Eso nos deja unas 9.000 muertes por arma de fuego. Me refiero a muertes de personas honestas. ¿9.000 homicidios por armas de fuego sobre el total de la población americana te parece mucho? ¿Sabías que en Estados Unidos hay más de 40.000 muertos al año por accidentes de tráfico? ¿Qué hacemos? ¿Prohibimos los coches? Más de 50.000 personas mueren cada año por accidentes médicos. ¿Se les pide más responsabilidad a los médicos quizás? -ironizo-.

-¡Oh Dios mío! ¡No puedo creer lo que estoy oyendo! Walter, es verdad que hay accidentes médicos, de tráfico o incluso laborales por los que mueren muchas personas cada año... ¡Pero no es lo mismo, Walter! ¡Un coche no se ha inventado para matar! ¡Un albañil que cae de un andamio no buscaba su propia muerte! Son otras circunstancias, otras situaciones... ¡Las armas sólo valen para matar!

-Si quieres matar a alguien puedes emplear un cuchillo. Deberíamos prohibir los cuchillos de cocina.

-Los cuchillos se han inventado para cortar el pollo y las zanahorias. ¡Para eso se venden! ¡Que haya una minoría de gente que los use para matar es diferente! ¡Porque no sirven para eso! ¿Pero para qué sirven las pistolas aparte de para matar? ¡Para nada! ¿Tú sabes lo peligroso que es que haya un arma de fuego en una casa? Algunos estudios muestran que es doce veces más probable que un arma de fuego se use en contra de un miembro de la familia,

ya sea accidental o voluntariamente, que en contra de un intruso que viene a cometer un crimen. ¡La idea de repeler a un posible asaltante es un mito! Es más probable que un niño pequeño coja la pistola y se mate a sí mismo por accidente.

-¡Hay muchas más posibilidades de que muera ahogado en la piscina de su jardín! Y tanto en un caso como en el otro no se trata de prohibir nada, sino de que los padres sean responsables y vigilen a sus hijos. Y por supuesto que un arma sirve para mucho más que para matar; ¡sirve para que no te maten!

-¿Cómo dices?

-¡Lo que oyes! Hace poco leí en la prensa que según un estudio muy fiable cada año se producen en Estados Unidos unos 400.000 usos defensivos en los que con total o casi total certeza salvan una vida. ¡No me refiero a ese granjero de Texas que te apunta con un rifle sólo porque te has acercado a su casa para preguntar dónde queda la gasolinera del pueblo! ¡No es ese tipo de uso! ¡Me refiero a casos extremos, como allanamientos de morada, intentos de robo o de violación, donde era seguro o casi seguro que la víctima muriera! ¡400.000 vidas salvadas, Susan! ¿No crees que la gente decente tiene derecho a defenderse? ¿Qué te he hubiera sucedido cuando esa banda de moteros quiso abusar de ti en Oklahoma? ¡Gracias a Dios que tenía un revólver a mano! ¡O te hubieran violado!

-¡Y si ellos llegan a portar armas, ahora estaríamos los dos muertos! - responde-. El problema de las armas de fuego es que crean un círculo vicioso, Walter. Si el capullo de mi vecino, con el que me llevo mal, se compra un rifle yo me veo obligada a comprarme otro por si acaso. Pero si él no tiene acceso a ningún arma de fuego, yo tampoco necesitaré de una y podré dormir mucho más tranquila. Es un negocio perverso. Convencen a tu vecino para que se compre un arma para defenderse de ti y a ti para que te defiendas de tu vecino. ¿Y quién sale ganando? ¡Los fabricantes, por supuesto!

-¿Pero oyes lo que estás diciendo? -clamo furioso-. ¿Es que acaso la gente decente no tiene derecho a defenderse en este país? ¿Qué debes hacer si te ataca un ladrón? ¿Colaborar sin oponer resistencia o echar a correr? ¿Una mujer violada es moralmente superior a una que ha matado a un violador? ¿Tenemos derecho a defendernos de la escoria!

-¡Por supuesto! ¡Pero es mucho más probable que sufras un ataque si la tenencia de armas de fuego es legal! ¡Si cualquier imbécil puede ir a una tienda, presentar el carnet de conducir y llevarse un rifle estamos perdidos! Y sé lo que me vas a decir: no es tan sencillo como eso. Debes conseguir una licencia. De acuerdo. Pero en este país cualquier descerebrado puede obtenerla, porque la venta de armas es un negocio y por lo tanto interesa que haya muchos clientes. ¡No importa cómo de tarados puedan estar!

-¡Mira que eres exagerada!

-Walter, las estadísticas apuntan a que el 40% de los hogares americanos cuenta al menos con un arma. Hay más de 50.000 establecimientos autorizados para la venta de pistolas, rifles e incluso ametralladoras en todo el país. ¡Ametralladoras, por el amor de Dios! -clama con las manos abiertas mirando al cielo-. La demanda de armas aumenta a diario. Más de mil armerías nuevas abrieron el año pasado. Pero lo que es más fuerte: en Estados Unidos hay más armas de fuego que habitantes. ¡¿Estamos locos o qué?! Yo entiendo perfectamente que los fabricantes de armas defiendan su negocio... ¡Lo que nunca podré entender es que haya gente normal que defienda estas aberraciones!

-Pero...

-¡Déjame terminar! -me interrumpe enérgica-.

-Está bien.

-Me hablas de gente honesta y del derecho a defenderse... No siempre la gente que adquiere armas es honesta... Por ejemplo, está demostrado que en

los hogares en donde hay armas de fuego la mujer que es víctima de malos tratos tiene siete veces más probabilidades de que el abuso termine en homicidio en comparación con otro tipo de hogares. Incluso existe otra posibilidad.

-¿Cuál?

-Que personas buenas y honestas sin aparentes problemas psicológicos o morales acaben asesinando a alguien por un calentón momentáneo.

-¡Venga! ¡Por favor!

-Imagina a un hombre que ha bebido alcohol, o que no ha bebido nada, pero discute con su vecino con el que se lleva mal desde hace tiempo. La discusión va subiendo de tono, ambos se acaloran, se insultan... ¡Y al final uno de los dos, furioso, saca el rifle de su casa y le pega un par de tiros al otro! Seguramente diez segundos después se arrepienta de haber hecho lo que hizo, pero ya no hay marcha atrás. Esa muerte se podría haber evitado perfectamente si no hubiera tenido un rifle. Quizás sólo se habrían insultado... ¡O se habrían liado a puñetazos como mucho! Pero cuando tienes un arma apretar el gatillo es muy tentador... Por eso nadie debería tener licencia.

-¡Todo lo contrario! El verdadero problema no radica en la gente que se saca una licencia de armas sino en la gente que no se la saca. Aunque las armas estuvieran prohibidas, los delincuentes las comprarían ilegalmente en el mercado negro... ¡Porque eso es lo que hacen hoy! Un sicario no va a una armería, compra un rifle y lo registra a su nombre, como te podrás imaginar... Y ya que esa gente va a conseguir armas de todos modos ¡qué menos que la gente honesta pueda armarse también! Comprar legalmente un revólver no hace que la sociedad sea más insegura... ¡Todo lo contrario, Susy! Si tienes un revólver le estás mandando un mensaje al criminal: “¡Cuidado, amigo! ¡No estoy indefenso!”.

-Otro de los problemas de poseer un arma de fuego es que eres responsable

legalmente de su uso -me contesta sin ni siquiera escucharme-. Si tienes una pistola y te la roban y esta arma es empleada para cometer un crimen puedes estar en serios apuros. ¡Puedes incluso acabar en la cárcel tú por culpa de otro! Además, cualquiera puede tener un arma pero hay una gran diferencia entre dispararla y saber usarla eficazmente. El aprendizaje para manipular con destreza un arma requiere de meses de entrenamiento. Sin ese entrenamiento, el arma pasa más a ser un estorbo que otra cosa. ¡Puedes herir a alguien o a ti mismo!

-Bueno, ahí está la responsabilidad individual de cada ciudadano. A nadie se le obliga a tener una pistola.

-En cualquier caso contribuye al aumento de homicidios y de inseguridad ciudadana.

-¡Al contrario! Mira, se cometen cerca de cinco millones de crímenes al año en los Estados Unidos. De ellos, sólo el 8% se perpetra con un arma de fuego. La idea del negro que fríe a tiros a un pobre desgraciado de noche en un callejón es un mito que sólo ocurre en las películas de Hollywood. En la vida real no sucede. O casi no sucede. Y no, Susan. Más armas no significa más delincuencia, sino más seguridad.

-Estás loco.

-¡Es como las armas nucleares, Susan! La gente dice que las bombas atómicas son un peligro, que no deberían existir porque pueden acabar con toda la humanidad... ¡Pero es justo al revés! Cuando no existían tuvimos dos Guerras Mundiales... ¡Pero desde que se inventó la bomba el mundo vive en paz! Estados Unidos teme a Rusia porque tiene la bomba atómica y viceversa; por eso ni ha habido ni habrá una Tercera Guerra Mundial. ¡Nadie está tan loco como para eso! ¡Ojalá el 100% de los americanos fuera armado hasta los dientes! Eso disminuiría muchísimo el crimen.

-¡Qué barbaridad! Todo el mundo con el revólver listo. ¡Como en el Lejano

Oeste! ¡Y el más rápido que dispare primero! Desde luego los de la Asociación Nacional del Rifle te han lavado bien el cerebro...

-¡No, Susy! ¡Es la maldita propaganda socialista la que te ha lavado el cerebro a ti, jovencita! ¡El país donde hay más gente armada es Suiza y es el país más seguro del mundo! El pueblo americano tiene derecho a portar armas. Para defenderse, o para practicar deporte o caza. O para coleccionismo privado.

-¿Propaganda socialista? ¡Ves comunistas por todos lados! ¡Hablas como un neocón! -me chilla histérica-

-¿Sabes, Susy? ¡Cuanto más te escucho más ganas me entran de ir corriendo a la armería a comprarme un AK 47 semiautomático o un Bushmaster AR 15! -le digo bromeando para enfadarla más-

-¡Por Dios, Walter! ¡Me pones de los nervios! -chilla rabiosa-

-Mira, Susy... -hago una pausa antes de continuar-. No te lo quería decir... ¿Pero sabes cuál es el motivo más importante por el que el pueblo americano debe ir armado? ¡Para garantizar nuestra libertad! ¿Sabes por qué en Europa ha habido tantas dictaduras? En Rusia, en España, en Alemania, en Italia... ¿Sabes por qué? Porque allí la gente concede el monopolio de la violencia al Estado. ¡Y claro, cuando hay una población desarmada, cuando los únicos que tienen armas son los militares y los cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado, es muy fácil dar un golpe de Estado y esclavizar a la gente! ¡Porque no se puede defender! ¿Y sabes por qué eso no ha pasado en América? Porque el día que un presidente intente un golpe tendrá a cien millones de americanos armados dispuestos a luchar por su libertad.

-Ya... -dice arqueando las cejas y poniendo mala cara en claro signo de desaprobación-

-Es más, no me extrañaría lo más mínimo que detrás de esas masacres y tiroteos que ocurren a veces estuviera el Gobierno. ¡Quieren conmocionar a la

gente para derogar la Segunda Enmienda! Así, una vez sea desarmada la población, los socialistas podrán establecer una dictadura.

-¡Dios! ¡A veces te odio, Walter! ¡Cuando hablas así pareces el paranoico de Ronald Reagan! -exclama-.

-¿Paranoico? Eres tú la que está ciega, muchachita. ¡Doy gracias a Dios por la vida de hombres como el general Macarthur o George Patton! ¡Detrás de la civilización siempre hay un soldado con un fusil que la defiende!

-¡Un momento! -me interrumpe de súbito- ¿Qué demonios pasa ahí? -pregunta extrañada-.

Veo allá a lo lejos diversos automóviles y camionetas detenidos en la autopista. Los conductores han salido de sus vehículos y miran extrañados el horizonte. No sé qué ocurre. Aminoro la velocidad y detengo mi Ford Ranger. Apago el motor. Susy y yo salimos de la camioneta; hay varios individuos haciendo fotos con el móvil. ¡Entonces lo vemos! ¡Allá a lo lejos! ¡Es un barco! ¡Uno enorme! ¡Parece un trasatlántico! ¡Uno de esos con los que los turistas hacen cruceros de lujo! ¿Pero cómo es posible? ¿Un barco varado en pleno desierto de Arizona? ¿Qué locura es ésta? ¡No doy crédito a lo que estoy viendo! ¡Susy está tan estupefacta que ni puede articular palabra! ¡Veo mujeres que se tapan la boca en un gesto de admiración! ¡Y hombres boquiabiertos como niños! ¡Justo en ese instante me vienen a la memoria las palabras de Elisabeth Brown en Colorado Springs: “La próxima vez que te encuentres con un barco será una señal de que el fin del mundo está muy cerca. Tanto que hasta muchos de los que ahora no creen, creerán”. ¿Será esto un milagro? ¿Será una señal del cielo? ¿Nos está diciendo Dios que el Juicio Final es inminente?

38. El manicomio maldito.

-El hospital psiquiátrico de Rolston Asylum es famoso por un largo historial de incidentes que tristemente le han valido la reputación de manicomio maldito -explica con intriga el locutor de la radio-. La reciente fuga de un loco peligroso tan sólo es uno más de ellos. Háblanos más de ello, Jack.

-Así es, Benjamin -le responde con complicidad su compañero de programa-. Este centro fue inaugurado en 1925 como una clínica para atender a los enfermos mentales, pero casi desde el principio ha experimentado todo tipo de fenómenos extraños y sucesos inexplicables como luces misteriosas, sombras tenebrosas y cuchicheos en salones vacíos. Varios testigos han afirmado que el espíritu de un hombre vestido de blanco suele aparecer en la cafetería o en los pasillos. La leyenda cuenta que se trata de un antiguo empleado del hospital que murió allí mismo. También suele verse el fantasma de una mujer que recorre las habitaciones con piernas y manos ensangrentadas pidiendo ayuda pero luego desaparece sin dejar rastro. Varios testigos han asegurado haber escuchado un coro de niños procedente de los techos. El cuarto piso es el más terrorífico de todos ya que allí en ocasiones las puertas se abren solas, hay gritos de dolor y espectros que aparecen de la nada. En ese lugar un guardia de seguridad manifestó haber visto una cabeza flotar en medio de la oscuridad. Como ya te podrás imaginar, Ben, las autoridades siempre han desmentido semejantes historias, a las que tachan de habladurías. El director del hospital denuncia que es una campaña para desprestigiar el centro -informa-.

-Lo que no es ninguna habladuría, Jack, es la reciente fuga del psiquiátrico de un interno muy peligroso...

-En efecto, Ben -responde-. Y lo de muy peligroso no lo decimos nosotros sino las autoridades. Su nombre es Samuel Bronson. Se trata de un hombre de cuarenta y cinco años de edad, de raza blanca, pelirrojo y corpulento. Sufre de esquizofrenia paranoide y tiene fuertes alucinaciones. Samuel estaba internado en el manicomio por haber matado, despedazado y haberse comido a diez mujeres. Una de ellas su propia madre. Se cree que no puede haber huido demasiado lejos, por lo que podría estar por las inmediaciones del manicomio. Tengan mucho cuidado y si lo ven llamen al 9-1-1.

Lucy estaba absolutamente horrorizada. No era esto lo que ella entendía por una escapada romántica. Lucy tenía diecinueve años y venía en el coche con Tom, su novio dos años mayor que ella. Ninguno de los dos era bueno en los estudios; ambos preferían aprender en la escuela de la calle. Lucy se marchó de casa el mismo día que cumplió los dieciocho... Fue entonces cuando se fue a vivir con Tom. El muchacho trabajaba desde los catorce años y siempre que tenía un dinerillo ahorrado aprovechaba para viajar. Los dos venían de Sacramento, California, y habían decidido hacer una ruta por el sur de los Estados Unidos. Como no tenían mucho dinero paraban para dormir en moteles de mala muerte, donde aprovechaban para fornicar con la desesperación de dos perros en celo. Se dirigían a Dallas para ver un concierto de rock, pero estaban parados en el arcén de la autopista.

-¿Has oído eso, Tom? ¡Un loco peligroso anda suelto por la zona! ¡Ese manicomio queda cerca de aquí!

-Lucy, sinceramente, tengo más miedo de no llegar a tiempo al concierto que de ese tipo. ¡Estamos en medio del desierto de Arizona, nena! ¡A ese pirado ya se lo habrán comido los coyotes! -le contesta a su novia en un tono tranquilizador mientras consulta confundido el mapa-.

-A este paso no vamos a llegar nunca a Dallas -responde molesta Lucy-.
Dijiste que sabías cómo llegar...

-Sí, sí, Lucy... ¡Déjate de reproches!

-Mira, Tom, por ahí se acerca una camioneta... ¡Pregunta al conductor!

El chico sale del coche y hace señales al vehículo para que se detenga. Es un Ford Ranger que reduce la velocidad hasta pararse. Lo conduce un hombre rubio de ojos azules, con aire inglés. Un curioso medallón de color ámbar pende de su cuello. Le acompaña una bella y joven muchacha hispana. Tom se acerca con el mapa a la ventanilla del Ford.

-Buenas tardes, señor y señorita, disculpen que les moleste -saluda respetuoso-.

-Buenas tardes.

-Mire, señor, quería ver si por favor podría ayudarme. Me dirijo a Dallas con mi novia pero me temo que me he perdido. No somos de aquí. ¿Sería tan amable de indicarme por dónde puedo salir hacia Dallas?

-Sigue recto y salte en el primer desvío a la izquierda que encuentres -le indica-.

-Muchas gracias -le dice amable-.

-No hay de qué -contesta-.

-¡Gracias! -grita sonriente Lucy-. ¡Por cierto! ¡Tengan cuidado! ¡Acabo de escuchar en la radio que un loco se ha escapado de un manicomio de la zona! ¡Es peligroso y si lo ven deben llamar al 9-1-1!

-¡Gracias por la información! ¡Espero no cruzármelo!

-¡Nosotros tampoco! -añade Tom-.

Los enamorados retoman su camino rumbo a Dallas. Todo transcurre con normalidad hasta que el coche los deja tirados. Tom se lamenta por haber iniciado un viaje tan largo con su viejo Chevrolet de segunda mano y se arrepiente por no haber alquilado un auto en condiciones para esta aventura.

Lucy trata de llamar a la compañía de seguros para que vengan a recogerlos pero su celular no tiene cobertura. No es de extrañar pues se encuentran en un desierto agreste en medio de la nada. A menudo las comunicaciones fallan aquí. El muchacho le dice entonces a su novia que se va a pie a la gasolinera más cercana a pedir ayuda y que lo espere en el automóvil. Ella tiene miedo y le suplica que no la deje sola. Pero no hay nada que temer. Cinco kilómetros atrás dejaron una estación de servicio, así que antes de que se dé cuenta, Tom estará de vuelta. “Tranquila. Vuelvo en seguida”, promete.

Pasan cuatro horas y con la noche llega una oscuridad tenebrosa y un viento gélido que hiela los huesos. Lucy tiembla de terror, no sabe nada de su novio, ni un alma circula por la carretera y está encerrada en un auto sin saber donde se encuentra. La pobre muchacha se halla al borde de un ataque de nervios. ¿Qué habrá sucedido? ¿Por qué su novio se demora tanto? Atenazada por las dudas, no sabe si esperar a su regreso o ir a por él. ¿Y si sale a buscarlo y resulta que justo entonces llega Tom y no la encuentra en el Chevrolet? ¡Su angustia y ansiedad van en aumento! Desesperada, piensa en salir del coche y buscar ayuda. Mientras se dispone a hacerlo, un sonido extraño parece venir del capó del auto, así que sale corriendo aterrada sin mirar atrás. No sabe qué ocurre. Cuando Lucy se gira, ve a un individuo golpeando el capó del Chevrolet ¡con la cabeza de Tom!

39. El barco.

Hace ocho horas del fenómeno. Susan y yo viajábamos por las polvorientas

carreteras de Arizona cuando lo vimos. Numerosos conductores habían detenido sus vehículos y estaban tomando fotos con el móvil. Lo contemplaban atónitos, incapaces de dar crédito a sus ojos. ¡Un barco! ¡Un barco varado en mitad del desierto de Arizona! El calor es abrasador. Por un momento llegué a dudar si quizás se tratara de un espejismo causado por la insolación, pero ya son miles los testigos que ven lo mismo que yo. Una marea humana no deja de acercarse a la zona, especialmente desde que la Fox informó en directo del misterioso suceso. El FBI ha acordonado el lugar. El sheriff y sus ayudantes tratan de mantener alejados a los curiosos, que cada vez son más. No paran de llegar furgonas llenas de periodistas con sus micros y cámaras de televisión. Un helicóptero sobrevuela la zona.

Desierto de Arizona. Los caminos de asfalto despiden oleadas de aire caliente y las resecas plantas se marchitan en los campos. Un sol de plomo eleva el mercurio hasta casi cincuenta grados. La escena no puede ser más surrealista. En medio de un pedregoso y resquebrajado erial repleto de dunas, cactus y matorrales ha aparecido como por arte de magia un barco. Uno enorme. Se trata de un trasatlántico de esos con los que los turistas más adinerados hacen cruceros de lujo. Pese a lo mastodóntico de su tamaño y de su buen estado de conservación, su diseño no parece nuevo. No entiendo mucho de estas cosas, pero juraría que es un barco de los años setenta u ochenta. Me vienen a la mente las palabras de la profeta Elisabeth Brown, que me advirtió de que la próxima vez que encontrara un barco sería una señal del fin de los tiempos. ¡Jamás pensé que lo encontraría en el desierto!

-¡Arrepentíos de vuestros pecados! ¡El fin del mundo se acerca! -clamo a la multitud con un megáfono-. ¡Arrepentíos de vuestros pecados! ¡Este mundo está a punto de morir! -adviento mientras hago sonar una campanilla para que me presten atención-. ¡Este barco es una señal de que el fin está cerca! -cuando digo esto me percato de que varios cámaras de televisión se giran

hacia mí y comienzan a filmarme-. ¡Así como en los tiempos de Noé un barco en medio del desierto fue la antesala del fin, hoy nuevamente se repite la señal! ¡Vivimos como en los tiempos de Noé! ¡Hoy todo es adulterio, prostitución y fornicación! ¡La mentira se ha vuelto tan común que decir la verdad resulta un acto revolucionario! ¡La corrupción es enorme! ¡La promesa de un político vale tanto como el beso de una ramera! ¡Se declara la guerra a las naciones sólo para que unos pocos puedan lucrarse!

-¡Escuchad a este tipo! ¡Está diciendo la verdad! -grita un hombre con gorra de béisbol-.

-¡Sí, hermano! ¡Háblales! -añade otro-.

-¡Bob, filma a ese tipo! -oigo decir a un periodista a su cámara-.

-¡Hay comida de sobra para alimentar al doble de la población mundial y pese a ello todos los días mueren de hambre miles de niños! ¡Si cada uno de los países del mundo destinara el 1% de su presupuesto de Defensa a ayudar a los necesitados se habría acabado hace mucho con la pobreza en el mundo! ¡Y si todos los ricos que dicen ser cristianos apoyaran con su dinero a los misioneros se habría evangelizado a la humanidad entera! ¡Por desgracia en Estados Unidos gastamos más dinero en chicles que en apoyar a nuestros misioneros, que en muchos casos tienen que volver a las fábricas porque apenas pueden alimentar a sus familias! ¡Las *Biblias* no están permitidas en las escuelas pero sí que lo están en las cárceles! ¡Si se dejara a los niños leerlas en las escuelas, muchos de ellos no llegarían a prisión! ¡Dios está harto de tanta maldad! ¡Hemos acabado con su paciencia!

-¡Señor! ¡Soy Richard Danbury, de la CBS! ¿Cómo se llama usted? -me interrumpe un periodista-.

-Mi nombre es Bossman. Walter Bossman -le respondo-.

-Señor Bossman, ¿por qué dice usted que el fin del mundo se acerca? ¿Qué tiene que ver este barco con el antiguo barco de Noé? -me interroga, mientras

una nube de reporteros y de curiosos se me acerca-.

-¿Estamos en directo? -le pregunto al ver cómo su compañero me enfoca con la cámara-.

-Sí, estamos en directo para la CBS -confirma-.

-¡Escucha América! -digo mirando fijamente a la cámara-. En los tiempos de Noé todo era pecado y perversión. Hasta el punto de que Dios decidió acabar con la humanidad. Todo el mundo vivía feliz y justo entonces llegó destrucción y muerte repentina. En los tiempos de Sodoma y Gomorra la gente vivía de espaldas a Dios y llegó consternación y quebranto. ¡En ambos casos solamente unos pocos justos se salvaron! Hoy el Señor nos está mandando otra señal. ¡Vosotros lo habéis visto! ¡Un barco se ha materializado de la nada! ¡¡¡Es un milagro!!! ¡Un barco en medio del desierto! ¡Como en los tiempos de Noé! Me da igual que puedas pensar que soy un loco o un fanático porque estoy en la obligación de compartirme la verdad. Dios nos está mandando hoy un mensaje: ¡el tiempo se acaba! ¡No sé cuando llegará el fin, pero no falta mucho! ¡Arrepiéntete ahora que aún estás a tiempo!

-Pero señor Bossman... -me pregunta el reportero-.

-No tengo nada más que decir -le interrumpo-.

-¡Señor Bossman! ¡Unas palabras para la NBC! -me dice otro periodista que prácticamente me golpea con el micro en la boca-.

-¡No tengo nada más que decir! -repito ante el acoso de una nube de periodistas que me rodea por completo-.

-¡Como ustedes mismos han podido escuchar el extraño fenómeno del barco de Nothing, Arizona, suscita todo tipo de interpretaciones, incluso las más apocalípticas! -afirma el periodista mirando muy fijamente a la cámara-. ¡Soy Richard Danbury, informando en directo para la CBS! -se despide-.

Sigo predicando a la multitud durante horas. Susan me ayuda en mi tarea repartiendo *Biblias* a la gente. Como si se tratara de obra y gracia del Espíritu

Santo, los corazones de los presentes se ven tocados. Muchos son los que se ponen de rodillas y comienzan a orar. Otros se toman de las manos, forman un corro y comienzan a buscar a Dios en oración. Según transcurre el tiempo, comienzan a llegar más predicadores que también hablan de la necesidad de arrepentirse ante la proximidad del Juicio Final. También hay pastores que se han acercado a la zona y proponen recaudar fondos para construir una iglesia junto al barco y sacerdotes que hablan de convertir el lugar en un centro de peregrinaje. Comienza a anochecer. Los conductores ya van encendiendo los faros de los coches. Una brisa gélida me golpea en la cara. Comienza a hacer frío pero la gente todavía se resiste a marcharse.

-Según las primeras informaciones oficiales, este barco podría corresponderse a un trasatlántico que desapareció en el Triángulo de las Bermudas en 1981. Según nos cuentan los agentes que lo han registrado no se ha encontrado ningún pasajero a bordo. Sin embargo, junto al timón había una *Biblia* abierta por el libro de Génesis. En ella había un versículo subrayado. Se trata de Génesis 7:23. Dice esto: “Así fue destruido todo ser que vivía sobre la faz de la tierra, desde el hombre hasta la bestia, los reptiles y las aves del cielo; fueron borrados de la tierra. Solamente quedó Noé y los que con él estaban en el arca”. No sabemos por qué este enigmático mensaje aparecía subrayado o si guarda alguna relación con la súbita aparición de este barco en el desierto. En cuanto tengamos más datos volveremos a conectar con ustedes. Desde Nothing, Arizona, les informó Betsy White para la NBC.

40. Nothing.

Nothing es un pueblo fantasma al oeste de Arizona. Nothing. Nada. ¡Qué nombre tan apropiado! Fue fundado, dicen que por un puñado de borrachos, en 1977. En la actualidad está completamente abandonado y no vive nadie allí. Tampoco importa porque en su máximo esplendor tan sólo tuvo cuatro habitantes. El pueblo, si se le puede llamar así, se compone de una casa de madera pintada de amarillo, las ruinas de una antigua gasolinera que se desplomó y un cartel a varios metros de altura con el nombre del municipio en grandes letras rojas y mayúsculas: Nothing. En frente de la casa amarilla un cartel más pequeño reza: “Pueblo de Nada, Arizona. Fundado en 1977. Elevación 3269 pies. Los devotos ciudadanos de Nada están llenos de Esperanza, Fe y Creer en el trabajo ético. A través de los años este dedicado pueblo tuvo fe en Nada, esperó por Nada, trabajó en Nada, para Nada”.

Dios tiene un extraño sentido del humor. Hace unas semanas se apareció un barco enorme en pleno desierto. Los periodistas enfatizaron que se materializó como por arte de magia en este pueblo llamado Nada, que a su vez está en medio de la nada. Es un trasatlántico desaparecido en el Triángulo de las Bermudas en 1981 y que por alguna misteriosa razón apareció aquí de la noche a la mañana. Ningún pasajero fue hallado a bordo y junto al timón había una *Biblia* abierta por el libro de Génesis con un versículo subrayado: Génesis 7:23. Susan y yo veníamos por la carretera cuando vimos el barco. Casualidad dirán algunos. Diosualidad diría yo. Soy un misionero, un predicador ambulante que anuncia que el Juicio Final se acerca. Aquel día la prensa me sacó en directo y mi mensaje se ha repetido hasta la saciedad por todas las televisiones del planeta. ¡Me he convertido en un fenómeno viral en las redes sociales! ¡Diosualidad otra vez!

Hace dos semanas de aquello. Desde entonces Nothing ha cambiado por completo. Aunque el barco se encuentra acordonado y su acceso está vetado al

público por los federales, son miles y miles los curiosos que no paran de llegar. La prensa aún sigue aquí, para poder ofrecer la exclusiva por si ocurre cualquier cosa fuera de lo normal. Docenas de predicadores han acudido a Nothing con la idea de anunciar que se acerca el fin del mundo. Varios misioneros y pastores se han apresurado a levantar iglesias en medio del desierto, con la ayuda de carpinteros y albañiles. El obispo también ha movido ficha y ya han convertido el lugar en un centro de peregrinaje al que acuden los católicos masivamente. No faltan, por supuesto, los mercaderes que tratan de hacer su agosto y venden todo tipo de camisetas, recuerdos y souvenirs a los turistas. Nothing está en el punto de mira del mundo entero.

-¡América, arrepiéntete de tus pecados porque le has dado la espalda a Dios y te gobierna un demonio! Nuestro presidente es un demonio de lengua bífida. El pueblo americano quiere aborto y homosexualidad y Dios les ha entregado un presidente que promueve el aborto y la homosexualidad. ¡Pero América, ten por seguro que el juicio de Dios caerá sobre ti, que serás castigada por tu desobediencia y tu maldad! Desconfiad del inquilino de la Casa Blanca, el lobo con piel de cordero, el demonio con antifaz... ¡Abraham Lincoln dijo una vez: “Mi preocupación no es si Dios está de nuestro lado; mi más grande preocupación es estar del lado de Dios, porque Dios siempre tiene razón”. Esto respondió cuando le preguntaron si creía que el Altísimo estaba de parte del bando de la unión. ¡Ojalá que todos hiciéramos como Lincoln y buscáramos de corazón a Dios!

-¡Ey! ¡Mirad a ese tipo! ¡Es el que salió en la tele hace dos semanas! -grita un hombre con gorra de béisbol-.

-¡Sí! ¡Es Walter Bossman! ¡He visto su foto en las redes sociales! ¡Es un fenómeno viral! -añade otro-.

-¡Shhh! ¡Callaos! ¡No me dejáis escuchar! -se queja una señora-.

-¡Y cómo crece la codicia en este país! ¡Durante siglos los hombres ricos

compraban esclavos y los mataban a trabajar mientras ellos llenaban sus arcas de dinero! ¡Aunque en teoría acabó la esclavitud los ricos siguieron explotando a sus trabajadores! ¡Hoy el dueño de la fábrica acumula cuantiosas ganancias mientras que sus trabajadores apenas pueden alimentar a sus familias! ¡Hoy los millonarios sobornan a los políticos y los banqueros echan a las familias de sus casas! ¡Unos pocos hombres se han convertido en los dueños de casi todo el dinero que hay en el mundo! ¡Hay hombres que poseen una fortuna tan grande que ya ni siquiera se puede contar! ¡Hombres cuyas fortunas superan el producto interior bruto de varios países pequeños juntos mientras decenas de miles de niños mueren de hambre cada día! ¡Pero el llanto de los pobres ha llegado a los oídos de Dios!

De súbito un sonido de trompeta comienza a escucharse en el desierto. Las nubes forman un anillo gigantesco en medio del cielo. Es un círculo perfecto, tan preciso que asusta. Dentro de ese círculo hay más nubes, todas ellas blancas, enormes, como de algodón. Del círculo comienzan a surgir unos destellos blancos que en pocos segundos se unen con las nubes que hay en el centro del anillo. Es algo rarísimo. Es como si las nubes del centro succionaran las del círculo, pese a ello el anillo no se descompone y mantiene su forma con una precisión milimétrica. El día es soleado y el cielo azul. El sonido de trompetas se sigue escuchando. Parece una señal de alarma. La prensa no para de filmarlo todo. La gente se arrodilla y se pone a rezar. Tras dos semanas en Nothing, Susan y yo decidimos que es hora de marchar hacia California. Ambos tenemos la firme convicción de que el tiempo se acaba.

41. Una mujer de bandera.

A la bandera de Estados Unidos la llaman *Old Glory* (Vieja Gloria), *Stars and Stripes* (Barras y estrellas), *Star-Spangled Banner* (Bandera adornada con estrellas). Este símbolo es tan sagrado para nosotros los americanos que hasta existe el Día de la Bandera: 14 de junio. En esta fecha se celebra el aniversario de la adopción de la bandera oficial de Estados Unidos en 1777. La primera bandera tenía trece estrellas sobre fondo azul y trece barras alternas en rojo y blanco, que representaban a las colonias originales. Hoy tiene una estrella por cada uno de los cincuenta estados. En 1814, Francis Scott Key se inspiró en la bandera americana que ondeaba sobre el Fuerte McHenry en Baltimore -bombardeado por los británicos- para escribir el poema *La bandera adornada con estrellas*, al que se le agregó música y más tarde se convirtió en himno nacional. Aquella Guerra angloamericana duró de 1812 a 1815 y está considerada nuestra “segunda guerra de independencia” contra Reino Unido.

Aquí en Palm Springs se ven muchas banderas en el día de hoy. Esta pequeña ciudad es conocida como el patio de las estrellas. Un enclave paradisíaco de palmeras kilométricas donde muchos actores de Hollywood y millonarios en general vienen a pasar las vacaciones. Natación, tenis, caballos, golf... Ya se sabe que los ricos no se privan de nada. He estado predicando todo el día por la calle. Hoy son muchos los que se han arrepentido. Desde que ocurrió lo del barco en Nothing, Arizona, cada vez son más los que se arrepienten.

Anochece, estoy reventado de tanto caminar y decido regresar al motel. Cuando entro en la habitación me encuentro que Susan me está esperando. Está cubierta únicamente por una gran bandera americana que tapa su desnudez. Cierro la puerta de la habitación y la observo sorprendido y confuso al mismo

tiempo. Ella no dice nada y sólo me dirige una mirada cómplice. Entonces Susan deja caer la bandera al suelo con picardía y la puedo contemplar en todo el esplendor de su belleza. Un calor inmenso abrasa todo mi cuerpo. Trago saliva.

-¿Qué significa esto, Susan?

-¡Hoy es el Día de la Bandera! ¡Vamos a celebrar que les ganamos a los británicos! -propone con picardía-.

Susan Hernández es una joven escultural. Es hispana y su color trigueño me fascina. Su piel tostada por el sol es simplemente maravillosa. Es una mujer de ensueño. Sus ojos parecen dos avellanas y sus labios carnosos invitan a besarla. Sus cabellos son negros como la noche y le llegan casi a la altura de los pechos. Los contemplo embelesado, hipnotizado. Son enormes y se ven tiernos, jugosos, suculentos. Sus pezones erectos parecen dos balas. Desliza las manos sobre su vientre plano y sobre sus muslos. Siento un fuego que recorre todo mi ser. Sus uñas están recién pintadas porque todavía se nota el olor a esmalte. Su pubis está perfectamente rasurado y cuando se da la vuelta me deja ver un trasero respingón, firme y prieto que dan ganas de agarrar. Susy tiene unas piernas largas y finas. Suaves como la seda. Dan ganas de acariciarlas y besarlas. Hace calor en Palm Springs pero ese calor es nada comparado con el fuego que me consume. Mi frente está empapada de sudor, mi garganta está reseca, mi pene parece una barra de acero.

¿Te gusta lo que ves? -me pregunta mientras se acerca a mí despacito y siento la fragancia dulce de su perfume-.

-¿Qué significa todo esto, Susan? -le vuelvo a preguntar-.

-¡Oh, ya te lo dije, tonto! ¡Es para celebrar el Día de la Bandera! -contesta mientras rodea mi cuello con sus brazos-.

-¡Susan! -exclamo-.

-Walter, te amo... Bésame, Walter, bésame... -me susurra mientras acerca

sus labios a los míos-.

-¡No! -exclamo-. ¡Esto no está bien! -le grito mientras la agarro fuertemente por las muñecas-. Susy -pego un bufido antes de continuar-, mentiría si te dijera que no te quiero... ¡Pero quiero aún más a Nuestro Señor Jesucristo! ¡Yo soy un hombre de Dios y lo que estamos haciendo no está bien y lo sabes!

-Entiendo... -responde ella, que de inmediato se da media vuelta y se viste a toda velocidad-.

-Susan, entiéndeme, no es que no me gustes... -le digo tratando de explicarme-.

-¡Cállate! -me interrumpe-. ¡Será mejor que te calles! -dice un momento antes de marchar a su habitación-.

El portazo que da al salir hace temblar los cuadros de la pared. Por un momento trato de ir a hablar con ella para intentar aclarar la situación. Luego pienso que es mejor dejar que se le pase el enfado. Mi experiencia me indica que no hay nada más peligroso que una mujer despechada. No es que no me guste. Al contrario: ¡estoy enamorado de Susan! Pero si me hubiese acostado con ella le habría fallado a Dios. Pienso que hice lo correcto, pero entonces... ¿por qué demonios me siento tan mal? Durante un par de veces estoy tentado de llamar a su puerta para charlar con sosiego, pero luego pienso que será mejor esperar a la mañana siguiente para que se serenen los ánimos. Espero que para entonces ya no esté tan enojada. No sé qué hacer. ¿Tiene sentido comenzar una relación con Susy si el Juicio Final está a la vuelta de la esquina? Sin embargo ella me dijo “Te amo”. Lo oí muy bien. “Te amo”. No puedo dormir en toda la noche y en cuanto llega la mañana, bien temprano, trato de hablar con ella.

-Susy...

-Buenos días -responde cortante-.

-Mira, Susy, lo de anoche...

-No hace falta que digas nada.

-¡Oh, yo sí creo que hace falta!

-Está bien, Walter. Te escucho -me indica molesta-.

-Con respecto a lo de anoche... Mira, no es que no me gustes. De hecho, me gustaste desde el primer momento en que te vi... -le confieso en un arranque de sinceridad-. ¡Y mentiría si te dijera que no siento algo por ti! ¡Algo grande! ¡Mis sentimientos por ti han ido creciendo hasta convertirse en algo que sólo puede llamarse amor! ¡Maldita sea! ¡Cada vez que me sonríes el corazón me late a mil! ¡Tu sola sonrisa me alegra el día! ¡Me da ganas de vivir! -Hago una pausa-. Pero lo nuestro no puede ser. Tú eres demasiado joven y yo soy demasiado viejo. No estaría bien. Además, el Señor me ha encomendado una misión... Tú lo sabes. No puedo permitir que nada me aparte de cumplirla, Susan.

-Está bien -asiente con la cabeza a la vez que mira el suelo-.

-¿No estás enfadada?

-No. No lo estoy. Entiendo la situación -me comenta en un tono sereno-.

-¿Entonces seguimos nuestro viaje hacia Los Ángeles? -le pregunto como tratando de hacer las paces-.

-No. De ahora en adelante, será mejor que sigas tú solo. Yo tomaré el bus.

-¡Pero Susan! -exclamo estupefacto-.

-Cuídate, Walter -me dice justo un segundo antes de que una lágrima recorra su mejilla-.

Susan coge su mochila, se da media vuelta y se marcha hacia una parada de bus cercana. En ese momento llega el chófer. La veo subir al autobús y desvanecerse de mi vida para siempre. La única mujer que me ha amado de verdad en toda mi vida se aleja de mí... ¡Y yo la dejo escapar sin decirle nada!

42. OSNI.

USS Odyssey. El portaaviones más poderoso del mundo. Con sus 382 metros de eslora, este superportaaviones cuenta con unas dos hectáreas de cubierta de vuelo y puede transportar 70 aviones de combate. Este buque se eleva sobre el agua a una altura equivalente a un edificio de 20 pisos y puede albergar de 3.000 a 3.200 tripulantes, 1.500 efectivos de personal aéreo y otras 500 personas. Puede llegar a desplazarse a plena carga con 97.000 toneladas. El USS Odyssey es la última nave de la serie de portaaviones clase Newport, la joya de la corona de la Armada Americana, el buque de guerra más letal que jamás haya surcado los mares.

-¿Señor? ¿Me había hecho llamar, señor?

-Pase, vicealmirante.

-¡Sí, señor! -el vicealmirante Johnson se cuadra a la orden de su superior-.

-Descanse, vicealmirante. Tome asiento, por favor.

Louis Johnson entra en el camarote de Jeffrey Jacob MacArthur, almirante al mando del USS Odyssey. Johnson es un hombre de unos cincuenta años, calvo, corpulento, de raza negra. Tras de sus anteojos se encuentra la mirada de un hombre curioso. MacArthur es un hombre blanco, algo mayor que él, también con gafas, de cabellos castaños y barba poblada. Le gusta llevar impecable su uniforme de color azabache y presumir de galones. El almirante está trabajando con el ordenador portátil en su escritorio. Tras él hay unas estanterías con docenas de carpetas y ficheros. Un pequeño retrato de su hija es el único efecto personal de un hombre que vive por y para el trabajo.

-Vicealmirante, le he hecho venir porque quiero hacerle partícipe de la

naturaleza de esta misión.

-Le escucho.

-Oficialmente estamos frente a las costas de California cumpliendo con unos ejercicios de pura rutina. Usted no obstante es un viejo lobo de mar y sabe que esto no es cierto. Nos encontramos en una misión de alto secreto. Estamos buscando fuerzas hostiles en las inmediaciones de Estados Unidos.

-¿Submarinos rusos quizás?

-No. Desde luego los rusos no se atreverían a acercarse tanto a nuestras aguas.

-¿Chinos?

-No. Visitantes.

-¿Visitantes? ¿Se refiere a seres alienígenas? -pregunta frunciendo el ceño-

-Exactamente. Estamos explorando la zona porque sospechamos que hay una base submarina cerca.

-¡Eso es imposible, señor!

-Vicealmirante... ¿Ha visto usted en las noticias el incidente de Arizona? ¡Un barco surge de la nada en medio del desierto! ¡Un trasatlántico desaparecido en el Triángulo de las Bermudas en 1981! Pensamos que este hecho puede estar relacionado con lo que Ismael Bernstein, el físico, explicó hace unas semanas en televisión. Podemos estar asistiendo al desgarramiento de nuestro espacio-tiempo. ¡Que haya aparecido un barco de estas dimensiones puede ser un indicador de que la cosa empeora rápido!

-¡Pero los portavoces de la Casa Blanca desmintieron a Bernstein! ¿Fue para no asustar a la opinión pública?

-¡Obvio! Sin embargo, desde el Pentágono nos han dado órdenes para encontrar el foco de esta crisis.

-Puedo creer que existan los visitantes. Pero una base submarina... ¿frente a las costas de nuestro país?

-Mire estos informes, vicealmirante Johnson... No hace falta que le diga que son confidenciales... -indica-.

-Veamos... Expediente OSNI 54/1997. OSNIS... Objetos submarinos no identificados... ¿Pero qué demonios...? En 1951 Harold Withford, un joven buceador de 24 años, encontró en Long Beach, a setenta metros de la orilla y a unos diez de profundidad un perfecto cilindro de siete metros de longitud y tres metros de anchura, sin remaches. Estuvo ahí durante varias horas. Luego salió del agua a una velocidad increíble, y de ahí a las estrellas... En 1973 dos submarinos americanos detectaron con el sonar un enorme objeto que se movía ¡a 127 nudos por hora a una profundidad de 8.200 metros! ¡Joder! ¡Eso es imposible! ¡Ningún submarino actual puede navegar tan rápido ni tan profundo! Aquí dice que los altos mandos concluyeron que debajo de los océanos podría haber instalada toda una base submarina en la que los OVNIS se ocultan. Frente a California. ¡Dios santo! -exclama-.

-Siga leyendo. Se deja usted lo mejor...

-¿Es que aún hay más? -replica atónito-. Veamos... Cristóbal Colón dejó por escrito en su cuaderno de bitácora que unas extrañas luces salieron del mar... ¡Justo el día antes del descubrimiento de América!

43. Un demonio en la botella.

-¿Qué va a ser, señor? -me pregunta el dueño del bar-.

-Un whisky doble. Con mucho hielo -le respondo-.

Los Ángeles. Playas inacabables y chicas en bikini con enormes tetas de

silicona. Un fuerte olor a salitre entra por mi nariz. El Paseo Marítimo de Venice Beach es una colmena humana. Patinadoras que van a toda velocidad de aquí para allá, jóvenes surfistas, chiringuitos decadentes, gimnasios para culturistas, policías en bicicleta y gafas de sol, gente de lo más variopinta, desde turistas y vagabundos hasta personajes de todo signo.

-Ha sido un día duro ¿verdad, señor?

-Ni se lo imagina.

Si California se independizara sería la quinta economía del mundo. Buena parte de la culpa la tiene esta gran ciudad, la tercera más rica del planeta tras Tokyo y Nueva York. Los Ángeles acogió los Juegos Olímpicos en 1932 y 1984 y es la sede de Hollywood, pero a mí me recuerda a Sodoma y Gomorra, un cenagal de inmoralidad y pecado. No me extraña que aquí siempre voten por los demócratas.

-¿Qué quieres que te diga, Sam? A mí no me parece correcto que dos personas del mismo sexo se puedan casar -le comenta un cliente a su amigo mientras se toma un café-.

-¡Eres un dinosaurio, Damon! ¡Hoy en día ya casi nadie piensa como tú! -le responde el otro-.

Estoy sentado en la barra del bar. El propietario está tras de ella, secando copas con una bayeta. Un par de camareros atiende a los clientes. No hay demasiados. Aún es temprano. Nadie fuma porque está prohibido. El día menos pensado los burócratas nos prohibirán ir a mear. El bar está decorado con cuadros de Wilt Chamberlain, Kareem Abdul-Jabbar, Magic Johnson, Shaquille O'Neal y Kobe Bryant.

-Póngame otra copa.

En el último año y medio sólo había bebido una cerveza. Ahora son las nueve y media de la mañana y ya voy por mi segundo whisky. El licor arruinó mi vida hace tiempo, hasta el punto de que lo perdí todo y acabé en la calle.

Pero ahora es el amor el que ha arruinado mi vida. Pienso en Susy... Desde que nuestros caminos se separaron no puedo dejar de pensar en ella. Tomo otro trago para olvidar.

-¿Sabe?, si hubiera querido ahora estaría en la cama con la mujer más maravillosa que he conocido jamás. Pero la dejé escapar... Era el amor de mi vida y la dejé escapar... ¡Tío, esta vida es una mierda!

-¿Por qué no la llama? -me contesta-.

-La he telefoneado más de cincuenta veces y no contesta. ¡Está claro que no quiere saber nada de mí!

-Lo siento, señor.

-¡Pues no lo sienta y póngame otra copa! ¡Con mucho hielo, como a mí me gusta!

-¡A la orden, señor!

Siento que hay un demonio dentro de esa botella de whisky. Dicen que el demonio anda como león rugiente buscando a quien devorar. Satanás siempre nos tienta con nuestras peores debilidades. He visto cómo amigos míos han arruinado sus vidas y sus familias por culpa de la ludopatía. Siento que el diablo me zarandea a su merced, como el viento doblega al junco. Lo peor de todo es que no me importa.

-Hola guapo, ¿me invitas a una copa? -me pregunta una chica que se sienta a mi lado-.

-Amigo, sírvale lo que quiera a la señorita... -ordeno al dueño-.

-Lucy. Mi nombre es Lucy.

-Encantado.

Lucy es una muchacha joven y hermosa. Tiene el mismo tono canela de piel que Susan. La verdad es que se le parece bastante físicamente. Algo en su mirada me recuerda mucho a ella. Lucy escucha mis lamentos mientras apura su copa. Yo no puedo dejar de mirar su escote. Otra vez el demonio me

zarandea como a un pelele. Esta chica tiene la lengua muy larga y la falda muy corta.

-Oye guapo, por doscientos dólares puedo hacerte tocar las estrellas.

-Me gustaría verlo.

-Oiga -me interrumpe un cliente del bar, que se me acerca-. Yo a usted le conozco. Su cara me suena mucho. ¿No es usted ese predicador de Arizona que salió en la televisión anunciando el fin del mundo?

-No. No soy yo -le respondo-.

-Sí, Bob, tienes razón. Es él -confirma un amigo suyo-.

-Me temo que se confunde.

-¡Claro que lo es! ¡He visto su foto en las redes sociales un montón de veces! -replica-.

-¡Le he dicho que no, joder!

Lucy y yo salimos de aquel bar y nos dirigimos a un motel cercano. No paro de pensar en Susan. Pese al alcohol soy consciente de mis actos. Todo esto está mal. Por un instante me arrepiento de lo que estoy a punto de hacer. Luego cambio de opinión. Me pregunto si soy distinto de aquellos romanos que le pusieron clavos en las manos a Cristo. Me pregunto si tal vez no seré yo uno de ellos.

44. El príncipe.

Alá ha bendecido doblemente a Arabia Saudita. Primero, haciendo que sea la nación con más petróleo del mundo entero. Y segundo, y más importante

todavía: dándole a la Familia Real. La Casa de Saud es la estirpe reinante en Arabia. Lo de saudita viene precisamente de su apellido: Saud. Le puso su apellido al país porque es la propietaria del mismo. Se trata de una dinastía de 25.000 miembros (todos convenientemente mantenidos y remunerados), de los cuales 8.000 son príncipes. Su Alteza Abdul bin Saud es uno de ellos. Arabia Saudita es una nación ejemplar, muy alejada de las decadentes democracias occidentales como América. Según el príncipe Abdul, los saudíes no quieren democracia. ¡Al profeta no le gusta la democracia y a Alá tampoco! No quieren ninguna Constitución hecha por hombres porque con *El Sagrado Corán* y la sharia no necesitan más.

-Somos el futuro -afirma ufano-.

La policía de la moral persigue a las mujeres saudíes: las acusa de inmoralidad si no visten velo o si llevan las uñas pintadas. Pero esto es América, tierra de libertades. Aquí un príncipe saudí no tiene el más mínimo inconveniente en fornicar con furcias, aunque se pinten las uñas y no lleven velo. Es muy divertido, sobre todo porque la fiesta la pagan los plebeyos. Abdul bin Saud es un príncipe y como tal, hombre de estado, y las muchas responsabilidades que recaen sobre sus hombros generan grandes tensiones. ¡Por eso nada mejor que un buen harén de concubinas para aliviar las tensiones! ¡Y quién mejor que el contribuyente para pagar! De algún modo cuando una ramera se tira a un príncipe está prestando un servicio a la patria. Es prácticamente un acto de Estado. Abdul bin Saud le está haciendo un favor a su pueblo, que es feliz siempre que un miembro de la realeza de va de putas.

-¡Es la obligación, repito, la obligación, de toda mujer joven tener un culito firme y prieto y unas tetas tiernas y jugosas! -afirma Abdul bin Saud en su fastuosa mansión en Hollywood, Los Ángeles-.

-Y un coñito rasurado y apetitoso, Su Alteza... -añade su ayudante Sandrine-.

-¡Oh, desde luego! ¡Eso también! -sonríe complacido Abdul-

-Voy a entrevistar a las dos nuevas candidatas, Alteza. Con su permiso... - dice mientras hace una reverencia-

Sandrine es una mujer blanca de unos cuarenta años, con muy buen porte, siempre va elegante y bien vestida. Tiene el pelo corto, rubio y va a todos lados con tacones de aguja y su bolso de Gucci. Es americana pero trabaja para la Casa Saud. Concretamente, selecciona modelos de exuberante belleza para reclutarlas en las filas del harén del príncipe. En estos momentos está entrevistando a dos candidatas: Brigitte, de Omaha, Nebraska, y Bernadette, de Sioux Falls, Dakota del Sur. Ellas son jóvenes y ambiciosas, y por dinero estarían dispuestas a vender a su madre. Han venido aquí a Hollywood porque su sueño es convertirse en actrices, pero hasta que llegue ese día compaginan el modelaje con la prostitución de lujo. Están de pie, totalmente desnudas, en un lujoso salón de la mansión privada que el príncipe tiene en la ciudad. Frente a ellas Sandrine, la proxeneta, sentada en un sofá con las piernas cruzadas, bolígrafo y libreta en mano. Las examina tanto física como psicológicamente para dilucidar si son del gusto de Su Alteza.

-Bien, chicas, de cuerpo estáis muy bien... pero antes de pasar a trabajar para Su Alteza, debéis saber algunas cosas. Aunque vivamos en Estados Unidos, mientras estéis en esta mansión debéis actuar en todo momento como si esto fuera Arabia Saudita. Deberéis acatar unas reglas muy estrictas ¿de acuerdo?

-Sí, señora -responden Brigitte y Bernadette al tiempo-

-Con respecto a las mujeres, Su Alteza el príncipe Abdul considera -y yo estoy absolutamente de acuerdo con él- que la belleza es nuestra cualidad más importante. Para un hombre ser guapo es una opción pero para una mujer es

una obligación. Por supuesto, Su Alteza el príncipe Abdul considera -y yo estoy absolutamente de acuerdo con él- que el hombre debe mandar y la mujer callar y obedecer. Finalmente, la mujer debe ser complaciente con su hombre, especialmente en la cama. Una mujer ha nacido para dar placer al hombre, no para buscar el suyo propio. Con ver a su hombre complacido en la cama, ella ya debe darse por ampliamente satisfecha. Cualquier otra actitud sería egoísta y necia. Una mujer debe mostrarse sumisa y obediente y no hablar de política ni expresar ideas propias. Así lo considera Su Alteza el príncipe Abdul ¡y yo estoy absolutamente de acuerdo con él!

-Sí, señora -contestan-.

-Mientras trabajéis para Su Alteza, tendréis estrictamente prohibido conducir. Si necesitáis ir a algún sitio, dispondréis de un escolta privado que también os hará de chófer. No queremos que las mujeres conduzcan. Eso puede ser malo para sus ovarios. Y peligroso. Porque empiezan conduciendo y acaban reclamando el derecho al voto. ¡De ningún modo! Si finalmente tenéis el inmenso honor de entrar a trabajar para Su Alteza, debéis saber que aquí el príncipe manda en todo y no tolera la más mínima desobediencia. Cuando él os dé una orden ¡a callar y a obedecer! ¡Y a complacer, que para eso os va a pagar! ¡Y no poco precisamente! Finalmente como una prueba de lealtad hacia la persona de Su Alteza el príncipe Abdul, se os exigirá escupir en la *Biblia* y hacer de vientre encima de la bandera de los Estados Unidos de América. ¿Alguna de las dos tendría algún problema con ello?

-No, señora -dicen al unísono-.

-¡Perfecto! En los próximos dos años vais a ganar más dinero que la mayoría de la gente a lo largo de toda su vida... Mi compañera ya os ha comentado lo del *incidente*... A Su Alteza le gusta el sexo duro y a veces alguna chica ha salido ligeramente lastimada. ¡Gajes del oficio! No siempre ocurre, ni con todas las chicas... Es como jugar a la ruleta rusa... Te puede

tocar la semana que viene o no tocarte nunca. Por si acaso, firmaréis un contrato que exime de toda responsabilidad a Su Alteza, la Familia Real o el Estado saudí y que dice que en caso de producirse algún *incidente* vosotras sois las únicas responsables. Además, Su Alteza el príncipe Abdul tiene inmunidad diplomática... Lo advierto por si alguna tiene la mala idea de presentar una demanda para sacar dinero... ¡No servirá de nada! Tendréis un seguro médico que os cubre todo, incluida cirugía plástica, y un seguro de vida.

-¿Éstas son las chicas de las que me hablaste? -interrumpe el príncipe, que acaba de entrar en el salón-.

-¡Alteza! -exclama Sandrine, que se pone de pie y hace una reverencia. Brigitte y Bernadette la imitan-.

-¡Son muy guapas! -dice el príncipe, quien aparece acompañado por dos bellas muchachas, Monique y Mylène-. Los tres visten un cómodo albornoz y zapatillas de ir por casa. Sus cabellos están húmedos pues acaban de salir del jacuzzi. Tras ellos, dos guardaespaldas vestidos de negro y corbata. Tan enormes que su sola presencia intimida. “¿Cómo os llamáis, chicas?” -pregunta amable Abdul-.

-Mi nombre es Brigitte, Alteza. Y ella es Bernadette.

-Ya veo... -responde Abdul-. Acto seguido, el príncipe hace un chasquido de dedos, y uno de sus guardaespaldas le trae un puro habano con endiablada rapidez. Abdul saca un mechero de oro y le prende fuego a un billete de doscientos dólares, con el que arrogante enciende su puro. “Bien, chicas... Os dejo... Mis amigas y yo debemos discutir algunos asuntos. ¡Suerte en la entrevista!” -dice-.

Puede que la homosexualidad esté penada con la muerte en Arabia Saudita

pero ¿de qué le vale a un príncipe ser príncipe si no puede saltarse las leyes que tan severamente aplica a su pueblo? A Abdul le da morbo estar desnudo en la cama junto con dos hembras jóvenes y hermosas, como Monique y Mylène. Más aun si cabe cuando esas dos féminas se besan, se acarician y se tocan delante de él. El príncipe se pone encima de Mylène y la penetra rabioso, como perro en celo, mientras Monique espera su turno. Está cada vez más excitado... Su temperatura corporal sube, su piel enrojece y llamas menudas brotan de su espalda... ¡Ya no aguanta más! ¡Justo en el clímax Abdul comienza a arder! ¡Una inmensa llamarada cubre todo su cuerpo y lo convierte en una antorcha humana! Monique se aparta aterrada y desde la distancia ve cómo Abdul abrasa viva a su compañera de cama.

-¡Quémala! ¡¡Quémala!! ¡¡¡Quémala!!! -grita Monique excitada-.

A pesar de que Abdul arde como un carbón encendido, no siente el más mínimo dolor. Su cuerpo es ignífugo, porque de él brotan llamas pero su piel y su carne permanecen intactas. No corre la misma suerte Mylène, que grita en medio de espasmos y de un dolor sobrehumano y suplica por favor que la suelte. Pero cuanto más forcejea por zafarse del cuerpo llameante que la consume, más presiona Abdul para retenerla. “¡Espera! ¡Ya casi está!” -le susurra-. A Monique el corazón le palpita tan rápido que parece una ametralladora pero no puede apartar la mirada ni por un segundo de su amiga Mylène. Ve cómo el fuego destruye su hermoso rostro y sonríe mientras respira aceleradamente desde la otra punta del dormitorio. La cama, las cortinas y parte del techo están ardiendo cuando de súbito irrumpen en la habitación los guardaespaldas del príncipe con extintores y ponen fin a aquel infierno.

-Ya os la podéis llevar -dice Abdul a sus guardaespaldas, que han llamado a una ambulancia-.

Abdul y Monique salen desnudos de la habitación, cuando dos criadas les traen rápidamente unas batas con las que tapar sus cuerpos. El príncipe está

ilesos, tiene la mirada perdida y sonríe pletórico. Monique aún tiene las pulsaciones a mil por hora y observa a Abdul como poseída. No puede dejar de mirarlo. Es algo superior a sus fuerzas. Cuanto más lo mira, más lo desea, más se siente atraída por él. Los guardaespaldas se llevan en una camilla a Mylène. Ha tenido suerte. Tiene quemaduras de tercer grado en el 70% de su cuerpo y su rostro parece una calavera cubierta únicamente por el rojo de los nervios... pero vivirá. Eso sí, a partir de ahora que se olvide de su carrera de modelo. Mejor dedicarse a otra cosa. Su piel huele como cuando haces carne a la parrilla un domingo por la tarde. Sandrine y las chicas a las que está entrevistando son testigos atónitos de todo desde el pasillo.

-No siempre pasa... Ni con todas las chicas. Sólo ocurre a veces. Cuando Su Alteza está demasiado caliente -aclara Sandrine, intentando tranquilizar a las dos muchachas-.

-Sí. Siempre acaba pasando -contradice Bernadette-. Su Alteza se enciende y se apaga siempre que lo desea. Y cuando Su Alteza se ha cansado de una de las chicas... Más tarde o más temprano le ocurre a todas.

Sandrine mira hacia el suelo y guarda un silencio sepulcral. Durante unos segundos, que parecen siglos, el mutismo en aquel salón es tan sobrecogedor que ni tan siquiera se oye la respiración de las chicas.

-Bueno -añade la señorita Sandrine-, todos los trabajos tienen sus riesgos. ¿Os interesa? ¿Sí o no?

-¡A mí sí que me interesa! -responde Brigitte movida por el morbo y la codicia, sin dudarle ni un segundo-.

-A mí... A mí... -Bernadette duda por un momento-. ¡A mí también!

45. El desierto.

Día y noche oigo susurros a mi alrededor. Pero no veo a nadie. El soplo del viento trae susurros de personas. Aleteo de pájaros. Un sonido envolvente que te rodea por todas partes. Pero no veo a nadie. Los árabes dicen que en el desierto moran unos espíritus diabólicos llamados djinns. El propio Mahoma le dijo a su esposa Jadiya que se le había aparecido uno pero ella lo convenció de que se le había presentado el arcángel Gabriel y que debía escuchar su mensaje. Así es como nació el islam. ¿Pero quién me habla? ¿Quién me condujo hasta este páramo? ¿Por qué me atormentan estas voces y me confunden? El desierto es un lugar mágico. Allí han nacido todas las grandes religiones de la humanidad. Juan el Bautista es retratado en la *Biblia* como voz que predica en el desierto. El propio Jesús pasó cuarenta días con sus cuarenta noches en el desierto y fue tentado por Satanás.

Me adentré en el arenal para orar, para estar más cerca de Dios, para pedir perdón por mis pecados. Ahora me arrepiento. Camino desorientado en medio de este secarral de dunas y matorros con la certeza de que me he perdido. Un sol de justicia cae como un hacha sobre este lugar. Estoy sudado como un cerdo, las axilas me apestan, me duelen los pies de tanto caminar. Veo plantas, aves, rocas, arena y colinas. Un cielo despejado sin nubes me permite apreciar la obra de Dios. El aire es abrasador, reseca mis labios y suena en mis oídos como el zumbido de una mosca. Veo montes agrestes por doquier. Esta llanura de hierbajos y matorrales parece un lugar muerto a simple vista, pero está llena de vida. Hay hormigas, lagartos, escorpiones y serpientes. Por suerte, ningún coyote. El desierto es un sitio traicionero y repleto de peligros. Si te distraes un solo segundo, date por muerto.

Arrastro los pies cansado. Mis botas están sucias de tanto vagar por este

pedregoso y polvoriento erial. Las dunas se mueven como si tuvieran vida propia. Creo que se burlan de mí. Estoy mareado. Ojalá pudiera dar media vuelta y regresar a mi automóvil pero me he perdido. Un cactus me suena familiar. Creo que ya he pasado por aquí. La arena es infinita. Llevo tres días dando vueltas en círculos. Mi piel se ha puesto roja como una gamba. Por las mañanas la luz es tan intensa que casi te deja ciego. Al mediodía piensas que te vas a derretir a causa de la temperatura. El rojo del atardecer parece darte un poco de consuelo. El frío de la noche te cala en los huesos. Estaría muerto ya de no ser porque el Señor tiene misericordia de mí. Dios ha hecho llover maná del cielo, maná con el que me he alimentado estos tres días. Como los judíos que vagaban en el desierto en los tiempos de Moisés.

Bajo mis pies, un suelo reseco parece dibujar en silencio el rastro de ríos que una vez discurrieron por aquí y que ahora ya no existen más. A veces me pregunto si este erial acabará siendo mi tumba. Luego recito el Salmo 23 y el temor me abandona porque sé que el Señor está conmigo. ¡Estoy tan lejos de la lluvia! Una bocanada de aire abrasador me golpea en la cara, como salida de un horno. La cabeza me estalla. Tropiezo con una roca y caigo al suelo. Luego alzo los ojos y veo a la Virgen María flotando en el horizonte. No la puedo ver muy bien porque el sol me ciega, pero escucho sus palabras de amor y consuelo. Observo a mi alrededor: sólo hay un páramo yermo y baldío ajado por una inmensa ola de calor. No tengo fuerzas para ponerme en pie, así que rezo: “Señor, en tus manos encomiendo mi espíritu”. Cierro los ojos dispuesto a morir. Todo se vuelve negro. Por fin llega la paz.

46. La vidente.

Karen Lowell es, posiblemente, la persona más poderosa sobre la faz de la Tierra. Detrás de su aspecto de mujer indefensa hay una dotada psíquica con enormes poderes sobrenaturales. Telepatía, telekinesis, clarividencia, precognición, ilusionismo, control mental y levitación. Karen es una atractiva mujer negra de unos treinta años de edad. Se la ve con una constitución física atlética, un recuerdo de sus años como deportista en el instituto. Sus ojos están completamente en blanco. La ceguera es un pequeño precio que hay que pagar a cambio de la pluripotencia. Sobre su hombro hay un pequeño macaco, al que tiene amaestrado. Ella ve a través de sus ojos. Karen vive en un modesto apartamento de Fresno, California. Se encuentra sentada, meditando, en la posición de loto. Piernas cruzadas, cada pie en el muslo opuesto, espalda recta, párpados cerrados. Está levitando en el aire.

-Pasa. Te estaba esperando -indica ella-.

-Vaya, vaya... Así que aquí es donde tienes tu consultorio. Lo imaginaba más lujoso. Supongo al menos que no te pondrás a levitar delante de tus clientes... O de lo contrario huirán todos presa del pánico.

-Bienvenido, Johnny. ¿O tal vez debería decir coronel Bradley?

Un sujeto con gabardina y guantes acaba de entrar. Se quita las gafas de sol y contempla con cierto desdén el salón de la casa. Es un varón fuerte de metro ochenta. Blanco, con cabellos negros como el azabache y acaracolados como las olas del mar. Tiene un rostro común que le permite pasar desapercibido entre la gente. Sus ojos son marrones y su mirada poderosa. Se siente seguro de sí mismo, invulnerable, como si nada ni nadie en el mundo fuera capaz de detenerlo. También él está dotado de poderes paranormales.

-¡El mismísimo ángel de Jehová en persona se digna a visitarme! -Karen abre los ojos completamente blancos y se ríe-. Vi tu numerito del otro día en

San Antonio... ¡Saliste en las noticias!

-Ya -dice con desdén Johnny mientras coge en su mano un retrato de la mesa y lo contempla curioso-. Ésa era la idea. Pero bueno, nada en comparación con lo que hizo Rogers en Memphis. ¡Ese cabrón la lió gorda! ¡Sólo tenía que haber armado un poco de alboroto pero al final la ciudad fue presa del vandalismo y el pillaje!

-¿Sabes? Nunca me gustó Rogers. Es un psicópata... Y un psicópata que posee el don de manipular las emociones de poblaciones enteras es por definición alguien extremadamente peligroso.

-Ya -responde Johnny dejando otra vez el retrato encima de la mesa-. A nadie le gusta Rogers.

-¿Qué sabes de los demás?

-No mucho, la verdad -responde con desgana-.

-¿Quieres un poco de té? -pregunta Karen al tiempo que una taza de té caliente se aproxima volando a Johnny-.

-No, gracias -responde él, y la taza regresa volando a la cocina con la misma lentitud con la que llegó-.

-¡Bonito numerito también el que organizasteis en Arizona! ¡Con el barco en medio del desierto! ¡Una película digna de Hollywood!

-Sí. Y la gente se lo tragó. La gente se tragará todo lo que nosotros digamos.

-¿Igual que el incauto que salió en la tele el día del barco? Walter Bossman es su nombre ¿verdad?

-Bossman, sí. No me cae mal. Es sólo un peón. Uno de los miles que juegan en esta partida de ajedrez.

-¿Y a qué se debe esta visita, coronel Bradley? -pregunta ella-.

-Teniente Lowell...

-¡Exteniente! -le corrige-. ¡Ahora soy una civil!

-Bueno, Karen... Sabes perfectamente por qué me han enviado aquí... Queremos que te unas a nosotros.

-¿Y por qué queréis tal cosa?

-Eres la mejor telepata de la Tierra. Tus habilidades serían más que bienvenidas.

-Eso ya lo sé. ¿Pero por qué debería ayudaros? Ya no estoy en el Ejército. No recibo órdenes, coronel.

-Si es una cuestión de dinero...

-No estoy en venta, coronel.

-Karen, ¿qué es lo que quieres a cambio?

-De vosotros nada.

-Karen, te lo pido por favor. Hazlo por mí. Fuimos buenos amigos hace años... ¿Recuerdas?

-¿Para qué me necesitáis exactamente?

-...

-¿Pones la mente en blanco para que no te lea los pensamientos? -estalla entre risas-. ¡Para nada bueno! ¡Eso seguro! ¿Sabes cuál es el problema? Que los opresores no podrían someter a la gente si no contaran con cómplices entre los oprimidos. ¡Me das asco, Joe! -añade con repugnancia-. Tienes talentos con los que podrías servir a la humanidad pero prefieres obedecer órdenes de psicópatas.

-¿No piensas ayudarnos? -vuelve al tema-.

-Rotundamente no -contesta tajante-.

-Las cosas no tienen por qué acabar así, Karen -lamenta con tristeza-.

-¿Quién habla ahora? ¿Johnny o el coronel Joe Bradley? ¿El ángel de Jehová o el perrito faldero del Gobierno?

-¡Putá! -grita Bradley mientras saca de su gabardina una Glock 17 con silenciador con endiablada rapidez-.

El coronel Bradley dispara tres veces a Karen Lowell. Lo hace a sangre fría y en apenas una fracción de segundo. Es tan rápido que a ella no le da tiempo a reaccionar. ¡A nadie en la Tierra le daría tiempo! Sin embargo, tras disparar ve cómo la imagen de la vidente se desvanece como una niebla. ¡Entonces lo entiende! ¡No estaba allí! ¡Era un espejismo! ¡Una ilusión! ¡Ha jugado con sus sentidos! “¡Te han entrenado bien, Joe!” -escucha la voz de Karen dentro de su cabeza- “¡Eres capaz de ejecutar misiones y tener la mente en blanco al mismo tiempo! ¡Te debe haber costado horrores! ¡Cualquier otro telépata no habría podido leer tus pensamientos, pero tú ya sabías que yo soy especial ¿verdad?”. Bradley mira agitado a todos lados, apuntando con su Glock. Otro en su lugar estaría asustado pero este ángel de la muerte puede mantener la cabeza fría en las situaciones más tensas.

-¡Estoy aquí, coronel! ¡Siempre he estado aquí! -dice mientras aparece de pie en una esquina del salón. En su mano lleva a su macaco, a través de cuyos ojos puede observar al desconcertado coronel-.

-Te vas a... -Bradley intenta disparar de nuevo, pero siente cómo una fuerza superior le impide hacerlo-.

El coronel Bradley ha perdido por completo el dominio de sus músculos. Siente en su interior cómo Karen ejerce un avasallador control mental. Desea matarla, pero una irresistible fuerza invisible no se lo permite. ¡Es como un títere en manos de la telépata! Actúa enajenado, sin voluntad propia. Bradley entiende ahora por qué Karen quizás sea la más poderosa de todos los superdotados psíquicos que alguna vez trabajaron para el Gobierno. Hay individuos que por naturaleza tienen dones. El Departamento de Defensa lleva años buscándolos. Una vez encontrados, unos científicos les inyectan una droga experimental que sobreestimula el cerebro humano y expande los límites de la consciencia. En el 99% de los casos el experimento es un fracaso, pero unos pocos sujetos han desarrollado poderes fascinantes. Nadie sabe por qué.

Bradley es uno de ellos. La exteniente Lowell también.

-Dicen que eres tan rápido que puedes coger una bala con la mano...
¿También puedes esquivar esto?

Bradley ve cómo una voluntad ajena a la suya le obliga a ponerse de rodillas y a apuntarse con su propia arma. El coronel trata de resistirse con todas sus fuerzas pero tiene la Glock cada vez más cerca de su cara. Entonces abre la boca y se pone la pistola dentro. ¡Está nervioso! ¡Suda como un cerdo! ¡Las lágrimas corren por sus mejillas! Durante mucho tiempo ha actuado como si estuviera por encima del bien y del mal. Implacable. Seguro de sí mismo. Como si fuera invulnerable, gracias a sus poderes paranormales. Pero ahora puede percibir el olor de la mortalidad. Hacía muchos años que no se sentía como un hombre. Ahora se da cuenta de que no es ningún dios. Morir así resulta demasiado humillante. Derrotado por una mujer. Encima negra y ciega. ¡Es demasiado para él! Por primera vez en toda su existencia, Bradley suplica por su vida. Lowell se siente complacida y le perdona.

-Coronel, vas a mandarle un mensaje a quienes te han enviado -ordena segura de sí misma a un hombre derrotado que recupera el aliento en el suelo-. Vas a decirles que me dejen en paz. No quiero que volváis a molestarme nunca más. Sólo quiero vivir tranquila en mi apartamento con mi macaco. Si alguien del Gobierno vuelve a molestarme alguna vez, aunque sea con una simple multa, haré que el presidente de Estados Unidos convoque una rueda de prensa y se vuele la tapa de los sesos en directo. Luego haré que todos los banqueros que lo apoyan asesinen a sus propios hijos. ¿Entendido?

-Sí señora -contesta con resignación-.

47. Infierno.

-¿Estoy muerto?

-Sí.

Un ángel está frente a mí. Sus cabellos son dorados, su piel como la nieve, viste una túnica de una blancura resplandeciente, dos enormes alas sobresalen de su espalda. “Tranquilo, no temas” -me dice-. Me encuentro aturdido, lo último que recuerdo es que me desmayé en el desierto de Mojave. Y ahora que he abierto los ojos aparezco en una extraña llanura. ¿Será esto un espejismo fruto de la insolación? Frente a nosotros hay una gruta sombría. En esa caverna hay una entrada sellada por una roca gigante de miles de toneladas de peso. ¡Ni un ejército podría moverla! Pero el ángel apunta con su dedo y automáticamente la piedra rueda sola y deja al descubierto una gran abertura en la cueva.

-Dame la mano, Walter. Vamos a dar un paseo -me dice el ángel-.

Nos adentramos en un túnel profundo y oscuro. En la penumbra creo ver sombras que se mueven de un lado a otro. El corazón me empieza a latir con fuerza y me agarro a la mano del ángel. Conforme vamos avanzando por el túnel noto cómo la temperatura aumenta. Un calor sofocante me golpea la cara y empiezo a sudar. Con el calor llega un olor nauseabundo, como a azufre. Por un momento la tiniebla es tan densa que no soy capaz ni siquiera de verme, suerte que voy acompañado. El temor se apodera de mí. Al final del túnel se ve una luz. Parece un incendio. Llegamos a una región gigantesca llena de fosas, de rocas y de enormes galerías. Es una zona repleta de laberintos y de sendas.

-¿Adónde me llevas?

-¿Por qué preguntas si ya conoces la respuesta?

Lo que veo a continuación me llena de terror. Veo millones de almas sufriendo dolores espantosos. Hay como un precipicio de una altura inmensa. Allí hay miles de personas haciendo fila, y unos seres monstruosos los empujan al abismo. Tras una caída de muchos metros de altura, aquellos pobres desgraciados se hunden en un lago de lava volcánica. ¡Los gritos de desesperación hacen que se me hiele el alma! En el lago de fuego veo una multitud innumerable. ¡Escucho millones de susurros, de voces que claman y que gimen! Las llamas rasgan la oscuridad en medio de esta caverna profunda donde no entra ni un rayo del sol. Me invade un hedor a putrefacto, a carne podrida.

-¿Por qué me has traído aquí? -pregunto aterrorizado-.

-Es necesario -me contesta-.

El infierno es insaciable. ¡La cantidad de gente que devora parece no tener fin! Veo una mujer desnuda que cae por una especie de tobogán a un lago de azufre hirviendo. Otro muchacho acaba de caer sobre unas piedras y una legión de demonios se abalanza sobre él como hienas hambrientas. Hay jóvenes colgados de sus cráneos con ganchos y sujetos con grilletes. Otros arden en medio de un fuego que está a miles de grados. El olor me recuerda a cuando se quema la carne en la parrilla. Entre gritos despavoridos, muchos suplican una segunda oportunidad. Algunos chillan con su cuerpo absolutamente en llamas. Otros se echan las manos a la cara y lloran con un desconsuelo infinito.

-¿Te suena el rostro de alguno de aquellos? -me pregunta el ángel señalando a una de las orillas del lago-.

En aquel inmenso lago de fuego veo arder a millones de seres humanos. Cuando me fijo reconozco algunas caras. Hay dictadores como Adolf Hitler y Mao Tse-tung, filósofos como Friedrich Nietzsche o Karl Marx, cantantes como John Lennon. Veo también actores famosos y celebridades ardiendo

junto a individuos anónimos; ricos y pobres sufriendo por igual. Muchos tienen taladrado en la frente el 666 y sus alaridos de dolor no tienen fin, algunos presentan cuerpos destrozados y se les cae la piel de los huesos; otros son torturados salvajemente por monstruos espeluznantes. El tormento es tan grande que parece que ninguno de ellos puede olvidar los pecados que cometió en su vida terrenal.

-¿Quién es aquél? -le pregunto atemorizado-. ¿Es quien creo que es?

-Sí. Es Mahatma Gandhi.

-¿Pero cómo es posible? -replico atónito-. ¡Fue el mayor pacifista del siglo XX!

-Nadie se salva por sus propios méritos, Walter, sino por recibir al Salvador. Gandhi tuvo varias oportunidades a lo largo de su vida para convertirse al cristianismo pero las rechazó. En lugar de eso prefirió confiar en el hinduismo y sus ídolos. ¡Hasta aquí le ha llevado su creencia en la reencarnación!

-¡Pero fue un buen hombre!

-¿Bueno? -el ángel se ríe un instante-. No hay ni uno que sea bueno. Solamente Dios.

Fuera del lago, hay llamas enormes como de tres o cuatro metros de altura que queman sin cesar a la gente. Veo las almas de hombres y mujeres ardiendo en el infierno. Los hay de todas las razas y clases sociales. Un ser negro y emplumado semejante a un cuervo agarra a un muchacho y se lo lleva volando hacia otro lugar. Hay varios seres así, revoloteando como buitres sobre sus presas. El coro de lamentos y gemidos no acaba nunca. Un repulsivo olor a cadáver hace que me entren ganas de vomitar. Los demonios someten a tormentos inimaginables a los condenados, pero a medida que el ángel va caminando se alejan aterrados de él, como cucarachas asustadas que huyen al prender la luz.

-¡Por favor! ¡Te lo ruego! ¡Devuélveme a la vida aunque sólo sea por un minuto! -clama un alma en pena-

-¿Para qué quieres hacer tal cosa? -le responde el ángel-

-¡Para arrepentirme de mis pecados y ser salvo! ¡Por favor! ¡Te lo imploro!
-grita entre espasmos de dolor-

-Ya es demasiado tarde. Tus oportunidades tuviste en vida.

-¡Maldito seas, bastardo! ¡Maldito seas! -responde en medio de una gran ira-

-¡Ten misericordia, ángel del Señor! -suplica desesperada una mujer-. ¡Ten misericordia! -de sus ojos brotan enormes lágrimas y de sus llagas purulentas sale sangre-. ¡Si nos sacas de aquí te prometemos que vamos a predicar la Palabra de Dios y que lo vamos a adorar en espíritu y en verdad!

-Ya es tarde, el que viene aquí ya no puede volver atrás.

Veo multitud de padecimientos. Un hombre totalmente calcinado sin casi piel ni cabellos, no tiene ojos pero puede ver. Extiende su mano huesuda y pide clemencia. Luego vienen los demonios y lo torturan. Grita como nunca había escuchado a alguien gritar. Al parecer, fue un homicida en vida. Otro fue un mentiroso, según me explica el ángel, y de las cuencas de sus ojos salen gusanos que penetran por su boca y sus oídos. Un borracho tiene una sed ardiente y bebe de una botella refrescante; piensa que es agua pero en realidad es ácido. Al ladrón le han amputado las dos manos. Una prostituta debe copular con un demonio con un gran pene lleno de pinchos que desgarran su vagina.

-Aquí en el infierno hay violadores, pederastas, homosexuales, codiciosos, corruptos, embusteros, envidiosos, idólatras, hechiceros, adivinos, adúlteros, fornicarios, injustos, orgullosos, hipócritas.... Pero ¿sabes una cosa, Walter? -me pregunta el ángel-. Lo que más abunda en el infierno es gente que cree ser buena. La mayoría de la gente que acaba aquí piensa que es buena porque no

roba ni mata. A menudo las personas creen que hay pecados de primera y de segunda categoría. ¡Pero Dios no ve las cosas así...! ¡Para Él el resentimiento es como el asesinato y el chisme como la calumnia!

-¿Pero no es excesivo todo esto? -pregunto aterrado-.

-Uno recoge lo que siembra. Mira aquella mujer, por ejemplo. Su esposo le fue infiel y nunca se lo perdonó. Tampoco el Señor la ha perdonado a ella. Si siembras falta de perdón recoges falta de perdón.

Se trata de una mujer llena de lodo y de gusanos, y aunque cierra los ojos puede ver cuanto sucede. Su dolor no se acaba nunca. Dos hermanas discuten entre ellas. “¡Por tu culpa estoy aquí! ¡Si me hubieras predicado...! ¡Si me hubieras dejado ir a la iglesia!” -le recrimina una-. La otra la insulta. No hay amor ni misericordia aquí. Todos han perdido su humanidad para convertirse en bestias aullantes. Un anciano tiene serpientes alrededor de su cuello, escorpiones suben por su cuerpo, y gusanos traspasan su piel. Los demonios le gritan entre burlas: “¡Recuerda cuando te predicaron! ¡Recuerda cuando te hablaron del infierno y te reíste!”. ¡Por más que se tapa los oídos, los sigue oyendo!

-¿Qué hizo aquel hombre?

-Era ateo. Decía que Dios no existía y que el infierno era un cuento para asustar a las viejas. Pero todo ateísmo es temporal... Se termina después de la muerte. En el infierno todo el mundo cree en Dios.

-¡Oh, Señor! -clamo presa del espanto-.

-Aún no has visto nada, Walter. ¡Si hay algo que Dios aborrezca más que a un ateo es a un falso creyente!

El ángel me lleva a otra zona, donde los condenados sufren tormentos mil veces mayores. Me explica que aquel lugar estaba reservado para la gente que decía amar al Señor pero no lo amaba en realidad. Veo pastores que exigían grandes sumas de dinero a su congregación, misioneros que cambiaban la sana

doctrina, evangelistas que pedían dinero antes de ir a predicar a un sitio, que ponían tarifa a la Palabra de Dios y se creían importantes. Hay sacerdotes que habían abusado de niños, mujeres que iban a la iglesia cada domingo a lucir sus vestidos, obispos que llevaban una doble vida, papas que se creían capaces de rectificar a Dios, cristianos tibios a los que aborrecía el Señor.

-Mira, allí hay falsos profetas. Aquellos son Charles T. Russell, Joseph Smith y Mahoma. Pensaban que podían burlarse de Dios... ¡Pero de Dios nadie se burla! Mira, aquél de allá es el papa Alejandro VI. Aquí hay rabinos y patriarcas, pastores y papas, reyes y emperadores. ¡Con el Altísimo nadie juega!

-¡Oh, te lo ruego! ¡No me condenes al infierno! -clamo con una voz desgarrada toda vez que las lágrimas brotan de mis ojos-. ¡He sido un pecador y te suplico que me perdones! -le imploro de rodillas-.

-¡Levántate inmediatamente! -me ordena-. ¡Yo no soy Dios para que nadie se arrodille ante mí! -grita visiblemente contrariado-. ¡Y no soy yo quien ha de juzgarte! ¡En todo caso, Walter, no te he traído aquí para condenación sino para vieras esto con tus propios ojos! ¡Tu hora aún no ha llegado, Walter!

-¡Pero si estoy muerto! -le contradigo confundido-.

-Es cierto. Pero vas a volver al mundo de los vivos para que adviertas a la gente acerca de este lugar.

-¡Oh, gracias, Dios! ¡Gracias, Dios! ¡Gracias, Dios! -proclamo entre sollozos y con las manos en alto-.

-Aquí es el llanto y el crujir de dientes. Aquí el fuego no se apaga nunca ni el gusano descansa. Todos los sufrimientos de la Tierra combinados no se comparan con el que siente el que menos sufre en este lugar. Nuestro Señor Jesús dio la vida en la cruz por vosotros, para evitar que vinierais aquí. Pero toda esta gente ha rechazado el regalo de la salvación. Dios no desea enviar a nadie al infierno. Cada uno viene por sus propios méritos. ¡La del infierno es

una puerta que se cierra desde dentro!

48. Superfe.

-Por fin regresa al mundo de los vivos.

-¿Dónde estoy?

-Tranquilo. Ya habrá tiempo para preguntas. Ahora tómese esto. Le sentará bien.

Un hombre con aspecto de nativo americano me ofrece una sopa china. Me encuentro tumbado en una cama y me incorporo un poco para poder tomar la sopa. Está caliente y sabrosa. Me siento aturdido, desorientado. Mi cabeza parece que esté a punto de estallar. Por lo demás, estoy bien. Lo último que recuerdo es haber tenido una horrible pesadilla en la que un ángel me hacía descender a los infiernos. El hombre que me atiende es alto, de espalda ancha y complexión muy fuerte. Sus cabellos y sus ojos son de color carbón y su piel roja. Es amable; al parecer me ha estado cuidando. Me siento en el borde de la cama y pongo los pies en el suelo. Miro a mi alrededor y veo los enseres de una modesta casa de madera y retratos sepia de lo que parecen ser familiares suyos. A través de la ventana entra una luz cegadora. Entonces hago memoria y recuerdo que estamos en el desierto de Mojave.

-¿Dónde estoy? ¿Quién es usted?

-Estamos en el Valle de la Muerte. En California. Le encontré tirado en el desierto y le traje a mi casa.

-¿En serio? ¡Oh, Dios mío! ¡Gracias! ¡Gracias! -le digo emocionado-.

-De nada -contesta restándole importancia al asunto-. ¿Se puede saber qué demonios hacía aquí? ¡Nadie que esté en su sano juicio trata de cruzar a pie el Valle de la Muerte! ¡Esto es el desierto de Mojave!

-Perdone, no recuerdo su nombre.

-No lo dije. Puede llamarme George Plumaligera.

-¿Plumaligera? ¿Es eso un nombre comanche?

-No. Comanche no. Soy apache.

¡Apache! Como un fogonazo me viene a la mente que su pueblo procede del actual Canadá y tras una migración de 500 años se asentó en el suroeste de Estados Unidos. Los apaches fueron nómadas y los primeros nativos americanos en montar a caballo. Las mujeres buscaban madera, alimento y agua y los hombres invadían y cazaban. Practicaban la poligamia y existía el divorcio. Creían en los dioses y espíritus de la naturaleza, en rituales, chamanes y en la magia. Hacia 1600 controlaban una vasta región en la frontera mexicano-useña. Eran fieros guerreros, tanto que Estados Unidos y México hubieron de sumar fuerzas para doblegarlos, allá por el siglo XIX. La última banda en caer fue la liderada por Gerónimo, capturado en 1885. A día de hoy quedan unos 50.000 apaches, principalmente en Arizona, confinados en reservas indias. Viven del turismo y de criar ganado y ovejas.

-¿Qué tal? ¿Se encuentra mejor? -me pregunta con dulzura-.

-Aún estoy un poco dolorido, pero sobreviviré -le respondo-.

-Walter -me llama-. Tengo algo muy importante que decirle: ¡debe tener fe!

-¿Cómo sabe mi nombre? ¡No se lo dije!

-Sé muchas cosas de usted, Walter -me responde en un tono enigmático-. Debe saber que Dios mismo me envió a buscarlo. ¡Escuché su voz dentro de mi cabeza! Me dijo que me internara en pleno desierto de Mojave, que le encontraría allí y que le rescatara. ¿Y qué cree que hice? ¿Quedarme en mi casa disfrutando del aire acondicionado? ¡No! ¡Salí a buscarlo! Sabía que

estaría allí. Piénselo. ¿Qué posibilidades había de escuchar una voz en mi cabeza que me dijera el lugar exacto donde se encontraba y que efectivamente estuviera allí? Parece una locura ¿no? ¡Sin embargo, yo estaba absolutamente seguro de que sería así! ¡Dios no es un hombre para ser mentiroso! Obedecí por fe, amigo.

-No sé qué decir... -respondo dubitativo-. Lo último que recuerdo es haberme desmayado. Después de eso tuve una pesadilla. Un ángel me llevaba al infierno y me lo enseñaba. ¡Y luego desperté aquí!

-Debo decirle otra cosa más, Walter... ¡Cuando llegué estaba muerto!

-¿Cómo?! -pregunto estupefacto-.

-Sí, Walter. No tenía pulso. Llevaba muerto varias horas. Los buitres estaban ya a punto de comérselo.

-¿Y si es así cómo es que estoy vivo? -le replico con ironía-.

-Yo le resucité, Walter.

-¿Qué? Tiene usted un muy buen sentido del humor -le espeto cínico-.

-Dios me ordenó que lo hiciera. Me dijo que su misión aún no había finalizado.

-¡Eso es imposible! ¡Un hombre no puede resucitar muertos! -le contradigo con escepticismo-.

-No. No es imposible. ¡No si tienes fe!

-Una cosa es tener fe y otra muy distinta resucitar a un muerto.

-¿Cree en lo que dice la *Biblia*?

-¡Por supuesto que sí!

-¿Lo cree realmente? Porque Juan 14:12 dice: “El que en mí cree, las obras que yo hago, él también las hará; y aun mayores hará, porque yo voy al Padre”. Jesús resucitó a muertos. ¿Por qué no lo íbamos a poder hacer nosotros? A menudo a la gente le gustaría tener poderes sobrenaturales. Ya sabe, como los superhéroes. Poder ser como Superman o como la Mujer Invisible... Pero

¿qué pensaría si le dijera que dentro de nosotros hay un poder latente infinitamente superior al de Superman? ¡Es la fe, Walter! Usted puede hacer cualquier cosa si lo cree de todo corazón. ¡Cualquier cosa!

-¡No puedo caminar sobre las aguas!

-¡Claro que sí! -me contradice-. ¡Pedro lo hizo! ¡Puede caminar sobre las aguas! ¡Y puede volar si quiere! -tras decir esto sus pies se despegan del suelo y pasa a levitar con una facilidad tal que asusta-.

-¡Santo Dios! ¡¿Cómo puede estar levitando en el aire?! -le pregunto atónito-.

-“Todo lo que pidáis al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo”, dice el Señor. “Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá”. ¡Son palabras de Jesús!

-¡No salgo de mi asombro! ¡¿Cómo diablos puede hacer esas cosas?! -le interpele-.

-Ya se lo dije. ¡Es la fe! Bueno, es más que eso. ¡Es la superfe! -me aclara-. A menudo la gente tiene fe en cosas como que se va a curar de una enfermedad o va a conseguir un empleo. Pero carece de fe suficiente para obrar milagros. Para ello se necesita la superfe, Walter. Es un poder absoluto que reside dentro de todos y cada uno de los seres humanos. ¿Sabe por qué no puede volar la gente, Walter? Porque piensa que va a caer. ¡Si creyera al 200%, si creyera sin el más mínimo atisbo de duda que puede volar, lo haría! ¡Lo que pasa es que aunque tenga fe, luego llega la duda y el poder se desvanece de inmediato! ¡Por eso es que se hundió Pedro! -me explica-. Yo creo firmemente que puedo volar y estoy tan sumamente seguro de ello como de que puedo coger una manzana con la mano.

-¿Y qué me dice de la Ley de la Gravedad?

-¿Quién dice qué es la gravedad? ¿Eh? ¿La que tenemos en la Tierra, la que hay en la luna, la del espacio exterior...? ¡La gravedad es una ilusión, Walter!

Y como tal, puede modificarla a su antojo -tras decir esto Plumaligera deja de levitar y vuelve a posar nuevamente sus pies en el suelo-. La superfe puede doblegar o modificar cualquiera de las fuerzas elementales del Universo, se lo aseguro.

-¡No quería creerle! ¡Pero ahora le creo! ¡Ahora sí le creo! Cuando estuve muerto tuve una visión de un ángel que me mostraba el infierno y me decía que aún no era mi hora y que debía regresar al mundo de los vivos. No sabía si aquello era cierto o no. Antes estuve deambulando durante días por el desierto, así que dudaba de si todo podía ser un delirio producto de la insolación. ¡Pero ahora le creo!

-Walter, a mí me ha costado muchos años desarrollar la superfe. Muchos años de ayuno y oración. Muchos sacrificios. Me vine a vivir al Valle de la Muerte para alejarme de las distracciones del mundo. Para alejarme de la televisión, de las playas, de las mujeres, de las tentaciones... Y para estar más cerca de Dios. He aprendido a confiar sólo en Él. He renunciado a todo lo que me apartara de Él para desarrollar este poder. Vivo solo en medio del desierto. ¡Como un ermitaño! Es el precio que he tenido que pagar... Pero quiero que vea algo -salimos un momento fuera de casa y me pongo la mano delante de la cara para protegerme de una luz cegadora que golpea sin misericordia-. Jesús dijo: “De cierto os digo que si tenéis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: “Pásate de aquí allá”, y se pasará; y nada os será imposible”. Yo hoy te digo: “Monte, pásate de aquí allá”.

Plumaligera apunta con el dedo índice a un monte. ¡De súbito, una montaña de cientos de miles de toneladas comienza a despegarse de la tierra! El estrépito es absolutamente ensordecedor y me pone la carne de gallina. Muchas rocas comienzan a desprenderse de la ladera y la polvareda que levanta es impresionante. ¡La montaña se separa del suelo al que ha estado pegada durante miles de años y comienza a flotar en el aire de una forma lenta

y pausada! ¡George parece dirigir aquella mole a control remoto porque ésta se mueve en la misma dirección en la que lo hace su mano! ¡Finalmente, tras un ademán hace que la montaña tome tierra a unos diez kilómetros de distancia de su posición original! ¡La polvareda es tan descomunal que la arena cubre el horizonte y tapa la luz del sol! ¡Estoy atónito, tengo los ojos desencajados, las piernas me tiemblan! ¡Jamás en toda mi vida vi algo así!

-Walter, alguien dijo una vez a que a veces abandonamos nuestros sueños por miedo a poder fracasar o peor aún; por miedo a poder triunfar. Ésta es la última generación de hombres, amigo. No habrá ninguna otra después de nosotros. Somos el epílogo de la humanidad. ¡No desfallezcas hermano! ¡Acaba la misión que Dios te ha encomendado! ¡Advierte a todo el mundo de que el Juicio Final es inminente! ¡El Mesías está de camino! ¡Esto es una realidad más cierta que el hecho de que la fe puede mover montañas! ¡No desistas, Walter! ¡Ten fe, hermano! ¡Ten fe! ¡Cristo viene pronto!

49. El cronovisor.

Estados Unidos se mueve como un inmenso hormiguero. Estoy en Oakland, California. Aquí nacieron los Panteras Negras en 1966 para defender a la comunidad negra de los abusos de los policías blancos. Pronto derivó en una organización racista y comunista implicada en asesinatos, torturas y violaciones: una especie de Ku Klux Klan negro. Sus miembros iban con fusiles por las calles para amedrentar a la gente, exigieron la inmediata excarcelación de todos los presos negros, fuera cual fuera su crimen, por el

solo hecho de ser negros y algunos hasta violaban mujeres blancas “como acto insurreccional”. Los más radicales de todos directamente pasaron a formar parte de un comando terrorista llamado Ejército de Liberación Negro. El líder y fundador de Panteras Negras, Huey Newton, fue condenado a prisión en 1980 y dos años más tarde esta mafia criminal se disolvió.

Acabo de entrar en lo mejorcito de Oakland, que es Lazy Moon. Se trata de una magnífica librería de viejo donde encuentro montones de obras apiladas en las estanterías. Novelas descatalogadas, primeras ediciones, textos rarísimos... Los bibliófilos curiosean en busca de algún tesoro literario con el que poder engrosar su colección privada. A mí me llama la atención la sección de literatura sureña. *Hojas de hierba* de Walt Whitman, *El ruido y la furia* de William Faulkner, *Todos los hombres del rey* de Robert Penn Warren, *Una muerte en la familia* de James Agee, *El ángel que nos mira* de Thomas Wolfe, *Sangre sabia* de Flannery O'Connor, *A sangre fría* de Truman Capote, *La carretera* de Cormac McCarthy... ¡Realmente aquí tienen buen material! Un hombre gordo que no puede ser sino el dependiente de la tienda se me acerca. Tiene gafas de pasta, está calvo en la mayor parte de su cabeza y me pregunta amable:

-¿Puedo ayudarle en algo, señor?

-Sí. Estoy buscando a Philip.

-Lo tiene aquí delante, señor. ¿Qué puedo hacer por usted?

-Mi nombre es Walter. Vengo de parte de David Owen.

-¡Ah! ¡Lo estaba esperando! Acompañeme, por favor, tenemos el pedido especial que usted nos solicitó -me indica-. Mary, ocúpate del negocio -le dice a su compañera-, yo voy a la trastienda un momento.

Nos apartamos de los clientes por un instante y nos adentramos en un almacén repleto de estanterías polvorientas y cajas de libros sin clasificar. “No sé quien es usted, Walter, pero debe ser alguien importante para que

David lo haya enviado aquí. Son muy pocos los que han tenido la oportunidad de presenciar lo que está usted a punto de ver. ¡Siéntase privilegiado!” -me explica al tiempo que abre la trampilla del sótano-. “¡Sígame!” -me ordena-. Por un instante dudo si hacerlo: quién sabe si este extraño me conduce a una trampa. Finalmente bajamos las escaleras y llegamos a una habitación donde encuentro un aparato enorme. Es parecido a una de esas computadoras primitivas que fabricaba IBM hace décadas. Me siento en una confortable silla de oficina a petición de Philip. Observo curioso. El extraño artefacto tiene tres partes: una multitud de antenas, un selector y una pantalla.

-¿Sabe qué es esto?

-No.

-Es un cronovisor. ¿No sabe lo que es?

-No -repito de nuevo-.

-Verá, en el siglo XX el padre Marcello Pellegrino Ernetti, un sacerdote italiano, construyó una máquina con la que podía ver imágenes del pasado. Llegó a ver imágenes tan distantes como la fundación de Roma, la destrucción de Sodoma y Gomorra o el calvario de Cristo. El Papa no obstante le obligó a silenciar este asunto. Oficialmente el cronovisor nunca existió y todo fue un fraude. En realidad, al Vaticano no le interesaba que se hiciera público pero lo cierto es que sí que existe.

-Me está usted tomando el pelo...

-¡En absoluto! El cronovisor existe. Es más; sólo hay tres en todo el mundo y está usted delante de uno.

-...

-¡Comprendo su estupefacción! Le explico cómo funciona. Es como una especie de ordenador. Usted incluye las coordenadas de un lugar y la fecha exacta. Si precisa la hora concreta pues mejor aún. Entonces aparecen en la pantalla imágenes históricas. Es como una película. Usted puede ver y oír a

través del tiempo lo que ya no existe. El artefacto funciona bajo la premisa de que la energía no se destruye, y las ondas visuales y sonoras son algún tipo de energía residual que perdura en el espacio-tiempo. Aquí tiene un libro de coordenadas. Si usted quiere ver la caída de Jerusalén a manos de los romanos, por poner un ejemplo, busca aquí las coordenadas de Jerusalén, las introduce en el aparato y pone la fecha pertinente. Y ya está. Es así de sencillo. Dispone usted de veinte minutos.

-¿Y si quiero ver el futuro?

-El funcionamiento es exactamente el mismo. Ahora bien, visionar el futuro no es algo tan simple. El pasado ya ocurrió pero el futuro todavía no. En realidad, en el futuro podría ocurrir una cosa y la contraria, por lo que deberíamos hablar de futuros. En plural. El cronovisor le permitirá visualizar el futuro más probable, pero eso no le garantiza al 100% su cumplimiento puesto que, a diferencia del pasado, el futuro aún no existe y por lo tanto puede ser modificado por nuestras acciones en el presente.

-Entiendo.

-Piense bien qué cosa quiere ver... Dispone usted de veinte minutos, amigo -me reitera-. No puedo ofrecerle más -dice como disculpándose-. Bueno, yo vuelvo a mi puesto. Si necesita algo, estaré ahí arriba.

Introduzco varias coordenadas y fechas al azar y aparecen imágenes, ninguna de ella significativa. De súbito, como si hubiera acertado la lotería, doy con una ciudad y una fecha claves. Lo que veo en los siguientes minutos hace que se me hiele la sangre. Se suceden ante mí una serie de secuencias macabras, abominables, de un horror infinito, que hacen que se me ponga la carne de gallina. Mis músculos están agarrotados por el terror, un escalofrío recorre mi espalda. Mis ojos contemplan atónitos... ¡Todo es tan espeluznante que decido apagar el aparato porque no deseo ver más! Me levanto sobrecogido de la silla y paso por delante de un espejo colgado en la pared.

Me miro a mí mismo. Mi rostro está desencajado por el espanto. Pero lo que es aún peor... ¡Veó que mi pelo se ha vuelto blanco! ¡Me han salido canas! ¡El horror me ha hecho envejecer años en pocos minutos!

-¡Cielo santo! ¿Se encuentra usted bien, amigo? -me pregunta Philip en cuanto me ve entrar a la librería-.

-Sí, sí... -respondo aturdido-.

-¿Qué pasó? ¡Tiene usted el pelo blanco! ¿Qué demonios vio ahí abajo? -me pregunta asustado-.

-Aunque se lo dijera, no me creería...

50. Un personaje de novela.

-¡Vivimos en los últimos tiempos! ¡Por todos lados vemos señales de que el fin del mundo se acerca! ¡La Palabra de Dios advierte de que en los días finales habrá rebelión contra las autoridades! ¡Es la Ley de la selva! ¡Se está viviendo en franca rebelión a las leyes establecidas, y las autoridades no tienen fuerza moral para restablecer el orden! ¡Los principios y valores cristianos que una vez hicieron grande a América se están yendo por el retrete! ¡La anarquía reina en nuestros días! ¡Anarquía en las naciones, en el hogar y en las escuelas! ¡Cada vez hay más divorcios! ¡La esposa ya no respeta a su marido como cabeza de familia! ¡El padre le dice al hijo que no vaya con prostitutas porque no traen nada bueno pero luego él es el cliente asiduo de un burdel! ¡Los hijos hacen caso omiso de sus padres! ¡Los profesores han perdido el control de los estudiantes! ¡Todo se hunde!

-¡Amén, hermano! No puedo estar más de acuerdo... ¡En especial con la parte de los estudiantes!

Un tipo extraño se me acerca. Es blanco, de pelo castaño y ojos azules. Lleva una cuidada barba al estilo Lincoln, quizás para disimular las incipientes entradas que ya comienzan a hacer acto de presencia en sus cabellos. Lleva gafas, tiene aspecto de intelectual y está un poco pasado de kilos. Debe de tener entre unos treinta y cuarenta años y de su hombro derecho cuelga una pesada mochila negra.

-Mi nombre es Ferrer. Josué Ferrer -se presenta-. ¡Soy canguro de adolescentes!

-¿Cómo dice?

-Bueno, el nombre técnico es profesor de secundaria pero creo que “canguro de adolescentes” se acerca más a la realidad de lo que hago -me aclara a modo de broma-.

-¡Oh, ya entiendo! -respondo riendo-.

-¿Sabe? ¡Tiene usted toda la razón en lo que dice! ¡Especialmente en lo referente a la educación! ¡Esto es un desastre! Yo trabajo aquí en San Francisco. Doy clase en un instituto de cuyo nombre no quiero acordarme. En principio me contrataron como profesor de español. ¡Al final enseñé español a los niños anglosajones, inglés a los hispanos y, si se terciaba, hago juegos malabares! ¡El campo de la educación es un caos! ¡Todo va de mal en peor! El otro día les dije a unas alumnas que deberían venir mejor vestidas, que las faldas fueran un poco más largas. Y ellas me contestaron: “Si las maestras vienen con minifalda al instituto ¿por qué no podemos hacerlo nosotras?”. ¡No supe qué contestar!

-Usted es de fuera ¿verdad? Lo noto por su acento...

-Sí, yo soy valenciano.

-Y usted que viene de fuera y es profesor ¿qué piensa del sistema educativo

americano?

-Hombre, la situación aquí en los Estados Unidos no es muy diferente de la de Europa... Yo estoy convencido de que las élites han diseñado a propósito un sistema educativo para que la gente no aprenda. Cuanto más inculta sea la población, más fácilmente será esclavizada. ¡Está todo estudiado al milímetro para que la cosa no pueda funcionar bien! ¡Los problemas podrían resolverse fácilmente si se quisiera! ¡Pero no se quiere! ¡Es como un astillero que fabrica barcos con agujeros! ¡Usted no puede vender barcos con agujeros y luego hacerse el sorprendido cuando se hundan!

-¿Tan mal está la cosa?

-¡Decir mal es poco! -estalla entre carcajadas-. ¿Sabe usted que tengo muchos alumnos que no saben situar Canadá en un mapa? ¡En la secundaria! -añade con énfasis-. Y la situación de rebeldía de la que hablaba usted hace un momento... ¡Es impresionante! Tengo estudiantes que se pegan por los pasillos. Otros que saltan sobre las mesas imitando el ruido de un chimpancé -estalla entre risas-. ¡La indisciplina es enorme! El director y el jefe de estudios me dicen que no se puede hacer nada. Así que los docentes estamos atados de pies y manos. ¡Y los peores son los padres! ¡Creen a sus hijos antes que a los profesores! Hace un par de semanas un muchacho hizo más de treinta agujeros a la puerta de una clase con un martillo. Cuando por fin logramos averiguar quién era, nos dio una respuesta buenísima: “¡Ha sido sin querer!” -vuelve a reír-. Otro hizo de vientre en una papelera y cuando llamamos por teléfono a su madre, se puso de parte del hijo y comentó que si había hecho eso era porque no podía aguantarse más -mentira cochina- ¡y amenazó con demandar al centro!

-¡Dios mío! ¡Cuánto ha degenerado la cosa! ¡Cuando yo estudiaba las aulas no eran así!

-Hace una semana dimos las notas. Le pregunto a un alumno: “¿Qué tal te

han ido las calificaciones?” y me dice: “¡Bien! ¡Las he suspendido todas!”, a lo cual le contesto: “¿Y qué te han dicho tus padres?” y el muchacho me responde: “¡Me han comprado una moto!”. ¿Sabe? Yo he llegado a la conclusión de que hoy los padres no quieren a sus hijos. Porque si los amaran les enseñarían lo que está bien y lo que está mal, los corregirían, les pondrían límites. ¡Pero no lo hacen! Las escuelas se han convertido en aparcamientos de niños. Y los padres les regalan todo lo que piden para comprar su cariño o para que los dejen tranquilos. Crecen como si en vez de en una familia normal de Estados Unidos se hubieran criado en la jungla, rodeados de alimañas. ¡Un profesor de matemáticas está para enseñar matemáticas, no para civilizar salvajes! ¡Qué triste que los padres no amen a sus hijos! Se cumple una vez más el proverbio que reza: “El que no aplica el castigo, aborrece a su hijo; el que lo ama lo corrige a tiempo” (Proverbios 13:24) y “La vara y la corrección dan sabiduría, pero el muchacho consentido avergüenza a su madre” (Proverbios 29:15).

-¡Oh! ¡Veo que es usted creyente!

-Sí, señor. ¡Claro que lo soy! Por cierto... Aún no me ha dicho su nombre.

-Bossman. Walter Bossman. ¡Es un placer conocerlo, señor!

-¡El placer es mío! -me dice al tiempo que me estrecha la mano-.

-¿Ha escuchado usted las noticias esta mañana, señor Ferrer?

-No.

-Los científicos han vuelto a adelantar el reloj del Juicio Final.

-¿En serio?

-Sí. Suponiendo que las doce de la medianoche simbolice el fin del mundo ara serían las doce menos dos minutos.

-¡Uf! ¡Eso es muy preocupante! El otro día leí en la prensa que el porcentaje de americanos que cree que el fin está cerca se ha disparado en los últimos meses. También el de gente que asiste a servicios religiosos.

-¿Sabe? Quizás piense usted que soy un apocalíptico pero yo estoy plenamente convencido de que todo lo que está pasando últimamente son señales del cielo. ¡Cristo viene pronto, Ferrer! No me refiero sólo a esta avalancha de divorcios y de rebeldía juvenil... Estamos viendo señales por todos lados. Cada vez más intensas. Cada vez más frecuentes. ¡Lluvia de ranas! ¡Ojos gigantes que se aparecen en el cielo! ¡Ángeles sobrevolando grandes ciudades! ¡Están pasando cosas raras en todo el mundo! ¡Yo mismo he vivido en primera persona multitud de fenómenos sobrenaturales!

-¿Ah sí? -pregunta intrigado-. ¿Por ejemplo?

-¡Buf! ¡Muchísimos! He sido testigo de primerísima mano de ángeles, demonios, espíritus, maldiciones, platillos volantes, extraterrestres, viajes en el tiempo, teletransportaciones, milagros de todo tipo...

-¿Cómo dice usted? -me pregunta levantando la ceja en un ademán de incredulidad-.

-¡Como lo oye! Ya sé que no me cree... ¡Es normal!

-¡Oh! ¡Todo lo contrario! ¡Me encantaría escuchar su historia! -replica fascinado-. ¡Le invito a un café!

Vamos a un Starbucks cercano. Yo pido un batido y un pastel de manzana. Ferrer prefiere un capuccino.

-Supongo que a usted no le gustan los Estados Unidos de América... -le interpele-.

-¡Oh! ¡Todo lo contrario! ¡Me encantan! No se confunda usted... Que despotrique contra el sistema educativo no quiere decir que odie América. ¡En absoluto! Además, en mi país la educación funciona más o menos igual de mal... Así que para mí esto no ha sido una sorpresa. ¡Más bien un deja-vu!

-¿Le gusta entonces América?

-¡A mí me encanta! ¡Éste es el mejor país del mundo! Tiene sus cosas malas, es cierto... pero por cada cosa mala tiene cinco buenas. Sinceramente

me he sentido más a gusto aquí que en mi propia tierra.

-A mucha gente le ocurre.

-¿Sabe? Yo creo que en realidad Estados Unidos no es una nación... -me espeta haciéndose el interesante-.

-¡¿Cómo dice?! -le pregunto extrañado-.

-Estados Unidos no es una nación. ¡Estados Unidos es una idea! ¡La idea de libertad individual! Si tú compartes esta idea eres americano. No importa tu color de piel o lugar de nacimiento. Aquí a la gente le da igual que seas verde o hayas nacido en Júpiter siempre que compartas la idea de libertad individual. ¡Si piensas como un americano la gente te acaba viendo como un americano aunque seas azul o hayas nacido en Plutón! ¡Es algo que me ha pasado! Pero en Europa es distinto. ¡Es algo étnico! Puedes estar viviendo cincuenta años en Alemania, casarte con una alemana, tener hijos alemanes, obtener la nacionalidad alemana, hablar perfectamente el alemán y haberte adaptado al estilo de vida alemán ¡y te seguirán viendo como a un extranjero! Porque tu nombre no es alemán, tu apellido no es alemán. Estados Unidos es una idea, Europa la Torre de Babel -me explica eufórico-.

-¡Qué gran verdad, amigo! ¡Ahora habla usted como un auténtico americano!

-Pero por favor ¡hábleme de todos esos sucesos sobrenaturales! ¡Walter, se lo ruego!

-¿Por qué está tan interesado, señor Ferrer?

-Porque soy escritor.

-¿En serio?

-¡Sí! ¡Mire! -dice sacando un libro de su mochila-. ¡Para usted!

Me regala el ejemplar de una obra suya que hojeo sin mucho interés. Busco en la contraportada para saber más de este hombre. La parte de atrás del libro dice que Josué Ferrer (Valencia, 1980) es profesor y escritor. Se trata de un

autor bilingüe que escribe tanto en valenciano como en castellano y que ha publicado diversos libros. Básicamente narrativa y ensayo. También ha traducido alguna que otra cosa.

-¡Mire! ¡Yo soy un hombre muy simple! -confiesa Ferrer-. Se puede decir que sólo tengo tres aficiones. Me gusta leer, escribir y practicar el coito. ¡Con mi señora, por supuesto! Fuera de eso, nada más me interesa. ¡Ni siquiera mi trabajo! ¡Soy profesor como podría ser pastelero! Es más: si ahora mismo me ofrecieran un contrato de pastelero con más sueldo, mejor horario y más vacaciones me cambiaría de oficio sin dudarlo. ¡Pero me apasiona escribir! Y me encantaría conocer su historia, señor Bossman. ¡Conocerla desde el principio! Usted va predicando por las calles que el fin del mundo está cerca, que Jesucristo viene pronto. ¡Estoy muy de acuerdo con usted! ¡Cuénteme su historia y yo le ayudaré a difundirla por escrito! ¡Quizás así el mensaje de salvación llegue a más gente!

-Tome papel y bolígrafo, señor Ferrer...

Durante las tres horas siguientes le cuento detalladamente mi historia. Yo era un mendigo que dormía en la calle cuando un ángel se me apareció una noche y me ordenó anunciar a la humanidad que el Juicio Final está cerca. Desde entonces he visto de todo: nevar en Miami en pleno verano; una profeta que supo de mí por medio de sueños; espectros en la carretera; un nuevo Pentecostés; un pueblo fantasma cuya población parece haberse evaporado; platillos volantes; un alienígena de tres metros; un científico atrapado dentro de un medallón; un ser capaz de manipular las emociones de los humanos para hacer que se odien y enfrenten entre sí; lluvias de ranas; teletransportaciones; viajeros en el tiempo; cárteles de la droga; sectas satánicas; falsos profetas... Ferrer no para de hacerme preguntas y tomar notas. Las tazas de café y los refrescos se van amontonando en nuestra mesa.

De súbito una llamada telefónica interrumpe la conversación. Josué Ferrer

saca su móvil y comienza a hablar en valenciano frente a mí. “Disculpe”, me dice sonriendo. “Tranquilo”, le contesto. El tipo conversa delante de mí sin tapujos. No sé con quien habla, pero parece contrariado. No entiendo muy bien su idioma, pero de repente me doy cuenta de que está hablando de mí. El valenciano se parece al español y al francés. Yo sé hablar español y entiendo algo de francés. El muy bastardo no para de repetir algo así como “¡No te puedo atender ahora! Estoy hablando con un chiflado que dice que se va a acabar el mundo. ¡Está como una cabra! De aquí sale una novela. Luego te llamo”. Me sonrío mientras habla y me dice en inglés: “Discúlpeme, Walter. Voy al servicio y regreso en dos minutos”. Se marcha charlando por el móvil. Cuando regresa ya no estoy allí.

51. Jesucristo en California.

-¡Estamos aquí reunidos frente al Ayuntamiento de San Francisco porque queremos decirle al alcalde que estamos hartos! -vocea un hombre joven con barba, gafas de sol y polo de Ralph Lauren-.

-¡Eso es! ¡Estamos hartos! -grita enfurismada la turba que lo acompaña-.

-Mi nombre es Dirk Gaard -toma de nuevo la palabra el joven a través de un megáfono- y al igual que todos vosotros, estoy indignado. Soy un empresario del mundo de la tecnología, soy, como todos vosotros, un ciudadano de bien que todos los días se levanta temprano para trabajar duro y que paga puntualmente sus impuestos, que no son pocos. ¡Impuestos con los que le pagamos su sueldo al alcalde Ed Bale! ¡Por eso exigimos que deje de

atrincherarse en el Ayuntamiento y nos escuche!

La gente interrumpe a Gaard en medio de cientos de aplausos.

-Quiero expresar mi preocupación e indignación por el creciente problema de gente drogadicta y sin hogar al que se enfrenta esta ciudad. Todos los días, en mi camino hacia, y desde el trabajo, veo a gente tirada sobre la acera, tiendas de campaña, heces humanas y todas las facetas de la adicción a las drogas. La ciudad se está convirtiendo en un barrio marginal...y lo peor de todo es que no es segura. Los residentes de esta increíble ciudad ya no se sienten seguros. Sé que la gente está frustrada por el aburguesamiento que se está viendo en la ciudad, pero la realidad es que vivimos en una sociedad de libre mercado. Las personas ricas que trabajan se han ganado su derecho a vivir en la ciudad. Salieron a luchar, consiguieron una educación, trabajaron duro, y se lo ganaron. Yo no debería tener que preocuparme por ser abordado por la calle. Yo no debería tener que ver el dolor y la desesperación de las personas sin hogar cuando voy o vuelvo de mi trabajo todos los días. Quiero que cuando mis padres vengan a visitarme tengan una gran experiencia, y disfruten de este lugar especial.

De nuevo los aplausos interrumpen al orador.

-¡Señor alcalde, le advierto que va a estallar una revolución! -retoma amenazante el discurso-. La gente en ambos lados se siente frustrada, y se puede sentir la ira. La ciudad necesita hacer frente a este problema y no dejar que las personas hagan lo que quieran en la ciudad. No tengo una solución mágica. Es una situación muy difícil y compleja, pero de alguna manera durante la celebración de la Super Bowl, casi toda esa chusma y todos esos sin techo desaparecieron. Estoy dispuesto a apostar que no fue una coincidencia. ¡El dinero y la presión política pueden provocar cambios! -concluye Gaard-.

Cientos de personas aplauden al empresario. Algunos llevan pancartas y

otros la bandera de Estados Unidos.

San Francisco, California. Una de las ciudades más pujantes de los Estados Unidos. Cuanto más rica ha sido, más han aumentado sus pecados. La codicia de la fiebre del oro a mediados del siglo XIX. Su apoyo descarado a la perversión homosexual a mediados del XX. Famosa en el mundo entero por el Golden Gate, San Francisco tiene en sus inmediaciones el Silicon Valley, un área llena de empresas de alta tecnología que generan miles de millones de dólares; pese a ello nadie ayuda a la gente sin hogar. ¡El terremoto y el incendio que destruyeron la ciudad en 1906 serán nada en comparación con el castigo de Dios que se cierne sobre este pueblo egoísta! Los juicios de Yahvé son ineludibles. ¡La ira del Señor caerá sobre San Francisco y no habrá misericordia! Aunque caven hasta el seol, de allá los tomará su mano; y aunque suban hasta el cielo, de allí los hará descender Yahvé.

-¡No tenéis vergüenza! -interrumpe una jubilada-. ¡Habláis de los indigentes como de chusma cuyo dolor y desesperación no queréis ver! ¡Os gustaría que los retiraran a todos de las calles para dar *una buena imagen y no molestar!* ¡Que os aparten de la vista el problema! ¡No queréis sentir la molestia de tener que cruzaros con los pobres por la calle! ¡Pero en ningún momento os planteáis las causas de que haya tanta gente sin hogar tirada por las calles y víctima de la adicción a las drogas! ¡Son seres humanos, por el amor de Dios! ¡Debemos tener compasión de ellos y ayudarlos! -grita-.

-¡Pues ayúdalos tú! -le conmina una señora-.

-¡Yo ya los ayudo! -responde molesta la jubilada-. ¡En mi iglesia local les damos mantas, ropa y comida!

-¡Yo ya estoy harto de pagar impuestos para ayudar a esta escoria! -replica airado otro-.

-¡Es curioso que no os moleste pagar impuestos para invadir países y hacer guerras! ¡O que paguemos con dinero público las deudas privadas de Wall

Street! ¡O que la élite del 1% no tribute porque tiene sus empresas radicadas en las Islas Caimán! -afirma indignada la anciana-. ¡Pero sí que os molesta pagar impuestos para ayudar a los pobres! ¡En mi opinión vosotros sois la auténtica chusma!

¡En esto se ha convertido Estados Unidos! Paseas por las calles y ves las aceras repletas de mendigos. Gente que vive en tiendas de campaña o que duerme dentro de una caja de cartón bajo un puente. ¡Y esto no ocurre solamente aquí en San Francisco sino en todo el país! Es algo que sorprende a los turistas. ¿Cómo es posible que haya tantos mendigos en el país más rico del mundo? -se preguntan-. ¡Más de un millón de niños va al colegio y no tiene dónde dormir! ¡Quizás la única comida que toman en todo el día sea la que le sirven en el comedor escolar! ¡Ya hay cincuenta millones de personas en una situación que raya el hambre! Gente marginal y sin esperanza haciendo cola en los comedores sociales o suplicando por unos cupones de comida. Los ricos se atrincheran en suntuosas mansiones. En el extrarradio los pobres y los drogadictos se matan entre ellos como si fueran ratas.

Cada vez son más las ciudades que han aprobado leyes que prohíben alimentar a los mendigos. En muchas localidades te multan con cientos de dólares por dar de comer a un hambriento. En todo el país las autoridades tratan de *limpiar las calles* haciendo que sea ilegal ser un sin techo o ayudar a las personas sin hogar. No es la Alemania nazi. ¡Esto está pasando aquí, en Estados Unidos! En lugar de generar más empleo o destinar más dinero al bienestar social, los alcaldes mandan bulldozers para arrasar los campamentos formados por carpas y tiendas de campaña donde malviven los vagabundos y los suben a autobuses para expulsarlos de las ciudades. Les pagan un billete de bus para mandarlos lejos, con la promesa de que en otro estado tendrán una oportunidad. Cuando finalmente llegan a su destino les toca dormir en la calle porque no los ayuda nadie en absoluto.

¿Qué ocurre en América? ¿Qué ha sido del Sueño Americano? ¿Estamos tratando a los miembros más vulnerables de la sociedad como si fueran basura humana y esto es un escándalo! Los albergues para indigentes ya están a su máxima capacidad, a mucha gente le toca dormir en la calle en pleno invierno. ¡Mientras tanto se siguen ofreciendo ventajas fiscales a quienes no las necesitan y las cuentas bancarias de los archimillonarios no paran de crecer sin límite! Y no. Esto no está pasando en Guatemala, sino en los Estados Unidos de América. En Honolulu, Hawaii, un político va armado por las calles con una enorme maza. Cada vez que encuentra el carrito de la compra de un indigente lo inutiliza rompiendo sus ruedas delanteras. El malnacido priva así a los mendigos de sus escasas posesiones. Tal abominación ha disparado su popularidad entre los votantes.

-¡Arrepentíos de vuestros pecados! ¡El Juicio Final se acerca! -proclamo con un megáfono mientras hago sonar una campanilla con la otra mano-.
¡Arrepentíos! ¡El tiempo se acaba! ¡Dice la Palabra de Dios que en los últimos tiempos, por haberse multiplicado la maldad, el amor de muchos se enfriará!
¡El mundo entero rebosa maldad! ¡Dice la *Biblia* que había un rico que vivía lujosamente y a la puerta de su casa un mendigo llamado Lázaro! El rico podía ayudarlo pero solamente le daba las migajas a Lázaro. ¡Vosotros sois peores!
¡Porque el rico, aunque fueran migajas, le daba algo! ¡Pero vosotros no sólo no le dais nada a los pobres sino que incluso queréis quitarles lo poco que tienen! ¡No os basta con ver a un indigente con una manta agujereada y un mendrugo de pan duro! ¡Queréis quitarle su manta y su mendrugo! ¡Sois peores que el rico, y como él, acabaréis en el infierno!

-¡Vete tú al infierno, bastardo! -me interpela un joven bien vestido-.

-¡Largo de aquí, predicador! ¡No queremos oír tus sermones! -me grita otro-.

Me alejo de allí disgustado cuando a sólo cien metros de la protesta me

aborda un vagabundo en la calle-.

-Ey, amigo ¿me das un par de pavos? ¡Tengo hambre!

-¡No tengo suelto, amigo! ¡Puedes quedarte este billete de veinte! -
contesto-.

-Entonces el Rey dirá a los de su derecha: “Venid, benditos de mi Padre, heredad el Reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo, porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; fui forastero y me recogisteis; estuve desnudo y me vestisteis; enfermo y me visitasteis; en la cárcel y fuisteis a verme”. Entonces los justos le responderán diciendo: “Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te alimentamos, o sediento y te dimos de beber? ¿Y cuándo te vimos forastero y te recogimos, o desnudo y te vestimos? ¿O cuándo te vimos enfermo o en la cárcel, y fuimos a verte?”. Respondiendo el Rey, les dirá: “De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis” -comenta el mendigo-.

-¡¿Quién eres tú?! -le pregunto atónito-.

-Entonces dirá también a los de la izquierda: “Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles, porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; fui forastero, y no me recogisteis; estuve desnudo y no me vestisteis; enfermo y en la cárcel y no me visitasteis”. Entonces también ellos le responderán diciendo: “Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, sediento, forastero, desnudo, enfermo o en la cárcel, y no te servimos?”. Entonces les responderá diciendo: “De cierto os digo que en cuanto no lo hicisteis a uno de estos más pequeños, tampoco a mí me lo hicisteis”. Irán estos al castigo eterno y los justos a la vida eterna.

Me quedo estupefacto con la respuesta de aquel mendigo. Entonces es que estudio con detalle su fisonomía. Es un hombre alto, en torno a la treintena. Tiene cabellos largos y barba, los dos de color castaño. Su piel es morena y

sus ojos irradian nobleza. Lleva una chupa de cuero. Sus ropas están viejas y raídas, como si las hubiera sacado del contenedor de la basura. Sus zapatillas están tan sucias y desgastadas que la suela de una de ellas está comenzando a partirse en dos.

-¿Quiquiquién eres tú? -digo tartamudeando-.

-Walter, ¿por qué preguntas lo que ya sabes? -me responde con dulzura-.

-¿Cócócómo sabes mi nombre? -inquiero con estupefacción-.

-¡Ey, señor! -dice el vagabundo dirigiéndose a un caballero vestido de Armani que pasa justo por delante de él mientras va hablando por el móvil-.
¿Me da una limosna por favor?

-¡Apártate de mí, basura! -le responde desagradable-.

El indigente gira su rostro hacia mí y asegura con firmeza: “El tiempo se acaba, Walter. El tiempo se acaba”.

52. Burning Man.

Black Rock City, Nevada. Una ciudad en medio del desierto que sólo existe durante una semana al año. Y lo hace para acoger el Burning Man, un festival contracultural que existe desde 1986 y que cada año atrae a decenas de miles de participantes entre los últimos días de agosto y los primeros de septiembre. Durante una semana aquí no se vende nada, sólo hielo y café, por lo que todo el mundo se trae sus provisiones, entre ellas comida, agua y una tienda de campaña donde dormir. Es una especie de gran carnaval hippy, donde la gente va disfrazada o desnuda según lo desee, y el punto fuerte es la quema de una

gran estatua gigante -el Burning Man- que este año curiosamente tiene aspecto de robot. Aquí puedes encontrar los artilugios más estafalarios y las esculturas más asombrosas: un OVNI estrellado, un conejo gigante o coches mutantes como salidos de una película de Mad Max.

Lo que en un principio nació como un festival contracultural para promover el arte y la creatividad se ha convertido, con los años, en un inmundo lodazal de inmoralidad. Aquí en Black Rock City todo es una locura. Un tipo camina con zancos entre el gentío y escupe fuego por la boca como en un número de circo. Una banda de músicos toca la guitarra y unas muchachas bailan un zapateado flamenco. Una chica en bikini está dentro de un carrito de la compra, totalmente borracha y rodeada de botellas de ginebra vacías. Muchos asistentes se dan un baño de barro, como los cerdos que son. Veo un señor disfrazado de extraterrestre, otro de mariposa y otro más que pasea en tanga sobre su motopatín. Gays y lesbianas afloran como setas por doquier y dan rienda suelta a sus perversiones. Una pareja se casa en medio de esta locura... ¡Apuesto a que antes de un mes ya se habrá divorciado!

Cuatro tipos llevan traje y corbata de cintura para arriba y los pantalones blancos manchados de un mono de pintor debajo. Los cuatro llevan sombrero y paraguas para protegerse del sol. Así, vestidos iguales, parecen salidos de una película de ciencia-ficción. Dos varones desnudos practican lucha libre rodeados de curiosos. Un grupo de nudistas da un paseo en bicicleta en medio de risas. Un rubio disfrazado de vikingo atiza con un látigo en el trasero a la que parece ser su compañera, la cual pone el culo en pompa para la ocasión. Un chico lee el periódico tranquilamente en un sofá: justo a su lado hay una pareja besuqueándose. Una muchacha llena de tatuajes le practica una felación a su novio, un joven con sombrero de cowboy. La gente alrededor hace fotos. Una japonesa está en una cabina telefónica que pone “Hable con Dios”. Un obeso toca la batería en medio de la nada.

-¡Paz y amor! -gritan unas chicas desnudas con su cuerpo cubierto de pintura corporal-.

-¡Paz y amor! -repite una banda de motoristas con sus chupas de cuero y sus Harley-Davidsons-.

-“¡Paz y amor!” decís. ¡Pero lo único que puedo ver por aquí es obscenidad y pecado! -clamo-. ¡Es una vergüenza! ¡Lo que hacéis es una vergüenza! ¡Mirad el burdel en el que habéis convertido este festival! ¡Conciertos de rock donde se consumen drogas y la gente se calienta al sol como lagartijas! ¡El desdén por las convenciones sociales se refleja en las escenas públicas de actos sexuales! ¡Mirad aquellos pervertidos de allá! ¡Fornicando ante la mirada atónita de unos y los gritos de júbilo de otros!

-Creo que deberíamos expulsar a este tipo. Está molestando a la gente -oigo decir a un organizador-.

-¡Déjalo! ¡Le da un poco de color a la fiesta! -le responde su compañero entre risas-.

-El caso es que me suena su cara... ¿No habrá salido en televisión, quizás?

-¿Y qué más da? Sólo es otro charlatán más. ¡Que diga lo que quiera! ¡Éste es un país libre!

-¡Arrepentíos de vuestros pecados! ¡El Juicio Final está muy cerca! ¡La humanidad va cuesta abajo y sin frenos! ¡Por todos lados hay deshonestidad, robos, violencia, violaciones, asaltos e incestos! ¡Son los rasgos característicos de nuestros días! Todas las civilizaciones y los grandes imperios del pasado cayeron y desaparecieron después de un período de inmoralidad y sexualidad desenfrenada. Esto parece los últimos días del Imperio Romano. ¡Es evidente que la sociedad vive los tiempos finales!

-¡Mira, predicador! ¡Esto es lo que pienso de lo que dices! -me responde un gay que se pone a defecar-.

-¡Vete a cagar, puto fanático religioso! -me chilla otro-.

-¡Extremista! ¡Radical! ¡Calla la boca!

-¿Por qué es usted tan intolerante? ¿Me lo puede decir?

-¡Vivimos como en los tiempos de Sodoma! ¡No os extrañéis cuando llegue el castigo divino! ¡El cine moderno se puede comparar con una cloaca, que al ser destapada lo único que despide es una profunda peste! ¡Hoy proliferan las revistas pornográficas! ¡Fotos de mujeres totalmente desnudas! ¡Historias de padres que violan a sus hijas, historias de homosexualidad! ¡Bandas de rock que componen canciones con letras satánicas! ¡Parece que una gran cantidad de artistas ha vendido su alma al diablo!

-La, la, la -tararea una joven semidesnuda llena de purpurina-.

-*I'm singing in the rain...* -canta otro con un paraguas imitando a Gene Kelly-.

-¡Este hombre tiene toda la razón! -dice una mujer con una máscara de unicornio y luego de eso relincha-.

-¿Y las películas? -prosigo aunque nadie me escuche-. ¿Y las series de televisión? ¡Son como fango! ¡Desgraciadamente a esa cisterna rota, a ese charco de nauseabundas aguas, acuden los condenados hombres de nuestros días a beber de sus pútridas aguas! ¡Las películas nos hablan de atracadores, de adulterio, de violaciones, de burdeles y lupanares! ¡No hay salvación sin arrepentimiento de pecados! ¡No hay salvación sin fe en Cristo! ¡Arrepentíos ahora que aún estáis a tiempo!

El pecado no conoce de clases sociales. Aquí en Black Rock City no sólo hay hippies y pirados, también pijos multimillonarios. Los nuevos ricos de Silicon Valley, los magnates de empresas tecnológicas que se hicieron de oro al calor de la burbuja de internet, también vienen a disfrutar del festival aunque eso sí, en tiendas de lujo y con aire acondicionado en un desierto a cuarenta grados a la sombra. Entro en mi tienda de campaña e intento descansar. Es tarde y una hermosa luna llena alumbra el desierto. No puedo

dormir por culpa de la música y la algarabía de los borrachos, pero al menos reposo. Cojo la *Biblia*, trato de orar al Señor pero no puedo. No se me va de la mente la imagen de una pareja de jóvenes que copulaba en público. ¡Como chimpancés en celo! Me pregunto luego cuántos embarazos, cuántos abortos y cuántos contagios de Sida saldrán este año del Burning Man.

-¡Socorrooo! ¡Auxilioooo! ¡Que alguien me ayudeee! -escucho gritar a una mujer-.

-¡Un lobo! ¡Un lobo!

Salgo de la tienda despavorido, aunque todavía aturdido por la música y el bullicio. Miro a todos lados y entonces veo una tienda de campaña con una agitación claramente inusual. A la puerta hay una muchacha semidesnuda llena de arañazos que clama socorro entre lloros. Dentro de la tienda se oye un gruñido rabioso y el grito desesperado de un hombre. “¡Socorro! ¡Socorro! ¡Un lobo está atacando a mi novio!” -grita histérica la muchacha-. Un montón de curiosos se acerca a la escena. En cuestión de segundos acude corriendo un policía junto con dos organizadores. Los agentes tienen la orden estricta de no intervenir en el festival salvo que presencien un delito y aunque dejan hacer a los hippies lo que les da la gana, la vigilancia es siempre constante. De súbito el lobo sale de la tienda de campaña y muerde en la mano a un advenedizo. ¡Nunca había visto un animal así de rabioso!

Entonces el policía aprovecha ese instante para disparar contra la fiera. Dos tiros. Uno de ellos falla pero el otro hiere en la pata al animal, que libera a su presa soltando un alarido. El lobo se da a la fuga cojeando entre gemidos lastimeros. El agente le apunta de nuevo pero hay una multitud de por medio y renuncia a disparar. Un equipo médico viene corriendo para asistir al hombre que ha sido atacado en la tienda de campaña, empapado de sangre. El lobo trata de huir internándose en medio de unos arbustos, pero no hay manera de escapar porque un rastro de sangre le delata. El policía, acompañado de

voluntarios con linternas, patrulla la zona en busca de la alimaña. ¡Entonces sucede lo inesperado! Entre la maleza aparece el cuerpo sin vida de una mujer desnuda, cubierta de purpurina. No respira. Tiene una herida de bala en la pierna... ¡El rastro de sangre conduce hasta ella!

53. La gente topo.

La esencia del juego es que haya ganadores y perdedores. En Las Vegas, la capital del juego, los ganadores se llevan el dinero, los coches y las mujeres. Los perdedores se quedan sin casa por las deudas. Los más perdedores de todos viven hacinados en North Las Vegas, una ciudad de más de 200.000 habitantes. Está justo al norte de Las Vegas, pese a ello no figura en ningún itinerario turístico. Esta localidad fue creada con la idea de absorber toda la miseria de la Ciudad del Pecado. Ya se sabe que cuando uno va al casino a jugar lo que quiere es pasárselo bien y la sola presencia de mendigos que suplican por un poco de pan queda feo a la vista. Para que ningún pobre arruine la fiesta a los señoritos, la administración decidió desplazarlos aquí a North Las Vegas, lejos de la mirada de los turistas. Mientras los ricos disfrutan de la vida, la basura blanca se apiña en las alcantarillas de la ciudad.

Los túneles de North Las Vegas son muy famosos. Se construyeron en los años setenta y ochenta para servir de desagües a la gran capital del juego, después de que varias riadas inundaran los casinos y afectaran al turismo. Aquí, a lo largo de 500 km de desagües, viven 7.000 personas: la ciudad de mendigos más grande de América. Bajo tierra, como las ratas. Para que no molesten. Toda esta gente vive rodeada de símbolos de opulencia. No muy lejos de aquí, a un lado tienen un campo de golf y al otro, un aeródromo donde aterrizan los aviones privados de los millonarios que vienen a la ciudad expresamente a jugar, en mesas exclusivas y con apuestas que pueden llegar al millón de dólares. Pero ninguno de estos desgraciados se cruza con ellos. Son invisibles. Viven bajo tierra en un túnel oscuro y húmedo como una cloaca, impregnado de orines y frecuentado por arañas.

-¡Ey, amigo! ¿Es nuevo por aquí? -me pregunta un vagabundo-.

-No exactamente. ¿Usted vive aquí?

-Sí. Un sitio encantador ¿verdad? Oiga, amigo, ¿tiene unos pavos? Llevo dos días sin comer.

-Le daré cien dólares si me hace de guía turístico y me enseña este sitio.

-¿Cien dólares? ¡Guau! ¡Por cien dólares vendería a mi madre! Acompañeme, amigo. Mi nombre es Bubba.

-Walter -le respondo a secas-.

Nos internamos linterna en mano en un complejo entramado de túneles. A través de ellos encuentro personas que viven en la miseria, rodeadas de montones de basura y pañales sucios. Esto es una húmeda cloaca llena de escorpiones, riesgos para la salud y adicción. A lo largo del trayecto veo numerosos individuos. Amueblan sus habitáculos como pueden; algunos tienen camas, armarios y hasta pequeñas bibliotecas compuestas de libros abandonados. La pobreza aumenta en el país más rico del mundo. La desigualdad crece en el país de las oportunidades. Y no sólo en Las Vegas. Esto es un cáncer nacional que a nadie parece escandalizar. En Nueva York muchas personas viven en las cloacas. Son conocidas como la gente topo, como aquí en Las Vegas. En Nueva Jersey muchos americanos viven en campamentos improvisados de carpas y tiendas de campaña. A nadie le importa.

-¿Le molesta el olor a orina y excrementos? ¡Oh, lo siento! ¡Yo ya ni siquiera lo noto!

-No se preocupe -respondo con náuseas, haciendo un esfuerzo por no vomitar-.

-Mire Walter, le presento a mi amigo Tom.

-Disculpe el desorden, ayer tuvimos un pequeño incendio y esto está hecho un asco -comenta Tom como una escrupulosa ama de casa-. ¡Justo me ha pillado con la escoba! ¿Usted también vive por aquí?

-¡Oh, no! -interrumpe Bubba-. Walter sólo quería conocer los túneles y se los estoy enseñando.

-He visto pañales sucios... ¿Viven niños aquí? -pregunto con curiosidad-.

-¿Está de broma? ¡Pues claro que sí! ¡Aquí viven familias enteras! -contesta Tom-.

-Disculpe... No quisiera ser entrometido pero... ¿cómo demonios acabaron ustedes aquí?

-Pues para no ser entrometido hace usted muchas preguntas...

-Lo siento... Quiero decir... Ustedes dos parecen personas completamente normales -añado ruborizado-.

-¿Sabe, Walter? -interrumpe Bubba-. Todo el mundo piensa que sólo los esquizofrénicos, los borrachos y los drogadictos pueden acabar así... Pero en realidad cualquiera puede acabar en la calle... En estos túneles vive gente con carrera universitaria ¿sabe? Lo de la pobreza es como los accidentes de tráfico... Crees que siempre es a otro al que le toca. Hasta que un día te toca a ti -sentencia-.

-¡Desde luego! -dice Tom-. Es verdad que aquí han venido muchos vagabundos... Es decir, gente que ya lo era ahí arriba, en la calle... Pero también es cierto que desde que empezó la crisis esto se ha llenado de gente normal que ha perdido su empleo, sus ahorros y sus casas ¡y ha acabado aquí!

-¿Es ése el caso de ustedes dos?

-Bueno, no exactamente... -responde Bubba-. En mi caso, yo soy un veterano. Era marine. Estuve en la guerra sirviendo a mi país. Tenía una vida normal y corriente hasta que mi mujer me pidió el divorcio. Ella me quitó la casa y la niña y me echó a la calle como a un perro después de quince años de matrimonio. Vivíamos en Wyoming. Como estaba en el paro en aquel tiempo, me mudé a Las Vegas en busca de empleo y de un cambio de aires. Pero justo aquello coincidió con la época de la crisis y no había trabajo por ningún

sitio... Así que se me acabaron los ahorros y bueno, terminé aquí.

-¡Dios bendito! ¡Un veterano viviendo en estas condiciones! ¿Y no le ha ayudado el Gobierno? -pregunto-.

-¿El Gobierno? -repite entre carcajadas-. El Gobierno no mueve ni un dedo por ayudar a los veteranos de guerra. ¡Solamente nos quiere cuando somos útiles como carne de cañón en la trinchera!

-¿Y la Iglesia? ¿No les ayuda la Iglesia?

-¿La Iglesia? -Bubba y Tom estallan en una estruendosa carcajada al unísono-. A estas alcantarillas no se molesta en bajar nadie. Ni católicos ni protestantes ni judíos ni mormones ni testigos de Jehová ni científicos ni nadie! Muchos cristianos piensan que nos lo tenemos merecido. Que algo habremos hecho para acabar aquí. Luego subes para pedirles ayuda y te miran con cara de asco, como diciendo: “¿De dónde salió ése? ¿Por qué huele tan mal?”. Te sonríen con hipocresía y te dicen: “Oraremos por usted, hermanito”. ¡Pero no mueven ni un dedo para ayudarte! -sonríe Bubba-.

-¡Todo palabrería! ¡Todo hipocresía! -interrumpe Tom, levantando los hombros y haciendo una mueca-.

-Las oraciones están muy bien... Pero las manos que ayudan son mejores que los labios que rezan ¿no cree usted? -pregunta de forma retórica Bubba-. ¡Lo único que le importa a la Iglesia es el dinero!

-¡Desde luego! -contesta Tom-. ¡Si Cristo volviera hoy al mundo cargaría contra estos malditos obispos-.

-¿Y usted, Tom? ¿Cómo llegó aquí? -pregunto-.

-Yo trabajaba de albañil y tenía un apartamento alquilado. Mi mujer se enganchó al juego y un día, avergonzada de perder tanto dinero, volvió a su casa en Pensilvania. No volví a verla nunca más. Yo entré en una depresión muy profunda y me di al alcohol. Una cosa llevó a la otra y bueno, aquí estoy. Tengo un hijo arquitecto en California del que no sé nada. Creo que se

avergüenza de mí -confiesa-.

Tom se tumba en un colchón y enciende un pitillo. Junto a él hay una caja de ropa, rodeada de trastos y colillas. Confiesa que es mejor no tener nada porque cuando te descuidas te lo han robado. Un hombre se afeita con el agua que sale de una boca de riego. Un muchacho pálido como un muerto se oculta en las sombras, se arremanga la camisa y se saca una jeringuilla. Otro, lleno de tatuajes, vomita en una esquina. Un señor con problemas psiquiátricos mira la pared hipnotizado. Es cierto que en este tugurio abundan fracasados que lo perdieron todo tras volverse adictos al juego o al alcohol barato que sirven en los casinos pero también es verdad que en estos túneles viven veteranos de guerra, trabajadores empobrecidos, hombres de mediana edad a los que la vida dio la espalda y adolescentes que buscan experiencias extremas. ¡Incluso matrimonios jóvenes con niños pequeños!

-¿Y no han buscado trabajo ustedes ahí arriba? Últimamente se están generando nuevos empleos.

-Cuando sales del sistema es muy difícil volver a entrar en él. Yo estuve trabajando en un hotel durante un mes pero cuando el gerente se enteró de que no tenía domicilio fijo me despidió -dice Tom-.

-Yo voy todos los días a Las Vegas. Me dedico a peinar los casinos en busca de crédito y fichas que la gente pierde u olvida. En un buen día se puede sacar 750 dólares. Aunque la mayoría de veces no sacas nada. Hace poco he tenido que vender la Medalla de Honor que gané en la guerra. Aún está en el escaparate de una tienda de objetos de segunda mano -confiesa triste y resignado el veterano de guerra-.

-Yo me he acostumbrado a vivir aquí. Ahora mi familia está aquí. Los túneles te resguardan del frío y de los ataques nocturnos. Ahí arriba sólo he encontrado incomprensión e intolerancia -comenta Tom-.

-Lo único malo que tienen los túneles es cuando llueve. Con la lluvia y el

barro lo pierdes todo y, si no estás atento, te puedes ahogar. Sé que mucha gente de ahí arriba se alegraría si una buena inundación *limpiara los túneles* pero bueno, casi nunca llueve en Nevada. Aquí estamos bien -dice Bubba-.

-Entiendo.

-Ey, amigo. He cumplido con mi parte del trato. Usted me prometió cien dólares ¿recuerda? -apunta Bubba-.

-¿Cien dólares? ¡Joder! ¡La mitad para mí! -exclama Tom-.

Abro la mochila que llevo en la espalda y comienzo a repartir billetes. En total, unos 60.000 dólares. David Owen me dio este dinero hace tiempo y aún no lo había usado. No sabía qué hacer con él. Una turba de gente se me acerca y alarga la mano como si yo fuera Papá Noel. ¡No se lo pueden creer! ¡Estallan de alegría! ¡Algunos dan gracias a Dios, otros lloran de la felicidad! Hubo una época de mi vida en que gané mucho dinero, y otra en la que me arruiné y me tocó dormir en la calle, así que puedo entender la desesperación de estos hombres. Dejo allí la mochila, en medio de un corro de gente que se apresura a coger los billetes. Me doy la vuelta y reempiendo mi regreso hacia el mundo exterior. No necesito que me acompañen. Conozco el camino. Al salir de la ciudad subterránea me doy cuenta de ni siquiera duchándose podré acabar con el mal olor que me impregna.

No puedo ayudarlos a todos, pero quizás estos billetes puedan brindar una segunda oportunidad a algunos de ellos. Eso al menos quiero creer. Es triste contemplar cómo a menudo con la excusa de que resulta imposible acabar con el hambre en el Tercer Mundo, la gente no ayuda ni a su vecino de al lado. Recuerdo un cuento que mi madre me contaba de pequeño. Un niño que estaba en la playa tomaba con sus manos las estrellas de mar que se hallaban varadas en la arena y las devolvía de nuevo al agua para que no murieran. Un anciano que pasaba por allí, viendo que en la playa había demasiadas estrellas como para poder salvarlas a todas, se acercó al niño y le preguntó: “¿Por qué haces

esto? ¿A quién le importa esas estrellas de mar si no vas a poder salvarlas a todas?” El niño le mostró la que tenía en la mano y que se disponía a arrojar a la mar y le respondió: “A ésta le importa”.

54. La Ciudad del Pecado.

-¿Puede volvérmelo a explicar otra vez, por favor?

-Verá abogado, yo nací hombre pero fui a cambiarme de sexo. Así es que acudí a un médico y le expliqué que desde hacía algo más de un año yo me sentía mujer, me identificaba a mí mismo como mujer, etcétera, etcétera, y le pedí que me diagnosticara que era una mujer. ¡La verdad es que me sorprendió lo sencillo que fue! ¡En apenas una conversación de diez o quince minutos lo había logrado!

-Claro, porque si no usted podría denunciar al doctor por discriminación y él perdería su trabajo.

-¡Exacto! Bien, la cuestión es que con ese certificado médico acudí a la administración para que me cambiaran legalmente de sexo. Y claro ¿quién es un simple funcionario para discutirle a un médico, verdad?

-¡Buena jugada! -se sonríe-. ¡Le sigo!

-De acuerdo. Entonces fui al Aeropuerto y quise entrar en el lavabo de las mujeres. Porque claro, legalmente soy una mujer. Pero el personal que trabaja allí no me lo permitió. ¿Puede usted creerlo, abogado?

-¡Eso es discriminación! -se sonríe-. ¿Y tiene usted pruebas o testigos que avalen su declaración?

-Sí, claro, fui con un par de testigos. Lo tienen filmado todo.

-¡Es usted muy inteligente!

-Gracias. Me gustaría demandar al Estado por discriminación sexual. ¿Cuánto cree que podemos sacar?

-¡Una buena tajada, seguro! -contesta el abogado mientras se frota las manos-. Pero una pregunta... Aunque usted sea legalmente mujer, a usted le gustan las mujeres ¿cierto? De hecho, usted tiene esposa.

-¡Eso es porque soy lesbiana! -estalla en carcajadas-.

-¡Mejor todavía me lo pone! ¡Podemos acusarles también de homofobia!

-¿No sabe si hay alguna ley que te permita legalmente cambiar de raza? Aunque soy blanco, digo blanca, siempre me he sentido negra. ¿Con eso podríamos añadir el cargo de racismo! ¿Lo permite la ley?

-Todavía no, amigo... Todavía.

Las Vegas, Nevada. En plena calle un abogado sin escrúpulos y su cliente discuten sobre cuál es la mejor forma de desplumar al Estado y vivir sin trabajar. Todo es una locura aquí. Deambulo por Las Vegas Strip, un gran bulevar lleno de hoteles y casinos. Cerca de aquí queda el famoso Casino Venetian. ¡Esta ciudad me pone enfermo! Los ludópatas se dejan el sueldo entero jugando al póker. Hace poco un jubilado se ahorcó tras perder sus ahorros de toda la vida en la ruleta. Las luces de neón son un reclamo para los tontos que acuden a ellas como las moscas a los excrementos de un perro.

Los burdeles y los clubes de striptease se multiplican como una plaga. Los padres de familia acuden a ellos porque ven el adulterio como algo normal. Están tan corrompidos que son incapaces de sentir remordimientos o de pensar que lo que están haciendo está mal. Una muchacha se me acerca en la calle y me ofrece sus servicios. Va tan maquillada que parece un payaso. No debe tener más de quince años. Dos tipos charlan entre risotadas sobre cocaína y pornografía infantil. Esta ciudad es como un perro con la rabia que lanza

espumarajos por la boca. ¡Tal vez sacrificarlo sea la única solución!

Camino por la calle y siento náuseas. Un tipo disfrazado de Elvis Presley me ofrece un folleto. Es publicidad de una pseudoiglesia que oficia casamientos exprés previo pago de mil dólares. Puedes ir disfrazado si quieres. Y si no tienes testigos, ellos te los facilitan. ¡No se puede caer más bajo! Un tipo intenta venderme lencería y tangas usados por fulanas. Tiene una mochila llena. Otro cobra por dejarse golpear los genitales. “Dame una patada en las pelotas por diez dólares”, reza el cartel. Tengo cosas mejores que hacer. Un ludópata pide limosna para jugar a las máquinas. ¡Al menos es sincero!

-¡Escúchame, Las Vegas! -clamo en plena calle con un megáfono-. ¡Escúchame porque el Juicio de Dios muy pronto caerá sobre ti! ¡Mientras los millonarios disfrutan en sus campos de golf y gastan fortunas en coches deportivos y juegos de azar los pobres pasan hambre! “Así ha dicho Jehová: ‘Por tres pecados de Israel, y por el cuarto, no revocaré su castigo: porque vendieron por dinero al justo, y al pobre por un par de zapatos. Pisotean en el polvo de la tierra las cabezas de los desvalidos y tuercen el camino de los humildes’”. Si Dios fue capaz de castigar a Israel por su codicia ¡ay de Las Vegas!

-¡Cierra el pico, lunático! -me grita una mujer-.

-Así dice el Señor: “Oíd esta palabra, vacas de Basán, que estáis en el monte de Samaria, que oprimís a los pobres y quebrantáis a los menesterosos, que decís a vuestros señores: “Traed de beber”. Jehová, el Señor, juró por su santidad: ‘Sobre vosotras vienen días en que os llevarán con ganchos, y a vuestros descendientes con anzuelos de pescador; saldréis por las brechas una tras otra y seréis echadas del palacio, dice Jehová’”. Dios siempre acaba castigando a quien le desafía. ¡Vuestra avaricia y vuestras blasfemias son un insulto a Dios! ¡Escupís al cielo y os caerá en la boca!

Hace años tuve una novia de Las Vegas. Sharon. No duramos mucho. Nada

serio. Pero siempre recordaré las historias que me contaba sobre esta ciudad. Decía que durante un tiempo de su vida había trabajado en un hotel para pagarse los estudios. Ella tenía que entrar a las habitaciones para limpiarlas. Una vez dentro, debía recoger condones, vómitos, botellas vacías, jeringuillas usadas y todo tipo de basura imaginable que los huéspedes dejan a su paso. A veces encontraba excrementos pegados en las paredes de la habitación y cuando había suerte billetes de cien dólares cubiertos de heroína.

En cierta ocasión me habló de un empresario ugandés muy aficionado a la ruleta. Llegó a perder millones de dólares por ganar unos pocos cientos de miles. Pero su verdadero disfrute era organizar fiestas en la suite del hotel. Según Sharon solía acompañarse de prostitutas de lujo y cuando llegaba la hora de limpiar las habitaciones, su suite estaba arrasada de arriba a abajo. Había colchones volcados, sillas tiradas, muebles rotos y confeti por todas partes. Hoy ya no importa nada más que no sea revolverse en los pecados como cerdos en el barro, regodearse en ellos como los perros en su inmundicia.

Toda esta locura viene espoleada por las drogas. Los cárteles hacen lo que les da la gana y la policía mira a otro lado. Seguro que el alcalde está bien untado a cambio de cerrar los ojos de vez en cuando. Los turistas consumen cocaína y speed; los jóvenes marihuana y metanfetaminas; los pobres crack. Los más desalmados recurren a la escopolamina, con la que anulan por completo la voluntad de las víctimas. Cada vez más jovencitas son drogadas con ella en las discotecas. Al día siguiente despiertan semidesnudas, con claros síntomas de haber sido violadas, pero no recuerdan nada.

-¡Arrepiéntete, Las Vegas! ¡Porque el alcoholismo y la ludopatía están destruyendo vuestras familias y tristemente no le importa a nadie! ¡Basta ya de oprimir al justo y al desvalido! ¡Basta ya de tanto vicio y perversión! Porque dice el Señor: “Por tanto, puesto que humilláis al pobre y recibís de él carga

de trigo, no habitaréis las casas de piedra labrada que edificasteis ni beberéis del vino de las hermosas viñas que plantasteis. Yo sé de vuestras muchas rebeliones y de vuestros grandes pecados; sé que afligís al justo, recibís cohecho y en los tribunales hacéis perder su causa a los pobres”.

-¡Otro fanático religioso! ¡Cállate ya hombre, que Dios no existe! -me grita un joven-.

-“Oíd esto, los que explotáis a los menesterosos y arruináis a los pobres de la tierra, diciendo: ‘¿Cuándo pasará el mes y venderemos el trigo; y la semana, y abriremos los graneros del pan? Entonces achicaremos la medida, subiremos el precio, falsearemos con engaño la balanza, compraremos a los pobres por dinero y a los necesitados por un par de zapatos, y venderemos los desechos del trigo’. Jehová juró por la gloria de Jacob: ‘No olvidaré jamás ninguna de sus obras’ ”. ¡Las Vegas, eres peor que Sodoma, peor que Nínive, peor que Babel! ¡La cólera de Dios está sobre ti!

Las Vegas es la ciudad con más pecadores por kilómetro cuadrado del mundo. Es la nueva Sodoma, llena ella de gurús, mercaderes, homosexuales, prostitutas y lunáticos. Aquí ves a padres que llevan a sus hijos adolescentes a locales de striptease o chicas preñadas que fuman sin remordimientos. En esta urbe, con tanto alcohol y tantas drogas, las mujeres se dejan bajar las bragas por cualquiera que las invite a una copa en la discoteca, así que montar un abortorio es una forma rápida de hacerse rico. Borrachera, sexo, embarazo, aborto. Y otra vez vuelta a empezar. Un bucle perverso que nunca cesa.

Por más que predico y que llamo al arrepentimiento, nadie escucha. Este pueblo es duro de corazón. Ojalá fuera como Nínive, que se arrepintió de sus pecados tras escuchar al profeta Jonás. Pero Las Vegas es Sodoma y Gomorra. De vuelta al hotel pasan por mi mente los esperpentos que he visto aquí estos días. Desde una pareja copulando en el ascensor del hotel a un nudista anciano que arroja a los turistas sus propias heces desde el balcón de su habitación

pasando por una enana detenida por la policía tras ser sorprendida fornicando en un baño público. ¡Que Dios tenga misericordia de Las Vegas!

Llego al hotel. Me tumbo en la cama. Esta habitación es muy barata porque tiene mala fama. Hace algunos años pasaban cosas raras. Las personas que dormían en ella sufrían episodios paranormales. Se cuenta que por las noches veían a una señora sentarse en la cama y que las observaba mientras dormían. El gerente del hotel pidió ayuda a un pastor, quien le recomendó tirar la cama y prenderle fuego. Al hacerlo se escuchó un grito desgarrador. Según parece esa cama estaba maldita por una bruja. De súbito mis pensamientos son interrumpidos. Alguien llama a la puerta. Al abrirla me llevo una gran sorpresa.

-¡David!

-Walter -dice David Owen, mirando nervioso hacia un lado y hacia otro del pasillo-. ¡Tenemos que hablar!

55. Conspiración.

-Walter -dice David Owen, mirando nervioso hacia un lado y hacia otro del pasillo-. ¡Tenemos que hablar!

David Owen entra como un ciclón en la habitación del hotel en el que me hospedo y da un portazo tras de sí. No esperaba su visita. Su rostro delata una profunda angustia y con tan sólo verlo me doy cuenta de que algo marcha muy mal. Ni siquiera me da tiempo a saludarlo cuando, a toda velocidad, irrumpe en el cuarto de aseo y allí abre todos los grifos: los del lavabo, los de la

bañera y los del videt.

-¿Qué haces? -le pregunto confundido-.

-¡Calla! -David me arranca de un tirón el medallón de color ámbar que llevo en el cuello y acto seguido lo lanza contra el suelo y lo pisotea. De entre sus fragmentos, se puede ver un extraño mecanismo-.

-Es para que no nos escuchen... ¡Por los micrófonos!

-¿Micrófonos? -replico extrañado-.

-Sí... -me comenta-.

-¿Me puedes decir qué demonios está pasando aquí? Hace siglos que no te veo y ahora entras de repente...

-Walter, tenemos que hablar -dice mientras se sienta en una silla y me invita a hacer lo mismo-.

-Te escucho.

-Mira, sé que todo esto te va a parecer increíble... Pero te juro que es la pura verdad... Walter... -suspira un instante antes de continuar-. ¡Quiero que prestes mucha atención! No tenemos mucho tiempo, Walter... Así que escucha... ¡Has sido manipulado! Toda esta historia de que se acerca el fin del mundo y que debes predicar sobre el Día del Juicio... ¡Es todo un enorme fraude! -me confiesa-.

-¿Pero de qué estás hablando? -contesto con incredulidad-.

-Walter, formas parte de un experimento del Gobierno.

-¿Qué? -pregunto tajante-.

-Déjame terminar. No me interrumpas, por favor. ¿Recuerdas a Johnny? El ángel que te salvó en el callejón en Miami... Pues no es ningún ángel. ¡Es un agente del Gobierno que te ha mentado todo el tiempo!

-¡Estarás de broma! He visto a Johnny hacer cosas imposibles... ¡Como atrapar una bala con la mano!

-No te equivoques: Johnny es un militar. Existe una agencia del Gobierno

que se encarga de encontrar y reclutar a dotados psíquicos. Ya sabes, gente que desde la niñez muestra algunos poderes mentales... Gente que puede adivinar el futuro, o leer el pensamiento... Cosas así. Johnny era uno de ellos. Luego el Gobierno le sometió a algunas pruebas... Le inyectaron algunas drogas experimentales que aumentaron sus poderes. No funciona con todo el mundo... ¡Pero con él funcionó!

-¡Me estás tomando el pelo!

-¡No! ¡No! ¡En absoluto! -me responde muy serio-. La mente es un territorio inexplorado, Walter. Sólo usamos una pequeña porción de sus capacidades. ¿Sabías que hay gente que tras sufrir una hemorragia cerebral o tras haber sido impactada por un rayo ha adquirido facultades prodigiosas? Como hablar en chino mandarín o como tocar el piano a la perfección... ¡Sin haberlo estudiado nunca! Hay áreas de nuestro cerebro que están como dormidas. Algunas personas tienen algunas de esas áreas despiertas, por eso tienen una memoria fotográfica o resuelven problemas como una calculadora humana. Johnny era uno de estos maravillosos dotados. Luego las drogas hicieron el resto.

-No te creo.

-Está bien... Conociste a Johnny en Florida ¿cierto? -me pregunta seguro de sí mismo-. Esa noche el criminal que intentó matarte, Robert Marciulionis, le disparó a bocajarro pero no se inmutó... ¿Sabes por qué? Llevaba chaleco antibalas, pero tú estabas demasiado borracho como para darte cuenta. Luego viste que Johnny extendió la mano y Marciulionis fue levantado en el aire como por una fuerza invisible que lo estampó en la pared y lo desintegró... Johnny es un telekinético... Puede mover objetos con la mente, incluso de gran peso. Las drogas experimentales aumentaron su poder hasta el punto de poder desintegrar objetos... O de tener la fuerza y la velocidad de varios hombres juntos. ¡Es tan rápido que si le disparas puede agarrar la bala con la mano! ¿Qué más le has visto hacer? ¿Volverse invisible? Es militar y existe un arma

que le permite hacerlo. Es como un camuflaje. Refracta la luz y permite a una persona fusionarse con el entorno y ser imperceptible incluso para los detectores de infrarrojos. Los americanos lo tenemos. Los rusos también -puntualiza-.

-¿Y por qué me salvó aquella noche en el callejón? ¿Qué interés podría tener el Gobierno en un mendigo?

-¡Mucho más del que tú te crees! Un mendigo es un sujeto perfecto para experimentar con él. No tiene familia ni amigos... Ni nadie que pregunte por él o que le eche de menos si llega a desaparecer -me explica apuntando con el dedo índice hacia mí-. Johnny llevaba observándote durante semanas. No fue algo planeado que apareciera tan pronto, pero la noche que Marciulionis iba a matarte se vio obligado a intervenir para salvarte. A partir de ahí, dio comienzo la operación.

-¿De qué operación hablas? -pregunto con una mueca de incredulidad-.

-¿Crees que es una casualidad que justo en ese momento aparecieran Charles y Elisabeth Brown? ¿Crees que es una casualidad que justo entonces te ofrecieran un sueldo todos los meses para que fueras predicando por Estados Unidos? Ellos también trabajan para el Gobierno. ¡Son parte de la farsa!

-Nada de lo que dices tiene sentido.

-Walter, ¿cuál fue el primer destino al que te enviaron Charles y Elisabeth?

-A una iglesia de San Agustín, Florida.

-¿Y no es cierto que allí viviste un *milagro*? Predicabas en inglés y veinte individuos de veinte países distintos afirmaron oírte en su lengua natal. Español, francés, quechua, coreano... ¡Lo que sea! ¡Todo estaba preparado, Walter! ¡No fue más que un burdo truco! ¡Tú te lo creíste! ¡Y la gente de la iglesia que no sabía nada también se lo tragó! La sugestión es muy poderosa. ¡Especialmente cuando se trata de sentimientos religiosos! Uno cree

exactamente lo que quiere creer. Mordiste el anzuelo, Walter. ¡Ese truco era justo el *milagro* que necesitabas para convencerte de que Dios estaba contigo!

-¿Cómo sabes todas estas cosas?

-Porque yo formaba parte del plan... ¡aunque no conocía todos los detalles! ¿Te acuerdas de lo del medallón? Johnny te dijo que en Montgomery, Alabama, encontrarías a alguien que te pediría ayuda. ¡Ése era yo! Luego allí un tipo no paraba de observarte. Lo hacía de forma descarada. Para que te dieras cuenta. Lo seguiste y te condujo hasta un callejón. Fue entonces cuando encontraste el medallón. Fue como ponerte un camino lleno de miguitas de pan... ¡Tú solamente debías seguir el rastro!

-...

-¿No dices nada? Mejor. Escucha. Aquel medallón... ¡Yo no estaba dentro! ¡Te hablaba a través de él desde mi laboratorio! Llevaba una microcámara y un micrófono incorporado con el que podía verte y escucharte, y mediante una serie de impulsos eléctricos tú podías escuchar dentro de tu cabeza los mensajes que yo te mandaba desde el laboratorio! ¿Recuerdas aquella conversación que tuvimos acerca de si Dios existía o no? ¡Ostras tío, admito que casi me convenciste! -me comenta confiado-

-¡Te lo estás inventando todo para cuestionar mi fe!

-¡Oh, vamos, Walter! ¿Es que no puedes ver la realidad? ¡Te dejamos entrar en un laboratorio secreto cerca de Corpus Christi, Texas! ¿En serio crees que los militares te hubieran dejado pasar a un laboratorio de máxima seguridad de no ser porque tú eras sin saberlo la cobaya humana con la que experimentábamos? ¡No puedo creer que seas tan ingenuo, Walter! ¡Allí seguimos alimentando tus fantasías al mostrarte nuestros trabajos! Algunos ciertos, otros no... Por ejemplo, ¿recuerdas al doctor Chang y el clon idéntico a él? ¡Pues resulta que no era ningún clon! ¡Simplemente era su hermano gemelo!

-¡Eres un gusano! -le grito alzando el puño haciendo el gesto de golpearle-.

-¡Tranquilo! ¡Tranquilo! -me dice David Owen extendiendo las palmas de sus manos hacia mí-. Sé que he sido un hijo de puta... Pero ahora estoy de tu lado... Créeme. Si no fuera así, no estaría hoy aquí.

-Me hablas de un experimento... Dices que soy una simple cobaya... ¿En qué consiste dicho experimento?

-Manipulación mental. Queríamos saber hasta qué punto podemos hacer creer cosas a la gente. El experimento tiene dos partes. Una colectiva y otra individual. En la colectiva estamos detrás de la mayoría de fenómenos extraños que hay en estos días. ¿Recuerdas por ejemplo esos ojos gigantes que se han visto en el cielo en varias partes del mundo? ¡Eran hologramas de altísima definición! ¿Los cambios súbitos en el tiempo? Ya sabes, como que nieve en verano en Miami o que en Brasil haya una inesperada tormenta de granizo en un día soleado... Tenemos tecnología para alterar el clima... ¿Has oído hablar del Proyecto HAARP? Si manipulamos la ionosfera ¡podemos hacer llover en regiones áridas si queremos! También tenemos tecnología para causar movimientos sísmicos. El terremoto de Haití de 2010 por ejemplo fue causado por el Departamento de Defensa de Estados Unidos. ¡Y el terremoto de Nueva Orleans también fue cosa nuestra!

-¡¿Qué?! -replico atónito-.

-Sí, Walter. Matamos a mucha gente. Pero te salvamos. Gracias a ese medallón que llevabas. Te lo voy a probar: dos horas antes del terremoto escuchaste una voz en tu mente que te decía que la ciudad iba a ser arrasada y que te conminaba a marcharte inmediatamente. Esa voz masculina y poderosa se identificaba como Yahvé, pero en realidad era mi compañero que transmitía desde el laboratorio.

-¿Pero... pero... ¿qué sentido tiene todo esto? ¿Cometes un crimen y vienes a confesármelo? ¿Por qué?

-Aún no hemos llegado ahí. Mira estos documentos -me dice mientras me ofrece unas carpetas-. Es información clasificada. ¿Recuerdas a Ismael Bernstein? ¿Aquel científico que salió en la tele diciendo que unos extraterrestres de otra dimensión habían venido a la Tierra y que eso estaba causando graves desgarros en el espacio-tiempo? ¡Es mentira! ¡El aviador francés de la Primera Guerra Mundial que se estrelló en Texas es de la misma época que tú y que yo! ¡Lo mismo con aquel soldado confederado supuestamente salido de la Guerra Civil que disparó contra americanos! Bernstein dijo todo aquello porque el FBI le hizo chantaje. Tenían fotos muy comprometedoras de Bernstein en la cama con un jovencito de sólo trece años. Publicarlas hubiera supuesto la desgracia para él. Así es que le aseguraron que se olvidarían de todo si contaba esa historia. Luego, algunos otros científicos que teníamos en nómina la respaldaron. Otros la negaron. Pero el debate se puso en marcha.

-Pero David, yo mismo he sufrido teletransportaciones. Recuerdo que cuando iba por Louisiana me crucé con un camión negro y acto seguido aparecí en Ciudad Juárez. Y en otra ocasión conducía por la carretera en dirección a Tulsa, Oklahoma, y al atravesar un túnel aparecí en Roswell, Nuevo México.

-Sí, es cierto. Pero eso no tiene nada que ver con alienígenas de otra dimensión. ¿Has oído hablar del Experimento Philadelphia? En 1943 un grupo de científicos encabezado por Albert Einstein y por Nikola Tesla, que falleció a principios de ese mismo año, logró una auténtica proeza. Se consiguió que el destructor USS Eldridge pasara a ser invisible para los dispositivos electrónicos y el ojo humano. No solamente eso. Aquel barco se teletransportó 600 kilómetros hacia el sur desde los astilleros de Philadelphia hasta el puerto de Norfolk, en Virginia. Y luego regresó otra vez. Pero algo salió mal. La estructura molecular del barco se fusionó con la de algunos marineros que

estaban a bordo, de tal modo que aquellos pobres hombres quedaron literalmente fundidos con el barco. Algunos sufrieron graves quemaduras, otros se volvieron invisibles y los más afortunados se volvieron locos. A las familias se les dijo que aquellos marineros habían desaparecido en alta mar. Pues bien, Walter, aunque el Gobierno ha tratado de silenciar este tema diciendo que sólo es una leyenda urbana de cuatro chalados, lo cierto es que aquello fue muy muy real -me explica en un tono serio-. Con el tiempo, hemos mejorado la tecnología. Ahora ya no muere nadie al ser teletransportado. Por eso es que de vez en cuando escuchas casos de gente que conduce por Nebraska y de repente aparece en Idaho.

-Entonces... El barco que se apareció en medio del desierto de Arizona...

-Veo que ya vas atando los cabos.

-¡Pero todo esto es una inmensa locura! ¡Nada de esto tiene sentido! O sea ¿cuál es el propósito de esto?

-Establecer una dictadura mundial. El objetivo es manipular a la población de la Tierra con la idea de que el fin del mundo es inminente. Ya sea porque el Juicio de Dios va a caer sobre nosotros, bien sea por una supuesta amenaza extraterrestre, etcétera. Por eso es que estos fenómenos están ocurriendo en todo el planeta, no sólo en los Estados Unidos. ¡Por eso esos hologramas en el cielo! ¡Por eso probamos contigo el medallón! En el futuro se transmitirá a las mentes de la población mundial un supuesto mensaje de Dios que llamará a la unidad de la humanidad. Ya se está trabajando en la instalación de repetidores en lo alto de las montañas para transmitirlo. La gente lo escuchará en sus cabezas y pensará que se trata de Dios. No sé si será en inglés para todo el mundo o en cada una de las naciones se transmitirá en la respectiva lengua vernácula. Eso aún está en fase de estudio. Lo cierto es que van a manipular a las masas, empujarlas a una situación de pánico. Cuando estén tan confusas y desorientadas que nadie sepa qué hacer, se planteará la necesidad de un solo

Gobierno mundial que tomará el liderazgo frente a esta situación de emergencia. La única forma de vencer los nacionalismos es convencer a todo el mundo de que tenemos una amenaza global, un problema global... Y claro, frente a un problema global no puedes aplicar meras soluciones localistas... ¡Hace falta que todos actúen a la vez! ¡De ahí la necesidad de un solo Gobierno mundial! Gobierno que no será democrático sino autoritario y despótico. ¡La dictadura perfecta!

-¿Y has decidido apoyar esto?

-No. Esto último yo lo desconocía. De hecho lo he descubierto hace muy poco y me puso los pelos de punta. En un principio yo acepté formar parte en esta campaña de manipulación de las masas porque además de matemático, también soy doctor en Psiquiatría y antropólogo, cosa que es la primera vez que te digo. Me pareció un experimento fascinante el de saber hasta qué punto es moldeable la mente. Pero cuando descubrí que el objetivo final es crear otro Gran Hermano, me salí.

-En estos documentos... Aparezco yo... Éstas son fotos mías... Datos míos...

-Sí. Porque tú formas parte del experimento, Walter.

-No entiendo. ¿Quién soy yo para que el Gobierno me meta en esto? ¡No soy nadie importante!

-Eres más importante de lo que crees. Dicen que para un político resulta más sencillo convencer a una masa de gente para que le vote que a un individuo aislado. En las masas el entusiasmo, el miedo o la opinión se contagian fácilmente entre los distintos miembros. Sin embargo, un individuo solo tiene más criterio, más capacidad de reflexión... ¡Es más difícil de engañar! ¡Por eso es que un político prefiere hablar para un auditorio entregado antes que enfrentarse a las preguntas incómodas de un periodista en una rueda de prensa! Pues bien, como te dije antes la campaña tiene dos

partes. Una global, de la que ya te he hablado. Y otra individual. Seleccionamos un número concreto de individuos y tratamos de lavarles el cerebro haciéndoles creer fantasías. Tú fuiste uno de ellos. ¡La verdad, Walter, es que nos sorprendiste! ¡Estabas absolutamente convencido de todo! ¡Y cuando se apareció el barco en el desierto de Arizona y aquel reportero te sacó en directo...! ¡Guau! No teníamos preparado todo aquello ¿sabes? No fue algo planeado ¡pero te convertiste en un fenómeno viral!

-¡Eres un desgraciado!

-(David suspira) Sí. Lo admito. No estoy orgulloso de lo que he hecho.

-¿Cuántos de esos individuos aislados han mordido el anzuelo?

-¿La verdad? El 95%. Es cuestión de insistir mucho y de parecer lo suficientemente convincente. El resultado de las pruebas con individuos me hace temer que la manipulación en las masas será un éxito.

-¿Susan Hernández también trabajaba para vosotros? -pregunto con curiosidad-.

-No. Ella no.

-¡Maldita sea! ¡Lo sabíais todo sobre mí! ¡Me habéis estado espiando con micrófonos, me habéis hecho vivir una mentira! ¡No, no! -exclamo-. ¡Me niego a creer que todo esto que me estás contando sea real!

-Te entiendo, Walter. Sé que esto es duro. Y no he venido a convencerte de nada. Quizás he venido por un interés egoísta... Necesitaba confesarme. Últimamente el remordimiento no me dejaba dormir.

-Aquella lluvia de ranas en Birmingham, Alabama... ¿No era una señal de Dios?

-A veces un huracán o un ciclón puede llevarse las ranas de una charca y dejarlas caer a muchos kilómetros de distancia. Ha pasado varias veces a lo largo de la historia.

-Y cuando tú y yo discutíamos sobre los OVNIS y vimos cruzar un

caminante en mitad del desierto...

-¿Aquel tipo sin rostro que caminaba hacia atrás? Sinceramente no sé qué es. Pero no me extrañaría que fuera algún experimento genético. Sé que hay varios laboratorios de ingeniería genética por esa zona.

-¿Quieres decir entonces que no hay extraterrestres?

-No sé si los hay o no. Puede que sí los haya. Y puede que nos lleven visitando desde los tiempos del Antiguo Egipto. En todo caso, de ser así, somos insignificantes para ellos y no interactúan con nosotros.

-Y aquella bilocación de Elisabeth Brown en Colorado Springs...

-Elisabeth tiene una hermana gemela. Eso explica que estuviera en dos sitios a la vez.

-¿Y el cronovisor?

-No sé lo que viste pero fuera lo que fuera no era real.

-Pero en el desierto de Mojave me desmayé y morí -digo haciendo memoria-. Fui al infierno... ¡Resucité! ¡Lo recuerdo muy bien! Recuerdo un apache que me rescató... ¡Y que podía obrar milagros!

-Walter, no sé lo que viste aquel día. En algún momento se ha perdido la señal del medallón o ha habido interferencias que lo bloqueaban... ¡Pero yo no lo creería demasiado! Estuviste sometido a mucha presión, sufriste una gran insolación... Seguramente todo lo que pudieras ver fueron espejismos o delirios. El coche que llevas, el Ford Ranger, tiene un rastreador... ¡Estuvimos buscándote para rescatarte!

-Espera, espera... ¡Vi a Jesucristo! ¡En San Francisco! ¡Estaba disfrazado de mendigo!

-Walter, ¿te dijo él que era Jesucristo? -me pregunta condescendiente-

-No -respondo casi con un susurro-

-¡Joder, Walter! ¿Te das cuenta de por qué soy ateo? Todo tiene una explicación racional. Si Dios existe, desde luego no le importamos en

absoluto.

Estoy completamente aturdido. Me niego a creer que los dos últimos años de mi vida han sido una mentira. Sin embargo, reviso los documentos que ha traído David y veo que la historia tiene sentido. ¿Cómo si no puede saber tantísimas cosas sobre mí? Las piezas encajan como en un puzle. Me siento engañado, hundido, decepcionado. ¿Cómo he podido ser tan estúpido y no sospechar nada?

-David, ¿qué me impide pegarte un tiro ahora mismo por todo lo que me has hecho? -pregunto amenazante-.

-No podría culparte si lo hicieras -responde sincero-. Pero he venido para evitar que te lo peguen a ti. Mira, no tenemos mucho tiempo. Recoge tus cosas... Debemos marcharnos antes de que lleguen...

-¿Antes de qué llegue quién?

El pomo de la puerta se abre. Es Johnny, que entra y la cierra tras de sí, con total parsimonia. Justo entonces David Owen, repentinamente, se saca un revólver de la chaqueta y le apunta rápidamente, pero Johnny extiende la palma de su mano y el revólver escapa de entre los dedos de David y sale volando hasta llegar a la mano del *ángel*, quien pasa a apuntarnos. Estoy aterrado y me temo lo peor.

-Caballeros... Ésta no es una forma de recibir a un viejo amigo ¿no creen? -nos pregunta-.

-¡Johnny, por favor! ¡No me mates! ¡Te lo suplico! -gimotea Owen-. ¡No le he dicho nada!

-¿Que no le has dicho nada? ¡Y una mierda! -responde-. ¡Te has ido de la lengua!

-¡No, por favor! ¡Te lo suplico! -implora pusilánime Owen-.

-No es nada personal, David.

En un abrir y cerrar de ojos David Owen está tirado en el suelo con un gran

agujero en la barriga. Un gran charco de sangre se extiende en la moqueta. Johnny se acerca a la mesa y recoge la carpeta con todos los ficheros secretos que trajo Owen. Lleva guantes, es muy cuidadoso, no deja huellas. Si en algún momento tuve dudas sobre si David mentía o no, ahora han quedado despejadas por completo.

-¿Me vas a matar? -le pregunto mientras me tiemblan las rodillas-.

-No. Tengo mejores planes para ti.

56. Locura.

-Walter, ¿sabe usted por qué está ingresado en este hospital psiquiátrico?

-¿En este manicomio, quiere decir? Usted lo sabe muy bien, doctor Gregory.

-Me gustaría escuchar su versión.

-Mire doctor, yo no estoy loco ¿de acuerdo?

-En ningún momento he dicho eso.

-Pero sé que lo piensa.

-Únicamente quiero escuchar su versión.

-Está bien. Se la contaré, doctor Gregory. Yo estaba en un hotel en Las Vegas hablando con un científico llamado David Owen. Él me puso al corriente de una peligrosa conspiración del Gobierno.

-¿Una conspiración dice?

-Sí. Una conspiración. El Gobierno está llevando a cabo una cuidada escenificación teatral. Usted habrá visto en las noticias que está ocurriendo

todo tipo de episodios sobrenaturales. ¡Ojos gigantes que se aparecen en el cielo! ¡Ángeles! ¡Viajes en el tiempo! ¡Cambios bruscos en el clima! ¡Extraterrestres de otras dimensiones! Y más cosas... ¿Vio aquel barco que se materializó de la nada en medio del desierto de Arizona? Pues bien, no es más que un burdo truco. Todo son trucos del Gobierno para crear un estado de caos y confusión en la población. El objetivo es empujar a la sociedad a una situación límite, desesperada, y entonces dar un golpe de Estado y establecer una dictadura.

-¿Y todo eso se lo explicó el científico David Owen?

-Sí doctor, ya se lo he dicho antes. El problema es que justo entonces irrumpió en la habitación del hotel un hombre llamado Johnny. Dispone de poderes paranormales y durante mucho tiempo me engañó haciéndose pasar por un ángel. Él me salvó la vida en Miami hace unos años. Me dijo que era un ángel y que Dios me había elegido para cumplir una misión: debía anunciar que el Juicio Final estaba muy cerca. Así que emprendí un viaje de costa a costa para alertar a la población.

-¿Y ese tal Johnny realmente era un ángel?

-No me escucha usted, doctor Gregory. Se hizo pasar por uno, ya se lo dije antes. Me engañó.

-¿Con qué objetivo?

-Una campaña de manipulación. El Gobierno está impulsando una campaña masiva de engaño a la población. En algunos casos a nivel global y en otros a nivel individual. Seleccionan individuos y tratan de manipularlos para ver cómo reaccionan o hasta qué punto pueden llegar a ser manipulados. Digamos que experimentan con la población y que son muy convincentes. Yo no fui más que una cobaya.

-Entiendo. ¿Qué ocurrió con el señor Owen? El científico.

-Johnny lo asesinó en la habitación del hotel. Y luego me dejó inconsciente.

Cuando desperté la policía estaba allí y la pistola con la que Johnny había asesinado a Owen en mi mano. Mis huellas dactilares estaban en el arma, así que me colgaron el muerto a mí. En el juicio le conté al juez lo mismo que le estoy contando a usted. Él dictaminó que no estaba en mis cabales y que debía ir al manicomio.

-Es usted la víctima de una conspiración.

-Así es, doctor Gregory.

-¿Pero tiene alguna prueba de lo que dice?

-¡Me sacaron en la televisión en Arizona! Cuando lo del barco. Un reportero me hizo una entrevista.

-¿Y si le dijera que no hubo ningún barco en medio del desierto? ¿Que es fruto de su imaginación?

-¿Pero cómo no lo va a haber? ¡Si salió en la tele! ¡Yo estuve allí!

-No, Walter. ¡Usted no estuvo allí!

-¡Claro que sí!

-Que no.

-¡Ahora me negará también que hubo un terremoto que destruyó Nueva Orleans! ¡Era por el Mardi Gras! Me marché dos horas antes de que ocurriera el terremoto. ¡Por poco me cuesta la vida!

-Walter, es cierto que hubo un terremoto en Nueva Orleans hace unos años pero usted nunca estuvo allí.

-¿Y entonces cómo lo sé?

-Bueno, todo el mundo lo sabe. Salió en las noticias. Fue un caso muy sonado.

-Pero...

-Walter ¿cuántos años diría que tiene usted?

-Tengo cuarenta y tres. ¿O eso también me lo he imaginado?

-No. No. Su edad es correcta. ¿Y cuanto tiempo diría que lleva ingresado

en este hospital?

-Llevo dos meses. Desde que mataron a Owen y el juez me mandó aquí.

-¿Y en todo este tiempo no ha venido ningún familiar a visitarlo?

-No. No tengo hermanos. Ni tampoco estoy casado. Tampoco tengo parientes aquí en Las Vegas. Solamente tenía a mis padres, pero ellos murieron poco después de que yo acabara la carrera de Historia.

-¿Cómo murieron sus padres?

-Ya se lo he contado más de mil veces, doctor.

-Me gustaría escucharlo una vez más.

-Yo tenía veintitrés años cuando sucedió. Mi padre solía fumar. Le gustaba mucho. Una noche, cuando vino del trabajo, se tumbó en el sofá y encendió un pitillo para relajarse. Estaba tan cansado que se durmió y el cigarro, todavía encendido, se le cayó en la alfombra, que estaba sobre un suelo de madera. Cuando despertó había un humo inmenso en la casa. Mi madre estaba durmiendo en su habitación, así que no se dio cuenta de nada hasta que fue tarde. El incendio arrasó la casa. Los bomberos me dijeron que el humo mató a mis padres, no el fuego. ¡Eso es importante! Yo no estaba allí aquel día...

-Walter, me preocupa usted.

-¿Por qué, doctor Gregory?

-¡Nunca había visto un caso tan complejo! Cuando le dije que usted no estuvo en Nueva Orleans hace unos años no le mentía. Usted piensa que lleva ingresado aquí dos meses pero lleva aquí veinte años.

-¡Ja! ¡Estará usted de broma, doctor!

-Walter, ¿sabe por qué no han venido sus padres a visitarlo en todo este tiempo? Porque están muertos. Pero no murieron en ningún incendio. Usted los mató, Walter, cuando tenía veintitrés años. Usted tuvo un episodio esquizofrénico. A la una de la madrugada comenzó a aporrear la puerta del vecino. Usted estaba desnudo, con su cuerpo embadurnado de sangre y un

cuchillo en la mano. No paraba de gritar que había asesinado al demonio, pero en realidad había matado a sus padres.

-¡Miente!

-Es la verdad, Walter. No le miento. Hemos tenido esta misma conversación más de un millón de veces a lo largo de estos veinte años. Aquí mismo tengo un dossier con todas las pruebas, pero a usted no le importa. Cuando ocurrió aquella desgracia, usted no quiso afrontar lo que había pasado. ¡Era demasiado sobrecogedor! ¡Y por eso comenzó a negar la realidad! ¡Por eso inventó toda esa historia! La de que un ángel le eligió para una misión especial. Y que hay una conspiración contra usted.

-¡Miente!

-Walter, sufre usted de esquizofrenia paranoide con delirios de grandeza, delirios persecutorios y negación de la realidad. Y lo peor de todo es que después de veinte años ya no sé qué hacer para ayudarle.

57. Extraterrestres.

Hubo un tiempo en que los manicomios eran escalofriantes. Muchos enfermos iban desnudos y sucios de sus propios excrementos. Cuando deliraban, algunos pacientes eran calmados por celadores musculosos que los sometían por la fuerza. Antes se ataba a los locos a una silla giratoria y se les daba vueltas hasta que se mareaban. En otras ocasiones eran los baños en agua helada lo que calmaba a los dementes. Las descargas eléctricas en el cerebro los dejaban mansos durante días. Y en última instancia para aquellos que eran

más rebeldes quedaba la lobotomía como último recurso. Hoy en día todo es más sutil. Nos hinchan a base de drogas y de pastillas que abotargan nuestra mente y aplastan nuestro espíritu. De vez en cuando nos hacen cantar en un escenario como un coro de monos amaestrados. El público aplaude y los coristas saludan como si estuvieran en Broadway.

Rolston Asylum, Las Vegas. Llevo confinado en este manicomio tres meses (creo) y estoy a punto de volverme loco. Paseo por el jardín bajo la atenta mirada de los celadores. Han abierto las celdas y nos han sacado para tomar un poco el sol y el aire. El espectáculo es grotesco. Un tipo tiene la mirada perdida, una boca que babea y un mentón prominente. Seguramente padece retraso mental. Otro hace el pino en medio del patio mientras entona un himno de la iglesia. Un demente barrita como un elefante y luego toca el saxofón. Otro dice venir de Plutón, a lo cual un interno le comenta que entonces no debería poder respirar en la Tierra. Acto seguido, *el plutoniano* comienza a asfixiarse. ¿Qué demonios hago entre tanto chiflado? Aquí hay gente muy peligrosa, como cierto pirómano que desea incendiar el hospital con todos dentro, pero también gente que no mataría una mosca.

-¡Stanley! ¡Muévete! ¡No eres un arbusto! ¡Eres un hombre! -le digo a un compañero totalmente paralizado-.

-¡Oh, no pierdas el tiempo! ¡No hay nada que hacer con él! -me interrumpe Gilbert-.

-¡Pobre loco Stanley! -digo con lástima-.

-¡No sólo Stanley! ¡El mundo entero se está volviendo loco, amigo! ¡Sucedan cosas extrañísimas últimamente! Es por los extraterrestres ¿sabes? ¡Ellos han puesto patas arriba el mundo entero! Lo que pasa es que aquí dentro no quieren que nos enteremos de lo que pasa ahí fuera. Los médicos no quieren que tengamos mucho contacto con el mundo exterior. Dicen que es por nuestro bien. Por eso, si te fijas, nunca ponen las noticias, y en lugar de eso nos

entretienen con dibujos de Bugs Bunny.

-¡Gilbert, tu medicación! -interrumpe una enfermera que se acerca con dos pastillas y un vaso de agua-.

-¡Sí, señorita Johanssen!

Gilbert es un hombre negro de espalda ancha y bigote fino. Está en la cincuentena y también es paciente del hospital. Se muestra sumiso con la enfermera, se toma un par de píldoras y luego bebe un trago de agua. Acto seguido abre su boca a la enfermera, que se marcha satisfecha. Cuando se aleja me enseña las dos pastillas escondidas bajo la lengua y se las guarda rápidamente en el bolsillo.

-¡No te tomes las pastillas, amigo! ¡O te volverán loco! -dice guiñándome el ojo-.

-Gilbert, no te lo tomes a mal pero ¿se puede saber qué demonios haces tú aquí? No pareces un perturbado.

-Pero lo estoy... ¡O eso dicen ellos! -hace un gesto con la cabeza para referirse a los médicos-. ¿No te has fijado, Walter, que aquí hay gente completamente chiflada y otra que no lo está en absoluto? -pregunta-. Los del segundo caso somos gente que sabe demasiado y que nos han metido aquí por eso.

-¿Qué quieres decir?

-Walter, ¿has oído hablar del Área 51?

-Sí, claro. No está lejos de aquí.

-Bien, yo trabajaba allí. Era guardia de seguridad.

-¿Y cómo es aquello?

-¡Buf! ¡Es un área enorme! Tienen un laboratorio secreto en el que trabajan grandes científicos. El campamento también sirve de base aérea. Allí se prueban aviones experimentales. Ya sabes, sigilosos, invisibles al radar, etcétera, etcétera. También se entrenan los pilotos de los cazas de combate.

-Ajá.

-Y también es una zona donde se prueban armas nucleares. Han detonado más de ciento cincuenta bombas en la superficie y cerca de un millar en instalaciones subterráneas. Como te puedes imaginar, allí todo está envuelto en un halo de secretismo y las medidas de seguridad son realmente extremas.

-No me cuentas nada que no sepa, Gilbert.

-¿Has oído hablar de un tal Bob Lazar? Era un científico que trabajó en el Área 51 en los años ochenta. Una eminencia en su campo, como todos los que trabajan allí. La cuestión es que, a pesar de que había firmado un estricto contrato de confidencialidad, allí vio cosas increíbles que decidió revelar a unos amigos. Lo pillaron y fue expulsado de forma fulminante. Luego contó en la prensa que allí había tecnología extraterrestre y que vio cómo unos militares llevaban detenido a un extraño ser que no podía ser humano. Eso fue en 1989. Fue la primera vez que hubo una filtración a la prensa desde que se fundó la base en 1955. Lo pagó muy caro: fue desprestigiado y cayó en desgracia.

-¿Y todo eso es verdad?

-Mira, Walter. Yo trabajé allí cinco años y no tenía acceso a todas las zonas. Y, para ser sincero, nunca vi ningún marcianito. Pero allí hay tecnología extraterrestre. ¡Te lo juro por lo que más quieras, Walter! Allí los científicos tratan de clonar la tecnología de una aeronave alienígena. ¡Yo vi con mis propios ojos un platillo volante aparcado en un hangar! ¡Se sostenía en el aire, no tocaba el suelo! ¡Estaba como flotando medio metro por encima del suelo! No tenía tornillos ni remaches. Estaba hecho de un metal muy resistente pero a la vez muy ligero. ¡Por dentro era pequeño! ¡No cabía de pie un adulto! ¡Aunque sí cabían dos tripulantes que tuvieran el tamaño de un niño de diez años! ¡Joder, Walter! ¡En mi vida había visto nada igual! Los militares me expedientaron por entrar sin permiso en un área restringida y me tiraron del trabajo. Yo pedí una indemnización por el despido y ellos se negaron a

pagármela. En ese momento les amenacé con revelar todo lo que sabía...

-Déjame adivinar: y justo entonces un psiquiatra diagnosticó que estabas loco.

-*Et voilà!* -responde con una sonrisa cómplice-.

-Entiendo.

-Es lo que se hace hoy en día, Walter. Un asesinato despierta demasiadas preguntas. Resulta más sencillo meter en un manicomio a un testigo incómodo. Y si abre el pico ¿quién va a creer a un loco?

-Ya.

-Los alienígenas nos están visitando desde hace miles de años. El Gobierno sabe perfectamente de su existencia pero se lo oculta a la población. Los extraterrestres son los responsables de casi todos los avistamientos de OVNIS de los últimos tiempos. ¡Están entre nosotros, Walter! Pero bueno, tú no me hagas demasiado caso. Ya sabes que sólo soy un demente -dice guiñándome el ojo-. ¡Estoy loco! ¡Estoy loco! -grita y acto seguido se pone a imitar a un chimpancé-. ¡Ah, si le cuentas algo de esto al doctor Gregory lo negaré todo! -me advierte serio-. Ahora me voy a jugar al baloncesto. Ya hablamos.

Las palabras de Gilbert resuenan en mi cabeza como un vago eco que se repite sin cesar. El sol del mediodía se agradece. Me acerco paseando hasta James. James Akoneto es un nativo americano de etnia comanche. Su piel es rojiza y sus cabellos del color de la noche. Se encuentra sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la pared. Está leyendo la *Biblia* mientras se calienta al sol del invierno.

-Hola, James.

-¿Cómo va eso, Walter?

-Necesito hablar contigo, James. Verás, eres mi único amigo aquí. El único en quien realmente confío -lo digo mirando a un lado y a otro del jardín, procurando que no haya nadie cerca que nos escuche-.

-Te escucho, amigo -me responde en un tono amable y cálido-.

-Ya llevo un tiempo aquí y ya no sé qué hacer.

-¿A qué te refieres?

-¡Quiero largarme de aquí y no sé cómo!

-Walter ¿en el tiempo que llevas aquí has visto que haya salido alguien?

-No.

-Pues eso.

-¿Eso qué?

-Walter, no te equivoques. Esto puede parecer un hospital psiquiátrico, pero en realidad es una prisión.

-¿Qué quieres decir?

-¿Quién decide quién es el loco y quién el cuerdo? -se pregunta de forma retórica-. Hace siglos el gran jefe Seattle le dijo al presidente Franklin Pierce que los hombres blancos debían respetar la naturaleza, y que, de no hacerlo, pagarían las consecuencias. Los rostros pálidos confinaron en reservas a los indios y llenaron esta tierra de fábricas y coches contaminantes. Hoy todo el mundo tiene cáncer. ¡Pero *los locos* eran los indios! -se sonríe en tono burlón-. Fíjate: Jesucristo vino al mundo y dijo que debíamos amar a Dios Nuestro Padre y amarnos los unos a los otros. ¡Pero lo crucificaron! En cambio *los cuerdos* nos han legado un mundo lleno de muerte y destrucción.

-La sabiduría de Dios es locura a los ojos de los hombres -añado-.

-Los locos a veces pueden ser las personas más cuerdas del mundo. Pero una vez te declaran demente cualquier cosa que hagas la usarán contra ti. Si protestas es negación, si te asalta el miedo, paranoia. Si les cuentas tu visión del mundo, esquizofrenia, y si les dices lo que quieren oír, tratas de engañarlos. Además pueden experimentar con los locos cuanto quieran porque si hablan nadie les cree.

-¿Entonces...? ¿Quieres decir que...?

-Nadie sale nunca de aquí, amigo. Más vale que te hagas a la idea.

58. Un encuentro con el creador.

-¿Qué haces aquí? -pregunto alarmado-. ¿Cómo has conseguido entrar en el manicomio?

El escritor Josué Ferrer se me acerca. Es blanco y tiene los ojos azules. Sus cabellos castaños muestran unas incipientes entradas, tan características de los hombres de entre treinta y cuarenta años. Lleva una cuidada barba al estilo Lincoln y gafas, que le dan un cierto aspecto de intelectual, de ésos que se pasan la vida leyendo. Le sobran algunos kilos y de su hombro derecho cuelga una pesada mochila negra.

-La última vez que nos vimos me dejaste plantado. Fui al servicio un momento y al regresar ya no estabas.

-¡Hipócrita! ¡Embustero! ¡Falsario! -respondo furioso-. ¡Cuando nos conocimos en San Francisco te ganaste mi confianza con embustes para que te contara mi historia y escribir una novela con ella! ¡Cuando te conté que un ángel se me había aparecido en Miami y me había encomendado la misión de predicar de costa a costa, me dijiste que eras cristiano y que me creías! ¡Maldita sea! ¡Te desnudé mi alma! ¡A lo largo de más de tres horas de charla te conté toda mi vida! ¡Hasta los detalles más íntimos! ¡Me prometiste que ibas a escribir un libro para ayudarme a difundir por escrito el mensaje de salvación pero todo fue un fraude!

-Eh, eh, tranquilízate ¿de acuerdo? -me dice extendiéndome las manos-. Yo

no te mentí -sonríe cínicamente-. He escrito un libro con tu historia. Una novela más concretamente. Se titula *América Mágica*.

-Te escuché hablar por teléfono... No sé con quien hablabas... Pero le decías que no podías atenderle en ese momento y que yo era un loco... Que ibas a usar mi historia para escribir una novela. ¡Me utilizaste!

-¡No fastidies! ¿Entiendes el valenciano? Yo hablaba en valenciano con esa persona... ¿Cómo pudiste entenderme?

-No hablo tu dialecto...

-¡De dialecto nada! ¡Lengua!

-Está bien. No hablo tu lengua, pero el valenciano se parece al español y al francés y yo domino los dos.

-¡Dios! -se lamenta-. ¡Creí que no me entenderías! ¡No quise ofenderte! ¡No delante de ti! -contesta cínicamente-.

-¡Sea como sea, me has utilizado para tu provecho! ¡Eres un falso y un embustero! -le apunto con el dedo-.

-¡Maldita sea, Walter! ¡Compréndeme, hombre! ¡Estaba con una sequía de ideas desde hacía meses! ¡Quería escribir una novela pero no se me ocurría nada! ¡Y de repente aparece un chiflado que me dice que ha visto ángeles, demonios, extraterrestres, adivinos y otros misterios inexplicables! ¿Qué querías que hiciera? ¡Era una historia demasiado irresistible como para dejar pasar la oportunidad! -explica-.

-Me dijiste que eras cristiano...

-Y lo soy... ¡Pero no por ello dejas de ser un chiflado! -me responde-.

-¿Cómo has entrado en mi celda? ¿Quién te ha dejado pasar? -le interrogo-.

-¡Nadie! ¡Me he materializado aquí! ¡Es más! ¡No hay ninguna celda! ¡Todo es producto de mi imaginación!

-¿Cómo dices?

-Lo que oyes. Walter, sé que es duro de asimilar esto... ¡Pero tú no existes!

-me informa-.

-¿Cómo que no existo? -replico contrariado-. ¿No ves que estoy aquí?

-Que no, que no existes... ¡No como un hombre de carne y hueso! ¡Tú sólo eres un personaje de ficción!

-¡Estás loco! -le contesto mientras me doy media vuelta-.

-No, Walter. Te hablo en serio. Yo te he creado. Sólo eres un personaje de novela. Pensé: “A ver, escribo una novela que esté ambientada en el sur de Estados Unidos... Necesitaré un personaje que sea pintoresco... ¡Ya está! ¡El típico WASP sureño que en una mano lleva la *Biblia* y en la otra el rifle y que ve comunistas por todas partes! ¡Eso da mucho juego literario!”. Y así nació Walter Bossman.

-¿Pero cómo no voy a existir? ¡Deberías ser tú quien estuviera encerrado en el psiquiátrico y no yo! ¿No ves que soy de carne y hueso? -le digo palpándome el cuerpo con ambas manos-. ¡Soy de verdad!

-Que no, Walter, que no... Eso es lo que yo te he hecho creer... En realidad soy yo quien te ha inventado... ¡Aquel día en la cafetería te hice creer que me contabas tu vida, pero en realidad yo ya la sabía toda! Los supuestos mensajes de Dios, las revelaciones divinas... ¡Todo me lo inventé yo! No quiero ser blasfemo pero se puede decir de algún modo que yo soy el dios de esta novela. Un dios con minúsculas, pero dios al fin y al cabo -matiza-. ¡Esta novela es mi creación! ¡Y tú eres mi criatura! Lo de los fenómenos sobrenaturales, lo de los espíritus... Algunas historias me las inventé. Otras las saqué de la prensa o las oí por la radio. ¡Algunas me parecían disparatadas! ¿Un medallón que habla? -estalla entre risas-. ¡Es completamente absurdo! ¡Y sin embargo te la creíste! ¿Y sabes por qué? Porque yo te hice así. Noble y bueno, pero también ingenuo y crédulo -me indica-.

-¿Quieres decir que todos mis recuerdos...?

-Todos tus recuerdos, todas tus emociones, todas las personas que has

conocido en esta vida... ¡Todas me las inventé yo! O casi todas.

-¿Y...

-¿Susy? -interrumpe-. Lo siento. Ella no es de verdad. Es un personaje de ficción. Como tú. Como vuestro amor. Es más... ¡Ni siquiera la conversación que mantenemos ahora mismo es auténtica! ¡Es sólo un capítulo más de la novela! Aunque no te lo creas, ahora mismo hay una persona que nos está leyendo. Esa persona existe en el mundo real y desde luego yo también. Sin embargo, tú no eres real.

-¿Sabes qué te digo, Ferrer? -le replico-. ¡Que no te creo! ¡Que eres tú quien no existe! ¡Que tú eres el producto de mi imaginación! ¡Que no existes más que en mi mente! ¡Eres sólo una alucinación! -afirmo-.

-¡De eso nada! ¡Eres tú quien no existe! -replica visiblemente molesto-.

-¡No! ¡Tú! -contesto airado-.

-¡Tú! -me acusa-.

-¡No! ¡Tú! -le apunto amenazante con el dedo-.

-...

-Tú no existes, Ferrer. ¡Yo soy de carne y hueso y tú eres el personaje inventado! ¡Yo te he creado en mi imaginación! ¡Es por culpa de los fármacos que me dan en este manicomio! ¡Sólo existes en mi mente! ¡No eres más que una alucinación! ¡Un mal sueño! ¡Un simple delirio causado por estas malditas medicinas! Te lo voy a demostrar... Voy a cerrar los ojos y a contar hasta cinco... ¡Cuando los abra ya no estarás! ¡Habrás desaparecido porque no existes! Uno... Dos... Tres... Cuatro... Cinco...

Abro los ojos. Josué Ferrer ya no está allí.

59. La fuga.

-Gilbert, amigo, creo que empiezo a sufrir alucinaciones.

-¿Qué quieres decir?

-Anoche soñé que yo era un personaje de ficción, que todos nosotros lo éramos de hecho, que nada de todo esto existía y que nuestras vidas formaban parte de la trama de una novela.

-¡Uf, tío!

-No sé si lo soñé o si era una alucinación.

-¿Se lo has dicho al doctor Gregory?

-No.

-Mejor. No se lo digas. ¿Te has tomado la medicación últimamente?

-Sí. Últimamente sí.

-¡Walter, tío! ¡Te he dicho mil veces que no lo hagas! ¡Te están hinchando a drogas y es por eso que alucinas!

-Si tienes razón, Gilbert... Me sentía mucho mejor cuando no las tomaba... A veces estoy tan mareado que no sé cuánto tiempo estoy encerrado aquí dentro. ¿Treinta días? ¿Treinta meses? ¿Treinta años? A veces pienso que unos pocos meses y otras me miro al espejo y me veo las canas y pienso que llevo aquí toda la vida. He perdido la noción del tiempo, Gilbert... ¿Puedes decirme en qué año estamos?

-¿Y cómo quieres que lo sepa, Walter? Estamos totalmente aislados del mundo exterior. Nunca ponen las noticias, nunca ves un periódico... ¿Cuándo fue la última vez que vimos un partido de la Superbowl? ¡Ni me acuerdo! Si preguntas la fecha a los celadores o a los enfermeros no te la dicen... Supuestamente por nuestro propio bien.

-Estar aquí dentro es como vivir en una burbuja, Gilbert.

-¡Exacto! ¡Sólo nos ponen películas de John Wayne, dibujos animados y mucha mucha música relajante.

-¡Walter! -interrumpe un par de forzudos celadores-. ¡Ven con nosotros! ¡El doctor Gregory quiere verte!

Rolston Asylum, Las Vegas. Llevo recluido en este sanatorio mental pero ignoro desde cuando. Es difícil medir el tiempo cuando estás recluido entre cuatro muros. Los celadores me hacen bajar al sótano. Estoy preocupado porque hasta el momento nunca me habían hecho bajar allí. He oído rumores de que en el sótano pasan cosas terribles. La angustia comienza a apoderarse de mí.

-¡Hola, Walter! -me saluda el doctor Vincent Gregory-.

-¿Por qué me ha hecho bajar hasta aquí, doctor? -le pregunto preocupado-.

Miro a mi alrededor. Me encuentro en un sótano sombrío donde no entra la luz del sol y que sólo se encuentra iluminado por una tenue y mortecina luz artificial que le confiere cierto aspecto tétrico. Miro las paredes y parece una Morgue. Hay decenas de compartimentos de éstos en los que guardan los cadáveres tras hacerles una autopsia, a la espera de que sean realojados en el nicho de un cementerio.

-Walter, me preocupa su caso. No he visto progreso en las últimas semanas. Así que he estado hablando con otros colegas míos y hoy vamos a intentar algo diferente. Usted ya los conoce -dice mientras se dirige hacia una puerta que comunica a otra sala y la abre-. Son el doctor y la doctora Brown.

De la habitación contigua aparecen... ¡Charles y Elisabeth Brown! ¡Me quedo estupefacto! Los conocí como pastores de la Iglesia Dios es amor de Miami Beach hace unos años. ¡Esa iglesia me financió como predicador itinerante a lo largo y ancho del sur de Estados Unidos! ¡Pero ahora llevan bata blanca, como el doctor Gregory! Algo huele muy mal y comienzo a

ponerme muy nervioso.

-¡Malditos! ¡Ustedes me engañaron! -les recrimino a los Brown-. ¡Por culpa de ustedes estoy hoy aquí!

-¡Sujétenlo!

Los celadores me someten con una brutalidad apabullante. Trato de resistirme, trato de zafarme, pero son grandes como armarios roperos y fuertes como osos. El doctor Vincent Gregory me clava una inyección que me hace perder las fuerzas. Se trata de un sedante que me deja atontado a los pocos segundos. “¡Procedan!” -ordena Gregory y acto seguido los celadores me ponen camisa de fuerza-.

-¡Ustedes! ¡Ustedes! -digo aturdido y titubeando-. ¡Ustedes me manipularon...! ¡En Miami...!

-¡Realmente es un caso extraordinario, doctores Brown! En su paranoia, el paciente insiste en que ustedes eran pastores en una iglesia de Florida y que forman parte de una secreta y extraña conspiración.

-Walter -me pregunta Charles Brown-. ¿No nos reconoce? Soy Charles y ésta es Elisabeth. Somos sus psiquiatras. Le hemos tratado muchas veces. Trabajamos aquí. En el hospital. Como el doctor Gregory -me explica en un tono claramente condescendiente-. ¿Es que no se acuerda de nosotros?

-Ustedes, ustedes... En Miami... -respondo aturdido por el sedante-.

-¡El señor Walter Bossman es un caso tremendamente complejo! -comenta Elisabeth Brown-.

-Desde luego, pero aún no está todo perdido. Procedan -ordena el doctor Gregory-.

-Como ordene, doctor.

Los celadores abren uno de los compartimentos de la Morgue y de él sacan una litera extraíble. Me tumban en ella y me administran una segunda inyección. Les suplico que tengan piedad, pero hacen caso omiso. Estoy

tumbado en la litera, puedo ver el techo y las luces me confunden. Me siento muy mareado. Todo da vueltas a mi alrededor. Entonces veo los rostros de Charles y Elisabeth Brown.

-Estamos aquí para ayudarlo. Todo lo que hacemos lo hacemos por su bien. Queremos lo mejor para usted -comenta Elisabeth-.

-¡Métenlo dentro! -indica Charles-.

De inmediato vuelven a meter la litera dentro del compartimento y lo cierran. ¡Está todo oscuro! ¡Estoy aterrado! ¡Por más que chilló y pataleo no puedo zafarme de mi camisa de fuerza! ¡Por más que grito y que suplico que me saquen de aquí, nadie me ayuda! “Sáquenlo dentro de tres horas”, oigo decir a Charles Brown afuera en la sala. Luego las voces desaparecen. Se hace el silencio.

Continúo chillando desesperado. Pidiendo auxilio a alguien ahí afuera. No sé durante cuanto tiempo. Nadie me oye. Nadie me auxilia. Comprendo entonces que nadie me va a sacar de allí. Las lágrimas comienzan a brotar de mis ojos y se desparraman por mi cara. ¡Estoy absolutamente aterrorizado! ¡Me domina un pánico y un espanto sobrecogedores! ¡Tiemblo de miedo y de frío!

Toda mi vida pasa por delante de mí. Como cuando estás a punto de morir. Tengo alucinaciones espantosas. Veo luces, fognazos. Vienen a mí recuerdos dolorosos de la infancia. Ya no sé qué es real y qué no. No sé por qué toda esta pesadilla me está ocurriendo a mí. Siempre pensamos que las desgracias solamente le ocurren a los demás, pero cuando nos toca sufrirlas todo nuestro mundo se hunde.

Temo por un momento que mi vida se acabe aquí. Pienso que quizás me faltará el oxígeno pronto porque no puedo respirar bien. Quizás sea por los nervios. ¡Esta claustrofobia me está matando! Ya hace un buen rato que los alaridos y los pataleos han dado paso a la tristeza y la resignación. Ya no me

quedan fuerzas para seguir luchando y le suplico a Dios que tenga misericordia de mí y que me libere.

¡Justo entonces oigo bajar a alguien por las escaleras! ¡Chillo para que me oiga! ¡Para que sepa que estoy aquí dentro! ¡Hay alguien afuera! Tal vez sea el doctor Gregory, que viene a sacarme. Tal vez ya han pasado las tres horas. Escucho el ruido de la puerta del compartimento que se abre. Alguien desliza la litera. Las luces del techo me deslumbran. Cuando por fin puedo abrir bien los ojos lo veo. Es James.

-Ha llegado el día, Walter. Nos vamos de aquí.

60. La ira de Dios.

-Ha llegado el día, Walter. Nos vamos de aquí.

La sirena no para de ulular en el manicomio. Parece que han descubierto los planes de James para rescatarme. Mi amigo me ayuda a incorporarme de la litera pero estoy tan drogado que pierdo el equilibrio y caigo al suelo. Todo da vueltas a mi alrededor. El cóctel de fármacos que me suministró el doctor Gregory es tan potente que me ha dejado completamente aturdido. Entonces sucede lo inesperado. James coloca la mano derecha sobre mi cabeza y en tan sólo un instante todos los efectos secundarios de las medicinas desaparecen. Es inexplicable pero ¡me encuentro mejor que nunca!

-¿Cómo...? ¿Cómo...?

-No hay tiempo para preguntas. ¡Es hora de largarnos!

Subimos corriendo las escaleras para escapar de este maldito sótano en que

me habían encerrado. Al subir, nos encontramos con un par de musculosos celadores que nos corta el paso. Uno lleva una porra. El otro una inyección con narcóticos. Una cámara nos filma desde el techo. James alza la mirada un instante y la videocámara sufre una pequeña explosión que la revienta. ¡El celador levanta la porra con la evidente intención de agredir a James, pero éste extiende la mano hacia él y, sin tocarlo, sale disparado hacia la pared como si hubiera sido embestido por un toro! Allí pierde el sentido.

-¡No sé cómo has hecho eso pero te vas a arrepentir, bastardo! -amenaza su compañero-.

-¡Duerme! -le ordena James con desidia y de súbito el celador cae al suelo preso de un poderoso sueño-.

-¿Pero cómo...? -le pregunto-.

-Ya tendremos tiempo para las preguntas. ¡Tú sólo sígueme!

La alarma no para de sonar con su ruido escandaloso. James avanza a paso ligero por los pasillos. Yo le sigo, confuso y asustado por la situación. ¡Las cámaras de vigilancia explotan a nuestro paso y no pueden grabar nada! ¡Las cerraduras de los pasillos emiten ruidos como si fueran abiertas por una llave invisible y las puertas se abren solas para dejarnos pasar! ¡Luego, se vuelven a cerrar! En el corredor nos encontramos con una docena de celadores y enfermeros que nos impide el paso. ¡James extiende su mano y de súbito todos pierden la vista! Una vez ciegos cruzar entre ellos es pan comido.

Al salir del edificio principal el sol me golpea en la cara. Cruzamos el jardín sin nadie que se nos oponga. Después la puerta principal se abre ella sola como por arte de magia y nos deja salir. ¡Al fin libres! Una brisa fresca me acaricia el rostro. En la calle se escucha como una música de fiesta. A un par de manzanas hay una gran multitud. Nos dirigimos hacia ella. Desde lejos se ven padres con niños pequeños, carrozas y disfraces. Cuanto más nos acercamos, mayor es la fuerza con la que resuenan los altavoces y el bullicio

de la gente.

-¿Qué día es hoy, James? ¿Estamos en Carnaval?

-Casi.

Banderas arco iris por doquier. Un tipo con barba lleva una corbata morada y viste un tutú de ballet. Su novio parece un saco de huesos de lo flaco que está pero decide mostrar sus encantos vistiendo lencería roja y zapatos de tacón. Hombres fornidos lucen torsos desnudos y gestos afeminados. Una mujer grita que Dios no existe y luego pisotea la *Biblia*. De sus labios brota un torrente de blasfemias. ¡La multitud grita de alegría, enfervorizada! ¡El desenfreno cunde por doquier! Cuando finalice el día cientos de personas serán atendidas por los sanitarios por intoxicaciones etílicas y drogas.

Un homosexual va disfrazado de obispo y el otro va caricaturizado como si fuera el papa. Desde lo alto de su carroza ambos dan la bendición al público asistente y luego se besan en la boca. Una lesbiana semidesnuda hace de Jesucristo en la cruz. Un transexual de aspecto tétrico y recargado de maquillaje oscuro es la nueva Virgen María. En lo alto de otra carroza un tipo disfrazado de Jesús pone el culo en pompa y otro vestido de Satán lo sodomiza en directo. ¡Los niños ven todo con cara de asombro y la multitud estalla en medio de aplausos y risotadas! Esta gente es la que luego exige respeto.

Las Vegas ruborizaría a las prostitutas de Babilonia. Aquí se practican orgías que ponen los pelos de punta. Grupos de gays se reúnen en determinados locales y mantienen relaciones sexuales con desconocidos. Lo hacen sin preservativo y, aunque la mayoría de ellos está sana, siempre se invita a alguno con el Sida. Nadie sabe quién es el infectado, salvo el propio interesado. Lo llaman la ruleta sexual. He oído de unos padres que decidieron vestir a su hijo de tres años como si fuera niña porque dicen que es transexual. Cuentan que también existe una academia para aprender a ser drag queen

desde los seis años.

-¿A qué fecha estamos hoy, James?

-¿Realmente importa? Mira bien todo esto, Walter. Porque te aseguro que hoy no quedará piedra sobre piedra.

Me encuentro absorto en mis pensamientos cuando James posa su mano sobre mi hombro izquierdo. ¡De repente aparecemos en lo alto de una colina! ¡Ha sido al instante! ¡Como en un suspiro! ¡Estoy tan sumamente asombrado que por momentos dudo de si todo esto no será un sueño! Desde lo alto de la colina se ve la ciudad de Las Vegas, allá a lo lejos. ¡Me suena mucho este sitio! ¡Es como si ya hubiera estado antes aquí! Toda esta escena... es como si la hubiera visto en un cuadro o algo así. El paisaje me resulta familiar... A pesar de ello no consigo recordar cuándo lo vi...

-¿Cómo logras todo esto? ¿Es que acaso tú eres otro de esos dotados psíquicos de los que me habló David?

-¿Crees que un hombre sería capaz de hacer esto? -me responde-.

¡De súbito James muta su aspecto de comanche aguerrido! ¡En un abrir y cerrar de ojos veo ante mí un ángel! ¡Lleva una túnica de un blanco immaculado, resplandeciente! ¡Su rostro es un poco añorado y sus cabellos de una gran belleza! ¡Lo más impactante es que de su espalda surgen dos alas enormes! ¡Son blancas y están llenas de plumas! ¡Parecen las de un cisne! ¡Estoy tan impactado que me tiemblan las piernas! ¡No sé ni qué hacer! ¡Entonces me pongo de rodillas, alzo las manos al cielo y, entre lágrimas, doy gracias al Dios Todopoderoso por su inmenso amor y su inmerecida gracia!

-Walter -me indica el ángel con un tono suave-, Dios me manda a decirte que se complace en ti. Has sido fiel. Has peleado la buena batalla. Has corrido la carrera... ¡Y ahora has llegado a la meta!

-Estuviste conmigo todo este tiempo en el manicomio... Podías haberme sacado en cualquier momento. ¿Por qué no lo hiciste antes?

-Te liberaré cuando llegó la hora de liberarte. ¡Ni antes ni después! Y no. No he estado contigo sólo en el manicomio. ¡He estado a tu lado toda la vida! ¡Sólo que ahora es la primera vez que me ves!

-¡Pero Johnny, David y los demás...! ¡Me mintieron! ¡Trabajaban para el Gobierno! ¿Cómo es posible...?

-Los caminos del Señor son inescrutables. Dios utilizó a Nabuconodossor para castigar al pueblo de Israel. Luego usó a Ciro el Grande para liberarlo. En ocasiones Dios se sirve de personas o incluso de naciones malvadas para cumplir sus propósitos. Porque cuando Dios manda ¡hasta el diablo obedece!

-¡Ahora! ¡Ahora recuerdo este sitio! La colina, el ángel, una gran ciudad allá a lo lejos... -digo con una mezcla de asombro y admiración-. Lo recuerdo... Lo vi... -una sensación de terror me invade el cuerpo, la carne se me pone de gallina-. El cronovisor... El cronovisor... -repito con espanto-.

-Eres un hombre afortunado, Walter. Dios te ha revelado el futuro. ¡Ya sabes entonces qué va a ocurrir!

-¡No! ¡No, por favor! ¡Por favor! ¡Te lo imploro! ¡Ten misericordia! ¡El infierno es... demasiado horrible!

-La suerte está echada.

-¿Pagarán justos por pecadores? ¿Los justos también serán aniquilados? -le discuto tratando de disuadirlo-.

-¿Los justos? ¿Por qué te crees que te he traído conmigo?

-¿Quieres decir que en toda Las Vegas....? ¿Solamente yo...? ¿Y los niños? ¿Qué hay de los niños? -replico-.

-Ningún niño va al infierno, Walter. ¡Te prometo que hoy mismo ellos estarán en el paraíso! -me responde-.

-¿Y los adultos? -pregunto estremecido-. ¿Todos irán al infierno?

-Esta gente tuvo demasiadas oportunidades para cambiar ¡pero no quiso! ¡Cada uno recoge lo que siembra!

-Pero...

-¡Calla! ¡Ya empieza!

¡Mis peores temores se hacen realidad! ¡Como si fuera una película, veo cumplirse ante mí lo que una vez vi en la pantalla del cronovisor! ¡Desde lo alto de la colina el ángel y yo contemplamos cómo una lluvia de fuego y azufre cae desde el cielo! ¡Numerosas bolas de fuego caen desde más arriba de las nubes! ¡Al tocar el suelo explotan como si se tratase de armas nucleares! ¡La lluvia de fuego y azufre destruye la Ciudad del Pecado y a todos sus habitantes! En pocos minutos Las Vegas no es más que un montón de cenizas humeantes y sus moradores tendrán que afrontar una condena eterna.

-Pero si Dios es bueno... ¿Por qué manda a la gente al infierno? -le pregunto desolado al ángel-

-Y si un juez es bueno... ¿Por qué manda a la gente a la cárcel?

Josué Ferrer.

San Francisco, Estados Unidos,
diciembre de 2014 a julio de 2017.

-
- [1\]](#) ¡Arrepentíos de vuestros pecados! ¡El fin está cerca! Traducido del inglés.
 - [2\]](#) Lejano Oeste. Traducido del inglés.
 - [3\]](#) ¿Qué oyen mis oídos? ¿Hablas portugués? Traducido del portugués.
 - [4\]](#) ¡Dios mío! ¡¿Él está predicando en francés en los Estados Unidos?! ¡No es posible!
Traducido del francés.
 - [5\]](#) ¿Qué está pasando aquí? Traducido del polaco.
 - [6\]](#) Historia de Pulaski 1809-1950. Traducido del inglés.
 - [7\]](#) Sociedad Histórica del Condado de Giles. Traducido del inglés.
 - [8\]](#) Hecho en el Cielo. Traducido del inglés.
 - [9\]](#) Árbol de Navidad. Traducido del inglés.
 - [10\]](#) Árbol de Fiesta. Traducido del inglés.
 - [11\]](#) Felices Fiestas. Traducido del inglés.
 - [12\]](#) Feliz Navidad. Traducido del inglés.
 - [13\]](#) “Pierre, espero volver a verte pronto. Te amo. Marie. París, 1917”. Traducido del francés.
 - [14\]](#) Bienvenidos a... Roswell. Traducido del inglés.
 - [15\]](#) Enfoque a la familia. Traducido del inglés.

Cada libro, cada volumen
que lees aquí, tiene un alma.
El alma de la persona
que lo escribió
y de aquellos que lo
leyeron, vivieron y
soñaron con él.

